BIBLIOTECA SOPENA

EL CANDIDATO

CARLOS Mª OCANTOS

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

2 vols Vol. II
ils 1.50

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014753313

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

13 Jun '47 Z
JUN 16 '92
JUN 17 '92

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

:: :: BIBLIOTECA SOPENA :: ::

CARLOS MARÍA OCANTOS

PQ7797
.O3
C35
1917

EL CANDIDATO

(SEGUNDA PARTE DE «ENTRE DOS LUCES»)

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

BARCELONA
RAMON SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

DERECHOS RESERVADOS.

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

EL CANDIDATO

I

«Vous êtes fous tous deux de vouloir vous appliquer ces sortes de choses; et voilà de quoi j'ouïs l'autre jour se plaindre Molière, parlant à des personnes qui le chargeaient de même chose que vous. Il disait que rien ne lui donnait du déplaisir comme d'être accusé de regarder quelqu'un dans les portraits qu'il fait; que son dessein est de peindre les mœurs sans vouloir toucher aux personnes et que les personnages qu'il représente sont des personnages en l'air, et des fantômes proprement, qu'il habille à sa fantaisie por réjouir les spectateurs; qu'il serait bien fâché d'y avoir jamais marqué qui que ce soit, et que, si quelque chose était capable de le dégoûter de faire de comédies, c'était les ressemblances qu'on y voulait toujours trouver.»

Molière. *Impromptu de Versailles.*

No tenía más mérito que su dinero ; lo que importa decir que, para la sociedad frívola de que era gala y adorno, reunía Alcira Eneene la mayor suma de méritos posibles, pues basta y sobra el dorado del apellido para encubrir defectos, disimular flaquezas, torcer voluntades, salvar obstáculos, triunfar sin resistencias y reinar sin condiciones ; y este aserto, poco galante, pero justo y rigurosa-

44304

mente imparcial, pueden atestiguarlo todos los que la han conocido de cerca en los grandes días de su esplendor, ahora que la caída del ídolo, su padre, les permite ser sinceros. Aquella su nariz de espátula, aquellos sus ojos gatunos, su barbilla puntiaguda de comadre octogenaria, y su boca que parecía un pellizco en carne sin color, ofrecían, claro está, un conjunto feísimo, y su talle y su andar nada que alcanzara a borrar la pésima impresión de su fachada ; pero, proclamar a su paso la marca de fábrica : — ¡ Si es la de Eneene ! ¡ Ah, la de Eneene ! ya es otra cosa, es decir, otra mujer : se encuentra cierta nobleza en el rostro y hasta cierta gracia en aquel hociquillo de conejo, siempre en movimiento, y los defectos todos quedan piadosamente ocultos bajo la gasa de la benevolencia.

Llamábanle *la pavera*, no sé por qué... aunque sí, y voy a decirlo : hija única del ilustre y millonario doctor don Adrián Rodríguez de Eneene, ex ministro y futuro presidente de la República, por la voluntad del Presidente y la gracia de su buena estrella, su mano disputábanla siete campeones, rivales en ardor, estulticia y ambiciosos fines, que la servían de fiel escolta por todas partes, y que ella consentía y mantenía, pagando a cada uno su sueldo diario de miradas y sonrisas, con religiosa equidad ; a estos siete pretendientes, Alcira les llamaba *sus pavos*, y de aquí el mote de *pavera*, que sus amigas la dieron. Pero lo curioso, lo bufo y lo inverosímil, es que a los pavos de su guardia designaba Alcira por números y no por sus nombres patronímicos, como por ejemplo (hablando con Florita Soto, una amiga íntima) :

—Aburridísima la función de anoche en la Ópera; ¡bostecé más! ¡si vieras, hija mía! como que sólo estaban el número 3 y el 5, éste en un palco de la ochava y el otro en una butaca de las primeras filas, y para mirar a uno, tenía forzosamente que dar la espalda al 3 o al 5, ¡qué compromiso! y los demás, ¿qué se hicieron? estoy segura que el 3 está furioso conmigo, porque en las carreras al 4 le di diez minutos de conversación más de lo convenido; es muy susceptible, muy orgulloso y siempre se acerca a mí con las plumas erizadas, a picotearme con sus reproches. No puedes figurarte lo divertido que es esto: llegar al teatro y encontrar la guardia ya formada en el vestíbulo, que te presentan sus sombreros de lustrosa felpa, como soldado que presenta las armas; sentarse en el palco, mirar, fingiendo distracción, y percibir aquí, allá, los *festejantes* firmes en sus puestos, esperando contritos la limosna de mi saludo, y empezar la distribución equitativa, hija, equitativa, porque a mí no me gusta que nadie quede descontento: te digo que es de lo más divertido: ellos, palpitantes de emoción y de esperanza, ¡y yo tan fresca! porque mamá me lo ha dicho: cuidadito con comprometerse con ninguno: eres muy joven y en tu posición y con tu nombre, el día que te dé la gana puedes elegir como entre peras; ¡ahora, a divertirse y entretenerles, que para sufrir marido y amamantar hijos nunca es bastante tarde!

Y también:

—¿Has visto al número 3? ¿al rubito, a mi pavo rubio? le corresponde esta *pieza* y no ha venido a cobrarla; debe de haberse disgustado, porque

al 6 le regalé unas flores, ¡ qué tontería ! en cuanto le pille, verás cómo le domestico de nuevo.

Bajo su vigilante cayado, la paz era completa en el hatillo, y nunca se dió ejemplo de deserción, ni se advirtieron síntomas de rebeldía ; los mansos y pacientes animalitos, muy hinchados, muy colorados, rodeaban a la pastora haciéndola el amoroso *glu, glu,* los picos tamaños abiertos, en demanda del grano prometido ; pero ella no se daba mayor prisa en servirles, y risueña, indiferente, por calles, teatros y salones les arreaba, y allá iban todos, tristes y hambrientos, con el moco tendido y las alas caídas.

Y no se diga que ciertos recursos de inteligencia y probada idoneidad son innecesarios, pues esta, al parecer, fácil tarea, tiene su intríngulis y su aquel ; pero, conocido el cebo que ella gastaba, ¿qué mucho que se revolucionara la familia toda de los fasiánidos, desde el pavo común, negro y verrugoso, hasta el ocular y el real, de hermosísima cola y vistoso penacho? Era, pues, Alcira, muy lista, y esta cualidad parecía herencia directa de su padre, el hombre de más trastienda que fué jamás, y de su madre, misia Damiana, señora muy gruesa y muy farandulera, devota por costumbre, con la manía, digna de encomio y de respeto, de las obras caritativas, que ella ejercitaba con mucho ruido y bambolla, fundadora y protectora del *Asilo del Sauce,* para niños expósitos.

La historia de los advenedizos (hablo de los que, sin méritos propios, suben ayudados por la suerte y su audacia), tan fecunda en los países republicanos, no ofrece caso más raro que el de estos Rodrí-

guez de Eneene. En un libro anterior (1), quizá olvidado, presenté, de cuerpo entero y tamaño reducido, el retrato de don Adrián, que a muchos pareció recargado de tintas y a otros de sobra borroso, pero exactísimo, tal como la fama le pinta y la Naturaleza le hizo; mas no conté entonces, por no hallar la ocasión oportuna, el modo y la forma del advenimiento de este famoso personaje de la política argentina, su vida y milagros.

Creo que en Catamarca, de donde era oriundo mi don Adrián, no existe ni se conoce el apellido de Eneene, que él enlazó más tarde, bien remachado con su partícula, al de Rodríguez; según mis datos, era un Rodríguez a secas, de cuna humildísima, de familia ignorada, que lo que es a sus ascendientes y colaterales, nadie les vió la cara jamás. Alguien le ha conocido de zagal en una diligencia catamarqueña, arreando las bestias, encanijado, amarillo, sucio y roto, y cuenta que, más de una vez, en los paradores, el mozo se bajaba a lustrar las botas de los viajeros, por módica retribución; después se vino a Buenos Aires, erró en las *estancias*, de peón o cosa así... Y de repente, apareció en una oficina del Estado, si no limpio, porque nunca aprendió a serlo, con traje decentito, el pelo recortado, la camisa sin manchas ni flequillo, y acusando todo su porte hallarse en relaciones más córdiales con el peine y el jabón; el tipo físico, sin embargo, era el mismo que la caricatura, más tarde, al pintarle de murciélago, hizo tan popular: flaco, pequeñín, con movimientos de títere

(1) Quilito.

sin goznes, de estos que un simple hilo figura las articulaciones, los dedos armados de uñas larguísimas, que la falta de poda regular, endureciéndolas y arqueándolas, hacía parecer a garfios : él gustaba de mostrar sus uñas, la del meñique sobre todo, amarilla y resistente, la más larga, la favorita, la mejor cuidada, la que afilaba, raspaba, redondeaba y pulía con más amor... En la oficina era de estos empleados sumisos, modestos, humildes, trabajadores asiduos, que se ganan la voluntad del jefe adulándole y la simpatía de los compañeros mostrándose muy poquita cosa, como diciendo :

—¡ No, yo no soy nada, ni valgo nada, ni aspiro a nada !

Y no haciendo sombra a nadie, ni dan celos ni inspiran envidias o temores ; así, como sierpes, callandito y arrastrándose, suben y llegan sin resistencia a la meta de su ambición : el verdadero mérito no tiene alas, y si las tiene son de durísimo y pesado bronce, imperecederas, mas no propias para elevarse. En esto, la historia de don Adrián se parece mucho a la del doctor Trujillo, iguales medios e iguales resultados, aunque Eneene, con sus alas de papel, dejó muy atrás al risueño y melifluo don Francisco, su amigo, compañero y colaborador afortunado.

¿En qué universidad alcanzó don Adrián su título? tengo para mí que en ninguna, y él se llamaba doctor, con menos derecho quizá que aquel del famoso epigrama ; lo cierto es que de buenas a primeras, con el aditamento del nuevo apellido y el adorno del título tan sonoro y expresivo, el

empleadillo de tres al cuarto que, como rata de archivo, pasó royendo papeles largos años, se vió figurando en la hornada de diputados que el Gobierno amasara para las circunstancias, y se sentó en el Congreso, muy orondo, asumiendo la representación del pueblo, que no le conocía ni de vista ni de nombre. ¡Válgame Dios! lo que él representó fueron los intereses del amo, defendiéndole no con su palabra, desmañada, sino con su voto, fiel e incondicional; allí se hizo del circulito, que le ha traído y llevado después, explotando su misma insignificancia para alzarle en hombros y pasearle en triunfo, y mostrarle al público indiferente como el salvador de la patria, círculo de que era corifeo don Francisco de Paula Trujillo y portaestandarte don Navigio Soto, otro figurón de cuenta, *nombrado* más tarde gobernador de Córdoba, previa la zancadilla de práctica al titular, don Olimpo Salgado, que no se mostraba todo lo sumiso que los cánones oficiales disponen.

Por aquel entonces era ya casado don Adrián, y su pobreza tan manifiesta, pues la consorte, una señorita Damiana Pérez Orza, no aportó dote ni esperanzas, que hay quien dice que por matarle el hambre, le hicieron diputado. Lo cierto es que no tenía casa en la capital, y durante las sesiones legislativas paraba en una fonda de muy malas trazas, y la mujer permanecía en Catamarca, viviendo en la estrechez; él, entretanto, se movía como ardilla, amasando su pan, poseído de la delirante ambición de llegar, por el camino o por el atajo, a la cumbre, siempre humilde y modesto, con aquellos andares de arlequín y su levita negra,

lustrosa en los codos y grasienta en el cuello, prenda de historia, con más de una estación en la casa de empeños; y como el hombre se achicaba tanto, para mejor pasar por todos los agujeros, en el Congreso, en la cámara presidencial, en los ministerios, en los Bancos, en los clubs y en las imprentas, amigo de todos, comensal de muchos, don preciso de los más empingorotados personajes, no se veía otra cosa que él, él hablando, él adulando, él intrigando, listo, audaz e infatigable. Ya los diarios independientes, de estos mal educados que en todo han de meterse, le habían arrojado algunas chinitas; y con motivo de la sanción de un proyecto muy discutido, que la opinión pública resistía, soltaron, sin ambages, a su respecto, la feísima palabreja: cohecho; y he aquí, gracias a la vergonzosa acusación, de la noche a la mañana, conocido, popularísimo, célebre, al doctor Eneene, porque se armó grande alboroto en torno de su nombre: protestó don Adrián indignado, la prensa oficial le cubrió con sus escudos, don Navigio Soto y el doctor Trujillo le defendieron con elocuencia, multiplicaron los otros sus ataques, probando hasta decir basta: que el revoltoso diputado tenía más llena de lamparones la conciencia que la levita, y traída la causa a sentencia, el pueblo le condenó a presidio... y el Presidente le nombró ministro.

De ministro sacó don Adrián su tripa de mal año. Lo primero que hizo fué mandar venir la familia de Catamarca, e instalarla en la lujosísima casa de la calle de la Esmeralda, tan famosa después como sede augusta del candidato presidencial; luego echó coche... y dueño de la cartera,

comenzó sus juegos de manos, es decir, de uñas. No es mi ánimo relatar de pe a pa la historia de estas diez uñas, en ejercicio durante un bienio, por más edificante y entretenido que ello sea, porque sería cosa de perder la cabeza y la paciencia; dicen... que vendió destinos, y recibió coimas y colocó a toda su parentela (a la de su mujer) dentro del queso del presupuesto; que jugó en la Bolsa, haciendo uso de los secretos de Estado para el alza y baja del oro; que... Don Adrián pensaba que se llega al poder para llenar la alforja, y que sólo en aquellos tiempos obscuros, y desgraciadamente lejanos, en que era honra altísima ostentar un título oficial, se podía bajar de una poltrona con las manos limpias, para manchárselas con el cabo de la azada.

Y esto que don Adrián pensaba, supo practicarlo de tal modo, que cuando dejó de ser ministro (obligado el Presidente a un cambio de política superficial) era un hombre sin crédito, pero con millones, y váyase lo uno por lo otro. Haciendo oídos sordos a la grita unánime, esperó los acontecimientos, pues no creía su papel concluído: la elección de Presidente se acercaba, el nombre prestigioso del general Ordenado, el coco del gobierno, volaba por toda la República en medio de aclamaciones delirantes, ¿quién era el elegido del Presidente para oponérsele y disputarle el triunfo? ¿quién el afortunado sucesor, ungido *in petto* por S. E.? ¡Misterio! Los cinco ministros esperaban, humildemente, que cayera el ansiado nombre de los labios presidenciales; los gobernadores de las provincias enviaban delegados para conocerlo y re-

cibir la palabra de orden, o robando tiempo a sus ocupaciones de esquilmar pueblos y perseguir contrarios, venían personalmente a mendigarla; los congresistas adictos, es decir, todos los congresistas, tendían sus manos hacia el todopoderoso señor; los periodistas pagados enristraban sus plumas, para cantar las glorias, falsas o verdaderas, del candidato oficial.

—¿Quién es el hombre que V. E. se digna darnos por amo y patrono? ¿quién es aquel que V. E. juzga más capaz de sucederle? hable V. E. y dígalo, que el que V. E. quiera, ése será, y si el pueblo grita, que grite, y si se alza en armas y se atreve a oponerse a los sabios designios de V. E., fuego al pueblo, y su cuerpo mutilado que sirva de escalón al nuevo Presidente. Aquí estamos todos, ministros, gobernadores, congresistas, amigos y partidarios de V. E. para acatar su voluntad suprema; ¡ahí está el ejército de la Nación para hacerla cumplir!

Y S. E. habló, al fin.

Don Navigio Soto llevó la grata nueva a la calle de la Esmeralda; era de noche: en el conocido despacho, tantas veces descrito por los diarios, y al pie del busto de Wáshington, dios tutelar de la clásica morada, abrazó don Navigio a don Adrián (que leía echado en un sofá) por tres veces, con cada abrazo, que parecía iba a desencuadernar el cuerpecillo del doctor, soltaba un jubiloso eureka: S. E. había hablado, S. E. acababa de pronunciar el nombre de su sucesor, nombre que se aprestaba ya para salir al encuentro del populachero Ordenado, seguro, segurísimo de vencerle, y ese nom-

bre... ¿don Olimpo Salgado quizá, el que con mayores probabilidades de triunfo le disputaba la carrera? Soto hacía signos que no, que no; ¿acaso las simpatías presidenciales eran un misterio para nadie? aunque el ministro tal trabajaba en su favor, otro ministro hacía también fuerza de vela para llegar a buen puerto, otro gobernador, además de Salgado, y de los más meritorios, porque era el más sumiso, se movía mucho esperando ser el agraciado... Entretanto, la suerte estaba ya jugada, y el favorecido era... ¡Rodríguez de Eneene! Don Adrián, prendido de las manos robustas de su amigote, exclamó temblando de emoción:

—¿Es de veras?

—Y tan de veras—contestó el otro, amenazándole con un nuevo abrazo.

El antiguo zagalillo catamarqueño debió experimentar extraña sensación de mareo, y algo así como si todas las rodajas de sus mulas le repicaran en las orejas; se sentó muy sofocado, y ya pálido, ya encendido, inquirió de don Navigio cómo había pasado aquello: bajo la pantalla verde, que velaba el único pico de gas ardiendo en la aparatosa araña de bronce, más lívida parecía la cara sacerdotal del viejo Soto, perfectamente afeitada, y más lustrosa su calva; cuando se reía mostraba los portillos de la encía y un colmillo carioso, que se movía como un badajo. Y risueño estaba contando cómo el Presidente, en una comida íntima, de la que él, naturalmente, participaba como bufón (esto de bufón lo pongo yo de mi cuenta y riesgo, pese al señor diputado) como bufón de S. E. (que es de rigor que todas las excelencias americanas, como

las añejas Majestades, han de tener bufones que les distraigan el ánimo y ayuden a la digestión con selectos cuentecillos de moral) hostigado por los amigos para que destapara lo que tan tapado traía y tan inquietos tenía a todos, entre dos tragos de champaña, dijo en el tono profético del divino Maestro :

—¡ En verdad os digo, que debéis rodear a Adrián !

Rodear a Adrián era la palabra de orden esperada ; esta frase sibilina, tan clara dentro de su propia obscuridad, acababa de conceder la investidura de candidato oficial al doctor Eneene ; ¡ el partido eneísta había nacido !

¡ El colmillo de don Navigio bailaba de puro gusto, al recordar su dueño la cara de los dos ministros aspirantes y el gesto del gobernador desengañado ! El doctor, ya repuesto, dió cuatro paseos desde la mesa-escritorio hasta el diván en que Soto departía, y cada vez se le figuraba que crecía más, que crecía, que crecía, más y más, y sus piernas de alambre eran fuertes columnas y su cabeza llegaba al techo, desde cuya altura veía el busto de Wáshington del tamaño de un grano de mostaza y a don Navigio como un garbanzo ; luego, no cabía ya en el despacho : ¡ su gigantesca personalidad pasaba el techo, se elevaba sobre los edificios, sobre la ciudad entera, y oía el rumor de su nombre que toda la República aclamaba, y creyó ver, y la vió a la luz de su fantasía, la diligencia catamarqueña transformada en el carro dorado de la fortuna, pasar en triunfo desde la Tierra del Fuego hasta Jujuy ! Entusiasmado, se bajó (tan alto es-

taba, que forzosamente tenía que agacharse) y aquellos tres abrazos de su buen amigo, los pagó con uno apretadísimo, dejando caer sobre su abovedada pechera esta frase orgullosa, grito de victoria de su ambición satisfecha :

—¡ Ya soy Presidente !

No habían pasado dos minutos, cuando se presentó el gran doctor Trujillo, sonriendo, aunque fatigado, por la prisa que se diera en llegar de los primeros al besamanos, y luego don Buenaventura Luces, el literato... El despacho se llenó, la sala se llenó, la casa se llenó de bulliciosa muchedumbre de amigos, más entusiastas ahora cuanto más tibios y despegados se mostraran con el ministro caído, y todos, obedeciendo a la consigna, rodeaban a don Adrián, disputándose el honor de un apretón de manos o de una palabra amable del favorecido de la suerte. Entretanto, en medio de la noche, y tal como el cadalso surge a los albores del día, la máquina electoral se armaba en cada provincia, atemorizando al pueblo oprimido con este letrero puesto por el brazo de los sayones en lo más alto de ella : «¡ O Eneene o la muerte !»

Todo el Buenos Aires vergonzante y hambriento de pan, de riquezas y de honores, pasó entonces por la calle de la Esmeralda y a las puertas del candidato golpeó con impaciencia, hizo cola en los pasillos y *sebo* en las antesalas, según la frase pintoresca del fabricante de chistes, para el consumo presidencial, don Navigio Soto ; sus nombres llenaban sendas columnas de los diarios oficiales, y a buen seguro que cada cual había de comprobar en el siguiente día si todas las letras del propio ape-

lativo estaban en su lugar y no enrevesadas o ausentes, porque no era cosa que saliera fallida la oportunidad de su visita, por un desgraciado error de caja : precisamente lo que se buscaba era grabar en la memoria del candidato los nombres de sus fieles, para cuando tocaran a repartir empleos y prebendas.

Recibía don Adrián los viernes ; eran tes políticos, muy fríos y sosos, a causa de la heterogeneidad de la concurrencia, de los malos cigarros, del peor jerez (desde que salió del ministerio, no se fumaba ni se bebía bien en aquella casa) y de la poca cultura del dueño, que no sabía ser atento sino a ratos, ejercitando su insoportable tonadilla con los íntimos en algún rincón, mientras los cortesanos bostezaban o devoraban rancios emparedados a falta de mejor cosa. A estas reuniones, huelga decirlo, no asistían ni misia Damiana ni Alcirita ; ellas tenían su día de recibo especial, los martes, más alegres porque los graznidos de los pavos de la niña resonaban en el salón verde y oro, compitiendo airosamente con el balar de los carneros de su papá.

Quien haya visto a misia Damiana y Alcirita llegar de Catamarca tan fachas, tan *provincianas*, la madre con pañolón de cachemira y *varège* negro a la cabeza, y la hija con extravagante sombrero, cargado de caireles y perendengues, no las conociera ahora, de tal modo la moda porteña las ha cepillado y transformado, y la importancia política, mágicamente conquistada, del doctor Eneene, las ha esponjado y hasta cierto punto, soltaré la palabra, embellecido... Misia Damiana era chata,

morenota, baja de estatura y gruesa, con cada carrillote lustroso y unos pelos de india fueguina, lacios y alborotados sobre la frente estrecha, que, sin su vestido de seda y sus cacharpas, no la hubiera tomado nadie por la señora de tamaña excelencia; pero, entre el peluquero y la modista, sobre el yunque de la moda, la forjaron a más y mejor: la adiposa cadera cedió a las razones apremiantes del corsé y el seno pletórico y la cintura invasora; aquellos pelos tiesos y rebeldes, condenados al suplicio de la tenaza, se amansaron y convirtieron en ricitos coquetones, y toda su persona, desde la base, unos zapatos de charol con punta afilada y tacones altos, a la cúspide, una capota de sobrios adornos, salió como nueva de tan entendidas manos; y como tenía muy buenos dientes, eso sí, y era alegre, pasaba por simpática la señora de Eneene. De Alcirita hemos dicho ya que sufrió igual desbaste y con mayores y más sorprendentes resultados, y no me refiero con esto a los estragos causados en las filas de la juventud dorada...

No llegaron y triunfaron; al principio, desconocidas, sin relaciones, se aburrían grandemente, y en la avenida de las Palmeras nadie hacía caso de estas dos damas tan *paquetas*, que solicitaban descaradamente la atención con sus trajes claros, su postura afectada y su landó flamante; más tarde, después de la costalada ministerial de Eneene, que estuvo a punto de anularlas para siempre, la incubación de su candidatura las colocó en plena luz y las puso de moda, y como a un cronistilla de salón se le ocurriera, en una de tantas revistas hueras, que a las damas saben cual delicado merengue,

notar, con femenina minuciosidad, los prendidos del traje de Alcira en un baile muy sonado, y el color y el corte, y obsequiarla con un ramillete de frases marchitas y sin perfume, no hubo ya crónica mundana en que no reluciera su nombre, ni fiesta que no fuera un *fiambre* si la de Eneene no la honraba con su presencia. Y mientras Alcira organizaba su famosa guardia, misia Damiana, ya dentro de su papel de presidenta en ciernes, promovía reuniones de señoras para dar impulso a toda clase de obras de beneficencia y con aquella llave de oro de su poderoso marido no quedaban puertas cerradas a su llamado : obtenía la cesión de valioso terreno para su asilo y la construcción del edificio que, en menos de un año, se alzó gallardo, pronto para cobijar a muchos huerfanitos, y para sostenerle y dotarle de segura renta ponía a contribución todos los bolsillos, importunando a los amigos, cansando al público, pedigüeña y no dadivosa, porque si metía la mano en la bolsa ajena, cerraba los cordones de la propia, bien repleta, sin embargo ; y en todas las fiestas que organizaba en favor de su obra, no se desprendía de un centavo de su peculio, manera cómoda y cristianísima de ejercer la caridad : dar lo de los otros, intermediario oficioso entre la filantropía y la miseria.

Los martes de las señoras de Eneene, eran sus recibos oficiales ; pero los íntimos de la casa sabían que todas las noches, de ocho a nueve, era seguro encontrarlas en el *boudoir* (así quiere la moda que se diga) de misia Damiana, solas, libres de comensales impertinentes y amigas parlanchinas y hasta de la enfadosa presencia de don Adrián,

que con esto de ser quien era y de lo que debía ser, no se apartaba dos dedos de su regio protector, ocupado en empollar su candidatura y no paraba en casa sino los viernes de precepto. Aquellos íntimos eran muy contados: don Francisco de Paula, don Navigio, don Buenaventura y algún otro vejancón; jóvenes ninguno, ¡oh, ingrata pavera más dura que el pedernal y que el diamante! para tus pavos, los plantones al sol y bajo la lluvia, las marchas y contramarchas, ¡mucha labia, poco grano y absoluta negativa a conceder el acceso del dulce y caliente nido de la intimidad!

El más puntual de todos era don Navigio; traía siempre o un cucurucho de confites de Córdoba (don Navigio era cordobés) hechos de pura piedra para martirio de muelas y agosto de dentistas, o un tarro de almíbar glutinosa, obra delicada de las propias manos de una hermana suya, monja profesa en un convento de la doctoral ciudad.

—¿Se puede? — decía discretamente desde la puerta.

—Pase usted, amigo mío—contestaba misia Damiana echando una ojeada a la *psiché* (otro término de moda) para juzgar de la disciplina de su flequillo—, ¡siempre tan amable! muchas gracias, ¿de sor Petronila? sin probarlo se conoce... ¿Qué hemos hecho hoy? ¡Jesús! la mar de cosas: de funeral por la mañana, ¡ya ve usted qué desayuno! después a las tiendas, a visitas, a Palermo, y por último a mi Asilo, a ver mis queridos huerfanitos... Esta vida de Buenos Aires me marea, ¡ay mi tranquilidad de Catamarca! ¿creerá usted

que a veces me vienen unas ganas muy grandes de volverme?

—¡Volverse!—exclamaba al fin don Navigio (ya repantigado en la coquetona butaca de felpa gris perla)—no pueden ser tan grandes esas ganas que dice usted; no faltaba más, ¿y el alto puesto que la tenemos preparado, señora mía?

Misia Damiana, muy hueca, tosía.

—¡Un presente griego, amigo mío! que sólo por patriotismo hemos podido aceptar; ¡deje usted que Adrián sea Presidente! ¡cuántas cosas buenas vamos a hacer!... ¿y los porteños? ¿siempre tan indóciles, tan ariscotes? yo no leo un diario aquí, porque son muy desvergonzados... Prueba, Alcirita, estos confites, a ver si los encuentras tan duros como los otros, ¿sabe usted lo que me decía ésta ayer? ¡que le pidiera a usted una tonelada para empedrar el patio del Asilo!...

Don Navigio traía, además, las noticias menudas de palacio, la relación completa del chismorreo diario, y con la premura con que descargaba sus paquetes sobre la consola, apenas conseguía cortar el hilo de la verbosidad de la señora, desembuchaba todo lo serio, lo jocoso, lo picante y hasta lo inmoral, sin respeto a los candorosos oídos de Alcirita, que su asombrosa retentiva almacenara desde la noche anterior, provocando el balanceo de su colmillo bailarín, y las risas francas de la madre y comprimidas de la hija.

Pero el de las nuevas de alta política, trascendentales, era el doctor Trujillo, que entraba con la serena majestad que solía, presentando su manita blanquísima y regordeta.

—¡ Muy buenas, muy buenas noches ! ¿qué tal? hace calor, ¿no les parece a ustedes?... ¡ ay, señora mía ! ¡ lo que se dice y lo que se teme ! tiene usted razón : no es mal sastre el que conoce el paño, ¡ estos porteños !

Quien nada traía era el empachado literato, don Buenaventura, y gracias que, por no ser costumbre, no obsequiaba a la tertulia con la lectura de algún farragoso artículo (él no escribía nada más que artículos, los cuales, bien cosidos unos con otros, servían, y es servir, para la confección de sus celebrados volúmenes) aunque nunca dejara de citar el periódico que venía cargado con uno de los suyos, y preguntara :

—¿No lo han leído ustedes? hay que leerlo, porque está sabroso, pero muy sabroso.

Allá a fines de febrero (fué el 26 o el 27 por la noche) entró don Navigio en el saloncito con las manos limpias, ¡ cosa extraña ! quiero decir, vacías, que en punto a pulcritud, a pesar de sus relaciones con don Adrián, podía desafiar a los mismos chorros del agua... Entró, pues, don Navigio, sin pedir permiso : las señoras estaban sentadas, frente a frente, delante de la consola, sin hablar, preocupadísimas, bajo la luz insolente de los cinco mecheros de gas, que aumentaba el calor, pero hacía brillar más los diamantes de misia Damiana.

—¿Viene usted de casa de García Luces?—preguntó la señora suspirando.

—De allá vengo...

—¡ Qué desgracia !—exclamó misia Damiana alzando sus manos cargadas de sortijas.

—¿Ha visto usted?—dijo el viejo Soto.

Un hombre de tan grandes y extraordinarios méritos como don Tomás García Luces, asesinado alevosamente por los ordenistas, caído al pie de la bandera del gran partido que en la República representaba el progreso y la libertad, ¿qué menos merecía que los honores decretados por el Superior Gobierno? la bandera nacional a media asta en todos los edificios públicos, los gastos del entierro a costa del erario, discursos oficiales... En un artículo necrológico de seis columnas, un periódico eneísta lanzaba la idea de erigirle una estatua, ¿y por qué no? Don Tomás se la había ganado como tantos otros, que ahí están, de bronce o de mármol, haciendo volver la cabeza a estas generaciones iconoclastas, que se preguntan alzando los hombros: ¿Quién es ése?

Mientras los diarios ordenistas se hacían los suecos o se burlaban de la alharaca que armaran los contrarios con motivo de la muerte del millonario *estanciero* de Ombú, los eneístas, el gran partido, como decía don Navigio, acudían a recibirlo a la estación...

—¿Vió usted el cortejo, señora?

—¿Qué he de verlo? no pude, porque figúrese usted que el sombrero negro que la modista me tenía prometido para las diez, ¡no me lo trajeron sino a las doce!

—Pues era digno de verse: ¡tanta gente como en un veinticinco de Mayo!

—Mucho lo siento... también ésta (señalando a la pensativa Alcira) tiene un miedo atroz a las apreturas... ¡Ah! ¡si yo fuera gobierno ahora! daría cualquier cosa por serlo, ¡qué escarmiento,

amigo Soto! en la plaza de Ombú mandaba colgar a todos los ordenistas; así le digo a Adrián: no, lo que es tú no vas a venirnos con paños calientes: ¡mucha energía y tente tieso!

—Naturalmente—apoyó don Navigio—, y así debe ser, que los países jóvenes son como los chicos: hay que educarlos a látigo; si no, se le suben a las barbas al más pintado.

Misia Damiana preguntó:

—¿Y las niñas? ¿ha estado usted con ellas? porque esta tarde fuí y no me recibieron; la que salió a la sala fué la mujer de don Buenaventura, Florinda, que no le habla a usted de otra cosa que de los diferentes métodos de lactancia y de la salud de sus nenes...

—¡Sí, no reciben a nadie! están, según dicen, muertecitas de pena, y se comprende.

—¡Ay, don Navigio, si yo tuviera el poder! le digo que mandaba colgar a todos los ordenistas; ¡vaya si los colgaba!

Alcira, entretanto, no decía palabra: miraba al diputado, miraba a su madre, oyendo distraída la conversación, en lucha con un pensamiento muy negro que aquel nombre de García Luces había despertado, y que llegó a arrancarla de su asiento y conducirla al balcón.

—¡Pobrecilla!—susurró la señora—, es tan amiga de Jovita y de Elena, ¡uña y carne!

Observación apoyada por el cordobés con un suspirote lacrimoso.

Sin que se sintieran sus pasos, llegó don Adrián, de pronto, enlutado, con el sombrero puesto, el junco bajo el brazo, peleando a tirones con el guan-

te de la mano derecha, que la otra, ya vestida, no atinaba a calzar.

—¡ Favor ! ¡ ayuda ! ¡ maldito guante !

—¡ Espera, hombre, no alborotes tanto !

La señora acudió a prestarle auxilio en aquel trance, y el bueno de don Navigio también se levantó y metía las narices, a fin de darse cuenta de la dificultad de la situación.

—¿Es un botón flojo?

—No, señor, ¡ qué flojo ha de estar ! ya le tiene usted prendido.

El doctor empujó suavemente a don Navigio y le hizo sentar en el sofá ; luego, poniéndole las manos en los hombros :

—Dicen que Ordenado conspira ; que no se da ni se dará por vencido, que conocido el resultado de las elecciones del 10, que le quita toda esperanza de triunfo, va a lanzarse a la revolución, y hay jefes y oficiales del ejército comprometidos : se citan nombres.

—¿Sí, eh?—contestó Soto sin inmutarse.

—¡ Ay, Adrián ! — clamó misia Damiana, que perdió de golpe todas sus energías gubernamentales—, si ha de haber tiros y barullo, mejor será quedarse en casa... ¡ y hasta volverse a Catamarca !

—¡ Quite usted allá, señora ! verá usted qué pronto damos cuenta de Ordenado y qué paliza se llevan los suyos...

¡ Bueno estaría que, preparado todo con el arte que la tradición impone, coligados los gobernadores, elegidos los colegios electorales, prontas las armas, fuera de temerse una derrota, porque la señora opinión se echaba a la calle, pretendiendo

oponerse a la voluntad del Presidente! ¿cuándo se vió cosa semejante? si lo que se vió siempre y se verá es salir corrida a la opinión, y que tiene ella tanto derecho de elegir quien la gobierne, como él, don Navigio, de hacer obispos. ¿Cuántos gobernadores tienen los ordenistas? porque es lo que hay que preguntar, ¿cuántos gobernadores? y no ¿cuántas provincias? las provincias no tocan pito en el concierto... pues, sólo dos, los de Corrientes y Mendoza; los doce restantes eran eneístas; y con doce gobernadores y el Presidente, ¿podía nadie dudar del triunfo del doctor Eneene?

Don Adrián dijo:

—Ya sabe usted que del de Córdoba no me fío...

—Pues, afuera mi paisano y vaya otro que responda mejor a nuestros propósitos, ¿qué ha de estar contento él si usted le sopló la dama, inutilizando su candidatura? poco furioso que se fué de aquí mi don Olimpo, al día siguiente del banquete aquel.

Escuchóse una voz conocidísima, que venía diciendo:

—¿No está mi querido amigo el doctor Eneene? pasaré a saludar a la señora.

Y el grande e ilustre don Francisco de Paula se presentó, amable y sonriente, como de costumbre.

—¿Quién asegura que no estoy en casa?—dijo don Adrián saliendo a recibirle y quitándose el sombrero—, no haga usted caso de la consigna del criado, que para amigos como usted este afectísimo y seguro servidor está siempre visible.

Misia Damiana saludó con gracia:

—Bienvenido, doctor Trujillo, siéntese usted, y

háblenos del horrible drama de Ombú, que aquí perecemos de ganas de oírlo de su boca... ¡muy buenas noches! y esa importante salud, ¿qué tal? ¿qué tal?...

Con el trágico ademán de un Sócrates de teatro rechazando la cicuta, don Francisco contestó:

—¡Ah! señora, no me hable usted de Ombú, ¡por favor! ¡valiente temporadita he pasado allí! ¡mire usted qué jira política más desgraciada no he hecho en mi vida!

Divisó la blanca figura de Alcira en la penumbra del balcón, y allá se fué a saludarla con su refinada galantería... El doctor Eneene protestaba del epíteto aplicado a la reciente campaña:

—Desgraciada, ¿por qué? si hemos triunfado.

—Justo; ¡hemos triunfado! habla usted como un general que sólo ve los resultados de la batalla y hace caso omiso de los muertos y heridos que le cuesta, ¡y mucho nos cuesta esta batalla! y si no dígalo, ¡ojalá pudiera decirlo! el nunca bastante llorado amigo don Tomás, en cuya amable compañía tantos días he pasado, y que su negra suerte y la mía dispusieron había de traerle muerto, ¡cuando tan necesario era que viviese, para su familia y para el partido!

Se sentó en el sofá, después de este párrafo de oración fúnebre, y compungidos quedaron los oyentes, al menos en apariencia, porque misia Damiana movió mucho los párpados, la cara de clérigo de don Navigio se obscureció, y don Adrián se mordió la uña aquella larguísima del meñique; ya estuviera el doctor Trujillo en su escaño del Congreso o en sitio donde hubiera oídos que le escucha-

ran, y tocaban a perorar, su elocuencia era la misma e iguales su mímica y su voz : ahora, en el saloncito dorado, en presencia de su ilustre amigo, a quien debía dar cuenta de los trabajos electorales llevados a cabo bajo su inmediata dirección, su oratoria iba a adquirir tonos sublimes y sobrepasar las cumbres de la fama, donde llegaran cuantos en todos los tiempos ejercieron el arte de la palabra... Por supuesto que no había de hacer una relación sucinta, con puntos y comas, de su viaje, que resultaría aburridísima : todas las gacetillas contaron sus pasos y sus apretones de manos y sus discursos, las copas de champaña que bebiera y los capones que le sirvieran, desde que salió de Buenos Aires hasta el Trigal, penúltimo pueblo de la jornada y último donde la amabilidad, la cortesía y la cultura social hallaran simpático albergue ; una cosa, sí, tenía que rectificar, aun a riesgo de caer en la pesadez, y era que su entrada en aquel poblacho de Ombú, apestado de ordenistas, no revistió los caracteres de sainete que la prensa de Ordenado le dió : ni hubo pitos, ni piedras, ni nada ; ¡ cuatro gritos de cuatro borrachos, y pare usted de contar ! Es cierto que allí no halló el entusiasmo por la causa eneísta que en otras partes, ese vitorear frenético al doctor Eneene, que con tanta emoción y complacencia escuchara doquier, y esto hizo doblemente difícil su misión y más cara la victoria... ¡ Aquellos malditos ombúenses eran muy duros de pelar ! había costado domarles ; ¡ pero, quedaban domados ! y el triunfo definitivo asegurado de tal modo en toda la República que,

como se lo dijera en la estación a su grande amigo don Adrián, con el primer abrazo, el sillón de Rivadavia le esperaba, firme e inconmovible. Ahora, si él juzgaba desgraciado aquel viaje, era por razones que no se atrevía a calificar de menor cuantía, aun salvado el objeto principal, y estas razones le hacían afirmar que días más tristes que los de Ombú no pasara en su vida, y que tantas ganas tenía de volver allí, como de que le ahorcaran.

Dió detalles ya conocidos, y los otros se pasmaban, con grandes aspavientos misia Damiana, exclamaciones, ya de compasión, ya de sorpresa, de don Adrián y don Navigio... Luego, acercándose más, las cabezas juntas, los codos en los muslos, hablaron en voz baja de la revolución que se anunciaba: era estúpido, ¿con qué iba a hacerla Ordenado? ¿con qué armas? ¿con qué dinero? La señora bostezó, primero discretamente, después con toda la boca; observaba, entretanto, que don Francisco de Paula traía quebrado el color y muy asoleadas las manos. De pronto, dijo:

—Pero, ¿es cierto eso de la revolución? ¿para cuándo la tienen armada? ¡que lo avisen con tiempo, no sea cosa que me echen a perder mi *kermesse* de Mayo!

Y tan enfrascados estaban los tres en su disertación política, que no la oyeron; ni el doctor Trujillo, espejo de la galantería, se volvió para contestarla.

En la calle, los vendedores de periódicos se desgañitaban pregonando *boletines* con las más graves noticias acabadas de pescar, y un organillo desentonaba agriamente la más criolla de las *milon-*

gas. De codos en el balcón, Alcira meditaba. Y aquel pensamiento tan negro, tan negro, que parecía dominarla, era debido a la carta que recibiera pocos días antes de Elena García Luces, en la cual, con asombrosa frescura, la comunicaba haberla robado el más mono de sus pavos, el más simpático, el más bonito, su pavo rubio, el número 3, ¡Perico Trujillo, en fin!

II

De misia Perpetua Galán a Fernando Hierro.

Ombú, 10 de marzo.

Querido Fernandito :

No son todo lo buenas que yo deseara las noticias que he de darte del tío Román, y me refiero en esto al estado de su ánimo, que su salud, a Dios gracias, es excelente ; pero con la encerrona que lleva y el ensimismamiento en que ha caído, más tenaz que nunca desde tu partida, ¿no crees tú que puede enfermar de veras y darnos un disgusto? De su cuarto no sale y la tienda está en manos de los dependientes ; ¡figúrate las mangas y capirotes que cortarán para su uso personal! yo, que no tengo, por mi desgracia, más derecho de inmiscuirme en vuestros asuntos, que el que me da mi vieja y sincera amistad, con este genio mío me consumo viva de ver estas cosas y el sesgo que, indudablemente, y como Dios no lo remedie, han de seguir. Ya sabes que él no oye consejos y que en punto a terquedad no tiene igual ; como ha perdido su buena costumbre de venir a casa (aprovecho la ocasión para ofrecerte mi nuevo domicilio, Progreso, 15, a espaldas de la iglesia, cuatro piezas, bastante malas, de las que subarriendo dos, que, si no, no podría con el alquiler, y una cocinita y un patio del tamaño de un pañuelo)... decía que Román no viene ya a visitarme : su misantro-

pía llega a tal extremo que no quiere ver gente, proclamando con la franqueza que tú le conoces, que el ser más canalla de la creación es el hombre (y la mujer, que uno y otro se complementan) y retraído del trato social, hace sus delicias la compañía de un perro, al que ha puesto, naturalmente, el nombre de Ordenado, y dos morrongos; me cuenta Brígida que anteayer el perro le mordió, entre bromas y veras, y él castigóle con esta frase airada :—¡ Ingrato ! ¡ muerdes como si fueras hombre ! Te doy estos detalles para que tomes el pulso, como buen médico, al tío Román.

Si él no viene, voy yo a verle, que ya soy bastante vieja para no temer la maledicencia y me río de lo que puedan decir ; violentando su consigna, me cuelo en su cuarto, en su santuario, y le echo unos responsos, que le quedan ardiendo las orejas : no debe estar así, porque no, porque los otros, los Aldúnez, dirán que le han corrido y que la pérdida de su gran batalla le ha amilanado y aplastado, ¡ y se burlarán, los Aldúnez ! Si Fernandito se ha ido a la capital, apenas repuesto de aquel percance que tumbado le tuvo en la cama una semana, ha hecho muy bien, ¿qué porvenir le esperaba aquí? este teatro es demasiado mezquino para su carrera y sus talentos... En fin, hijo mío, que no dejo resorte por tocar, y él o me escucha en silencio o me manda a paseo, pero se traga la filípica : a veces, no fuerzo mucho la nota, por temor que el amor propio se le suba a la cabeza junto con el coraje de su vencimiento, y se meta en otra y nos revuelva de nuevo el pueblo ; sería lo peor, ¡ lo peor ! así se está, al menos, tranquilo.

Brígida, la infeliz, me dice :—¡ Señora Perpetua, por la Virgen Santísima ! no deje usted de venir todos los días a echarle al amo una buena mano de consejos, que mucha falta le hacen ; ¡ mire que si llega a darle otro golpe de fiebre como aquella noche, y se viste de payaso y se sale a la calle a cantar el himno, voy a morirme de miedo !

Contigo está furioso por la escapatoria, no te perdona lo que él llama tu abandono y tu deserción ; ¡ dice no quedarle más ilusiones en la vida que su perro y sus morrongos ! ¿ Sabes lo que hizo con tu carta de llegada ? la rasgó en cuatro pedazos y mandóla echar al corral ; después la pidió a Brígida, y como ésta le dijera haber cumplido su orden, fuése al patio y se estuvo hurgando en los rincones... Al fin, Brígida sacó del bolsillo de su delantal la carta despedazada, y él, con toda la paciencia del mundo, los ojos mojados (dice Brígida que lloraba mucho mientras leía) uniendo los trozos, se enteró de cuanto tú le escribías. Vuelve a escribirle y no le guardes rencor, ni de las palabras agrias con que te despidió, ni de su silencio ahora, ni de lo que mañana pueda decirte, si te contesta ; pero, no le hables jota de política, porque echarías todo a perder : con Brígida hemos convenido en esconderle cuanto diario le llega, atribuyendo a faltas del correo su ausencia ; mas ha ocurrido que él se va a la puerta a esperar al cartero, y ese día, con la lectura de algún editorial ordenista, se pone insoportable.

En el pueblo no se mueve una paja ; los Aldúnez tan frescos, como de costumbre ; yo, cada día más esplinada y abatida con estos disgustos y la

pérdida de mi escuela, que era mi pan y la distracción de mi ánimo. De Figuración iba a contarte algo, pero el papel se me acaba... ¡Jesús! ¡qué carta más larga! van ocho carillas, ¿a que no encuentra usted, señor maestro ciruela, una sola falta de ortografía? me olvidaba que, en mi carácter de antigua preceptora, vergüenza grandísima sería que las hiciera... pues, no lo creerás: conozco yo, y no está muy lejos, por cierto, quien las hace a millones, ¡y con diploma!

Aunque ya no hay espacio, escribiré atravesado, por lo cual me dispensarás: dime qué me pondría en este hombro izquierdo, que no puedo moverme del reuma: lo he untado con cuanto menjurje me aconsejaron, y duro que duro; no es sólo el dolor que me molesta, sino la necesidad perentoria de trabajar: con el hombro prendido y el brazo tieso, no es posible coser... pero sí escribir, aunque sea con mala letra, dirás tú.

Adiós, hijo mío; consérvate bueno. Tu afectísima servidora,

PERPETUA GALÁN.

De la misma al mismo.

Ombú, marzo 13.

Querido Fernandito:

Muchas gracias por tus cuatro líneas, tan afectuosas, y la receta para el reuma: tomé el salicilato y a las pocas cucharadas quedé como nueva; tiene la bebida un gustillo muy agradable a azahar, y yo por el azahar me muero.

Di al tío los recortes de periódicos, que adjuntabas, referentes al entierro de García Luces; me preguntó:—¿No me escribe?—¡Qué ha de escribirte, le dije, si su carta primera va ya para una semana que espera la respuesta! Aquí teníamos leído contigo en *El Noticiero* algo sobre el entierro del de La Jovita, y también en algún diario de Román, pero nada tan completo como lo que tú mandas, con la descripción minuciosa del cortejo, del desfile y el texto de los discursos: éste es el mundo al revés, hijo mío, y no parece sino que a todos se nos tomara por un hato de cretinos, ¡mira que García Luces enterrado con campaneo, salvas y discursos! ¿cuándo se las vió más gordas el gauchón de don Tomás? ¿quién llegó a soñarlo? y la idea de la estatua, ¿puede ser más ridícula? ¡como si la amistad tuviera poder bastante para hacer de un pobre hombre un grande hombre! a pesar de los honores increíbles decretados, y precisamente por eso, por increíbles y fuera de lugar, ¿podrá evitarse las risas de la posteridad? Ya observarás que estas ideas, aunque partícipe de ellas, no son mías, sino del tío, que tuvo un berrenchín con la lectura de los tales sueltos, y se despachó a su gusto contra el gobierno y contra el país entero, el país de la mentira, como él dice.

Y lo que quería contarte en mi anterior de Figuración, es esto: que parece va a armarse una muy sonada, con motivo de presentarse ella ante el juez en demanda de alimentos, contra aquel nuestro conocido, ¡que ahora resulta no sólo padre de almas, sino de chicos! ¿qué escándalo más grande, eh? ella está lo más echada a los perros,

porque cuando se pierde la vergüenza, no queda ya nada que perder, ¿te acuerdas tan recatada como era, y tan pulcra y relamida? pues ahí anda con un desgaire y una desfachatez, el muñeco en brazos (que es la estampa viva de don Benvenuto, ¡Dios me perdone!) publicando su deshonra... En casa llegó a presentarse y del umbral no la dejé pasar; ¡para que te fíes de las caritas humildes! La situación del otro, parece muy comprometida, porque no sólo es Figuración la que le acusa de tamaño desaguisado: hay cuatro víctimas más, que, animadas por el mal ejemplo, también se presentarán a echar leña a la hoguera del escándalo: esto ha dado motivo a que vecinos respetables se reunieran y acordaran dirigir una solicitud a la Curia, a fin de remover tan mal sacerdote: en la tienda estuvieron a pedir a Román su firma, que no quiso darles. Pero se dice que los Aldúnez se oponen a que se extiendan los pasaportes al curita, por la ayuda eficaz que éste les prestó en las trapisondas aquellas electorales, y preparan una contra-solicitud; de aquí que, mezclándose la política, no se puede colegir en qué pararán las misas...

Otra noticia te daré, y es que Santos Frutos, aquel del suceso con el petimetre que estuvo hospedado en La Jovita, y andaba a monte desde entonces, ha reaparecido y se muestra en las calles del pueblo, sin que nadie le moleste; de algo había de valerle el ser eneísta. Está tan flaco, que parece ético; el gallego de la esquina de Hierro en más de una ocasión, para cerrar la pulpería, ha tenido que echarle fuera y acostarle en la acera, comple-

tamente borracho. Su madre, ña Pascuala, una excelente mujer, viene con frecuencia a visitarme y me cuenta sus penas; a su hijo le han echado mal de ojo, *gualicho*, según su expresión, ¿quién? una mujer rubia... Pero, ¿a qué te cuento yo estos disparates, que nada te importan?

Lo que sí importa que te diga y aconseje, es que debes reformar ese carácter tristón y apocado, herencia de tu tío, que de nada ha de servirte para tu porvenir y me das una muestra en la primera frase de tu carta: *estoy contento a medias*. ¿Y por qué no has de estar contento del todo, hombre? ese abatimiento se guarda para quien, como yo, lleva a cuestas la vejez y la pobreza, y no le espera en el mundo otra cosa que el hoyo del cementerio, lo que a nadie se niega, ¡pero tú, tú! es preciso que aproveches tu estadía en la capital, y busques la manera decente, decente, porque en las formas, hijo mío, está el busilis de todo, de meterte en el campo eneísta: visita al doctor Eneene, que, según fama, es muy dadivoso con tal que se le ofrezca el voto, y que te dé algo, y si puedes sacarle mi reposición en la escuela municipal, se la sacas, que harás una obra de caridad; ahí va un dato, por si de algo sirve: la actual maestra, mi sucesora, no conoce la ortografía, y de cuentas ¡ni esto! lo sé por la nueva pasanta, ¿no es vergonzoso que a personas sin la debida preparación, se les confíe tan sagrada tarea como es la de educar?

Haz lo que te digo, Fernandito; visita a Eneene, pídele para tu santo y no te olvides del mío. Lo contrario es caer en las de Román, y pasarse la vida mordiendo el freno.

¿Otras ocho carillas? ¡qué vieja más charlatana! temo aburrirte y me planto... ¡Ah! dime si debo seguir tomando el salicilato, aunque el dolor del hombro haya desaparecido.

Con mis mejores afectos, soy tu siempre segura servidora

PERPETUA GALÁN.

De Fernando Hierro a don Román Hierro Bermúdez.

Buenos Aires, marzo 17.

Mi querido tío:

Veo por su silencio que no cede usted un ápice de su actitud intransigente y guerrera y la almohada no le presta consejo. ¿Hasta cuándo, tío? esto de cerrar la puerta a las razones y no oír más voz que la de la propia pasión, hace la obscuridad y trae la ceguera.

En la triste escena de nuestra despedida, que usted quiso fuera violentísima, ¡me llamó usted cobarde! Esta palabra en su boca pierde todo su amargor y su virulencia, aunque no alcance a ser completamente inofensiva, porque es cruelmente injusta. ¡Tonto sería yo si me ofendiera! sé que usted no *cree* que soy cobarde, que *sabe* que no soy cobarde; pero esto no me basta: usted lo dijo y lo dice todavía que, por miedo, había yo abandonado el pueblo y desertado del partido ordenista, y esto me subleva, porque no es cierto; no quiero poner *falso*, por respeto a sus canas. Mi carta anterior, que no ha merecido respuesta, da

al respecto todas las explicaciones deseables, las explicaciones que usted no quiso oír cuando discutíamos lo de mi partida, y que no ha querido leer; ¿se dignará usted enterarse, ahora que voy a reproducirlas?

Mi permanencia en el pueblo no respondía a nada útil, ni para el partido, ni para mí, ni para usted: para el partido, porque, suprimida la libertad de imprenta y bajo el imperio del garrote oficial, era candidez y temeridad resucitar *El Eco*, como usted pretendía: al día siguiente, Aldúnez Segundo lo hubiera suprimido, si es que no juzgaba más cómodo y conveniente suprimir a su redactor y propietario, como ya lo intentó; y sin la palanca de *El Eco*, ¿cabía lucha posible con los Aldúnez? como no predicáramos la gran cruzada, nuevo Pedro el Ermitaño, en medio de la plaza pública... Para mí, porque, desarmado, no me cuadraba la pelea a puño limpio, ni me hacía gracia, y por ignominioso lo tendría, caer bajo el facón de un don Zoilo o de un don Claro, y tampoco me la hacía haber aniquilado mis fuerzas en el estudio tantos años para asistir a enfermos de balde, obra de misericordia, que si da indulgencias al alma, no da lastre al bolsillo: usted sabe que en los meses que allá he ejercido la medicina, he visto muchos enfermos, pero de pesos ni un centavo... Y finalmente, para usted, porque, con sus aficiones solitarias, exacerbadas con los últimos sucesos desgraciados, mi compañía había de serle más incómoda que agradable. ¿Me explico? creo que no será necesario echarle agua para ponerlo más claro.

¿Quiere esto decir que abandono el partido or-

denista, y me convierto en uno de esos ciudadanos egoístas que usted, con tanta razón, llama *neutros*, pues no sirven ni a Dios ni al diablo, y se pasan la vida mirando con ojos secos las desgracias, las angustias y los dolores de la patria? Pero, querido tío, ¡ si soy más ordenista que nunca ! Escríbame, y se convencerá, por las cosas que he de contarle ; pero, si no me escribe, ésta será mi última.

Su afectísimo y respetuoso sobrino

FERNANDO.

De don Román Hierro Bermúdez a Fernando Hierro.

Ombú, marzo 19.

Querido Fernando :

Recibí tu carta fecha 17 ; me alegro mucho que te encuentres bien en ésa ; mi salud sin novedad. Que Dios te bendiga. Tu tío

ROMÁN HIERRO BERMÚDEZ.

De Fernando Hierro a don Román Hierro Bermúdez.

Mi querido tío :

Un simple acuse de recibo, la fecha, la rúbrica, y punto final... pero algo es algo, y no es flojo triunfo haber conseguido arrancarle una palabra, aunque desganada. Esa palabra es una prueba que

ha entreabierto usted su puerta á las razones; ya la abrirá usted de par en par, ¿verdad, tío excelente y regañón? y se convencerá que presentar nueva batalla en las condiciones que usted sabe, era ridículamente quijotesco, y más vale, por ahora, hacerse el muerto: el día vendrá del despertar, y no está lejos... Entonces probaré a usted que ni soy cobarde, ni he desertado de las filas ordenistas.

Hechas las paces (yo, al menos, así lo creo), diré a usted cómo lo paso en esta gran ciudad de mercachifles y politiqueros, cuya atmósfera empobrece la inspiración y mata el arte... En la calle Belgrano, en una casa baja muy decentita, acabada de empapelar y pintar, y mediante el escandaloso alquiler de 200 pesos (así anda todo aquí, carísimo: el vivir y la vergüenza), tengo mi domicilio y mi estudio, o mejor dicho, mi consultorio; porque, como en este aperreado oficio de médico es moda hacerse especialista de cualquier cosa, y si no se proclama saber curar una enfermedad determinada, a juicio del público doliente no se sabe curar ninguna, me he visto obligado a seguir la corriente de la tontería, y he puesto un consultorio para las enfermedades del corazón, ¡mire usted que un poeta curando corazones es mucha cosa! Las enfermedades de este órgano interesantísimo son muy comunes: puede decirse que no hay una sola persona que no lo tenga dañado, o crea tenerlo, o en apariencia lo tenga, aunque no escasean las que no lo tienen ni dañado ni por dañar; esto me indujo a dedicarme a la especialidad de curar afecciones que a todos alcanzan por igual, viejos

y jóvenes... Pues, ¿creerá usted, tío? o en Buenos Aires las gentes andan sin corazón, o tan atrofiado lo tienen, que no lo sienten, porque mi consultorio está desierto, a pesar de la reluciente y llamativa chapa de la puerta. De lo cual se infiere que el estado de la hacienda no es muy halagüeño y el déficit se presenta con caracteres alarmantes; pero, he de luchar, tío, y he de vencer: de nada me serviría ser tan delicado especialista, si no fuera capaz de ablandar el corazón de la diosa Fortuna.

Entre mis tareas profesionales, versificar y garabatear algunos artículos de oposición, que ni me los pagan ni me los agradecen, paso mis días tristes y sin sol. El espectáculo del mundo político, visto de cerca, es simplemente repugnante: si allí el ignominioso cacicazgo de los Aldúnez le saca a usted de quicio, ¿qué sería con estos de la capital, más refinados y no menos criminales? ¿qué, si viera al Presidente mover con descaro inconcebible los hilos de vergonzosa intriga, para hacer de Eneene un sucesor, que sirva de tapadera a todos los chanchullos de la administración? ¿qué, si le oyera usted el *Rodear a Adrián*, y a esta frase profética viera el mundo de empleados, de ambiciosos, de hambrientos y de sinvergüenzas evolucionar como cuerpo de ejército bien disciplinado? ¡Ah! si la revolución, que se prepara, triunfa (yo lo dudo, porque las cosas santas no triunfan siempre) y se encontrara S. E. forzado a cambiar la orden, ¡ya veríamos a todos acatarla y hacerse el vacío más absoluto y asfixiante alrededor de Eneene! ¡qué prácticas republicanas tan singulares las nuestras! y esto es y será, mientras no se des-

poje al Presidente de las facultades omnímodas que la Constitución, excelente para países mayores de edad, pero inadecuada para nuestro carácter y nuestras costumbres, le acuerda, y en vez del mandón arbitrario y despótico, hagamos de él un jefe de Estado, que presida y no gobierne, por medio del sistema parlamentario o de cualquier otro sistema... Adjuntos van tres recortes de artículos míos, en que me ocupo largamente de este asunto, por donde verá usted que el redactor de *El Eco* no ha metido violín en bolsa, a pesar del garrote aldunezco, y sigue siendo más ordenista que Ordenado mismo.

Ahora diré a usted, bajo reserva, que los trabajos subversivos adelantan : medio ejército se halla comprometido y la idea revolucionaria, de oposición al criminoso capricho presidencial, cuenta con simpatías entusiastas ; el general, siempre patriota, no quiere la efusión de sangre, pero ¿cómo evitarla?... Hace dos días, estuvieron a verme, pues con motivo de los sucesos de Ombú y mis artículos recientes, publicados bajo mi firma, como acostumbro, mi nombre ha adquirido cierta notoriedad, y me propusieron entrar en la conspiración... y en ella estoy metido, tío, en cuerpo y alma ; ¡bien sabe Dios que si dinero no he dado, es porque no lo tengo! detalles y quizá órdenes, irán después, porque de convulsionar la provincia y no limitar el movimiento a la capital, tiene usted en Ombú su papel señalado. Y por si hubiera quien tenga interés en violar nuestra correspondencia, en adelante le escribiré bajo el sobre de misia Perpetua, de los dependientes y hasta de Brígida, disfrazando la

letra, y usted a nombre de mi sirviente Verísimo Perales... Esta sí, querido tío, que es campaña digna del patriotismo y del sacrificio; ¡que el Cielo bendiga nuestras armas!

Basta de política y párrafo aparte. No he visto aún a las señoritas de García Luces; días pasados estuve en su casa de la plaza del Retiro y me contenté con dejar tarjeta, sin querer anunciarme; no volveré más, porque podría atribuirse mi insistencia al deseo de no ser olvidado para el día del pago de cuentas... Esta idea me subleva tanto, me lastima tanto, que, si fuera posible, iría a recoger mi tarjeta; mi simpatía por esta familia es muy grande, y también mi reconocimiento a sus bondades, y no consentiré jamás que mi asistencia en La Jovita sea tasada y pagada como un servicio ordinario cualquiera. Al don Buenaventura sí le he visto; ¡qué casa la suya! es una sucursal de la inclusa, tanto chiquillo tiene, once, si no equivoco la cuenta: la mujer está tan estropeada, que no se sabe si es la criada o es la señora; don singular el de estos Luces de echar a perder el físico de sus mitades, ¿se acuerda usted de la pobre misia Jovita?

Esto ya no es carta, es un memorial. A la vista está que los clientes no abundan, cuando el señor médico especialista tiene tiempo suficiente para escribir largo y tendido: para usted he de tenerlo siempre, aunque el consultorio se me llene con todos los corazones despedazados que hay en Buenos Aires.

Salud, querido tío, y hasta la próxima. Su afectísimo sobrino

FERNANDO.

De don Román Hierro Bermúdez a Fernando Hierro.

Ombú, marzo 23.

Mi querido Fernandito:

Sí que están hechas las paces, y de firme, después de tu carta del 21, que recibí cuando acababa de almorzar, y fué para mí el postre mejor del mundo. Yo, hijo mío, no tengo dos maneras de juzgar las cosas: o condeno, o absuelvo; las medias tintas, los paños tibios, se me figura política digna de espíritus débiles, sin norte fijo y seguro. Enojado estaba contigo, y el diablo me lleve si pensaba mirarte a la cara en los días de mi vida; no podía conformarme con que el hijo, pues como hijo te he criado, educado y querido, me saliera cuervo, y despreciando mis doctrinas y mi ejemplo, se marchara a la ciudad, huyendo de la quema, en vez de quedarse a vengar las propias afrentas y las de su patria... A mí no me traigan armisticios, enjuagues, ni componendas: la guerra es a muerte con los Aldúnez del gobierno, y sólo cuando caigan y sus iniquidades sean castigadas, entonces los patriotas podremos descansar y dejar las armas, ¡pero, antes, no y no! Eso de que tú estás metido en la gran revolución próxima, me reconcilia contigo, Fernando, y es justo que te absuelva de los cargos hechos y de la excomunión lanzada sobre tu cabeza: si en ésa puedes servir mejor al partido, bien haya tu ausencia del pueblo, y recoja la patria el fruto de nuestros esfuerzos, que si todos, en la medida de lo posible, hicieran algo por

ella, no estaría tan decaída, arruinada y débil como está.

Te digo, hijo mío, que tu carta me ha levantado de mi abatimiento; reconozco en ti un Hierro, y no menos duro que el infrascrito. Háblame de esa revolución bendita, y vengan esas órdenes, que espero como agua del cielo, y cumpliré como yo sólo sé cumplirlas: ¿hay que levantar gente aquí? ¿hay que armarla? en menos que canta un gallo, y sin que lo huela don Zoilo, les preparo yo un batallón de primera y les revuelvo toda la comarca. ¿Ves, hijo mío? ya soy otro hombre, es decir, el de antes, el de siempre, y no el de estos días, triste, amilanado y casi idiota al reconocer mi impotencia para libertar a la patria de su oprobio.

¿Y sabes? tengo que confesártelo: yo atribuía tu escapada, no tanto a tu temperamento muelle, como a los lindos ojos de la mayor de las Luces; los viejos no nos chupamos el dedo: Perpetua y un servidor creemos que tu dedicación recomendable durante la última enfermedad de don Tomás, no tuvo más porqué que tu secreta simpatía por Jovita, lo cual más furioso me tenía contigo, pues olvidabas tus sagrados deberes para ir en seguimiento de una mujer... Pero, si esto no es así, y hemos juzgado tu conducta con el perverso criterio del vulgo, que observa siempre el lado malo, no sé a qué vienen esos miramientos tuyos en presentar una cuenta que bien ganada la tienes: preséntala, con mucha sal; ellas son ricas, y tú pobre; si con tales repulgos te andas, no extraño que tu consultorio dé los mismos balances que mi tienda... digo, si no te reservas para cuando llegue la

oportunidad de auscultar el corazón de la señorita de García Luces.

Como no salgo, no sé lo que pasa en el pueblo; me retraigo, por no verme en el caso de romper los huesos a alguno, tan quisquilloso estoy.

Quedo esperando nueva carta tuya, con mayores detalles; infórmame de todo; mi ansiedad es muy grande.

Recibe un fuerte abrazo de tu tío

ROMÁN HIERRO BERMÚDEZ.

De misia Perpetua Galán a Fernando Hierro.

Ombú, marzo 24.

Querido Fernandito:

No sé qué habrás escrito al tío Román, que se nos ha puesto en un estado de sobreexcitación alarmante, después de tu última carta; Brígida, despavorida, vino a avisarme que en su cuarto andaba dando grandes voces, y como las dos estamos con el Jesús en la boca, temiendo que de la noche a la mañana se le vuelen los pájaros, a la tienda me fuí y le encontré todo alborotado:—¿Ves, Perpetua?—me dijo—, ¡ya llegó la hora! Fernandito así me lo comunica.—¿La hora de qué? pensé, de ponerle el chaleco de fuerza, sin duda. No quiso darme explicaciones, asegurándome que se trataba de algo muy grave, muy grave... Mira si estaría nervioso que, por librarse de sus importunas ca-

ricias, dió un puntapié a Ordenado (al perro, no al general) y a los dos gatos agarró por el cogote y los echó al corral, ventana abajo. Yo quería ponerle unos fomentos de agua sedativa y a Brígida se le ocurrió hacerle una taza de flor de naranja, pero a las dos nos mandó salir del cuarto: creo que si le resistimos, hace con nosotras lo que con los gatos... Después he sabido que escribió una carta, y él mismo fué a depositarla en el correo, y más tarde se marchó en tu rosillo por esos campos, y volvió anochecido muy preocupado, acostándose sin cenar. ¡Ah, Fernandito! ¿qué le has escrito al tío? tú eres quien le da cuerda a su locura, en vez de aconsejarle que se esté tranquilo; ¿a qué le hablas de política en esa carta? ¿y a qué vais a meteros en otra como la de marras? ¡vosotros no escarmentáis! cuando llegaste al pueblo, bien que te lo previne: no se pongan en dimes y diretes con el gobierno, porque les va a salir la torta un pan. Y así fué, punto por punto. Ahora, quieren volver a las andadas... ¡bueno! que ustedes se alivien: ya vendrán a tocar a mi puerta, cuando les hayan derrengado.

En cambio, ¿a que no te acercaste a Eneene? ¿a que no le has pedido mi reposición? ¡qué has de hacer tú! tonterías sí, como la de mezclarse en los trabajos revolucionarios de los ordenistas... ¡Qué corrida vais a llevar! y me alegraré mucho ¿entiendes? ¡me alegraré mucho!

Tu afectísima servidora

PERPETUA GALÁN.

De don Román Hierro Bermúdez a Fernando Hierro.

Ombú, marzo 25.

Mi querido Fernandito:

Otra vez te escribo sin esperar respuesta a mi anterior, porque deseo darte cuenta de algunos pasos dados y exponerte consideraciones, que se relacionan con el magno asunto que sabes.

Me entusiasmaron de tal modo tus noticias, que ya no pude tenerme en casa, y me dió la humorada de salir a tomar el pulso de la opinión ombúense, para saber a qué atenerme en el caso probable que se me encargara el reclutamiento de fuerzas. Al primero que vi fué a Prieto, y en seguida a don Pedro Brama: no pienses que les dije palabra de tu carta, ni menté tu nombre siquiera; que no sería difícil que la indigna conducta del gobierno provocara una sublevación general, que ya se notaban síntomas, y que, en caso de producirse, Ombú no debía quedarse a la zaga, y sí unirse a la metrópoli con el entusiasmo patriótico de siempre, etc., etc. Como aquella noche aciaga, los dos se encogían de hombros y me respondieron que ellos mantenían su decisión inquebrantable de no meterse en más *bochinches, porque no querían ponerse a mal con el gobernador de la provincia...* ¡La misma excusa que dió García Luces, cuando su deserción! Les pregunté si no apoyarían con dinero el movimiento, y no se cortaron para contestar con un «no» redondo. ¿Qué te parece?

El boticario, que se prestó a hacer cantón en

su casa últimamente, y fué siempre tan entusiasta ordenista, se persignó tres veces y me contestó con un «¡Parece mentira, señor don Román, que no haya usted escarmentado! Yo, ni por pienso; por aquí no pasa nadie; gato escaldado, etc.» Y así todos. Me refiero a los ases, de dinero o de influencia, que a los otros, las cartas menores, me les arreo yo como carneros. ¡Aquí! ¡allá! ¡esto! ¡aquello! y van y ejecutan... ¡Qué falta me hacen don Crisanto y Julianito! ¿y *El Eco?* por más que digas, la reaparición de *El Eco* es indispensable en estas circunstancias; la tibieza, el enervamiento que con tanto dolor he observado, prueba son de cómo envilecen al pueblo los malos gobiernos, secando en él la fuente de los sentimientos nobles, y la manera de combatir tan grave daño es por medio de una propaganda enérgica, tenaz, diaria, en que se proclamen y repitan las grandes verdades, para que el pueblo las oiga y aprenda de memoria. ¿Sabes tú lo que vale tener un periódico? pero, si no te parece bien, nos pasaremos sin él, y a pesar de la mala acogida que he recibido de parte de quienes serán los primeros en presentarse si la revolución triunfa, como triunfará, no lo dudes, yo solo me comprometo a reunir en el partido de cien a ciento cincuenta hombres; armas no tengo (he encontrado cinco fusiles en el sitio consabido de la huerta, sin municiones), y falto de dinero, no puedo procurármelas: aunque he de volver a ver a los ricachones ordenistas, e insistiré en solicitar su auxilio pecuniario, bueno será que te acerques al comité central y expongas

mi situación : o armas o dinero, con la debida premura, si han de hacerse bien las cosas.

Verás mi plan : reunida y disciplinada mi gente, así que reciba aviso del levantamiento de la capital, caigo sobre el pueblo y me llevo la comisaría por delante : cuestión de cuatro tiros al aire, porque los milicianos de don Zoilo sumarán apenas unos treinta, y seguro estoy que, llegado el caso, confraternizarán con nosotros y se entregarán sin resistencia... y si resistiesen, buena cuenta darán de ellos mis ciento cincuenta hombres, perfectamente armados y municionados. Tomada la comisaría, somos dueños de Ombú : a cada Aldúnez le preparo un cepito colombiano que ni hecho de encargo, y les expongo en media plaza, al pie del obelisco... ¡ qué día ! ¡ qué gran día de reparación ! ¿lo verán mis ojos, hijo mío? sí que lo verán, ¡ y sino he de cerrarlos para siempre sin fe, renegando de haber nacido en un mundo donde el hombre, desesperado de no hallar la justicia, la busca en el Cielo !

Ahora bien : tú nada me dices, y yo debo preguntártelo : ¿el movimiento de la capital federal tendrá su repercusión en La Plata? porque si La Plata no secunda a Buenos Aires, ¿qué me hago yo en Ombú, atrincherado en la comisaría? caer como un chorlito en manos de fuerzas provinciales, que no olvidarán de enviar ; eso sí, e innecesario parece consignarlo, no sin luchar hasta morir. Como no conozco el plan de nuestro gran Ordenado, no es extraño ande con estas dudas y tanteos : cuando vayas al comité, y que sea pronto,

entérate de cuanto puedas enterarte, y me lo transmites, para yo aquí proceder en consecuencia.

Ten presente una cosa, y quiero que así lo hagas constar a los señores del comité central: que Román Hierro Bermúdez ha estado, está y estará siempre al lado del pueblo, y a su servicio pone su vida y sus intereses; que, defensor de la legalidad y la justicia, enemigo de los gobiernos de fraude, irá hasta el sacrificio, a las órdenes del grande e ilustre general Ordenado. Así soy yo, hijo mío: con una pata en el sepulcro y cantándome el *gori-gori*, ¡que me hablen de ir a combatir al gobierno, y me verán correr a tomar las armas, liado en la mortaja!

Tu afectísimo tío

ROMÁN HIERRO BERMÚDEZ.

De Fernando Hierro a don Román Hierro Bermúdez.

Buenos Aires, marzo 27.

Mi querido tío:

Con gran disgusto he recibido, he leído, mejor dicho, sus cartas fecha 23 y 25. La satisfacción de ver nuestras amistades reanudadas y mi conducta justificada por usted, han aguado esas andanzas suyas en el pueblo, cacareando planes revolucionarios y dando, sin pensarlo, la voz de alarma. ¡Parece mentira, tío, que un hombre con canas sea tan indiscreto y tan imprudente! ¡no hay nada dicho todavía, no hay nada hecho, y ya se ha reunido usted sus hombres, los ha armado, asaltado la comisaría, tomado a Ombú y colgado a los

cuatro Aldúnez! ¿Qué han de contestarle Prieto, Brama y los demás? lo que le han contestado: que nones, hasta no ver las patas a la sota. Y la sota no ha de verse quién sabe hasta cuándo; cuando aparezca, ya la verán todos; antes, no es posible enterar a todo el mundo de un plan secreto, cuyo éxito depende del sigilo y de la discreción... Yo no lo conozco, ¿es una revolución con ramificaciones en todas las provincias? ¿alcanza sólo a la de Buenos Aires? ¿está limitada a la capital federal? En vez de revolución, ¿es una conspiración, un complot, para apresar al Presidente y sus ministros? ¡no lo sé! Rumores corren de toda clase, que no hay para qué transmitírselos; yo en esto no tengo representación ninguna, soy un soldado raso, y mal puedo estar enterado de lo que sólo saben los directores del movimiento: cuando me avisen, acudiré con mi fusil al sitio que me designen, y *laus Deo*. Es lo que ha debido usted hacer: esperar que le avisaran para moverse, y no echarse a la calle a tocar a somatén fuera de tiempo... ¿Cree usted que los Prietos y compañía han de guardarle el secreto? ¡qué han de guardárselo si usted no ha sabido hacerlo! A los oídos de don Claro habrá llegado ya el soplo, de que usted se agita, de que usted anda comprometiendo gente: no se necesita más para que le echen el guante, y me le claven en ese cepito colombiano con que usted sueña obsequiarles el día del triunfo... ¡Vaya por Dios! si yo hubiera sospechado que iba a darle tan fuerte, no le hablo jota de este asunto: tregua a sus instintos belicosos, querido tío, no moverse de la tienda, y no chistar, hasta que yo

le escriba esto ha de hacerse, o aquello ; ¡ no vayamos a caer en algún barro !

Se va poniendo tan vidriosa la situación, que no se adelanta un paso sin tentar el terreno, y la propia sombra asusta ; el día menos pensado vamos a despertarnos en estado de sitio y el régimen del terror quedará implantado en toda la República. ¡ Triste suerte la de estos gobernantes que, para sostenerse en las alturas del poder, se apoyan en la fuerza bruta y no en los hombros del pueblo ! ¿ qué demonio les aconseja ? ¿ qué quimera les guía ? ¡ es tan fácil sembrar el bien y hacerse amar ! no, ellos no pueden ser felices... Ayer vi al Presidente pasear por la calle Florida, acompañado de su edecán ; nadie le saludaba, pero todos se volvían a mirarle, con sorna, con desprecio, con odio... con simple curiosidad ninguno. Y él, demacrado, lívido, girando los ojos torvos, con mayor desconfianza cuanto mayor era la concurrencia... ¿ qué vale el poder sin el amor del pueblo ? rodeado de bayonetas, en medio de zozobras, de terrores y de espantosos insomnios, ¿ puede gozar de la vida el desgraciado mandatario ? ¿ adónde ha ido a parar esa sensualidad del mando, tras la cual corren desbocados tantos ilusos ? A veces se me ocurre pensar todos los beneficios que a la comunidad haría yo, si me viera colocado tan alto, y los ojos se me humedecen al pensar que esa misma muchedumbre que se aparta desdeñosa al paso del Presidente, había de estrecharse en torno mío, aplaudiéndome, vitoreándome... Pero no, créame usted, tío : así como elevándose sobre las últimas capas de la atmósfera, el vacío reina y sobreviene la asfixia, ¡ en

las alturas del poder debe de respirarse un aire letal, que envenena las más sanas intenciones! ¡yo he visto subir a hombres animados del sentimiento del bien, codiciosos del amor del pueblo, y allá arriba transformarse y hacerlo peor aún que los otros! ¡ah! ¡si nos pudiéramos pasar sin gobernantes! magno problema para las generaciones futuras.

Como una prueba de que hay que guardarse mucho de cuanto se diga o haga, prevengo a usted que el sobre de su última carta parece haber sufrido la conocida operación del vapor de agua: el papel presenta las arrugas características de haber sido humedecido y luego secado, y los bordes traen pinceladas de goma torpemente aplicadas: sin duda, le han visto a usted echar la carta, o le conocen la letra, pues viene a nombre de Verísimo, mi criado; la violación de la correspondencia es evidente.

Mucho ojo, querido tío, y manos quietas; si el momento llega de obrar, por conducto seguro le irá el aviso.

Su afectísimo sobrino

FERNANDO.

Del mismo al mismo.

Buenos Aires, mayo 28.

Mi querido tío:

En mi anterior, preocupado con los asuntos políticos que tan a mal traer nos tienen a todos, no dije a usted cuanto debí decirle acerca de las insinuaciones maliciosas de que hace víctima a la se-

ñorita de García Luces, en complicidad con mi respetable *tía*, misia Perpetua. Francamente, no sé a qué viene sacar a relucir mi simpatía por ella, y medir sus grados, sazonándolo todo con bromitas saladas e imputaciones, como la de mi interesada asistencia en La Jovita, que si de otro vinieran, había de devolverlas con la rociada de rigor. ¡Para bromas está el tiempo! aunque a usted parezca soberanamente tonto, y lo atribuya a romanticismo, la cuentecita esa no la presento yo, ni consentiré que me la pidan, primero y principal porque no me da la gana, y segundo... también porque no me da la gana.

¿Dónde se ha aprendido usted esas malicias y picardigüelas? indudablemente, de misia Perpetua; ¡bonitas lecciones le da a usted! Voy a ponerla cuatro letras, que han de picarla como cuatro moscas milanesas.

Sus intencionadas palabras me han turbado, no por el acierto de la intención, debe usted creerlo, sino porque demuestran el asidero que mi conducta puede prestar a la maledicencia, más peligroso para ella que para mí; y esto me pone en difícil aprieto, obligado como estoy a visitarla, ¿no lo cree usted así, tío? ¿no cree que, dados los antecedentes de familia, y de amistad, no basta el tarjetazo del otro día? ¿y no cree usted qué, presentándome, dé lugar a habladurías impertinentes?

¡Qué mundo, tío, y qué malos somos todos, de nacimiento!

Sirva esta de posdata a mi carta de ayer. Su afectísimo sobrino

FERNANDO.

De misia Perpetua Galán a Fernando Hierro.

Ombú, marzo 31.

Querido Fernandito :

¡ Buena la habéis hecho ! ¡ ya tornó Cristo a padecer !... ¡ qué hombres estos ! ¡ si todo os está bien empleado ! Quisiera escribir cuanto se me ocurre, pero no puedo ordenar mis ideas, tan sofocada estoy. He aquí lo que ha pasado : ayer, entre seis y siete, prendieron a Román y le llevaron a la comisaría, donde, después de severo interrogatorio, le tuvieron encerrado hasta hoy a las cuatro y media, hora en que le soltaron sin haberle dado una sed de agua ; ¿y sabes por qué? porque le acusan de andar comprometiendo gente para un movimiento ordenista : alguien le ha denunciado y ahí tienes a los cuatro Aldúnez en campaña otra vez, decididos a dar buena cuenta de los revoltosos. A mí no me ha tomado de sorpresa : cuando vi que tu tío dejaba en casa sus melancolías y se iba de picos pardos, adiviné que no andaba en cosa buena, y por eso te escribí culpándote de habérnoslo alborotado ; no bien se movió, don Zoilo se pegó a sus talones, y a la pulpería acudieron milicianos disfrazados y cuantos entraban o salían de la esquina de Hierro eran objeto de discreta vigilancia : a mí me ha ocurrido ser seguida por un par de gandules, que no me han dejado respirar, ni me dejan, que ahora mismo acabo de verles por la persiana, parados en la acera de enfrente. ¿Ves, Fernandito? ¿esto es vida? ¿qué tengo yo que ver

con vuestros enredos? Si don Zoilo viene, y no tardará, a registrar mi casa en busca de armas o papeles comprometedores, he de decirle que yo soy eneísta de los pies a la cabeza, y para mejor convencerle, voy a comprar un retrato del doctor Eneene y otro del Presidente, y a los dos les pondré en un altar en el testero de la sala, y les adornaré con flores y les encenderé velas... Yo no deseo otra cosa que me dejen tranquila, y no me hagan pagar el pato, que ni yo me lo guiso, ni me lo como.

Pues esto de la prisión de Román no es lo único que ha sucedido : ya le registraron la tienda a mediados de semana ; Brígida me dió el gran susto, acudiendo a contarme que la policía andaba en la casa y todo lo ponía patas arriba. También han registrado las casas de otros ordenistas de viso, y a Brama le tuvieron preso un par de horas ; a mí me pasma la frescura de Román : se ha zafado por milagro de ir a La Plata con escolta, y erre que erre ; a poco de salir de la comisaría, con un hambre atroz, se enfadaba conmigo, diciéndome :—Métase usted en sus *polleras*, señora, y déjeme a mí, que yo sé lo que hago. Debe saberlo muy bien, cuando lo hace tan divinamente.

Escríbele, Fernandito ; puede ser que a ti te escuche más que a mí ; mira que lo van a matar, te digo que lo van a matar : los Aldúnez están trinando y a ellos una puñalada de más o de menos no ha de recargarles su fardo de crímenes.

Me olvidaba : no te has puesto poco furioso, según se desprende de tus palabras descomedidas en tu cartita última, por si yo he dicho o dejado de decir que si tú y la mayor de las Luces... ¡Está

bueno, señor! no se enoje: si no es así, y me he engañado, peor para usted: presento a usted mi pésame.

Tu afectísima servidora

PERPETUA GALÁN.

III

La casa aquella, por la churrigueresca fachada, más que domicilio particular parecía pequeño teatro : tales eran los relieves de deleznable barro pintarrajeado de amarillo que, desde el friso hasta la barandilla calada de la azotea, cubrían la pared toda, figurando cuanto Dios crió y existe bajo los cielos y las aguas, en extravagante y ridículo concierto ; la puerta de entrada, de rico cedro, abría sobre un zaguán primero, con dejos pompeyanos, y un vestíbulo octagonal después, de estuco y mosaico, con vistosa lámpara colgando del techo, recamado de oro y colorines, y al pie de la escalera, sobre la cual serpeaba mullida faja de bruselas encarnada, una negrita de talla, muy mona y amable, presentaba sonriendo su bandeja al visitante, elocuente convite para entregar la cartulina de rigor ; el vestíbulo del zaguán quedaba separado por una cancela de cristales, en cuyo centro aparecían grabadas las letras G. L., iniciales del apellido del dueño de casa, y he aquí lo que se veía a través de esta cancela, según se observara desde el zaguán o desde el vestíbulo : afuera, la vecina plaza, con sus jardines sin cultura, los árboles sin verdor, las callecillas sin sombra, los bancos en que descansan los paseantes aburridos o dormitan los noctámbulos incurables, junto a las amas y sus crías, que atraen los acordes de la banda y la vecindad del cuartel, y surgiendo en el centro la soberbia estatua de San Martín, tan sereno sobre su corcel

encabritado, el brazo y el índice extendidos, cual señalando a su patria extraviada la ruta a seguir; luego, los coches de lujo rodando camino de Palermo, y los tranvías, al son de su corneta y sus cascabeles, y los artilleros, en pelotones, evolucionando sobre la amplia calzada, bajo el sol de fuego, que hace refulgir las aguas del río... Adentro, semejante al centinela que pasea delante de su garita, el portero Cristóbal, tan grandón como el santo de su nombre, con bigotes de cepillo y una librea negra, corta de mangas y faldones y estrechísima de talle, herencia, sin duda, de su antecesor, quien no debió igualarle en corpulencia; ora se para delante de los cristales, empañándolos con el vaho de su respiración, ora se detiene a admirar el turbante multicolor de su compañera de servicio, y como la gentil africana muestra los dientes albísimos, parece que ambos conversaran sobre regocijado tema, ora, por distraer su plantón, echa un cigarrillo, llenando irrespetuosamente el vestíbulo de humareda y salivazos... Subiendo la escalera, en el primer descanso, un busto de yeso saca curiosamente la cabeza de su nicho, y arriba, entre dos enormes jarrones de bronce con largas hojas artificiales, deterioradas por el roce, la humedad y el polvo, está la puerta del recibimiento, que, abierta, da paso a mistress Cowan, escoltada por el mismísimo don Tomás García Luces en persona... Parece, efectivamente, que fuera él quien viene detrás, tan vivo y patente se muestra en el retrato de cuerpo entero, colgado frente a la puerta, con aquellas facciones y aquella facha, dignas del más feo y velludo habitante de Borneo.

No pocas súplicas y exhortaciones a las dos huérfanas hicieron, al día siguiente de su desgracia, don Buenaventura y su mujer, para que dejaran la casa paterna y fueran a vivir con ellos ; porque (decía el literato) no es conveniente, ni siquiera decente, que vivan dos señoritas solas, completamente solas, y que (apoyaba misia Florinda, tan larga, flaca e indigesta como el marido) darían lugar a muchas habladurías, pues el aya inglesa era un espantajo incapaz de prestar compañía, ni dar a nadie lado. Pero Jovita, con la dulzura y la calma propias de su carácter, se resistió y opuso razones tales, que sus respetables parientes se declararon vencidos : ella y su hermana seguirían habitando la casa de sus padres, cuya sombra veneranda había de protegerlas de la maledicencia... A estas razones unió Elena las suyas, expresando, en reserva, su repugnancia a compartir pan y techo con tanto primito revoltoso y mal educado, con el tío, *solista* incorregible, y la tía, preocupada únicamente del trabajo digestivo de sus retoños, y entre chillidos, admoniciones, discretas primero e indiscretas después, la dentición del uno, el sarampión del otro y el destete del pequeño, pasar la vida más triste y contrariada : ¡ bien se está San Pedro en Roma y cada cual en su casa !

Allí vivían, pues, las dos Luces, veladas tras los crespones de su duelo, sin dejarse ver más que de escasos íntimos y parientes ; aunque pasados los funerales, y cumplido el deber de dar el pésame, las visitas disminuyeron, el fervor lacrimoso se apagó, y hasta misia Florinda no vino ya diariamente, robando tiempo a sus atenciones maternales,

menos para acompañarlas que para revolver tarjetas, curiosear nombres y apuntar a los sinceros, a los tibios, a los indiferentes, a los olvidadizos y a los tardíos, y hacer de todos ellos, despedida la última visita, picadillo de crítica, delante de mistres Cowan y las doloridas sobrinas, que concluía invariablemente con esta frase :—Me voy : es la hora de dar el biberón a Justito ; ¡ no se casen, niñas, si no quieren ser esclavas de sus hijos !

Pero el que no dejó de venir, con impertinente frecuencia, fué el doctor Trujillo, ya solo, ya en compañía de Periquín, y a Jovita mucho la daba que pensar el empeño del personaje en hacerse presente a diario, empeño que, según la tía, no tenía otro móvil que pescar la testamentaría del difunto, y los diálogos misteriosos de Elena y el joven, mientras ella departía con don Francisco : un día, desde la ventana de su alcoba, le descubrió en la plaza, de facción, y el primer domingo que fueron a la misa del Socorro, estaba Trujillo en el atrio, tan fachendoso como siempre, con su cicatriz en la mejilla, su flor en el ojal, y anacrónico traje de balneario, que él, por calentar demasiado el sol, creía tener derecho a vestir en la ciudad. Seguidamente barruntó Jovita que había premeditación en todo aquello, y de vuelta a casa, estrechó a la supuesta cómplice y sin grandes esfuerzos de oratoria, consiguió la confesión, ¡ comprometida con Perico Trujillo ! ¿ Cuándo ? ¿ cómo ? ¿ conocía ella la gravedad del caso ? ¡ y, sin consultar a su hermana mayor ! Los pucheritos de Elena se convirtieron en llanto amarguísimo, cuando vió afligida

de veras a Jovita, y pensó componerlo todo diciendo :

—Bueno, si te parece mal, cuando venga le despido, ¡ y se acabó !

¡ Entonces no le quería, puesto que hallaba tan fácil el rompimiento ! ¡ Desgraciada niña ! Y la chica, entre sollozos, prorrumpió :

—No, no es eso : yo le quería, es decir, me gustaba, pero ahora, con ese tajo que le han dado, no me parece tan buen mozo... Además, Alcira está furiosa conmigo, porque se lo quité sin prevenirla... no me ha dicho nada, pero yo la he conocido que está muy furiosa... ¡ al fin y al cabo, no haré más que devolverla lo que es suyo !

Tal descubrimiento puso en guardia a Jovita, y ya no estuvo afectuosa con el padre y el hijo, limitándose a ser cortés. Aparte de esto, de las preocupaciones propias de la mujer joven, a quien la suerte pone en sus manos inhábiles el manejo de cuantiosos intereses, y del natural pesar por la separación del padre inolvidable, había algo que ahondaba más el plieguecito aquel de su frente encantadora : y era el recuerdo del médico de Ombú, cuya simpática figura se destacaba en medio de las sombras de la tragedia ombúense ; si Fernando estaba en la ciudad, ¿por qué no venía a verla? y ella sabía que estaba : entre las muchas tarjetas de pésame, misia Florinda reparó un día en la de Fernando Hierro, con la punta doblada, como si la hubiera traído personalmente...

—Hierro, Hierro — dijo la escuálida dama haciendo memoria—, yo conozco este nombre, ¿quién es Fernando Hierro?

—Si es el médico que en la *estancia* asistió a papá—contestó Elena.

—Doctor Hierro, *yes very gentleman*—refunfuñó el aya, pescando el sujeto de conversación, a pesar de su sordera.

—Pero, ¿no se había muerto?

—¡Muerto!—exclamó Jovita palideciendo.

—Sí, lo dijeron los diarios; yo creo haberlo leído: precisamente el día que salieron ustedes del pueblo con nuestro pobre Tomás, ese doctor Hierro fué apaleado por desconocidos y dejado en el campo por muerto.

Jovita, angustiosamente, dijo que ignoraba semejante suceso, pero, aunque fuera cierto, no debió de tener consecuencias fatales, cuando allí estaba la tarjeta con la punta doblada, prueba palpable que el doctor Hierro, vivo y sano, se encontraba en la ciudad... Aquella noche roció con sus lágrimas las páginas de los *Primeros Versos*, únicos confidentes y sabedores de su escondido amor.

Y como los días corrían, y la ansiada visita no llegaba, el plieguecito se ahondaba más y más, la casa parecía más triste, y más enfadosa la tertulia de los Trujillos, de la tía Florinda, del tío Buenaventura, de misia Damiana y su hija, que por ligar tan de cerca al doctor Eneene, en cuyo holocausto perdiera la vida don Tomás, habían ingresado en la categoría de íntimos de la familia, y no perdían ripio de ofrecer sus besuqueos y sus servicios. El Cristobalón de la portería era discretamente interrogado acerca de los visitantes del día y la bandeja de la negrita registrada por blanca y febricitante mano... No, Fernando debía de se-

guir en la ciudad : el mayordomo de La Jovita y ña Pascuala tenían escrito varias veces al ama, y permitídose dar noticias tan fuertes de color como las trapisondas del picarón de don Benvenuto, pero ni una palabra que el doctor Hierro estuviera de vuelta, y eso que el suceso a que se refiriera la tía Florinda, hallólo Jovita relatado con pelos y señales en cartas atrasadas, que el duelo no la dió ocasión de abrir a tiempo. Y si Fernando seguía en la ciudad, ¿por qué no venía a verla?

Muchas noches, pasado el primer mes de luto, y cuando, frío ya el cadáver del ausente, sus amigos no se creían obligados a ir a llorar sobre él, agotada la provisión de lágrimas de encargo, don Buenaventura venía a buscar a las sobrinitas, porque era pecado imperdonable estarse así encerradas, sin sacar a que les diera el aire tanto pensamiento negro : subía en cuatro zancadas la escalera, y en la salita interior donde acostumbraban a velar tristemente hasta las diez las dos huérfanas con mistress Cowan, se colaba de rondón :

—Ea, muchachas, a la calle, iremos donde queráis ; abajo está el coche... es decir, donde queráis no, que en vuestra situación cualquier paso que deis sin mirar donde ponéis los pies, la culta sociedad os deja sin pellejo en un santiamén ; a Florinda se lo acabo de decir : me alborota la sangre ver a esas chicas en el caserón del Retiro, ¿qué se hacen allí las pobrecitas? ¡cuánto más cuerdo hubiera sido venirse con nosotros!... En fin, lo hecho, hecho está ; ¿adónde vamos? porque, si es higiénico y saludable, no es serio que paseemos bajo los eucaliptus de la plaza, ni demos media

vuelta por la Avenida, ni lleguemos hasta Palermo, aun en coche cerrado : ¡ sería *mal visto !* Pues entonces, a casa, siquiera allí os distraeréis conversando.

Se ponía tan pesado, que había que darle gusto, aunque ninguno ofreciera a las niñas la salida, y bien cubiertas con sus velos, dejando a mistress Cowan el permiso de acostarse cuando le viniera la gana, se iban con el tío, rodando en el coche cerrado.

La casa de don Buenaventura era muy lujosa ; baja, con grandes patios de mosaico, y plantas y estatuas, habitaciones amplias y ventiladas ; él decía :

—El aire puro es esencial para la salud, y libremente no puede correr sino en estos patios extensos, donde, al llegar de la calle, como un visitante que entra embarrado y se limpia las botas en el felpudo, en las plantas se limpia de miasmas, y se presenta en la puerta de los pulmones con traje decente y apropiado.

Figura algo enrevesada y grotesca, como todas las suyas, que subrayaba con este rasgo :

—Cuando yo me muera, y ha de ser lo más tarde posible, que me dejen en la caja un agujerito para poder respirar ; la idea de la muerte no me produce otra cosa que una sensación de ahogo intolerable. ¡ Que pueda yo tragar aire, y ya estoy contento !

Su biblioteca parecía la de un escritor de verdad, tantos libros tenía, tanto retrato de personajes con dedicatoria y tanto busto : el suyo, de mármol, figuraba inmodestamente en un ángulo, dando

frente al de otro grande hombre, muy calvo y con cara de aburrido, que se la volvía desdeñoso, sin duda por no mirarle ; la mesa de trabajo era larga, con infolios abiertos de par en par, campo fértil donde el literato espigaba a su gusto, pues su prosa no daba nada de sí sin el abono de ideas ajenas... En el comedor estaba la gallina y los polluelos, es decir, misia Florinda y su prole : el mayor haciendo palotes en un extremo de la mesa, otro limpiando a lengüetadas las migas del mantel, sin retirar todavía, dos con los dedos en las narices y dentro de una dulcera, la niña enredando con el penúltimo, otro haciendo el perro a la rastra, y el más pequeño, Justito, en brazos de la mamá, lloriqueando a causa de un empacho pertinaz. Don Buenaventura se detenía en la puerta y mostraba el doméstico cuadro con orgullo :

—¡ Miren ustedes, miren ustedes !

¡ Válgame Dios ! la baraúnda que entonces se armaba : el que hacía de perro poníase a ladrar furiosamente y mordía las pantorrillas al que escribía palotes, éste le daba el vuelto con un puntapié. la dulcera duelo de Troya llegaba a ser entre cuatro pares de manos, y mientras el falderillo movía las piernecitas y berreaba con más fuerza, se oía, entre los gritos y los lloros :

—¡ Ahí está papá con las primas, ahí viene papá !

Y el asalto se producía, y cada cual con dos demonios de aquellos prendidos de los brazos, entraba como podía, mientras la madre, cuya conejil fecundidad la tenía lacia y sin color, arrullando al nene, decía :

—Cállense, no aturdan a las primitas; *vos*, sinvergüenza, bájate de la falda de Elena, que la ensucias el vestido; Ramón, ¿quieres dejar en paz a Jovita? ¡qué niños! éste es un infierno... Con Justito no arribo, hijas; aquí está sin poderse dormir, con su eterna cancamurria; el médico quiere darle calomel, pero yo tengo mucho miedo que me le ponga peor... ¿qué tiene mi amorcito? ¿qué le duele al hijito querido de mamá? arrorró mi niño, arrorró mi sol...

Entonces tomaba la palabra don Buenaventura, y no había quien se la quitara de la boca, ni le cortara el hilo de su plática, a pesar de los saltos de los dos diablos que cabalgaban sobre sus rodillas, de los que reñían debajo de la mesa, del gimotear de Justito y de la cantinela de misia Florinda, mezclada con notas agudas de llamadas al orden; el tema era mondado y disecado, hasta no quedar más que los rastrojos: su lengua era como su pluma, que de la estación de salida a la de llegada no paraba, haciéndose sus kilómetros de cuartillas sin cansancio, lo que no impedía que en fuertes dosis lo propinara a sus oyentes o lectores. ¡Jesús! ¡qué taravilla de hombre, y qué lástima de tinta y de saliva que se gastaba! Porque ocurría que, mientras él se lo decía todo, bastándole para no dejar de hablar tener cerca de sí cualquiera que le prestara atención y asintiera a todas sus necedades, la tía Florinda y Jovita, o Elena y la tía Florinda mantenían interesante diálogo con sordina, en el que todos los chismecillos de sociedad salían a luz: cosa de maravillar era cómo aquella madre, que no se movía del nido, estaba

al tanto y cuanto de los sucesos. De repente, en el furor de dar noticias, subía su voz de tono, cubriendo la de don Buenaventura, y echaba un gallo como éste :

—¿No le has oído a la de Eneene, qué hermosa fiesta preparan? una gran *kermesse* en mayo.

Y el otro, sin perder el compás, seguía su perorata sobre la próxima revolución, o la presidencia futura de don Adrián, con el acompañamiento infernal de todos los chicos, de pitos, de tambores y platillos...

En los primeros días de abril, un domingo, entre las cinco y las seis de la tarde, Fernando Hierro, con mano temblona, apretó el botón eléctrico de la casa del Retiro ; seguramente que él hubiera deseado que el botón no anunciara su presencia, ni le viera Cristóbal y con paso furtivo poder deslizarse hasta la discreta negrita : ¡otro tarjetazo y ya había cumplido ! Pero el timbre se puso a alborotar, y detrás de los cristales de la cancela se irguió la figura colosal del portero ; Fernando se abrochó y tornó a desabrochar la levita, y para darse un poquito de aplomo, miró a la fachada de tan mal gusto, como mandada hacer por el bueno de don Tomás, que ni la primera letra del arte conocía :

—Supongo que no estará — pensaba—, que se habrá ido a casa del tío Buenaventura, ¡muy bien hecho ! ¿qué va a hacerse encerradita aquí todo un domingo? el portero parece que viene a decirme que nones... ¡bendita sea tu boca, gran portero ! Debo de estar amarillo y muy ridículo, todo lo traigo nuevo, desde las botas, hasta el sombre-

ro... ¿Las señoritas de García Luces? ¿no? ¡ah, sí!...

Pasó delante de Cristóbal, temblándole las piernas, palpitándole el corazón con tal fuerza, que se ahogaba:

—Ni a un colegial le ocurre semejante cosa—se decía subiendo la escalera con precaución—, ¡soy un estúpido! ¿a qué viene esto? ¿por qué voy a verla? nos daremos las manos y las buenas tardes, charlaremos un ratito y que usted siga bien: hasta el siglo próximo... Si me ofrecen te, pediré éter: ¡miren qué especialista en enfermedades del corazón, que no sabe curar la suya y la deja hacerse crónica!

En el recibimiento le llamó la atención ver colgado del perchero un sombrerito de paja con ancha cinta negra y arrimado un junquillo con caprichoso puño de plata.

—Que me maten si éstos no son los arreos del hermoso Periquín—murmuró deponiendo su bastón y el caño de felpa—, ¡mejor! así me ayudará a llevar el peso de la visita.

Se miró en el espejillo ovalado del mueble, y se encontró más feo que nunca, más negro y cierto aire de chiflado que le daban sus ojos calenturientos; ¡esta señora Naturaleza que nunca ha de hacer las cosas completas, como correspondé a tan celebrada artista! ¡qué hombre resultaría si dentro del huero Periquito introdujeran el grande espíritu de Fernando, o si el espíritu de Fernando vistieran con la bonita envoltura carnal de Periquito! ¡claro! no tendría ahora el doctor Hierro que castigar la rebeldía de sus bigotes, retorcién-

doles la punta, y atusar sus pelos erizados, y ya de perfil, ya de frente, comprobar que el uniforme de parada traía muchas arrugas, consecuencia irremediable de su excesiva delgadez, y no estaría obligado a abrir el pico para probar que su canto era mejor que su plumaje : ¡ como si el buen vino no llevara vistoso marbete y la rica alhaja su estuche de terciopelo ! La señora Naturaleza no procede de igual manera, y en general, las joyas de sus manos encierra en pobrísimos estuches y los pedazos de cualquier cosa dentro de cajitas cinceladas ; a esto llaman la ley de las compensaciones, sabia ley que al pobre da la salud y niega al rico la felicidad y todas las mercedes reparte tan equitativamente que nadie queda olvidado, pero nadie queda contento... Reflexionando así, porque su pensamiento no cesaba de dar vueltas, Fernando se apartó con despecho del espejo, y al volverse ¡ notó sorprendido que don Tomás le miraba por la puerta entreabierta del despacho ! parecía desprenderse de la tela y adelantarse a recibirle, puesto que ni criado ni criada se tomaban tal trabajo : su gesto era tan amable, que el joven médico se decidió a entrar y allí tropezó con el Trujillín parado delante del balcón, mirando a la plaza.

—Doctor Hierro, ¿es usted? Felices días... Ayúdeme a soportar las fatigas de esta larga espera : ¡ hace media hora que estoy aquí !

No vestía traje de playa, pero sí con el refinado acicalamiento de costumbre ; la famosa cicatriz, que le cogía desde la oreja hasta la comisura del labio, con ramificaciones que subían en dirección al ojo y bajaban hacia el cuello, aparecía cubierta

de espesa capa de *cold-cream* y polvos, en tanto la pelusilla rubia de la barba tomaba todos los tónicos conocidos para darse fuerzas y poder ocultar la imperfección de aquel rostro, otrora perfecto; como la luz le denunciaba, se sentó en el sofá, de espaldas al balcón, echando un brazo sobre el respaldo, montando una pierna sobre otra y ofreciendo a la admiración de Fernando el mínimo zapato de charol y el calcetín de seda con motitas encarnadas: sus aires de dueño de casa, y su aplomo impagable, turbaron más a Fernando que sus reflexiones delante del espejo; él, con todo su talento, sentíase allí acoquinado, mientras el muñeco aquel estaba tan fresco ¡ah! ¡por qué la sabihonda ley, ha poco recordada, no le obsequió con el don de la frivolidad, indispensable para hacer buena figura en los salones!

Mientras el Trujillín se despachaba a su antojo, recordando aquellos negros días de Ombú, e importunando con preguntas indiscretas como ésta:

—¿Y usted, doctor, tan ordenista como siempre? Por supuesto, que andará metido en la revolutis que se anuncia...—o descomedidas como esta otra:—Rabiando estoy por oírle contar lo del apaleamiento, ¿fué de veras? ¿o exageración de los diarios?...—todo con palmaditas sobre la pierna cruzada, afectado carraspeo o enredando los dedos en las sortijas del cabello blondo, Fernando, que apenas se dignaba contestar, miraba a una puerta, misteriosamente cerrada y su pecho se oprimía, pensando que en breve aquella puerta iba a abrirse y dar paso a la más deslumbradora de las Luces; de la otra no se acordaba y le interesaba

poco desde que oyera decir por ahí, y no lo ponía en duda, que tenía sus más y sus menos con el Adonis del sofá. De pronto, en medio de un silencio de la matraca, sonó el picaporte y giró...

—¡ Al fin ! — exclamó Periquito, arreglando su traje.

Fernando se puso de pie, mudo y pálido. Pero, la habitación no se iluminó, porque no era Jovita, ni siquiera Elena, quien entraba, sino mistress Cowan, con su eterno vestido de seda y su papalina negra ; dió a Fernando un apretón fortísimo de manos, y sin hacer mayor caso de Periquín, quiso volver adentro, para avisar a las niñas que estaba el doctor Hierro, expresando en su lengua, y dándolo a entender más con ademanes que con palabras, el placer que tendrían en verle, pero el joven médico no lo consintió :

—No se moleste usted, señora, ya vendrán ; yo no tengo prisa.

Y Trujillito refunfuñó :

—Pues yo sí la tengo ; ¿es manera ésta de hacerle esperar a uno? Siempre que vengo sucede lo mismo.

Descortesía que la mistress, aunque no bien enterada de ella, rechazó, diciendo que las niñas habían pasado el día con mucha jaqueca ; estos aires de *South-America* son generadores de unas jaquecas insoportables : entre las brumas de Londres no sintió ella jamás afección semejante, y ahora estaba con la cabeza como una caja de música.

—Sí, descompuesta, con los tornillos flojos — tornó a refunfuñar Trujillito—, ¿cuándo has andado tú bien?

Al balcón se fué despechado, y no acabó de levantar el visillo, cuando saltó diciendo:

—Ahí está el coche de Eneene, con sus caballos rusos, que no se despintan; nueva visita tenemos.

E inmediatamente sonó el timbre, y poco después en la puerta del recibimiento se presentó la señorita de Eneene hecha un brazo de mar, tan elegante, lujosa y superlativamente *chic*, que era cosa de ponerse de rodillas... ante su modista, que tales obras sabía producir.

Hubo gran movimiento en la reunión: mistress Cowan se adelantó a presentar sus respetos a la augusta hija del candidato, y los caballeros, de pie, adoptaron la actitud amable que la etiqueta impone para dar la bienvenida al que llega, sea quien fuere, Periquín sin apartarse mucho del balcón, algo turbado, y sus razones tendría; entró Alcira, sonriendo, moviendo la cabeza, distribuyendo apretones de manos y frasecitas galantes:

—No se molesten ustedes; señora, no se mueva usted; tanto gusto, doctor, hace un siglo que no le veo; ¡ah! Trujillo, ¿cómo está?...

Aquí dejó de sonreír, hizo un gesto particular con el hociquito untado de bermellón, y dióse vuelta desdeñosamente: era su pavo rubio, el número 3, el desertor, quien, dejándola plantada en Marplatina un día que estaba de guardia, escapó a Ombú y allí se enroló al servicio de otra; ¡ya le ajustaría las cuentas! Pero, Periquito se repuso pronto del desaire, pensando que más valía la de García Luces, dueña ya de su fortuna, que ella con todas sus esperanzas: mejor si lo tomaba por

ese lado; dió vueltas por el despacho, afectando estudiar los títulos de los libros alineados en la biblioteca, y oyendo, en realidad, la declaración de Alcira que, con ser domingo, no quiso ir a Palermo por ver a sus amigas queridísimas, dicho que subrayaba con el juego más complicado del abanico y ojeadas elocuentes al doctor Hierro, cuyo nombre tanto sonaba, y que bien podía, aunque ordenista y no tener el pelaje requerido, ocupar la vacante de aquel ingrato y desvergonzado número 3. Mistres Cowan insinuó que sería mucho mejor pasar a la sala contigua, y como se levantara, la de Eneene se prendió del brazo de Fernando, que éste galantemente la ofreciera, diciendo con grandes voces:

—¡Pero cuántos siglos hace que no le veo, doctor! ¡parece mentira! ¿cuándo fué la última vez? ¡Jesús! ¡cómo corre el tiempo!

Entraron, y Fernando quedó deslumbrado, no por la luz del gas que el criado acababa de encender y debió de herir su retina acostumbrada a la penumbra del despacho, ni por el lujoso contraste del salón con la pobreza franciscana de Ombú, sino por la presencia de Jovita y Elena, que avanzaban al mismo tiempo, y a él se le figuraron dos hadas o dos estrellas: instintivamente, abandonó a su compañera, retrocedió, y sin saber si huir o permanecer quieto, él jurara que en aquel minuto que transcurrió desde la presentación de la señorita de García Luces hasta que se vió sentado, anublóse su espíritu y fué su cuerpo, por acción mecánica, quien, saludando, inclinándose y andando, cumplió con todas las exigencias de la buena crianza.

¿Y era casualidad? cuando se despertó, vióse junto al sillón dorado de Jovita: tenía ella la cabeza baja, y con el fino pañuelo enjugaba sus lágrimas, que la presencia suya, inopinada, despertando tristes recuerdos, debió provocar; silencio grande reinaba en la sala, y ni el atolondrado Periquín ni la locuaz Alcira, sentados en rueda junto a Elenita y mistress Cowan, inclinados ante aquel dolor mudo, se atrevieron a turbar con palabras frívolas: cuando, al fin, tras de suspiro hondísimo, resonó la voz de Jovita preguntando a la de Eneene por la salud de sus papás, la conversación alzó las alas, se animó, y Fernando, ya sereno, pudo expresar su pésame con frases que no necesitaba esforzar para que fueran y parecieran sinceras. Y protegida por el tiroteo de los diálogos, contestó Jovita con tristeza:

—Creía yo, doctor, que nos tenía usted olvidadas; ¡tanto tiempo sin venir! desde aquel día fatal que no tengo el gusto de verle... Y pensaba si su digna comportación entonces, que hemos de agradecerle mientras Dios nos conceda la vida, fué la del médico celoso de su deber, o la del amigo afectuoso...

—¡Del amigo, señorita! ¿puede usted dudarlo? El médico no hizo más porque su ciencia era escasa o la fatalidad no lo quiso; después, ¡tantas cosas han pasado! ¡usted las conoce! ¿a qué he de relatarlas? la intención y el deseo de venir no me han faltado: pero, temía causar molestia, temía...

—Cuando vi su tarjeta, me enfadé muchísimo; ¿por qué el doctor Hierro hace con nosotras lo que

un conocido indiferente, que se marcha y no vuelve?

—Temía despertar en usted recuerdos que ahora he despertado : ¡ mi presencia la ha hecho a usted llorar !

Otra vez el pañuelo acudió a tocar los ojos húmedos, y Fernando se calló ; Alcira decía :

—Será la *kermesse* más bonita de que haya memoria ; ustedes no se imaginan el entusiasmo de todos los colaboradores : falta un mes todavía, y estamos tan ocupadas que no descansamos un minuto, y ya es el decorado del local, ya la distribución de las tiendas, discusiones interminables sobre quién ha de atender los caballitos, quién la *tómbola* y quién la confitería ; pero, la cuestión capital es la del pabellón nuestro y el traje que llevaremos.

—¿Y qué traje han escogido?—preguntó Elena.

—¡ Si no lo sabemos ! al principio pensamos vestirnos de indias fueguinas, algo americano, ¿no te parece? para estar en carácter, pero la hija de Soto, que es muy blanca, juzgó atroz eso de embadurnarse la cara y colgarse en las orejas unas arracadas como pesas de a libra...

—¡ Qué risa !—exclamó Periquito—, bonitas estarían así disfrazadas.

—Por eso ; ya no quisimos de indias, y pensamos de valencianas, para vender chufas, o de napolitanas, para despachar lacryma-christi : la de Soto está empeñada en poner un pabellón japonés, y si no la damos gusto, será el cuento de nunca acabar.

A beneficio de aquel Asilo del Sauce, fundado

por misia Damiana con los sufragios de la caridad, hábilmente explotada, era la fiesta en preparación, y con tal motivo, junto a los detalles del brillante programa, exponía Alcira los progresos del establecimiento : ¡ veinticinco huerfanitos mantenidos, vestidos y educados ! ¿se necesitaban ropas, o libros, ensanchar una sala o edificar una nueva? ya estaba misia Damiana, quieras que no, haciendo bailar a la sociedad entera, y buenamente o malamente, desocupando sus bolsillos, sin contar las *bolas de nieve* echadas a rodar entre sus relaciones y que, las más, se derretían en el camino... pero, los libros se compraban, las ropas se compraban, y la marcha del Asilo era todo lo próspera que podía desearse. Sin prestar grande atención a su charla, en voz baja Fernando y Jovita hablaban, como si las cosas que se decían no pudieran ser escuchadas por extraños oídos : ¿se ejercitaba siempre en la poesía? ¿cuándo daba un segundo tomo a sus *Primeros Versos?* Y él, más que nunca desalentado, contestaba que si cogía la pluma era por vicio y no por gusto, vicio que domina como el vino a los borrachos ; donde la crítica no existe, donde los lectores faltan, donde el mísero autor, víctima de la codicia de editores y de la indiferencia del público, se ve condenado a ser su propio editor, su propio lector y su propio crítico, el estímulo, que es a la producción lo que a las plantas el riego, desaparece, la literatura agoniza y a poco andar muere... de inanición ; sobre este y otros temas bordaba sus más bonitos arabescos, y llegaba a entusiasmarse leyendo en la mirada inteligente de Jovita que era comprendido : entonces, el ansia

de desahogar aquel oprimido sentimiento de su corazón le aguijoneaba, olvidando que, aun elevándose en alas de su talento, no dejaba por eso de ser el mediquillo pobre y feo; segundo de olvido tras el cual tornaba a sus ideas sombrías, ¡qué poco valía él, y cuán distante estaba de aquella mujer bellísima, separado por el abismo de la fortuna!

—¿Qué he de hacer?—contestó a una pregunta de la joven—, mis antecedentes, mis afecciones, mis opiniones políticas, todo me obliga a ello; creo que la salud de la patria depende del hecho grandioso que se prepara: nosotros haremos también nuestra *kermesse*, ¡ya lo verá usted!

Y se asustó de la expresión de terror que en los ojos de Jovita se mostró, de su gesto y del acento conmovido con que le pidió renunciara a tales aventuras:

—¡Acuérdese usted de mi padre, doctor!

—¡Ah! señorita, si el tío Román la oyera...

—Su tío Román es un patriota a la antigua, de los que ya no se usan en estos tiempos, que nada tiene que perder, en el ocaso de su carrera: usted no, empieza la vida, ¿por qué comprometerla en rencillas que a nadie, si no es a los malos políticos, han de favorecer?

En el sillón dorado, así agitada, más bella parecía, y Fernando se preguntaba qué diablos podía importar a la señorita de García Luces que le metieran a él una bala y le despacharan al otro mundo; y su consejera fiel, aquella voz que solía sermonearle, decíale:

—Sí le importa, ¿no lo estás viendo? el por qué no lo sabrás todavía; conténtate con adivinarlo,

pero no te infles, no te enorgullezcas, pues lo echarías todo a perder, ni te forjes más ilusiones que las necesarias para que este sueño delicioso, capaz de convertirse en realidad, no se desvanezca, ¿no te he dicho que no es como las otras? Sabe reflexionar y sabe sentir, luego sabrá apreciar tu valor intrínseco, ¿qué más da que seas pobre y feo? ésos son defectos visibles sólo para los ojos de Alcira y de Elenita...

Sirvióse el te en primoroso juego de plata y porcelana de la China, y fué Jovita quien lo sirvió, con gentileza suma. Perico, inclinándose al oído de la menor y aprovechando un momento en que la de Eneene punteaba un párrafo con mistress Cowan, la deslizó :

—Me ha hecho usted hoy esperar una hora, y anteayer otra hora ; mañana será dos horas, ¿es su reloj o su corazón el que anda mal?

—¿De veras?—contestó ella en voz alta y riendo—, voy a mandárselo al relojero ; puede ser, puede ser.

—¿A qué habla usted tan fuerte? me parece que nuestra conversación a nadie puede interesar.

—¡Jesús! qué misterioso está usted, Trujillo.

—¡Se empeña usted en desesperarme!

—Pero, ¿por qué me dice usted eso? ¿tratarle yo mal? Ven, Alcira, escucha lo que dice este caballero, que yo no lo entiendo.

—¿Qué cosa, *ché?*—exclamó Alcira volviéndose prestamente, más ocupada en observar con sus ojillos de gata maliciosa al doctor Hierro y su vecina, que en dar la réplica a la monótona tirada del aya.

Trujillito, mordiéndose de rabia los finos labios, dijo que se marchaba.

—Furioso con usted—susurró otra vez al oído de Elena.

—Que usted se alivie—contestó ella.

No tardó el joven en despedirse de la manera menos amable que su exquisita educación le permitió y salir de estampía... A poco, Elena y Alcira, de bracero, llegaban al recibimiento, se daban el último par de besos, y ya con el pie en el primer tramo de la escalera Alcira, y apoyada en el pasamano Elena, sostenían el siguiente diálogo:

—¿Es cierto entonces eso de Trujillo?

—¿De qué?

—De tu compromiso.

—No.

—¿Cómo no? ¿y tu carta de Ombú?

—Simple broma.

—¡Qué bromas gastas! bien claro me lo decías.

—Por reírme.

—¿De quién? ¿de él o de mí?

—De él, ya has visto cómo le trato.

—Sin embargo, él no sale de aquí.

—Porque es un pegajoso insoportable; y en prueba de que no te engaño, voy a pedirte un favor...

—¿Cuál?

—Que te lo lleves.

—¡Qué gracia! en buen estado me lo devuelves, con un tajo que me lo desfigura todo.

—No ha sido culpa mía; qué feo está, ¿eh?

—¡Feísimo!... en fin, eso de llevármelo, ya veremos; que se haga él digno de mi perdón.

—Sí, se hará ; es muy buen muchacho.

—Bueno, adiós, hija.

—Adiós.

Las dos loquillas se separaban, riendo, cuando se presentaron Jovita y mistress Cowan, que despedían a Fernando :

—Doctor, ésta es su casa ; no olvide usted el camino.

Inclinado, estrechando aquella manita encantadora, balbuceó el joven palabras de agradecimiento, que si no salían claras de sus labios trémulos, no perdían su esencia para quien buen cuidado tenía en recogerlas.

—Bajaremos juntos, doctor—dijo la voz meliflua de Alcira.

—A sus órdenes, señorita.

Terminada la serie de cumplimientos, fué a ofrecer su brazo a la de Eneene.

—¡ Ay ! ¡ ya es noche completa !—exclamó ella bajando a saltitos y haciendo sonar los alamares de azabache de su rico vestido—, suerte que vivimos cerca y mamá está prevenida.

Fernando pensaba :

—¡ Si mi tío me viera ! ¡ él que tiene por apestados y sarnosos a todos los eneístas en general !

Y Alcira :

—¡ Es simpático este doctor Hierro ! ¡ qué buena figura haría entre mis pavos ! pero, no es de los que aceptan cargo semejante...

Fernando cerró la portezuela, hizo un correcto saludo y se alejó en dirección a la calle Florida, en cuya esquina, demasiado estrecha para el desfile, se detenía el enjambre de coches de Palermo, cu-

biertos de polvo, de sudor los caballos, aburridos los ocupantes, señoritas, señorones y señoras, los cocheros fusta en mano y ojo avizor para lanzar el carruaje en el primer hueco, a riesgo y con desprecio de choques peligrosos; la animación toda era en la calzada, pues las aceras estaban desiertas y las tiendas a piedra y lodo, como domingo bonaerense, más triste que los de Londres, día destinado a quedarse en casa descansando del trajín de la semana: sin aquel estruendo de los coches, atropellándose y pasando, diríase una ciudad muerta... Ya el último vehículo desaparece, los pasos resuenan en las losas, los polizontes bostezan en las esquinas. Fernando bien podía entregarse a sus coloquios de costumbre con su dulce compañera, la meditación, y he aquí lo que conversaban ella y él, andando por esa calle Florida triste y solitaria de los domingos:—Vamos a cuentas, ¿estás contento de la visita? ¿sí? ¿no? si no lo estás, eres el hombre más exigente y presuntuoso, ¿qué querías? ¿que te dijera en buen romance lo que tú apenas te has atrevido a expresarla con miradas? ¡hombre! ¡hombre! pero, ¿para qué te sirve haberte dedicado a estudiar, tratar y curar corazones? cualquiera, el más lego en estas materias delicadas, descubre el secreto de la señorita de García Luces sin necesidad de estetoscopio, señor doctor, con una poca de perspicacia y nada más: ella te quiere, no te rías, te digo que te quiere: te lo ha dicho su mano al estrechar la tuya, sus ojos al mirarte, la impresión, que no pudo dominar, de tu presencia, y sobre todo, aquel arranque suyo, apasionado, rogándote no vuelvas a las andadas

y te dejes de conciliábulos revolucionarios y belenes ordenistas, que no han de darte más que golpes y disgustos, como los ya sufridos : sin el pudor y la educación y el qué dirán social y todas esas trabas que ligan y amordazan al pobre corazón femenino, condenado a callar cuanto desea y a tomar sino lo que buenamente quieren darle, ella te habría suplicado :—¡ No, doctor Hierro, por piedad ! no se exponga usted a que le maten, porque yo le quiero y no podría soportar tamaña pena. Pero estas cosas no se dicen, ¿verdad? pues por eso ella, siempre discreta y razonable, no lo ha dicho. Ya ve usted, señor pesimista, que no todas las niñas bonitas son como Elena o como Alcira... Tus suspiros me convencen que no estás contento : piensas que la diferencia de fortuna es tan grande, que aun bajándose ella hasta ti, muy difícil te será subir hasta ella, ¿por qué? porque eres delicado y temes que se diga ser *la plata*, como aquí con tanta grosería es hábito murmurar, el móvil de tu amor : pienso como tú, que el tener *plata* no es un mérito sino cuando se ha adquirido con el trabajo honrado, pero nunca es malo un pan con un pedazo, y si la señorita de García Luces, además de sus méritos verdaderos, de su inteligencia, de su bondad, de su instrucción, posee el aditamento de la riqueza, mira, no seas tonto, no te quedes corto, porque tú no vas a vivir de ella, tú tienes una instalación médica, donde corazón que entra enfermo sale como nuevo, y servicio tan grande no se hace por dos centavos ; y poniéndonos en el peor de los casos, que no hubiera corazones en Buenos Aires que quisieran ser curados

de tus manos, ¿no está el dulce, el tierno, el mantecoso de Jovita esperando el bálsamo de tu cariño? le despreciarás por temor de que los envidiosos chillen... ¡Ponles el caramelo en la boca, y verás si muerden! También es una pamplina tuya eso de que no casan bien marido pobre y mujer rica: mujeres como Alcira y Elena no, como Jovita sí. Vamos, que no te has puesto poco melindroso desde que sospechas, y tenlo por cierto, que ella te quiere, ¿has olvidado ya tus insomnios y quebraderos de cabeza, metido en el pantano de la duda? ¡Retorna a la casa del Retiro y déjate querer, poeta afortunado!

De cada elegante *restaurant* salía un tufillo apetitoso, capaz de encalabrinar el estómago más pacífico y hecho a resistir todas las tentaciones de la gula, y las mesitas vestidas de limpios manteles, con el servicio dispuesto, el pan de dorada corteza, los vasos de cristal bruñido, bajo la blanquísima luz eléctrica, que hace centellear espejos y dorados, convidan a dejar las penas a la puerta y a entrar y sentarse y dar satisfacción al tiránico tragaldabas; pero, estos poetas enamorados, que andan buscando siempre su santo en el cielo, adonde se les va muchas veces al día, no tienen tiempo que perder en tan viles faenas, ¿qué más deseaba el hambrón impertinente, después de aquella deliciosa y aromática taza de te, servida por las propias manos de la señorita de García Luces? y si de néctar no vivía, como mísero instrumento humano que era, en llegando a casa, y sin testigos, porque no estaba de humor de sufrirlos, ya le obsequiaría con las salsas cargadas de aceite y ajo

del orensano insigne, Verísimo Perales, su sirviente... En la puerta del Teatro Nacional se detuvo Fernando, empeñado en descifrar los carteles, y siguió su camino, sin acordarse del nombre que leyera; ¿era un drama? ¿o una ópera? Se enfadó, achacando aquella amnesia pasajera a la molesta compañía que desde el Retiro le mareaba:—¡Bueno, basta! no quiero pensar más en ella, ¡qué grillera! De continuar así, me volveré idiota, ¿qué he de creerme yo...? ¡tamaña presunción es digna del fatuo más hinchado, del pavo más repavo de la señorita Alcira!

De la esquina del Perú hasta su casa, calle Belgrano, no había que andar más de dos *cuadras:* el farol caía precisamente entre ambas ventanas y hacía brillar la plancha de cobre de la pared, anunciadora que allí se hallaba instalado el consultorio médico del doctor Hierro, *especialista en las enfermedades del corazón;* Fernando sacó el llavín, abrió, y por el zaguán adelante anduvo casi a tientas...

—Sí, señor, voy ahora mismo.

Del fondo del pasillo salió el portero, ayuda de cámara y cocinero, que todos estos cargos desempeñaba el señor Perales y todo cuanto su amo se le ocurriera mandar, de extraordinario, y con presteza, encendió el gas del patio, el del despacho y el del comedor, mostrando la alegre luz un interior de soltero, modesto, pero muy decentito y sobre todo, flamante. El gallego corría de un cuarto al otro, cerilla en mano:

—Sí, señor, ahora mismo; todo lo tengo a obs-

curas, porque, si no, los mosquitos se cuelan... y además la luz hay que pagarla : diré a usted, estuvo... primero, ese señor que tiene trazas de conspirador, con aquellas narizotas, tan abiertas, que parece oliera mal siempre ; después, la chica de enfrente, que su ama estaba de parto : yo le dije, digo : ¿acaso mi amo entiende de partos? váyase usted y busque una comadrona, que las hay de sobra : aquí mismamente, calle Chacabuco, acera de la izquierda, está una pintada sobre la puerta, con un chico que sale de dentro de una rosa ¡ y que es terca la muchacha ! no quiso irse, sin garabatear el nombre de su ama en la pizarra ; después dos señoritas, muy guapas, que, en apariencia, no traían enfermedad ninguna, y la más joven me dijo, dice : Déme usted una silla, que no puedo respirar. Y se sentó, y ahí se estuvieron esperándole a usted hasta las seis, minuto menos, sin hacer caso de mi prevención, que las horas de consulta son de una a cuatro ; después... traeré a usted la pizarra. ¿Quiere comer el señor? pues cuando el señor quiera, me llama. Aquí está la pizarra.

Sentóse Fernando en el sillón de cuero del despacho, y ocurrióle lo que con los carteles del teatro, que no entendía los garrapatos de la tiza : lo que él veía era la enlutada figura de Jovita sonreírle amorosamente. Golpeó las manos con furia :

—Mira, Verísimo, sírveme la comida, la sopa y el asado, nada más, no tengo apetito ; pronto, porque voy a salir : los enfermos me esperan.

—Sí, señor, ahora mismo... siempre dice usted eso, que no tiene gana ; he de traer el guisado de solomillo, a ver si se le abre.

Y cuando el buen Perales tornó a anunciar, solícito, que el señor estaba servido, Fernando le miró, sin comprender : la voz que él escuchaba no era la suya : era la de Jovita, diciéndole :

—Esta es su casa ; no olvide usted el camino.

IV

Si la felicidad consiste en la satisfacción de deseos, siempre despiertos y jamás ahitos, no había hombre más feliz que el doctor don Adrián Rodríguez de Eneene, niño mimado al que no daban la luna, porque no se le ocurriera pedirla todavía, pues para escalar los cielos en Clavileños disfrazados de Pegasos, dispuestos estaban muchos, si no todos sus partidarios. Y aquí cumple hacer una observación al pasar : estos mis compatriotas suelen ser tan miopes, que no ven tres en un burro ; tener en casa un hombre de la talla del doctor Eneene y no darse cuenta de ello hasta que la caprichosa mirada presidencial le descubriera y señalara a la admiración y fervor de las gentes, es descuido imperdonable ; y sin duda, por ser absueltos de tal pecado y ganar indulgencia plenaria, todas las flores de la lisonja eran pocas para adornar el altar del nuevo ídolo, y a sus plantas, día y noche, pasaban en oración los fieles de la capital, los bienaventurados que tenían acceso al santuario, que los de provincias se contentaban con la fama de sus milagros y la promesa de pasearle en procesión el próximo año antes de octubre, fecha de su segura exaltación al mando supremo, y poder entonces verle y tocarle, para sanar de estrecheces de bolsillo, lepra administrativa, parálisis de progreso y otras muchas enfermedades que la novena del glorioso San Adrián, que corría im-

presa, aseguraba había de curar tan infalible abogado.

Él, entretanto, daba todas las bendiciones, *urbi et orbi*, que se le pedían, por correo y por telégrafo, y en esta grata tarea el feliz político se pasaba las primeras horas de la mañana, asistido de un par de acólitos, que sabían menear tan bien las plumas como las mandíbulas, gajos de la interminable parentela de su mujer, a la espera del prometido trasplante en alguna oficina. Llevaba para esta ceremonia el candidato una bata o *robe de chambre* sin edad ni color, resto de su guardarropa catamarqueña quizá, chinelas que fueron de terciopelo y camisa que pretendía ser de seda y mostraba demasiado el algodón ; el mate en una mano, el pedazo de pan con grasa en la otra, y eche usted paseos, mordiscos, chupadas y promesas. Esta era la hora del despacho de su correspondencia, y por lo tanto, nadie era admitido a molestarle ; a las diez se vestía de cualquier modo, sin parar mientes en mancha de más o de menos, ni en el corte moderno o antiguo de su traje, que fué siempre achaque de grandes hombres el desdén de la indumentaria, y almorzaba con la familia y algunos íntimos, que al olor de su puchero solían acudir. Luego, despejado el zaguán de devotos demasiado fastidiosos, salía a la calle y hasta la Casa Rosada las genuflexiones y saludos eran tantos, que le mareaban ; no tenía él aquel amable talento del doctor Trujillo para conquistar voluntades con sonrisas, pero tampoco le era menester, porque, sin buscarlas, se le ofrecían... En la cámara presidencial, la incubadora de su candidatura, se estaba la

mayor parte del día, observando si bajaba o subía el termómetro de S. E., pues de los grados de su capricho dependía la viabilidad del embrión.

Después de oportuna visita en las antesalas del Congreso, a fin de tener en el temple necesario los ánimos de senadores y diputados, bastando para ello una frase suya, una promesa, una pasadita de mano, como a guitarra vieja cuyas cuerdas flojean y hay que apretar las clavijas, volvía a casa, nunca solo, y comía y pasaba la velada con los amigos de siempre, los viernes, o con S. E... ¡ Hombre feliz ! cuyos oídos no escuchaban sino música de alabanzas, cuyos ojos no veían sino cabezas inclinadas, voluntades sumisas, dios al que la nube que han dado por pedestal impide mirar la tierra y descubrir sus miserias.

Su mujer le tenía entre algodones, defendiéndole de las corrientes de aire, de los miasmas, de ese ejército de maléficos microbios que sitia por todos lados al mísero cuerpo humano, ¿qué sería de la República si don Adrián moría? ¡ problema pavoroso ! Siempre fué misia Damiana señora afable y cariñosa para su marido, pero los años y una larga separación habían debilitado sus facultades afectivas, como máquina cuyas ruedas y cilindros, inactivos, están tomados de orín y faltos de aceite ; mas ocurrióle lo que al ricachón que, ignorante de su mérito y desdeñoso de poseerlo, en el desván deja arrumbado cierto cuadro, donde ojos inteligentes un día le descubren y celebran de seguida, y entonces, limpio de telarañas, barnizado de nuevo, con marco flamante, va al testero de la sala, a ser pasmo de curiosos y orgullo de su dueño : ¡ Ene-

ene ministro! ¡Eneene Presidente! misia Damiana sintió renacer sus antiguos entusiasmos y cayó a los pies de su marido, deslumbrada por tamaña gloria; así cuidaba tanto de su salud, como de que su espíritu no pasara contrariedades, y a este fin no permitía entrar periódicos ordenistas y recomendaba a sus dos primos o sobrinos, que no sé el grado de parentesco que con ella tenían los secretarios privados de don Adrián, no le entregaran carta que trajera alguna desazón: y ellos, bastante talluditos para saberse de memoria el diccionario de la picardía, aunque ignoraran la gramática, se guiñaban el ojo y se reían, porque en el paquete de cartas que todas las mañanas espulgaban, encontraron muchas veces billetitos de apasionadas partidarias, que don Adrián, castamente, mandaba echar al cesto... después de apuntar nombre y dirección en su cartera.

—Oye, hijo mío—decíale la señora—, es preciso que mires un poquito por tu salud: trabajas mucho y tu cabeza no descansa ni de día, ni de noche, ¿qué dejas para cuando seas Presidente? seis años ya es algún tirón... No leas esos papeluchos ordenistas, ¿a qué hacerse mala sangre? gritan de envidia, de rabia y de hambre; ya les pondremos una mordaza... Entretanto, cuídate, hombre, cuídate, porque si enfermaras, no sé en qué vendríamos todos a parar. Y cuando salgas, observa si alguien te sigue o mira de mala manera: una persona de tu calidad, en la excepcional posición que ocupas y la brillante que vas a ocupar, está expuesta a la puñalada del primer pícaro; vivo sobresaltada, Adrián, y esta grandeza me asusta de

tal modo que, si la patria no exigiera este sacrificio, ¡a Catamarca nos volvíamos a gozar de días más tranquilos! Hoy ha refrescado el tiempo: voy a darte el chaleco de lana y los calzoncillos de punto.

¡Feliz don Adrián! también recibía el lejano homenaje de sus admiradores de provincia: San Juan le enviaba sus mejores uvas, rivales de las de la Rioja, y ambas sus vinos celebrados; Tucumán sus azahares y el azúcar de sus ingenios... El futuro Júpiter sonreía benignamente, y los diez garfios de sus dedos se alargaban, mientras los trompetazos de aleluya resonaban en los aires, y ángeles y serafines, más o menos auténticos, repetían:

—¡Santo! ¡santo! ¡santo!

Sin embargo, aunque otra cosa dijeran y en negarlo se empeñaran sus consejeros, los sucesos tomaban tal cariz, que si don Adrián, secuestrado y sugestionado como estaba, no conocía su importancia, no la ignoraban ellos: aquel revoltoso de Ordenado arrojaba a los cuatro vientos la semilla de la oposición armada, y esta semilla prendía en todas partes, lo mismo en la capital que en las provincias, a pesar de cuanto hacían sus gobernadores por sofocarla; Mendoza y Corrientes, las dos ordenistas entusiastas, no esperaban sino la señal convenida con Buenos Aires para alzarse en armas; la capital federal ardía por todos sus costados, la prensa echaba chispas, las músicas de los *meetings* ya parecían a muchos las dianas de la revolución, y había alarmas y prisiones a diario; de Córdoba, aunque de filiación situacionista su go-

bernador, llegaban ciertos rumores, que, de confirmarse, darían al traste con la liga y los coligados. Porque don Olimpo Salgado, que éste era el nombre del gobernador quisquilloso y descontento, tenía mucha influencia allá en sus *pagos* y era hombre capaz de cualquier cosa si no le domesticaban, y arrastrar en su rebeldía a las ínsulas vecinas... La revuelta de la capital con un chaparrón de balas se apagaba, si es que el estado de sitio y otras medidas de igual calibre, no la mataban antes de nacer, pues el entusiasmo no es pólvora para fusiles, con discursos patrioteros no se va a ninguna parte, y sabido era que los ordenistas no tenían en caja más que palabras, palabras y palabras ; a Corrientes y Mendoza se las metía en vereda con un par de batallones, pero, si al don Olimpo le daba la gana de alborotar todo el Interior, ¿quién le ponía esclusas al torrente? El doctor Trujillo, político de vistas largas, una noche de comilona en la calle de la Esmeralda, cada cual con la taza de café delante, él y el doctor Eneene, en el despacho aquel donde el busto de Wáshington se mostraba, habló así a su señor y dueño :

—No es mi ánimo, querido doctor y amigo, empañar su natural alegría por el próximo triunfo con dudas más o menos justificadas, pero la misma confianza que usted me ha hecho la honra de acordar, me obliga a decirle que del Interior vienen ciertos rumores, que me suenan muy mal...

—Alharacas ordenistas—interrumpió don Adrián.

—Ordenistas o no, existen, y su existencia es una amenaza hoy, y puede ser un peligro mañana.

—El Presidente está tranquilo, ¿no he de estarlo yo?

Cogió delicadamente la cucharilla don Francisco, la zabulló en el negro líquido, y revolviendo, revolviendo, repuso:

—No se fíe usted, mi amigo, de la tranquilidad varsoviana del gobierno: el gobierno teme, y como teme, se prepara a todo; figúrese usted que la revolución estalla, y tan pronto como estalla se la sofoca, pero que una chispa del incendio, aquí apagado, va a Corrientes y a Mendoza, y vuela a Córdoba... ¿sabemos, acaso, en lo que pararán las misas?

—¿Ve usted? esa misa de Córdoba, oficiada por don Olimpo, me da muy mala espina—saltó Eneene.

—Pues a ella me refiero—dijo don Francisco con su mejor sonrisa—. Salgado no está contento; él ambicionaba el puesto que sus grandes méritos le han conquistado a usted, doctor, y no lo tome usted a lisonja; y como no está contento, conspira, recibe comisionados de los ordenistas, se cartea con el mismo general: dicen que le tiene ofrecida una cartera si se nos da vuelta, y él duda todavía, espera que le hagamos proposiciones, porque, indudablemente, sus simpatías están de nuestro lado... Yo creo, salvo su mejor parecer y el del Presidente, que debemos comprar a don Olimpo al precio que pida, a fin de asegurar la paz del Interior y nuestro triunfo, y luego, descartado este obstáculo, dirigir un manifiesto al pueblo, que no ha escuchado su palabra todavía, que no conoce su programa de gobierno...

Sorbía don Adrián el café, asintiendo a cuanto su ilustre amigo decía con ligeros gruñidos y movimientos de cabeza que, al agitar su melena, barrían la cascarilla depositada sobre hombros y cuello :

—¡ Claro ! eso es, hay que comprar o echar a Salgado, lo vengo diciendo hace tiempo, no queda más remedio.

Pero, cuando oyó aquello de dirigir la palabra al pueblo :

—Déjese usted de lirismos, doctor y amigo—dijo con desdén—, ¡ el pueblo ! pero, ¿quién es el pueblo? un don nadie o un don cualquiera. ¡ Vamos ! ¿no cree usted tiempo perdido y sermón en desierto dar razones a muchacho indisciplinado? palo y palo, y le tiene usted como un guante. Dicen que él quiere a Ordenado para Presidente...

—¡ Qué ha de quererle !—rectificaba el adulador de Trujillo.

—Pues no saldrá con su gusto, como no ha salido nunca, y su capricho le costará la azotaina de costumbre.

Símil que don Francisco amplificó, diciendo que era de sabia política hablar a veces a corazones infantiles, abiertos a todos los ecos y a todas las impresiones, y esto era precisamente lo que hacía el taimado del general, y así se le llevaba detrás, como un perrillo ; el doctor Eneene estaba obligado a hablar al país, a fin de calmar sus enconos, de adormecer sus recelos... ¿y quién sabe? se ha visto y se verá : es tan buen muchacho el pobre país, que, todavía, había de pasearle en triunfo, como paseaba a Ordenado, si sabía ganarse su

voluntad y sus simpatías en el gobierno. Dejó don Adrián la taza y levantó sus ojos, en demanda de inspiración, al busto de Wáshington, modelo preclaro de todos los gobernantes habidos y por haber de esta América, tan difícil de imitar, que no es extraño escollen los míseros en la tarea, y parecióle que los labios de bronce protestaban del descomedimiento suyo, al tratar al pueblo como le había tratado; confuso, se preguntó entonces, qué iba a decir en aquel manifiesto que tan necesario juzgaba la clarividencia del doctor Trujillo, y no encontró la primera letra, porque en Dios y en su ánima, que él no llevaba al gobierno más programa que el de hacer todos los negocitos que le salieran y repartir empleos y gratificaciones entre los amigos que le ayudaran a subir al sillón presidencial: programa más sencillo no podía darse y no había para qué ir al pueblo con el soplo y enterarle de lo que no debía estar enterado... De su perplejidad le sacó don Francisco diciendo, al mismo tiempo que apartaba sus dos manecitas, con el ademán del oficiante en el *Dominus vobiscum:*

—Que no tome usted a duda de mi parte, tibieza o desconfianza, la insinuación, y no consejo, que me he permitido ofrecer a su alto criterio: yo no dudo del triunfo, pero en todos los pleitos, soy partidario empecinado de las transacciones: en la República tenemos un pleito magno, entre los que piden a gritos a Ordenado, como los judíos pedían a Barrabás, y el Presidente, hombre sagaz, de experiencia, que no juzga cuerdo, ni oportuno, entregar al eterno enemigo de su política y de su par-

tido las insignias del mando, y dispone que en vez de Ordenado sea Eneene, sea usted, doctor. Ahora bien : esta superior resolución será acatada y cumplida contra viento y marea, pero, ¿cree usted que los contrarios van a quedar contentos? no, no van a quedar, y como al fin y al cabo, es al país entero a quien gobernará usted, acto de prudencia y hábil política, es descender a él y decirle : Yo soy esto, cuando tú crees que soy estotro, yo pienso esto, y haré aquello ; convéncete que no soy tan fiero como me pintan. Tome usted un ejemplar de la Constitución, y vaya usted glosando desde el primer capítulo hasta el último, prometiendo ejecutar y respetar cuanto ella manda respetar y ejecutar, y ya tiene usted un manifiesto de rechupete : se parecerá a otros muchos, convenido, pero, en documentos de esta índole no es posible introducir novedades... Este pleito magno, cuyo fallo conocemos de antemano, tiene un incidente, don Olimpo ; ¡ claro está ! a don Olimpo se le puede dar un puntapié y se le manda a freír espárragos, pero de estos procederes violentos he sido yo enemigo siempre, y no los apruebo sino en casos de irremediable necesidad ; además, es inocular el cisma en el partido, perder fuerzas de importancia... ¿Qué exige Salgado? ¿se le puede dar o no? que venga y nos entenderemos, ¿no le parece a usted? y si le parece bien, que se ponga en conocimiento de quien corresponda, para la resolución que estimare más conveniente.

Las dos manecitas volvieron a juntarse, y sobre el velador se apoyaron, entrelazadas, después de

este discurso que mereció de don Adrián la respuesta siguiente :

—Nada que de usted venga puede parecerme mal, amigo queridísimo, sino tan bien, que más no puede ser : ni el manifiesto evitará la criminal revuelta de Ordenado, ni se lo tragará el pueblo...

—El populacho diga usted — interrumpió don Francisco.

—El populacho, acepto el distingo ; ni a Salgado hemos de catequizarle, porque el despecho le ciega, pero tentaremos los medios pacíficos... De todos modos, el triunfo es seguro, ¿verdad? entonces no vale la pena ocuparse de nimiedades.

Sobre su nube cabalgando, se elevaba el candidato a la región de los sueños, y el doctor Trujillo que, a fuer de hombre práctico, no quería dejar la tierra firme para no dar un traspié y perder la prometida cartera, insistía en sus razonamientos pintando las cosas, no con colores reales, sino atenuados por la adulación, y que a él le parecían bastante fuertes para que don Adrián abriera los ojos, y no esperara el santo advenimiento tan confiado...

De allí a poco, llegó a la capital el excelentísimo señor gobernador de Córdoba, don Olimpo Salgado, y de su arribo hablaron todos los periódicos, notificando en qué fonda paraba, cuántos años tenía, si se peinaba con raya o se teñía el bigote, y lo que más interesaba, si venía dispuesto a casarse con Eneene o con Ordenado, lo callaban prudentemente, temerosos unos y otros de lastimar el pudor del troyano doncel, causa y pretexto de proba-

ble guerra. Naturalmente, que de doncel no quedaban a don Olimpo ni las trazas, y viéndole parecía mentira que se le disputaran dos partidos, porque era un vejancón sin pelo ni dientes, jorobeta y cojitranco, con el asma y el reuma de inquilinos vitalicios; todas las calamidades liadas en un pellejo animado por el soplo divino: y sin embargo, este desperdicio, este tío corcovita, a quien el alma se le iba en cada palabra y perdía el compás a cada paso, tenía unos higadillos y una malicia y un saber hacer las cosas y enredar al prójimo, que ¡Dios guarde a usted muchos años! Le pusieron de gobernador y él se dejó poner, diciendo para su joroba: Si creéis que voy a ser criado vuestro, y como tal, obedeceros, y barrer, donde digáis que barra, y limpiar, donde digáis que limpie, ¡valiente chasco os espera! de aquí a la Presidencia es un salto que todavía mis piernas pueden dar, aunque contrahechas y reumáticas; ¿no he sido juez, letrado, ministro, senador, y no he hecho mis elecciones y revoluciones también? ¿no conozco todas las equis de la ciencia del gobernante? pues ya que otro que Ordenado ha de ocupar el sillón de Rivadavia, ¡ese otro seré yo! ¡y poco cómodo que voy a estar repantigado! cortejaré al Presidente, pues la costumbre manda decirle: Ruego a V. E. que, al dejar el asiento, me lo dé a mí, en vez de Pedro o Diego, que son unos grandes intrigantes y descarados... y no espetarle al pueblo estotro, que es de ley: El sillón es vuestro, yo os lo pido: he aquí la lista de mis méritos y de mis promesas. Si el Presidente no se opone a mis legítimas aspiracio-

ne, santo y bueno, aquí estoy para servirle, pero si se opone... le saldrá el criado respondón.

Con la orden del día aquella de *Rodear a Adrián*, los secretos proyectos de don Olimpo quedaron pulverizados, y le escoció tanto el desengaño, que contestó y alzó la voz, e hizo y dijo cosas tales, que quien le puso en su poltrona le mandó prevenir que se anduviera con tiento, mudara de obras y cuidara de sus palabras ; don Olimpo, con mucho fuego, respondió :

—¡ Un gobernador elegido por el pueblo, no recibe órdenes sino del pueblo !—añadiendo que antes de hacer votar a su provincia por Eneene, se dejaría cortar en pedazos.

Nueva amenaza y nueva insolencia del fámulo rebelde ; y de repente, hubo cambio de táctica, se le enviaron promesas, que él recibió muy hosco, y la invitación, por último, de bajar a la capital a arreglar sus diferencias como buenos amigos.

—Iré — murmuró el señor gobernador— ; pero he de pedirles los oros y los moros, y después que me los den, haré de mi provincia un sayo.

Y a la capital se vino.

Lo que los despiertos periódicos no llegaron a saber sino muy tarde, aunque iban a la zaga de la excelencia cordobesa para contar en picarescas gacetillas sus aventuras de gobernador andante, y quizá, dígase en su descargo, porque en aquel momento tomaba notas del *meeting* ordenista en el antiguo teatro de Variedades, fué la conferencia celebrada a puerta cerrada en la calle de la Esmeralda, entre don Olimpo y don Adrián, delante de dos testigos únicos, el doctor Trujillo y don Navi-

gio Soto ; después se ha dicho y escrito, falseando la verdad histórica, que en esta memorable conferencia, el doctor Eneene, a fin de conseguir la adhesión del voluntarioso Salgado y evitar que, aliándose con el jefe de los ordenistas, armara zafarrancho en el Interior y llegara a ser obstáculo serio para el éxito de sus planes, ofreció firmar el compromiso de abandonarle la Presidencia al cumplir sus seis años constitucionales... Hasta el lápiz, secundando a la imaginación, ha representado la supuesta escena con toques caricaturescos, y así se ve a don Adrián enjuto, melenudo y desarrapado, con un cartelón que cuelga de sus uñas, y a don Olimpo, patituerto y jiboso, rechazando en ademán severo la vergonzosa propuesta. Pero esto es pura invención de los partidarios de última hora de don Olimpo Salgado, empeñados en hacer de su historia vulgar una leyenda extraordinaria. Y he aquí lo que pasó en aquella conferencia, punto por punto :

Que entró don Olimpo, acompañado del viejo Soto, su paisano, en el despacho donde le esperaban don Adrián y el doctor Trujillo, y hubo cambio de saludos afectuosos y de preguntas recíprocas acerca de la salud de la familia, cómo pintaban los trigos y la cosecha del año, y qué se murmuraba en la doctoral ciudad ; después de ligera porfía entre don Adrián y don Olimpo si fué en lunes o en jueves que le dió el primero al segundo tarjetazo en la fonda, por no hallarle, dijo el doctor Trujillo, ilustre defensor de la causa eneísta :

—Aquí estamos, distinguido señor gobernador, para tratar amistosamente y solucionar del mejor

modo un asunto que al país entero interesa, porque de nuestro acierto en solucionarlo depende la tranquilidad y el progreso de la República. ¿Qué asunto es éste tan grave y trascendental? No necesito especificarlo : diferencias más o menos justificadas, más o menos legítimas, que desunen momentáneamente, a Dios gracias, a dos grandes y esclarecidos ciudadanos argentinos, a quienes, en nombre de la patria, pido depongan sus resentimientos y en el terreno de la discusión serena se coloquen lado a lado, a fin de acordar lo que sea más justo, lo que sea más conveniente, lo que...

Un golpe de tos de don Olimpo, hecho un ovillo en el sofá, cortó el chorro oratorio de don Francisco de Paula, y el enternecimiento que ya empezaba a sentir don Navigio, cuya cara de clerizonte encendía la emoción del importante papel que en tal acto desempeñaba, la trujillesca elocuencia y las libaciones de copioso almuerzo ; el doctor Eneene, sentado en el sillón de la mesa-escritorio, expurgaba sus uñas con el rabo de la plegadera, cuando oyó la vocecilla de don Olimpo entre los ahogos del asma :

—Pero, si yo... yo no tengo... no tengo resentimiento con el amigo Eneene.

Y sin hacer caso de los gestos de don Francisco contestó seguidamente :

—Yo sí, señor Salgado, y muy hondo ; apenas surgió mi candidatura, usted, mi amigo del Congreso, mi compañero de causa, le hizo fuego y dejó que se lo hicieran en su provincia, de tal modo que las elecciones de febrero las ha regalado a los contrarios, usted que fué a Córdoba a secundar la

política del Presidente y a preparar esas elecciones, ¿cómo se llama esto en buen castellano? ¿apostasía, traición? escoja usted el nombre que mejor le parezca.

—De eso no se trata—intervino el doctor Trujillo disgustado.

Don Navigio metió la pata, diciendo:

—Están prohibidas las alusiones personales—frase de su escaso repertorio de diputado.

Don Olimpo dejó de toser y dió así el vuelto:

—¡Ni traidor ni apóstata, señor doctor Eneene! yo no he aceptado la gobernación con compromisos carneriles, porque soy hombre con criterio propio, que va donde quiere y debe ir, y no donde a golpes se le antojen mandarle; de su candidatura de usted no sabía yo palabra, sino cuando el Presidente la dió a luz y la presentó al país hecha y derecha. No me gustó, se lo digo a usted con franqueza, y me negué rotundamente a entrar en la liga y a hacer las elecciones de febrero: si los ordenistas han ganado en Córdoba, bien ganado se lo han, porque, créame, señor doctor Eneene, si todos los gobernadores se hubieran abstenido como yo, ni un solo diputado de los llamados eneístas entra al Congreso, porque cuanto le tienen dicho de entusiasmos populares alrededor de su nombre es una mentira muy grande... Ya se verá el Presidente obligado a echar mano de todas sus bayonetas para izarle a usted, y hacer correr más sangre que agua arrastra el Plata. Y francamente, doctor Eneene, ¡no vale usted tanto! Después de esto, que es menos de lo que pensaba decir si mucho me

hostigaban, nada me resta aquí que hacer : ¡ muy buenas tardes !

Del sofá se deslizó el tío corcovita, sin mostrar fatiga alguna, y quiso marcharse, pero don Francisco y don Navigio se interpusieron invocando los manes ilustres de Moreno, Belgrano y Rivadavia, para que se apaciguara aquel su grande émulo ; el otro, don Adrián, después del aguacero de verdades que le cogió sin paraguas, hacía danzar la plegadera entre sus manos nerviosamente...

—Si no se trata de eso—repitió el doctor Trujillo—, siéntese usted, señor gobernador, y con calma vamos al grano, que en este asunto el grano no es exposición de cargos, sino discusión prudente de propuestas, como el mejor medio de evitar discordias, que a la guerra civil nos llevarían si no confiáramos en el patriotismo de ustedes.

Como la tos le sacudiera de nuevo, no pudo contestar don Olimpo, pero extendió el brazo en señal de que hablar quería ; y cuando salivó a su gusto y el estertor del pecho se calmó :

—Prevengo a ustedes que yo no he venido a hacer propuestas a nadie : a mí se me ha llamado, se me ha pedido que venga ; aquí estoy, ¿qué se quiere de mí? al Presidente se lo pregunté y el Presidente, después de ligeras consideraciones sobre la disciplina de los partidos, cuyo alcance, sin duda, por torpeza mía, no comprendí, me dijo : Hable con Adrián y vuelva a verme...

—Pues lo que el Presidente quiere y queremos todos sus amigos — apresuróse a contestar don Francisco antes que el doctor Eneene se enzarzara de nuevo con su contrincante—, es que usted, se-

ñor gobernador, nos preste su valioso contingente para la elección presidencial que se aproxima... lo pasado, pasado: esas elecciones de febrero se anularán si es necesario, junto con las de Corrientes y Mendoza, y usted dentro del concierto oficial que secunda la sabia política del Presidente, hará un gran servicio al país y se lo hará a sí mismo. Para llegar a este resultado, estamos dispuestos a hacer todas las concesiones posibles, ¿verdad, señor doctor?

Don Adrián dijo que sí con una cabezada, pensando, sin duda, que a aquel vejete, que llevaba a cuestas el saco de sus malicias, valía más aplicar el correctivo del pie, que las buenas palabras. Don Olimpo repetía:

—Yo no exijo nada, conste que yo no exijo nada; si de mí depende, como estos señores aseguran, la paz de la nación, decidido estoy a sacrificarme por ella y a ponerme a las órdenes del Presidente, cerrar los ojos y no tener voz ni oídos...

Don Francisco de Paula, alborozado, exclamó que eso era hablar en razón y como patriota abnegadísimo, y don Navigio chilló:

—Vengan esos cinco, paisano ilustre, y apriete con fuerza.

Pero el señor gobernador ni estrechó ni se dejó estrechar la mano, porque, precisamente la tenía enfundada en uno de sus bolsillos, y buscaba algo, que al fin sacó, un papel con muchos dobleces y garabatos; y dijo muy despacio:

—Las condiciones para que yo entre a formar parte de la liga, son éstas, observando que no quitaré punto ni coma, es decir, que se aceptan de

plano o se rechazan : 1.ª el ministerio del Interior en la futura Presidencia, para un servidor de ustedes ; 2.ª nombramiento de mi hermano Epaminondas, para ocupar la vacante actual de senador por Córdoba ; 3.ª nombramiento de mi primo Fray Restituto Braña para el obispado titular de Córdoba ; 4.ª autorización inmediata al Banco de Córdoba para emitir hasta cinco millones en billetes ; 5.ª garantía para un empréstito que actualmente gestiona la provincia de Córdoba...

Como él iba leyendo en su papelote, no podía ver la impresión de la lectura en sus oyentes, que era de disgusto en don Francisco de Paula, de sorpresa en don Navigio y de ira en don Adrián ; y tampoco que los tres se miraran, y con los ojos se dijeran, don Francisco y don Navigio :

—¡ Señor ! ¿por darlo a este tío corcova, pérfido y mal amigo, habéis de quitarnos lo que nos tenéis prometido?

Y don Adrián :

—¿Qué he de quitároslo? para vosotros el Ministerio y la senaduría y para Salgado la zancadilla, que debió dársele en febrero, y no se le dió por andar con paños tibios. Y que arda Troya, que yo me lavo las manos.

Concluyó de leer don Olimpo y esperó la respuesta, doblado sobre el brazo del sofá por un acceso de tos estrepitoso : esperándola aún estaría a estas horas, porque ni don Francisco ni don Navigio encontraron alientos para darla, demudados y recelosos, si el doctor Eneene no toma la palabra, y menudeando golpecitos con la plegadera, no habla así al de Córdoba :

—Ha dicho usted muy bien, señor Salgado, cuando dijo al principio que sus exigencias eran nulas, pues, francamente, lo que usted pide para evitar trastornos a la República, no para ayudarme a mí, que yo no necesito de la ayuda de nadie, porque me basta y me sobra la del Presidente, es muy poca cosa... Desgraciadamente, ocurre que los dos puestos que usted pide, me refiero al Ministerio y a la senaduría, los tengo ya comprometidos con personas que, aun cuando bastante patriotas y dignas para renunciar a ellos, si la salud del país lo demandare... *(perfecta inmovilidad y silencio absoluto del doctor Trujillo y de Soto)* no encuentro yo motivos para imponerles ese sacrificio, ni lo juzgo conveniente.

Al final de este discreto párrafo, don Francisco recobró la voz y el ánimo :

—Pero, el señor gobernador bien podrá modificar sus condiciones...

—Que se discuta la modificación—apoyó don Navigio.

—No hay nada que discutir, ni qué modificar—contestó de mal talante don Olimpo—, no cedo ni un ápice ; ¿para esto me han mandado ustedes llamar? ¿les parece a ustedes que pido mucho? pues, sabed que hay quien más me ofrece...

Aquí don Adrián se disparó :

—¡Porque no tiene el poder de echarle a usted abajo y sacarlo del medio, si mucho se empeña en estorbar !

—Je, je — hizo el de Córdoba—, ¿amenazas a mí? ¡haga usted la prueba, señor doctor Eneene ! si yo dejo de ser gobernador, no llegará usted a Pre-

sidente, ¿estamos? no olvidarse del recado. Y conste, y así se lo diré ahora a S. E., que no podemos entendernos, porque el señor Eneene es un tragantón famoso, y todo lo quiere para sí y los suyos y para los demás deja los huesos pelados.

Otra vez quiso marcharse: se encasquetó el sombrero de copa hasta las orejas y renqueando, apoyado en el bastón, se dirigió a la puerta, pero don Navigio se le puso delante y le exhortó, con discreta reserva, a aflojar un poquito la cuerda de su intransigencia: que cediera en lo de la senaduría, que a don Epaminondas se le daría otra cosa, quizá mejor, un cargo diplomático en el extranjero, por ejemplo, ¿no estaba enfermo? entonces el mudar de aires le venía de perilla. Don Francisco, por su parte, cuchicheaba con el doctor Eneene: era indispensable llegar a un arreglo amistoso con aquel enredista de Salgado, que si le dejaban ir con las manos limpias, se aliaba con Ordenado en seguida y convulsionaba todo el Interior, de despecho.

—¡Qué ha de aliarse, ni qué ha de hacer!—insistió desdeñosamente don Adrián—, ¿no ve usted que no puede con la joroba? repito que yo no le temo: con el Presidente tenemos convenido en despojarle de su gobierno, si se pone demasiado pesado, es lo que yo quiero, echarle fuera, y no componendas con un sinvergüenza de su calaña, que le mandamos a que nos haga las elecciones, y les hace el caldo gordo a los ordenistas. Conste, como él dice, que yo no he consentido en esta conferencia, sino porque usted se empeñó...

Mas el doctor Trujillo, diplomático capaz de

conciliar el aceite con el vinagre, no cejaba, por tratarse de asunto en que la tranquilidad de la noble patria argentina se ponía en juego : como recurso supremo, la zancadilla, pero, antes, intentar una avenencia, ésta, por ejemplo : dar a Salgado la senaduría vacante, es decir, asegurársela para cuando bajara del gobierno, y comprometerse a llevarlo a la primera vicepresidencia del Senado ; a don Epaminondas se le hacía gobernador y a don Navigio ministro de Relaciones, que es una cartera fácil de llevar...

—¿Pero usted cree—contestó don Adrián con el tono del empresario afortunado, a quien marean los pedidos—, que, aun en el caso improbable que él aceptara, podría yo ofrecerlo? todas las aposentadurías están tomadas, querido amigo.

Contrariadísimo, el doctor Trujillo se volvió, a tiempo que don Olimpo levantaba la voz y el bastón, diciendo :

—Digo que nones ; ni un ápice : ¡ o se acepta mi programa o Córdoba votará por Ordenado ! ¡ Conste !

—Eso importa decir que usted no admite discusión—intervino don Francisco suavizando aún su tono melifluo porque oponía el más duro de sus argumentos—, usted ha venido, señor Salgado, a imponer condiciones, no a discutirlas, y esto prueba que quiere usted el cisma del partido y el trastorno del país entero : precisamente, ahora hablábamos con mi ilustre amigo el doctor Eneene, de hacer una ligera modificación...

—No, no—interrumpió el porfiado vejete—, yo no modifico nada, nada y nada... je, je, ¿oyen us-

tedes esas bombas, ese estruendo? es el *meeting* de Variedades : ¡ qué popularidad la de Ordenado !

Y repitiendo esta frase : ¡ qué popularidad, qué popularidad ! sazonada con una sonrisita irónica, que descubría sus encías desiertas como las de un recién nacido, estrechaba la mano de cada personaje...

—Ya lo pensará usted mejor, señor Salgado—dijo don Francisco de Paula acompañándole—, ¿cuándo se marcha usted?

—¿Yo? esta misma noche.

—Volveremos a vernos..

—Con mucho gusto.

Se alejó trabajosamente, emprendiendo el descenso de la escalera grada por grada, prendido del pasamano, agobiado por la joroba y la fatiga.

Don Francisco de Paula cerró la puerta, y sin soltar palabra, preocupadísimo, se sentó en el sofá.

—Esta es una declaración de guerra—dijo don Navigio—, ¡ cuidado que es terco mi paisano y qué bien guardadas tendrá las espaldas, cuando se atreve a asumir semejante actitud !

—¿Cuándo se marcha?—preguntó tranquilamente el doctor Eneene—, ¿esta noche? pues en dos días más se le limpiará el comedero ; rabiando estoy porque esto suceda... Vengan ustedes y vean la manifestación de Ordenado : se pintan solos estos babiecas de ordenistas para armar manifestaciones ruidosas : humo y nada entre dos platos... Sí, gritad y enronqueceos : ¡ viva Ordenado ! ¡ viva el futuro Presidente de la República ! espérense sentados ; vengan, ¡ si es de morirse de risa !

Don Francisco y don Navigio acudieron y miraron al través de la celosía...

Y vieron que en puertas, ventanas y balcones había muchísima gente apiñada, y también en las aceras, algunas señoritas con cestillas de flores en las manos, cual si esperaran el paso del Corpus, y todos alegres y entusiastas; en la ventana del piso bajo de en frente habían puesto cenefas blancas y azules y guirnaldas de hojas y detrás se mostraba una niña vestida de Libertad, con el gorro frigio sobre los cabellos rubios, la cual algún papel que desempeñar tendría en la función, cuando estaba tan nerviosilla, echando fuera el busto para ver mejor, o manoseando la cara de sus satisfechos papás, y con pataditas y gimoteos preguntando por qué no llegaba el esperado cortejo; arriba, en el balcón, flameaban banderas y se asomaban elegantes damas, escudándose del sol bajo sus sombrillas de colores... La calzada, a trechos, estaba tapizada de ramas verdes y era recorrida de un cabo al otro por patrullas de vigilantes, repartiendo miradas de desconfianza y recogiéndolas de odio; se oía el rumor de las músicas, y como el viento en los trigales, del fondo de la calle venía el eco de los aplausos y de los gritos de júbilo, débil al principio, luego distinto y poderoso, conforme el contagio del entusiasmo ganaba todas las cabezas y electrizaba manos y bocas: los de las aceras volvíanse curiosamente, la Libertad de la ventana golpeaba sus manitas, anunciando que la procesión ya venía, ya venía, las damas de los balcones preparaban sus cestas, hundían dentro los blancos dedos, que cuajados salían de jazmines y de rosas;

la música entonaba una marcha guerrera, y así, entre el delirante concurso, bajo la luz esplendorosa del mediodía, sus notas parecían más sonoras; todos aplaudían, todos gritaban ¡viva Ordenado! Y lo primero que se vió venir fué el escuadrón de vigilantes a caballo, con los sables a la vista y el revólver en el arzón; luego, una bandada de pilluelos, que saltaban, alborotaban y quemaban cohetes, y detrás, en correctísimas filas de a ocho en fondo, el batallón de ciudadanos, que avanzaba pausadamente, con sus banderas al viento, pisando flores, recogiendo aplausos y otorgando sonrisas y saludos. Pasaban, pasaban y el desfile no concluía nunca: las bocas no cesaban de gritar, las manos de aplaudir, las flores de caer... Mas, de pronto, hubo un movimiento de atención, de curiosidad, de sorpresa: el general, el ídolo, como pontífice en silla *gestatoria*, aparecía sobre los hombros del pueblo, rodeado de los sacerdotes de su culto, impasible y sereno, como dios a quien ni el incienso ni las reverencias conmueven, acostumbrado a la adoración de los fieles: inclinaba su cabeza blanquísima, a la que sólo faltaba el nimbo de oro para figurar un apóstol, y la mirada sin expresión, los labios fríos, imperturbable, agitaba el sombrero, en agradecimiento a los homenajes que recibía. ¡Qué frenesí entonces! las gentes se atropellaban para verle de cerca, las cestas se vaciaban, las voces se enronquecían ¡viva Ordenado! ¡¡viva Ordenado!! ¡¡¡viva Ordenado!!! y las bombas y las músicas resonaban con fuerza mayor. Al pasar por aquella casa tan engalanada, fué preciso detenerse, porque la nerviosilla Libertad

se hizo arrebatar por un garrido mozo de la acera y llevar en volandas hasta los mismos pies del dios y allí, impuesto el silencio, reverente y conmovida, declamó unos versos y ofreció un soberbio ramillete ; al mismo tiempo se soltaban palomas con lazos de cintas en las rosadas patitas y en el cuello, y del seno desprendían las bellas sus últimas flores para arrojarlas : y como el concurso expresara a gritos su deseo de escuchar la palabra del Mesías, la cabeza blanquísima, orlada ahora de rosas deshojadas, se irguió, los labios fríos se animaron, los ojos grises lanzaron un destello, y se oyó una voz formidable, que decía cosas grandiosas y sublimes : la pala del jornalero en las manos viriles del pueblo argentino, la guerra santa a los gobiernos de oprobio, el triunfo definitivo de la libertad en el tiempo y en el espacio, y todas estas cosas, como rocío del cielo, humedecían ojos y corazones. Cuando la voz profética se calló, entonó la música el himno nacional, y todos se descubrieron ; pero, los que al general llevaban, dando por terminada la estación, nuevamente se pusieron en movimiento, y ocurrió entonces algo jamás visto ni imaginado, la nota más alta del popular entusiasmo : un torbellino, una oleada, se desbordó de la acera, envolvió al grupo sagrado y de las manos del dios arrebató el sombrero legendario, y a golpes, a tirones, a mordiscos, como todos se disputaban la posesión de la inestimable prenda, en menudas piezas quedó y los que alcanzaron a guardar un pedacito, mostraban la reliquia jubilosos, gritando : ¡ viva Ordenado ! ¡ Viva Ordenado ! repetían en

puertas, ventanas, balcones y azoteas, y el patriótico grito estremecía la calle entera...

De pronto, los vítores frenéticos en *mueras* rabiosos se convirtieron, los ojos dejaron de contemplar el vaivén acompasado de las andas del dios, que se alejaba, las manos ya no aplaudieron, se cerraron furiosamente, y frente a aquella casa silenciosa, que alguien dijo ser el domicilio del odiado y odioso candidato oficial, se alzaron amenazadoras :

—¡ Muera Eneene !

Las turbas rezagadas de la procesión se arremolinaron contra la cerrada puerta, como torrente bramador precipitáronse y enarbolando bastones y puños gritaban :

—¡ Muera Eneene !

Un cristal cayó y se hizo añicos y del fondo de la calle acudió el escuadrón de vigilantes : ya la Libertad de la ventana había volado, y las damas, miedosamente, se retiraban de los balcones, y las gentes timoratas corrían por las aceras a refugiarse en algún portal o escabullirse en alguna esquina ; la policía cargó a la banda de alborotadores, la dispersó, apresó a los más reacios... Y hecho el orden nuevamente, las lindas cabezas rubias o morenas salían a curiosear, los fugitivos se detenían, la punta del gorro frigio asomó por la reja : oíase gritar ahora :

—¡ Viva Salgado ! ¡ viva el gobernador de Córdoba !

Y rodeado, empujado, ahogado por la tumultuosa muchedumbre, veíase arrastrarse que no andar, un hombrecito contrahecho, más deseoso de rehuir

las caricias populares que decidido a prestarse a ellas, porque buscaba la salida ansiosamente, pero no pudo conseguirlo, que el más entusiasta de sus perseguidores le levantó en brazos como un muñeco y sobre sus hombros le sentó triunfalmente, presentando a la admiración pública la carita más sonrosada y la joroba más graciosa del mundo.

Forcejeó primero y luego decidióse a dejarse llevar también en andas el tío corcovita, y bajo los balcones de Eneene pasó sonriendo, y a don Adrián, don Francisco y don Navigio, que tras la celosía asistían, lívidos, al extraordinario espectáculo, parecióles que la boca desdentada del vejete murmuraba :

—Je, je... si yo dejo de ser gobernador, no llegarás tú a Presidente. ¡ Conste !

V

Misia Damiana entreabrió la cortina, asomó su cabeza coronada de papelitos, fieles guardianes de su rebelde flequillo, y viendo que en el despacho no había más personas que su marido y los dos amanuenses, don Adrián paseando y dictando, con un librillo en la mano, la bata arratonada y el mate calentito, y ambos mequetrefes plumeando de lo lindo, se coló de rondón y fué derechamente a cerrar las maderas :

—¡ Qué sol ! ¿cómo pueden ustedes trabajar ? ¡ es cosa de quedarse ciego !

La inquina de la señora contra el desvergonzado y poco amable astro, que se complace en mostrar a todo el mundo las máculas y defectos físicos de cada quisque y en contar los secretos de tocador si llega a sorprenderlos, era más que justificada a esta hora matinal en que sus carrillos lustrosos, sus labios negruzcos y sus ojos llorones no podían soportar claridades sin el piadoso auxilio del afeite.

—¡ Pero, mujer—protestó don Adrián—, nos dejas a obscuras ! vamos, siquiera una rendija para ver dónde estábamos... ¿dónde estábamos, muchachos ? ¡ ah ! en el artículo 18...

—Si lo hago adrede, hijo, para que no sigas, y no te mates trabajando : anoche has sentido una poquita de jaqueca y esta mañana te encuentro muy pálido ; nada, a descansar... Y si te crees que cuando seas Presidente he de permitirte que pases vigilias estudiando mamotretos, te equivocas de

medio a medio : para eso están los ministros y tú para firmar. A ver, ¿qué hacíais ahora? contestar la carta de algún pedigüeño...

—Redactar un documento importantísimo, Damiana, un manifiesto al país.

—¡ Otra ! ¡ qué perdedero de tiempo ! hablar a los porteños, porque ellos son los únicos que se oponen a tu candidatura, y darles explicaciones... Con un buen cañón en la plaza Victoria, les convences a balazos, que mejor Presidente que tú no hallarán : mira, el domingo, cuando la manifestación ordenista pasó por aquí, y aquellas turbas indecentes dijeron tanta picardía en la puerta, yo estaba con Alcirita en mi alcoba, mirando por los cristales, y te aseguro que si a mano tengo un fusil, salgo al balcón y la emprendo a tiros con aquellos sinvergüenzas...

Discretamente, los dos amanuenses sonreían y el más desasnado de ambos, saltó así :

—¡ Jesús ! madrina, mire que si usted sale...

Aire grave, como el que corresponde a un hombre de Estado, tomó el doctor Eneene para contestar :

—No, mujer, si ésos son derechos de los países libres, que la Constitución garantiza y los gobiernos deben respetar, porque en los Estados Unidos...

El corolario no salía, y del fondo de la calabaza intentó sacarlo, con chupada que hizo gargarizar el mate ya vacío ; pero, la señora, a quien poco importaba que saliera o no, acostumbrada a oír al grande hombre traer y llevar, sin mayores consecuencias, a la república norteamericana, modelo

y envidia de repúblicas, al pariente más cercano dióle un tirón de orejas, diciendo:

—¿Y *vos*, qué tal? ¿te haces a la vida bonaerense?

—Sí, madrina—contestó el chico.

—No me llames madrina, tonto, ya te lo he advertido... ¿a ver la letra? no es muy famosa; es preciso que trates de componerla, porque de lo contrario no te mandaremos de secretario de legación, y yo quiero mandarte a Europa como el mejor ejemplar de la familia. No te hagas esa onda, así, que te cae hasta las cejas: arriba el pelo, y muestra la frente, que el hombre debe mostrar siempre la frente... ¡y refínate, muchacho, estás muy gaucho! De aquél no digo nada *(al más pequeño, que fingía escribir para disimular la turbación)* no adelantas, hijo, no adelantas, siempre con ese aire de asustado... Vamos, que si mando venir a vuestros primos, los Pérez Orza, se darán más maña que vosotros.

—Si no saben escribir—refunfuñó envidiosamente el mayor.

—Y la madre, la tía Eufrasia, está perlática y no podrán dejarla—añadió el otro, a quien la amenaza de ser sustituído desató la lengua.

Don Adrián, que en el sofá estudiaba el consabido artículo 18, se escamó al escuchar aquello de los Pérez Orza.

—Damiana, ¡por la Virgen Santísima!—exclamó extendiendo el brazo armado del librillo—, ¿piensas de veras en traer otro par de gansos de Catamarca? ¿no quedamos en que éste sería el úl-

timo? creía yo que no había ninguno de tus parientes por colocar.

—Vaya, ¡por el trabajo que te cuesta!—contestó amoscada la señora—, ¿qué cosa más natural que beneficiar a la familia, ahora que estamos en el candelero? pues mientras dura, vida y dulzura, y lo que se ha de llevar el moro, que se lo lleve el cristiano. La tía Eufrasia me escribe que sus tres hijos la tienen vuelto el juicio, y allí no hacen más que vagabundear: «ve si tu marido el Presidente (ella te tiene ya por Presidente) ayuda a estos pobrecitos, que mucho se lo he de agradecer y Dios se lo pagará». Y todavía están los Orza a secas, en seco hace mucho tiempo, y los Pérez de la otra rama, que son ocho y pico (la prima Pantaleona está encinta) y los Rodríguez y los Carrizo, los hijos de Sebastián... Es una obra de caridad, Adrián, dar, dar, cuando se puede y no se saca del bolsillo... ¿no tengo yo tanto huérfano desconocido en mi Asilo? pues haz cuenta que hemos fundado otro, para el uso exclusivo de la familia. Lo mismo ha de hacerse en tus Estados Unidos... y en todas partes donde no se chupen el dedo.

—Bueno, mujer, colocaremos a los Pérez Orza y a todos los Pérez y Orzas y etcéteras, que tengan la suerte de poseer un globulillo de tu sangre no más... es decir, si en alguna oficina queda sitio.

—Y si no hay, se hace—respondió encogiéndose de hombros la señora.

Poquísima gracia debía producir esta conversación a los dos chicos, porque estiraron la jeta tanto así, y revolvían los ojos torvos, como si ya vieran llegar a los otros gansos de Catamarca y robarles

a picotazos su parte ; al punto caló misia Damiana el mezquino pensamiento, y por querer arrojarlo, las orejas de uno y otro zamarreó a su gusto.

—¡ Hambrones ! ¡ egoístas ! ya estáis creyendo que vienen los otros y os limpian el plato... ¡ si para todos habrá ! mereciais que os mandara a casita. Ea, salid de aquí a tomar vuestro chocolate, y hartarse.

Refunfuñando salieron ambos, a tiempo que débilmente protestaba don Adrián.

—No hemos terminado, Damiana, nos faltan muchos artículos todavía.

—Sí, ¡ para manifiestos está el tiempo ! mientras tú te desvives por la patria y te ocupas en dar explicaciones a los porteños, buena sorpresa te preparan... acabo de leerlo en *La Opinión,* el diario del otro, de Ordenado : que en el alto comercio se recolectan firmas para pedirte renuncies a tu candidatura, a fin de que la paz de la República no se altere ; ¿qué te parece? ¿ya lo sabías? ¿y qué piensas contestar a esos señores del comercio, que en vez de contrabandear y adulterar lo que venden, según su costumbre, se meten en lo que no les importa? ¿que no? ¡ claro ! ¡ no faltaba más ! porque a los señores porteños no les gusta, vamos a dejar el campo libre... ¡ Renunciar cuando tenemos la Presidencia en la mano ! ¿y mis seis vestidos encargados a París? mira, Adrián, si renuncias, te juro que sí, ¡ pido el divorcio !

Tan agitada se puso, que el doctor Eneene tuvo que decir y repetir que la especie del periódico ordenista carecía de fundamento ; y en el caso de llevarse a cabo la ridícula idea, él contestaría que

su nombre no le pertenecía, era la propiedad, la bandera de su partido, y sólo su partido podía eliminarlo...

—Nadie, di que nadie tiene el derecho de eliminarlo, ¡no faltaba más! no vendrán con semejante embajada... ¿por qué no renuncia Ordenado? no vendrán, pero si vienen, déjame a mí recibirles y verás cómo salen de aquí disparados.

Dominando la bullanga de la calle, oyéronse gritos de muchachos pregonando el boletín de *La Opinión:* «revolución de Córdoba, caída del gobernador Salgado, intervención federal».

Misia Damiana se acercó a la celosía.

—¿Qué hay? ¿qué dicen? algún horrible asesinato, sin duda.

Y don Adrián, con secreto alborozo, miró al Wáshington de la repisa, y mirándole, mirándole, mentalmente habló así:

—Ya está cumplida la orden: la joroba de don Olimpo era un obstáculo y la hemos apartado de nuestro camino por el medio expeditivo de costumbre: vaya usted a Córdoba, aquí tiene tanto dinero y tantos fusiles y provoque una revolución contra el gobernador; caído el gobernador, se pida o no se pida, el Gobierno Nacional envía la intervención para poner las cosas en su lugar, y como Salgado bien está en el suelo, en el suelo le deja y levanta y hace elegir en su reemplazo a don Navigio Soto, hombre fiel, probado y competente... Don Navigio no quería, se aferraba a su prometido escaño de senador, pero yo le convencí, asegurándole que lo tendría siempre y cuando le diera la gana, que el partido esperaba de su patriotismo tan gran

sacrificio. ¿Qué hará Salgado ahora? aliarse a los ordenistas : y bien, poco me importa ; una joroba, por grande que sea, poco puede pesar en la balanza. He aquí lo que hemos realizado ; la elección de Soto no tardará en completar nuestra obra... ¡No lo hubieras hecho tú mejor, gran Wáshington ! no, no lo hubieras hecho : tú habrías estudiado en este librejo inútil, la Constitución, si traía algún artículo que te autorizaba para proceder contra el gobernador rebelde, y si no lo traía, te quedabas mano sobre mano, ¡qué pobre diablo eres, Wáshington, que necesitas de cartilla para gobernar ! aquí, en la República Argentina, estamos más adelantados : ocurre un caso, como éste, por ejemplo, y aunque la Constitución no lo permite, el interés del partido lo exige, y afuera con el gobernador. A mí me parece de todo punto imposible regir un Estado con la Constitución en la mano, aplicando sus disposiciones a cada caso tan estrictamente que ni ajuste ni desborde ; no, señor, en teoría es muy bonito, pero en la práctica... Ya ves, si no lo echamos a Salgado, nos arma un caramillo de mil demonios en el Interior y nos trastorna toda la República, y sin embargo, la Constitución no previó que podía necesitar el Presidente deshacerse de gobernadores ambiciosos, y no dice palabra al respecto... Por supuesto, que tú saldrás con la antigualla que había que dejar a la opinión expresara su fallo en nuestra divergencia : sólo los débiles acuden al arbitraje o los timoratos ; con el ejército de la Nación a la mano, no hay Olimpos que asusten. ¿A que no chista ahora? va a resultar que todas sus bravatas eran para imponer sus

condiciones de venta, que no quisimos aceptar... Desengáñate, Wáshington, ¡estás muy viejo! ¿quién gobierna ya con cartilla, hombre? Además, apuesto doble contra sencillo que si vinieras tú por estos barrios, y estudiaras nuestras costumbres, y vieras que aquí no hay partidos de principios sino partidos personales, no hay lucha de idea contra idea, sino de hombre contra hombre, echarías tu puritanismo a la espalda y adoptarías nuestro singularísimo sistema de gobernar; porque estos americanitos del Sur no son como los tuyos del Norte, graves, sesudos, celosos de sus derechos: son indolentes, rutinarios, que todo lo desearan ver hecho por mano ajena, amigos de placeres y quimeras, señoritos ricos, pongo por caso, que dan a administrar su hacienda, por evitarse quebraderos de cabeza, y alegremente van gastando capital y renta, hasta que no queda un centavo, y entonces se vuelven contra el administrador y se hacen revoltosos y se ponen insufribles. No diré yo que sus administradores sean muy correctos, pero, ¿quién, sino tú, gran Wáshington, está exento de cargo y tiene el alma bastante fuerte para no flaquear en las alturas del poder? por eso, no queda más remedio, para sosegarles, que el látigo de la dictadura: aplicar la Constitución, sería poner una cataplasma fría... Pasea tus ojos por esta América y verás cómo todas sus repúblicas gimen bajo dictaduras más o menos militares y más o menos disfrazadas, pero dictaduras en el fondo, en el carácter, en los medios y en las tendencias... ¡Wáshington! convéncete: más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena; tú, con toda tu cordura y

tus miramientos, no nos habrías apartado del camino la joroba de don Olimpo, y observa lo diestramente que lo hemos hecho nosotros... Con doce provincias y el Presidente, ¿quién me tose?

Estaba tan pensativo el grande hombre, que misia Damiana no se atrevió a turbar el concierto de sus ideas y se escabulló del despacho, diciendo muy quedo :

—Me voy, no quiero molestarte... hoy tengo reunión extraordinaria de la comisión de la *kermesse :* mucho trabajo y pocas nueces.

Palabras que don Adrián no oyó, porque en aquel momento le daba el busto la réplica de este modo :

—Eso que habéis hecho es simplemente un crimen, por más vueltas que queráis darle, ¿cuál es la falta de Salgado? no prestarse a entrar en la liga, por las razones a o b, para imponer a la República tu candidatura presidencial ; pues, aunque otra más grave fuera, sobre Salgado no podías poner la mano porque la Constitución lo prohibe... ¡ah, gobernantes prevaricadores, perjuros y raquíticos, que asaltáis el poder para gozarle en provecho propio y no en bien del país! tú mismo me lo has dicho : que a ese gobierno que van a darte de la manera inicua que en este país es uso, no llevas más programa que el de negociar con la fortuna pública para aumentar la tuya y llenar el bolsillo de tus cómplices, ¡y todavía quieres sincerarte! ¡qué me vienes a mí con sofismas para explicar y defender ese sistema vuestro de gobernar sin cartilla, como desdeñosamente llamas a la ley suprema de la nación! si la ciencia del gobierno es la más fácil, la más clara de las ciencias : llama al

primer hombre honrado, honrado, ¿eh? que pase por la calle, y muestre en su fisonomía rasgos evidentes de nobleza y energía, ponle la cartilla que tú dices en la mano y siéntale de Presidente; ¡verás cómo lo hace y qué lindamente desempeña su papel! verás cómo, libre de las trabas de los círculos, de los compromisos de los amigos, deletreando artículo por artículo y aplicando el cauterio sobre la llaga, es la ventura de sus conciudadanos, os avergüenza a vosotros todos y sube cien codos sobre mi cabeza. Pero, vosotros, ¿qué habéis de dar más de lo que dais? no, si mi espíritu descendiera sobre estas regiones, no había de contagiarse con vuestra peste política: enseñaría a tus compatriotas a no seguir a los hombres por ser tales hombres, sino por las ideas que ellos representan; a no deificar a los hombres, porque los dioses no se discuten y a los hombres hay que discutirlos; a no descuidar sus derechos, porque nadie es mejor guardián de ellos que sí mismo... les enseñaría muchas cosas que ahora olvidan, y por eso no salen de manos de la dictadura, como los desordenados no salen de manos de los usureros... ¿Sabes? en esta atmósfera yo me ahogo, veo tales iniquidades y bajezas concertarse bajo mis narices que, aunque de bronce, me conmueven; nadie te tose en la República, doctor Eneene, ¡pues, yo, te escupo!

Don Adrián miraba al busto y el busto miraba a don Adrián con sus ojos cóncavos, y este diálogo mudo habríase prolongado, si el ruido de la puerta, y la presencia de un criado no lo interrumpe en su más sabroso párrafo: era un gobernador, de los devotos, que se anunciaba y entró, excusándose

de la importunidad de la hora por la importancia del asunto, y con él un ministro, un diputado y dos senadores, todos los cuales parecían lo que eran y eran lo que parecían: el gobernador, de piel amulatada, melena y perilla cerdosas, manazas ordinarias y arreos de paisano endomingado, tenía más trazas de mayordomo de *estancia* que de gobernador; el ministro era un jubilado de la Nación, y eso que ni por delante ni por detrás mostraba lisiadura alguna, como no fuera en la conciencia, y eso que no era viejo, y eso que era ministro; el diputado, con la marca de comercio, de propiedad oficial, grabada en su persona y en sus palabras, y ambos senadores con señas particulares tan parecidas a las del gobernador, que era imposible o no fueran parientes, o no fueran antes gobernadores, según la evolución política consagrada. Sentados en rueda todos seis, discutieron largamente acerca de las consecuencias, próximas y remotas, del derrocamiento de Salgado: el decreto de intervención quedaba extendido, a la firma del Presidente, y la orden secreta dada al interventor de elegir a Soto... ¿sería de temer, como se anunciaba, la cólera de don Olimpo? porque extraordinario parecía que, caído del gobierno, en vez de correr al campo y armarse y pelear, tranquilamente marchó a la estación, y a la capital se venía tan fresco: el señor ministro mostró el telegrama en que se le notificaba la partida del endemoniado vejete.

—Le temo más aquí que en Córdoba—dijo don Adrián—, de seguro viene a ver a Ordenado, a concertar la resistencia.

—Pues yo aquí no le temo—contestó el minis-

tro—, aquí se le puede vigilar, y prender, si es preciso : a la ratonera viene por sus pasos contados.

Los otros sostenían esta tesis : que Salgado, sin el gobierno, era un cero a la izquierda y al general no le llevaba más contingente que el de sus rencores ; en estas condiciones, y poniéndose en lo peor, los sucesos de Córdoba no harían sino precipitar la gestación de los planes ordenistas y abortar la revolución...

—Porque observe usted, doctor—decía el diputado...

—Reflexione usted un poquito, doctor — decía también el más lenguaraz de los senadores...

Hablaban a un tiempo, muy acalorados, y para hacerles callar el doctor Eneene echó en medio de la refriega el nombre del Presidente.

—¿Cuál es la opinión del Presidente?

Y el ministro contestó que el Presidente juzgaba la situación muy delicada, pero fácil de dominar : todo dependía de que don Navigio Soto fuera hombre capaz de hacer en Córdoba lo que Salgado no había querido hacer.

—Sí que será—afirmó don Adrián—, no moverá pie ni mano sin el visto-bueno correspondiente, y más no se necesita para que todo marche como sobre ruedas.

—Además—prosiguió el ministro—seguimos tan de cerca a Ordenado, que apenas le dejamos respirar : anoche se han tomado presos a dos oficiales del regimiento 15 de infantería, que están en el complot, y esperamos arrancarles revelaciones importantes ; al coronel Zeta, uno de los jefes más comprometidos, le echaremos el guante al primer

descuido, ¿qué más? el decreto de estado de sitio está ya montado y apuntando : mientras los ordenistas se ocupen en pasear a su santo por las calles y en hacerle novenas y echarle flores y sermones, pasatiempo inofensivo e infantil, les dejaremos tan entretenidos ; pero, si de tontos quieren pasar a vivos, y el castaño claro se pone castaño obscuro, y conspiran en serio, ¡ fuego !

Bien se notaba que no era manco el señor ministro (aunque jubilado) ; el gobernador se reía, cayéndole la baba, no de gusto, sino de vicio, y a secar la chorrera de la levita acudía con pañuelo de lienzo tan tieso, que sin duda llevaba almidón...

—¡ Ja, ja ! ¡ nunca tal vi ! ¡ andan aquí con Ordenado como en mi tierra con el Cristo del Amparo ; señor, qué devoción ! la función del domingo me divirtió mucho, muchísimo.

Dos horas duró el conciliábulo, y en él se convinieron medidas trascendentales para la marcha del partido eneísta, que después de pasadas a consulta del doctor don Francisco de Paula Trujillo, serían elevadas a la aprobación del Presidente, jefe único, en su calidad de tal, y reconocido, del supradicho partido ; el baboso gobernador aseguró, bajo su fe de caballero (no sé los quilates de crédito que tendría y así no lo consigno) que en la provincia de su mando las tales medidas, para neutralizar las maniobras de Salgado y aniquilar la acción del general, se aplicarían con el rigor debido, y que sus mansos insulares no las necesitarían.

—Estos ordenistas gritones no se usan por allá— repetía salivando en contorno— ; tienen un diarucho, que apenas alza el gallo, le corto las alas ; y

están tan hechos a la obediencia pasiva, porque mis antecesores fueron de buena muñeca, como yo, que usted, doctor, les lleva de las orejas, propiamente como a niños de escuela.

Muy entusiasmado, apoyaba don Adrián:

—Pues es usted el más feliz de los gobernadores: llevar así las riendas de un pueblo que no es duro de boca, constituye la más grata y regalada de las tareas; pero, vaya usted a domar a los porteños...

El ministro era porteño, y así mismo, con gesto de asco y horror, volvió la cara y levantó las manos, muy sanas y válidas (aunque jubilado) e idéntico ademán ejecutaron los otros, como diciendo:

—Quite usted allá, doctor, y no miente a tales ingratos, desamorados y malos patriotas, que no se despegan de los faldones de Ordenado; pero observe que no todos los porteños son iguales, señor doctor: fije sus ojos benignos en nosotros y aprenda a distinguir el grano del gorgojo y se dará por convencido que también hay porteños sumisos y blandos, dispuestos a poner sus destinos y sus orejas en sus manos poderosas...

Oíase en la escalera ligero rumor de pisadas, roce de vestidos, voces de tiple, risas y abaniqueo, como si muchas mujeres subieran o bajaran; ya el gobernador, cuyas anchas narices de mulato se inflaban venteando la delicada caza, había preguntado si aquélla era la escala de Jacob, porque, aunque no se veían, se adivinaban que eran ángeles los que así andaban alborotando.

—Es mi mujer—informó don Adrián—, que tie-

ne hoy reunión extraordinaria de la comisión de su Asilo; muy lindas damas, señor mío...

—Hago moción para pasar a cuarto intermedio—dijo el diputado.

—¡Apoyado!—contestaron los otros, el gobernador babeando más que nunca, de gusto esta vez.

Y dejando la suerte de la patria a medio redondear, se pusieron tras la cortina: el visillo de tul permitía ver pasar por el recibimiento las elegantes damas del Asilo del Sauce: allí se detenían a dejar sus sombrillas en el perchero, a echar una ojeada al espejo o a concluir el pespunte de una crítica... Al gobernador, por ser forastero, dábanle los nombres de las que entraban:

—Esta es la de Fulánez, aquélla la de Mengánez... la del sombrero blanco es la de Soto...

—¡La mujer de don Navigio! pues no ha tenido mal gusto el muy trapalón: un gato viejo de su pelaje con este ratoncillo monísimo...

—No, hombre, si la mujer de Soto no es la del sombrero blanco; ésta es Florita Soto, hija de don Navigio: su mujer es aquella que sube tan sofocada.

—¿Aquélla? pues le compadezco, ¡pobre colega mío! ¿qué se hará él con tanta carne? ¿y esta saltarina? ¿y la otra rubia, que está de hociqueo en el rincón con la del turbante?

—La saltarina es la señora de La Llave...

—¿No podría yo formar parte de esta encantadora comisión?

—Sí, como socio protector: pronto verá usted llegar a los socios protectores, que tienen a su car-

go auxiliar a las damas en la organización de la *kermesse*.

—Mi querido doctor, yo no soy curioso, y se lo probaré retirándome del cristal tan pronto asome en la escalera la primera silueta masculina...

Mientras estos señores olvidaban, en la contemplación de la mujeril concurrencia, los gravísimos asuntos que esperaban pronto remedio de su sabio consejo, misia Damiana, con bata de larga cauda, de merino azul pálido y encajes blancos, y a pesar de la hora y el traje, mucha pedrería en manos, pecho y orejas, recibía en el gran salón, acompañada de Alcirita.

—Buenos días, amiga mía, ¿qué tal? puntualísima, como siempre. Adiós, Florita, ¿y tu mamá? adelante, señora, siéntese usted.

El besuqueo no cesaba : habían arrimado las sillas a la pared, como si fueran a bailar, y puesto, en un ángulo un pupitre, preciada joya de ebanistería, con recado de escribir ; los *stores* de seda filtraban una luz discreta, suficiente para no andar a tropezones y evitar sus habladurías respecto de la enharinada cara de misia Damiana, de los frescos retoques de Alcirita y de las pinceladas que, con mayor o menor maestría, les hubiera venido en gana darse a las socias del Sauce. Aquella señora tan saltarina de La Llave, que caminaba como *chingolo* retozón, estaba armada de un *impertinente* con rabo de carey y para ella no había detalle, que, aun velándose en la sombra, consiguiera pasar inadvertido : el objetivo de su curiosidad era misia Damiana, tan morena, tan rechoncha.

—Si parece un Judas—decía a Florita Soto su

vecina—, ¡de azul y blanco! creerá estar más en carácter, como Presidenta futura, ¡qué risa! ahora caigo: ¡se ha pintado una ceja más alta que otra! ya dije yo al entrar; pero, ¿qué demonios tiene hoy esta señora? algo de mefistofélico, de raro. Y es eso, las cejas desiguales.

Florita se reía con mucha gana, y hacía variar la dirección del malévolo instrumento.

—Mire usted allí... mire usted allá... fíjese usted, detalle por detalle, y dígame con franqueza si encuentra algo de particular en la pavera, ¡qué nariz! ¡qué boca! ¡qué ojos!

—¡Horrible! ¡¡horrible!! ¡¡¡horrible!!!—repetía la de La Llave marcando cada defecto—, y sin embargo... ¡ah! ¡qué hombres!

Muy bajo dió Florita la noticia que Perico Trujillo, despedido, según decían, por la de García Luces, volvía al redil de la de Eneene.

—De él no lo extraño, porque anda buscando novia con pesos... pero, verá usted cómo Alcira acepta de nuevo sus galanteos, y no porque le quiera, por vanidad.

—¿Y Castorito? ¿no aseguraban que era el pavo vencedor?

—El pavo de semana, dirá usted; a Castorito le tocó estar de servicio la semana pasada; ésta va a ser dedicada a Trujillo, el pavo pródigo...

Todas las damas, que no pasaban de diez, se habían sentado, misia Damiana delante del pupitre, la de Soto, la gordinflona esposa de don Navigio, frente a la de La Llave, con quien estaba de pique por causa de añejos chismes y cierto pleito ruidoso que cortó las amistades de sus cónyuges respecti-

vos, las otras diseminadas, abanicándose fuerte, mirándose de reojo, en busca del punto vulnerable para clavar el alfilerazo de la crítica, algo aburridas porque los caballeros auxiliares, poco galantes, se hacían esperar : eran las nueve y media, la cita estaba fijada para las nueve, y ellas, cosa inverosímil, habían sido las primeras en llegar : ni Montesol, el simpático cronista de *El Cotidiano*, el más leído, comentado y celebrado de los escritores argentinos (sin agravio sea dicho para don Buenaventura Luces) se mostraba en su puesto, pronto el lápiz para tomar apunte fiel de nombres, trajes, joyas y detalles al menudeo, que él adornaba después a las mil maravillas en su deleitosa revista, ¿dónde estaba Montesol? ¿no venía Montesol? Precisamente la de La Llave que, entre paréntesis, era una real moza, estrenaba aquel día una *toilette* de mañana, de corte parisién, y no quería sentarse hasta que no entrase el cronista, a fin de darle en los ojos la primera ; ya jugueteaba en sus labios la frase :

—¿Qué tal, Montesol? ¡por Dios! no se fije usted tanto en mi *toilette*, que no tiene nada, absolutamente nada de particular.

Y Flora Soto, señorita que a los treinta pisaba los talones, y bajo ningún concepto quería ser olvidada, pues cuando no veía su nombre en la crónica social sufría un acceso nervioso, con impaciencia murmuraba :

—¡Si no estamos más que nosotras! pocas resoluciones podremos tomar, no viniendo los caballeros.

—Vendrán, hija—contestó la otra—, la demora pase, pero la falta... sería imperdonable.

Acercóse Alcira, y fué recibida con la más cordial sonrisa.

—Escucha, Florita, vamos a convenir nuestro proyecto de pabellón : tú no quieres de india fueguina, ¿verdad? bueno, ¿qué te parece de alsaciana?

—¡ Ay ! horrible, esos lazos negros en la cabeza no sientan.

—¿Y de napolitana?

—¡ Muy ordinario ! de japonesas, de japonesas.

—¡ Quita allá ! muy vulgar... Yo he ideado un proyecto encantador : mira, nos vestiremos de labradoras valencianas, con falda de lana azul y terciopelos negros, delantal de tul, pañolito con galones de oro y lentejuelas, peinado de castaña y alfileres de perlas... el pelo partido al medio, con cortinillas : ¡ es divino ! el pabellón será de forma rústica, y venderemos chufas, naranjas y flores, ¿qué te parece?

—¡ Perfectamente ! ¡ precioso ! ¿y quiénes van al pabellón?

—Pues... tú, yo, las dos de Fulánez...

—¡ Qué lástima—observó la de La Llave—, que Jovita y Elena García Luces guarden luto ! con ese traje estarían para comérselas.

Esta salida dió pie a Alcira para contar con mucha reserva, después de pedirlas no lo dijeran a nadie, que en casa de García Luces había encontrado ya por tres veces a un doctorcito Hierro, que ella jurara *festejaba* a Jovita y a quien Jovita ponía

muy buena cara : ¡ ella tenía un olfato para descubrir estos gazapos !

—¿Es uno morenito, bastante feo? — preguntó Flora.

—Sí, bastante, de sobra ; ¡ y sin un centavo !

—¡ Jesús !

Las dos se cubrieron con el abanico, y la pavera, moviendo más que nunca el hociquito de conejo, acabó de lancear al desgraciado con esta frase :

—Y por añadidura, poeta... ¡ y ordenista !

—¡ María y José ! — exclamaron las otras con mayores aspavientos—. ¡ Qué mal gusto y qué mala cabeza ! cuando, bella y rica, tenía el derecho, que no todas lo tienen *(Florita suspiró)* de escoger al más pintado.

Misia Damiana decía :

—¿Y esos caballeros? van a hacernos perder la mañana.

Alguien entró, y al volverse todas, vieron a misia Florinda, la de Luces, con unos crespones negros que lamían el suelo, tan sofocada que apenas podía hablar.

—¿Soy de las últimas? no lo extrañen ustedes : ¡ si creí no poder venir ! en este momento se duerme Justito ; vestida, como ustedes me ven, he tenido que darle su biberón y hacerle dormir, porque si le dejo en brazos de la niñera, pega fuego. Después, Ramoncito, el tercero, jugando en el patio se cayó y casi se me parte la cabeza el ángel. Yo decía : está de Dios que no iré a la reunión ; lo hubiera sentido de veras : a diversiones dejaré de ir,

por mi luto y mis quehaceres, pero cuando se trata de ejercer la caridad...

Saludó a diestro y siniestro, y fué a sentarse cerca del pupitre de la señora de Eneene, con quien trabó al punto porfiado diálogo, describiendo, sin que ella se lo pidiera, todos los extraños y variados síntomas de la enfermedad de Justito.

—Usted no se imagina, señora : hemos llamado a todos los médicos, y ninguno da en el clavo ; que este jarabe, y esta tisana y estos polvitos, y el niño cada vez peor. Hay día que le da por dormir y otros por no dormir, ya tiene hambre y ya no come cosa alguna... ¿y las niñeras? ¿qué me dice usted de las niñeras? ¡ asómbrese, amiga mía ! ¡ ayer encontré al niño con una tajada de melón en la mano !

Misia Damiana creyó deber expresar su asombro con una gran voz, que hizo ladear a todas la cabeza.

—¡ Melón ! ¡ comiendo melón ! querida amiga, ¡ qué descuido !... ¡ ah, señores, al fin ! tardíos, pero seguros.

Algo confusos, y excusando su falta de galantería de la mejor manera, se presentaron dos caballeros de americana negra y corbata azul de lazos flotantes, viejos verdes muy lustraditos y perfumados, y tres más, solterones con tanta fachenda como un pollo ; al mismo tiempo, escuchóse clamoroso *glu glu* y todos los pavos de Alcira invadieron el salón, los siete, Periquito Trujillo a la cabeza, luego Castorito, otro rubio ceniciento, con una pelusilla dorada sobre el pico, digo, sobre el labio superior : los había blancos, negros del todo y par-

dos. Bajo el *impertinente* de la señora de La Llave pasó la manada entera, y los indiscretos cristales decían a su dueña:

—Castorito trae hoy muy mala cara, ¿le habrán desplumado esta noche... en el club? ¡cómo aletea Trujillo alborozado en torno de la amable pavera! ella parece que le regaña y él da saltitos y mueve la cabeza, ¡qué encerrona más bien ganada, para que aprenda a no volar del corral otra vez! los demás le observan con enfado, ¡y Castorito tiene unas ganas de plantarle un picotazo! y todos, porque están muy huecos, señal evidente de irritación en ellos... ¿No es Montesol aquel que asoma en la puerta de entrada? ¡sí, es Montesol! no mira hacia acá: está mirando a la señora de Soto, que se ha puesto un sombrero... ¡qué bridas tan mal anudadas! ¡y qué flores tan chillonas!... ahora se vuelve y habla con la de Mengánez, que está a su lado, y la de Mengánez y ella revolotean los ojos...

La bella dama retiró el lente, porque le pareció que su enemiga se mostraba importunada por la inspección de que era objeto, y no deseaba provocarla.

—Su mamá está muy nerviosa—dijo a Florita.

—No haga usted caso; es porque charlo con usted, ¿y qué? ¿a mí qué me cuenta?

—Hija, seguro que se lo contará a su papá.

—¡Qué miedo! ¡ay! ya tiemblo de llegar a casa.

Reíanse ambas; y de repente, como pasara el Trujillín y el instrumentito revelador denunciara la fea cicatriz de la mejilla, Florita refirió, tras el abanico, la verídica historia de aquella herida: durante la última jira política del papá, en un po-

blacho que se llamaba Ombú, le recibieron a pedradas y hasta quisieron asesinarle; ya tenía el gaucho malhechor levantado el facón para abrirle por medio, cuando Periquito se echó sobre él, y luchó hasta desarmarle, salvando la vida de su padre a trueque de aquel araño.

—¿De veras?—decía la de La Llave siguiendo al Trujillín en su paseo—, ¡parece mentira! ¡es un pavo guerrero entonces! no hubiera creído a ninguno de su especie con tanto brío... Montesol, ¿cómo está usted?

El simpático cronista se inclinaba amablemente, y las dos, con refinada coquetería, ensayaban la sonrisa más graciosa, la mirada más seductora...

—Tan galante como de costumbre — contestó Florita al primer cumplido, hecha un almíbar.

—No diga usted, Montesol—repetía la otra—, ¿encuentra *chic* mi *toilette?* no vale nada... es de París... pero no lo cuente usted en *El Cotidiano*, ¿eh? porque es usted el hombre más indiscreto del mundo.

Se impuso silencio, pues la señora de Eneene había dado comienzo a la lectura de ciertos documentos que a la comisión del Asilo interesaba conocer; luego, de ciertas cuentas que era urgente aprobar, y se aprobaron, y en seguida se abrió la discusión sobre la mejor manera de organizar y hacer productiva la proyectada *kermesse:* aparte el dejo catamarqueño, era misia Damiana muy verbosa, y se hilvanaba unas tiradas oratorias, que para sí las quisieran muchos señores diputados; con frase clara expuso el estado actual del Asilo del Sauce: renta escasísima, entradas nulas, sali-

das múltiples, producto del concierto A agotado, producto de la subscripción B agotado, producto de otro concierto y de otra *kermesse*, agotado, todo agotado, en esto, en lo otro, presentes estaban los comprobantes... todo agotado, menos el ardor caritativo de la dignísima comisión, que había resuelto hacer nuevo llamado al público bonaerense, cuya bondad y cuya paciencia no se agotaban nunca. Era necesario construir una sala bien grande, bien ventilada: los veinticinco huerfanitos en las dos pequeñísimas que existían, estaban como sardinas en estiba; otros tantos solicitaban entrada; las habitaciones de servicio necesitaban serias reparaciones; los altares de la capilla no tenían el dorado todavía...

—¿Con qué fondos vamos a emprender estas obras tan indispensables?—preguntaba la señora presidenta.

Y como repitiera la demanda: ¿Con qué fondos? la de La Llave contestóla así, para su vecina:

—Pues con los suyos, señora mía; meta usted la mano en su bolsa repletita y saque lo suficiente para dotar de esa sala grande y ventilada al Asilo del Sauce, que esta erogación no la hará a usted ni más pobre ni más rica, y deje de moler al público con petitorios y a nosotras con fandangos, que ya aburren. ¿No le parece a usted, Florita? precisamente, mi marido me lo decía, antes de salir: «¿Otra funcionita de caridad? si esto sigue, tendrán ustedes que edificar un asilo para los donantes, después de desvalijados; todos los días me llegan listas y cartas y localidades de teatro: la

verdadera caridad no es eso que ustedes hacen: la verdadera caridad consiste en dar cada cual lo que quiera y pueda dar, sin que se entere la izquierda de la acción de la derecha, ¿desea la señora de Eneene proveer de cama, pan, educación y vestido a veinticinco huerfanitos? perfectamente, bien rica es para hacerlo, y hasta a cincuenta y a cien. Eso sería más meritorio a los ojos de su Dios, que todo lo que organiza, al solo objeto de divertirse y ostentar los sentimientos de que carece. Pon atención: el día que cada rico hiciera esto, el que más, más, y el que menos, menos, se acabaron el socialismo y todas las plagas que la vacuidad del estómago engendra.» ¿Es esto hablar en razón o no, Florita?

Sí lo era, no solamente para la chica de Soto, sino para toda la aristocrática asamblea, que no lo decía en voz alta, pero rumiábalo allá en sus adentros.

Y como nadie contestaba, la señora presidenta insistía en su pregunta: ¿Con qué fondos? tomando el partido de dar ella misma la respuesta:

—No hay más remedio, señoras y señores, que acudir nuevamente al público; pero como otras asociaciones análogas a la nuestra vienen haciéndolo con pesadez desde principios de año y de enero a enero es traído y llevado por la caridad, y acaso encontráramos en él asomos de fatiga, es preciso inventar algo nuevo, algo peregrino, que pique su curiosidad y le atraiga; es preciso que nuestra *kermesse* no sea como todas las *kermesses*. Tenemos varios proyectos y voy a presentarlos a vuestra consideración... pero antes, permitidme que insista en demostraros la urgente necesidad de re-

parar nuestro Asilo y la carencia de fondos para repararlo: la digna tesorera, señora de Luces *(profunda reverencia de misia Florinda)* os ha expuesto, por mi conducto, el estado de los libros y de la caja: unamos, pues, nuestros esfuerzos para que la situación del Asilo del Sauce sea más próspera, gracias a los caritativos sentimientos del público de Buenos Aires. He aquí los diferentes proyectos de que acabo de hablaros...

Enumerólos, y alrededor de cada uno de ellos, se empeñó reñidísima discusión, en que el femenino cotorreo llegó a ensordecer: los caballeros auxiliares callaban y sonreían, y sólo cuando algún abanico, demasiado elocuente, se ponía bajo sus narices, daban su opinión de acuerdo con la exaltada vecinita. La de Fulánez se enfadó seriamente porque una moción suya, insignificante, fué rechazada, y declaró que ella no asistiría a la fiesta, ni sus hijas se mostrarían en el pabellón valenciano; a implorarla cambiara de resolución, acercóse Alcira, pero ella no cejaba:

—Figúrate, Alcirita, que quieren...

—Ya se arreglará todo, señora.

—Pero no a gusto mío: yo no estoy por el juego de caballitos; me parece poco moral, poco decente, un cebo para los viejos y un peligro para los jóvenes.

—Y si la que ha de atenderlo es una que yo conozco...—apoyó la de Soto arrojando el dardo del lado donde la señora de La Llave charlaba con Montesol y Florita.

—¡Claro!—repuso la de Fulánez—, si el proyecto no puede ser sino de ella.

—No hagan ustedes caso: si va gente, ¿qué importa lo demás?

Mucho trabajo le costó, pero convencióla al fin; una voz dijo:

—¿Y en la confitería? que se lea la lista de las damas que atenderán la confitería.

Misia Damiana leyó la lista, y apenas la de Mengánez oyó su nombre, saltó diciendo que por todo el oro del mundo ella no quería ir a la confitería, y con acento trágico, extendiendo la enguantada mano hacia la señora presidenta, exclamó:

—¡Muchas moscas, amiga mía, muchas moscas!

El dulce estaba demasiado pasado de punto y de días, para que el goloso insecto lo buscara; asimismo dióse sosiego a la asustadiza jamona colocándola en otro sitio, y del jardín hubo que sacar a dos damas que padecían de jaqueca, y no temían ni a las moscas ni a los moscones de la confitería. Lo único que no dió lugar a protestas ni a observación alguna, fué la proposición de la señora presidenta, de eximir a las damas y caballeros de la comisión del pago de la entrada: todos los abanicos se abatieron, en signo de universal acuerdo, y la de Fulánez, viuda millonaria, reforzó su voto con esta frase:

—¿Por qué hemos de pagar nosotros, si somos los artistas de la compañía?

La alborotada asamblea aprobó, por último, todos los proyectos que a su deliberación se sometieron: resultando, según la opinión de algún señor auxiliar demasiado sincero, que la *kermesse* del 15 de mayo en el Teatro Nacional, sería, sencilla-

mente, como todas las *kermesses;* opinión que compartía el insigne Montesol, aunque, menos sincero, se guardaría bien de decirlo en *El Cotidiano* y afilaba su lápiz, por el contrario, para contar al público bobalicón que el éxito de la soberbia fiesta estaba *desde ya* asegurado, con detalles aperitivos tan magistralmente servidos que, aunque sin gana y a regañadientes, la gente se apresuraría a llevar su óbolo a las damas del Sauce.

Aparecieron dos criados correctísimos, perfectamente descañonados, como es de rigor, trayendo el uno chocolate con pastas, y el otro *sandwichs*, que aquí llaman, y jerez. El *glu glu* de los pavos subió entonces de punto, y no sé si al olor del oportuno piscolabis, los personajes aquellos del despacho olvidaron por completo el móvil importantísimo de su conferencia, y al salón se vinieron, detrás de las orondas bandejas.

Y en viendo al gobernador, dijo la de La Llave a Florita Soto :

—¡ Qué idea ! si exhibiéramos a ese caballero... a veinte centavos la entrada : ¡ sería el *clou* de la fiesta !

VI

Como cómicas que van a ensayo, al Teatro Nacional acudían diariamente misia Damiana y su elegante escuadrón de damas, y las horas se pasaban lidiando con carpinteros y tramoyistas, mientras el puchero quedaba en casa sin espumar y a los niños no se los llevaba el diablo, porque este buen señor no puede traficar con almas infantiles; la misma misia Florinda, a pesar de la cancamurria de Justito y de la seguridad de encontrar a su vuelta más de un doloroso chichón en la cabeza de alguno de sus ángeles, no dejaba de echar su vistazo y su puntada. Y no estaban poco satisfechas y hasta orgullosas las damas de su originalísima inventiva y de la destreza de los obreros: en un santiamén, por arte de magia, se alzaron las más caprichosas construcciones; una pagoda con sus techos puntiagudos, sus campanillitas y el ídolo monstruoso sentado a la turca, los carrillotes inflados, la boca fruncida y el vientre enorme, desbordando sobre las rodillas, retrato exacto, según el maligno juicio de la señora de La Llave, de la propia misia Damiana... Luego, casitas holandesas, que parecían robadas de una caja de juguetes; cabañas cubiertas de nieve, que daban frío sólo de mirarlas; pabellones de diversa forma, y guirnaldas y banderas por todas partes: se había igualado el piso y retirado todas las butacas, formando así espléndido salón, donde el público podría extasiarse a sus anchas; y por si acaso no mostraba

muchos pujos de admiración y curiosidad, *El Cotidiano* había abierto una campaña de propaganda, en que Montesol sudaba toda la tinta de la imprenta, empeñado en probar y convencer a los papamoscas, que pagoda más auténtica que aquélla no se hallara ni en la misma India; que la nieve de las cabañitas era nieve de verdad, traída del Monte Blanco y conservada por un procedimiento especial; que el arquitecto de las alquerías holandesas era un frisón legítimo de Leeuwarden, sospechado de descender de un tal que edificó cierto palacio para uno de los Oranges, y mandado buscar expresamente por la infatigable comisión: si con todas estas cosas y otras que, para mayor asombro de pasmarotes, inventaba la famosa péñola montesoliana, el público no mordía el anzuelo, era que ya estaba curado de *kermesses*, y o se quedaba el Asilo del Sauce sin su sala grande y ventilada, amén de las demás reformas indispensables, o las bienhechoras excogitaban más ingeniosos medios para el logro de sus fines caritativos, o, justificando el honroso título, introducían la blanca mano en el bolsillo de terciopelo y cumplían su cristiana misión como Dios manda.

En lo que Montesol no mentía, era en no darse punto de reposo, para que la función resultara lucidísima, la señora presidenta y sus solícitas auxiliares; el santo día pasaban dando órdenes, vigilando cada instalación, proveyendo todas las consultas, venciendo todas las dificultades, como el mejor, más competente y más celoso consejo de gobierno; cogida del brazo de la de Soto, misia Damiana balanceaba sus caderas, y a pesar del

hipo y el cansancio, iba, volvía, gritaba, se enfadaba, al carpintero, al pintor, al papelista, corregía un detalle, daba una idea y con todos enredaba de tal modo, que las obras iban adelante con actividad pasmosa :

—Hay que estar en todo, amiga mía, porque al primer descuido le hacen a usted una... Ayer, en la gruta de la adivina, me encontré que las estalactitas que cuelgan del techo estaban tan mal prendidas, que sólo de rozarlas se venían abajo : después, en la casita de la izquierda pusieron el balcón flojo, y la puerta tan estrecha, que no podía pasarse sino de lado... ¿adónde lleva ese hombre el ídolo de la pagoda? ¿a barnizarlo? ¡ si ayer se le lavó la cara y está tan flamante ! ¡ ay, amiga mía ! sentémonos un ratito, que esta lidia me pone nerviosa... Sí, buena está la de La Llave : es una socia que no sirve sino para revolucionarlo todo ; a última hora se le ha metido en la cabeza que la hemos de fabricar un kiosco para sus caballitos y me ha venido con el diseño, no sin hacer cacarear antes a *El Cotidiano*, que su linda persona, vestida de marquesa Pompadour, venderá la sal al peso en un precioso kiosco de tales señas, y ahí la tiene usted, armada del *impertinente*, vigilando la construcción de su Monte-Carlo... Lo mismo que la cuñadita, ¡ qué jaqueca, amiga mía, para darle su gruta concluída ! ya era demasiado baja, ya demasiado alta, ya la habíamos puesto demasiado retirada ; y siempre a las vueltas con el pabellón valenciano, que le habíamos designado el mejor lugar, porque Alcirita estará en él, ¡ Jesús ! ¡ nadie, nadie creerá lo que cuesta organizar una fiesta de

caridad!... ¡ah! allí veo al de la luz eléctrica; buen sermoncito le espera.

Según Alcira, era de lo más divertido aquellas sesiones teatrales a puerta cerrada, en la sala obscura, enorme, donde el vacío hace al eco más pavoroso, y así los pasos, el martilleo y las voces resuenan con doble estrépito: ella, Florita Soto y las de Fulánez, dos chicas guapísimas pero algo lelas, trepaban escaleras arriba, se metían en el paraíso y de tamaña altura echaban graciosas cuchufletas a las atareadas mamás, o aplaudían, o con los piececitos tocaban el *pan francés* más revoltoso, como espectadores que se aburren de la demora en alzar la tela; se sentaban en los palcos, saludando y trabando conversación con amigas imaginarias, y de repente, aparecían del lado del escenario, en actitud de tragedia, y decían y hacían muchos disparates. Rara vez los señores auxiliares las sorprendieron en tales travesuras; pero, hubo ocasión en que una palmada vigorosa y algún ¡muy bien! salidos de un pasillo o del fondo de la sala, hicieron eclipsar a las improvisadas actrices, tan corridas como si las hubieran silbado. Curioseando en los feos recovecos de bastidores, salvaban trampas, rodeaban decoraciones polvorientas y desde el primero hasta el último visitaban los camarines, para preguntar a cada objeto los secretos de la ponderada vida de artista:

—¡Qué horrible es un teatro por dentro!—decía Florita con los ribetes de filósofa, que le prestaban sus treinta años—, ¡da miedo! ¡y tan bonito que parece en una noche de función al que mira de lejos! estos lienzos con árboles pintados y palacios,

que, así de cerca, no se sabe lo que figuran y no muestran más que torpes pinceladas, semejan, desde una butaca, colocados en su lugar y con la luz apropiada, árboles y palacios de verdad... ¡y así son todas las cosas! ¡hay que mirar dentro, para no salir engañados! A mí me ha ocurrido envidiar a los artistas y decir: ¡qué felices deben de ser, viajando siempre, riendo, cantando! pues ahora que veo estas celdas tan feas, no creo que sean tan felices como yo imaginaba, porque en el teatro... y en el mundo, ¡todo es mentira!

Un suspirito, delator de escondido desengaño, ponía punto final a sus reflexiones, y más serias, volvían a la sala, cogían sillas y se sentaban muy cerca del pabellón valenciano, su pabellón, donde tantas conquistas esperaban hacer disfrazadas de monísimas labradoras: ocupaba el centro, aislado de las demás instalaciones, y era, indudablemente, el más bonito de todos; decía Montesol, que naranjos más hermosos que los dos de la entrada, no se veían en la misma huerta de Valencia, así cargaditos de azahares y dorado fruto, y no hay que ponerlo en duda, pues eran de puro artificio... Sobre el techo de paja había panojas de arroz, con arte sumo dispuestas. Las niñas metían mucha prisa a los obreros, y se dió el caso de sonsacar de la gruta o de la pagoda a alguno que pasaba por habilidoso para el remate de importante detalle, lo que hubo de provocar una batalla entre la señorita Dorinda La Llave, preciosa adivina que conocía el pasado, el presente y el porvenir por las rayas de la mano, la de Mengánez, gran sacerdotisa de Brahma, y aquellas labradorzuelas que, ol-

vidadas de su mezquina condición, mandaban y ordenaban como si reinas se creyeran.

—¡Ah! no—decía la encantadora maga—, hágame usted el favor, Alcira, de no meterse con mis obreros, o quebramos los platos; en mi gruta falta mucho todavía: el trípode no está hecho, y ya ve usted, una adivina sin trípode no se concibe.

—Es que...

—Paciencia, amiga mía.

—Los días corren, Dorindita...

—También para mí...

Pero la señora sacerdotisa, que tenía un genio endemoniado, llevó su queja hasta los pies de la misma presidenta, acusando a las revoltosas valencianas de querer quitarle los acólitos que para el culto de su dios necesitaba, y amenazando desertar su sagrado cargo, si no se ponía remedio a tamaño abuso:

—Cálmese usted, querida amiga—contestó la sofocada misia Damiana—, ya sabe usted lo que son las niñas: ellas quisieran ver concluído su pabellón en un decir Jesús, y no es posible... ¡ay! ¡lo que cuesta organizar una función de caridad! Téngame usted lástima, amiga mía, y déme una sillita, que no puedo más... ¿Y no nos agradecerán nuestros huérfanos las penas que por ellos pasamos? ¿Y Dios, nos lo pagará algún día?

Ligeras escaramuzas eran éstas sin importancia; la gran batalla que llegó a darse fué entre la señora de La Llave, la gentil marquesa Pompadour, y la de Soto, su enemiga jurada, y he aquí el parte oficial de esta acción de guerra: el kiosco de los caballitos estaba situado al lado de la confi-

tería y en la confitería tenía el mejor asiento destinado la corpulenta esposa de don Navigio, para descanso de sus fatigosos paseos con misia Damiana, y digo el mejor, porque era un sillón gótico, de estos que ponen a los reyes en las piezas de gran aparato, cuando la escena figura la sala del trono, desenterrado de la guardarropía del teatro, y en él, con toda la majestad requerida, se arrellanaba la señora y hasta descabezaba un sueñecito, en medio del bullicio de los trabajadores. Una vez encontró que su regio sitial había desaparecido, e instintivamente... ¿quién podía ser sino ella, la descarada, la que a diario osaba provocarla con palabras que ella no oía, es cierto, pero que sus amigas tenían buen cuidado de traerla, y decía de ella qué sé yo qué y qué sé yo cuantos...? miró al kiosco de su vecina, y la vió repantigada en él tan ricamente : la cultura social manda callar en estos casos y la de Soto, a pesar de la corajina de muchos días acumulada, se habría callado, pero la sacó de quicio una sonrisilla burlona de la marquesa, quien al mismo tiempo asestaba su lente y parecía decirla :

—Fastídiate, lo he hecho adrede, para que rabies ; el que fué a Sevilla... Si estás cansada, te sientas en el mango de una escoba...

Encalabrinada, a un pintorcillo de aquellos, que cubría de mamarrachos las paredes de la confitería, preguntóle si sabía quién era el insolente demagogo que la había destronado, y no bien soltó la descomedida pregunta, del kiosco vino la respuesta en esta forma :

—¿Su silla? ¿la ha comprado en algún remate?

—Decía usted...—exclamó entonces la de Soto embistiendo a la marquesa.

—Lo dicho — contestó la otra con mucha calma—, y no todo lo que usted se merece.

—¿Y qué me merezco yo? ¿se puede saber?

—No alborote usted tanto, que se pone muy colorada... y muy fea.

—Bien se ve con quién trato : digna esposa del pelafustán de su marido.

—¡ Pelafustán ! ¡ Enrique pelafustán ! ¡ el pelafustán y el trapalón y el bribonazo es su marido de usted, don Navigio Soto, que arrastra la lengua donde otros ponen los pies !

—¡ *Guaranga !*

—¡ Vejestorio !

Los abanicos se cruzaron, como dos espadas ; del fondo de su gruta acudió Dorinda la adivina, la gran sacerdotisa se dejó a su dios solito sobre el ara santa, y las valencianas abandonaron sus naranjas y sus panojas de arroz... El trabajo cesó en la inmensa sala, y los obreros todos rodearon a las aristocráticas combatientes ; a misia Damiana la trajeron en volandas, y hubo que sentarla en el sillón, causa del litigio, para que pudiera hacer oír su palabra de concordia :

—¿Qué ha... qué ha pasado? ¡ por Dios, Eugenia ! *(a la de La Llave)* esto no es creíble, tratándose de usted, de ustedes, Loreto *(a la de Soto)*, alguna pamplina, por... por supuesto ; el disgusto me ha quitado la respiración : ¡ parecéis niñas !

La de La Llave en un grupo y misia Loreto en

otro, exaltadísimas, contaban la historia de lo ocurrido a su gusto ; la bella Eugenia decía :

—Ha llamado a Enrique pelafustán, y esto yo no lo puedo sufrir, no lo puedo sufrir.

Y la de Soto :

—¡ Navigio adulón ! él, que es más altivo... ¿quién aguanta esto, quién?

Al fin se calmaron, y en el regio sitial quedó la Pompadour triunfante, siguiendo, con su *impertinente*, el tardo paso de la señora presidenta y misia Loreto, que se alejaban.

Por fortuna, esta escena no tuvo de testigos a ninguno de los señores auxiliares ; ellos venían algo tarde, más para charlar, que para ayudar en cosa alguna : después de las dos, todos los pavos de Alcira entraban, uno a uno, graznando las buenas tardes, y al pabellón del centro se dirigían, a marear a las hacendosas aldeanitas :

—Buenas tardes, Trujillo ; buenas tardes, Castorito, buenas tardes... estamos muy ocupadas, ¡ miren ustedes si adelantan las obras ! casi concluído ; ¿qué bonito, eh? ¡ no manosee esas hojas, Trujillo !

—¡ Ocupadísimas !—repetía Flora—estudiamos el dialecto valenciano : ya sabemos una frase muy larga... oiga usted... ¡ si se ríe de esa manera, no podré ! oiga : *Parroquiá, ¿vol un got d'horchata de chufes? está molt fresqueta.* ¿Qué tal? no, Alcira, no me he equivocado en una letra.

Los pavos abrían los picos de admiración y de risa, y la mayor de Fulánez salía por este registro :

—Pues yo siempre me equivoco : con ese *molt*

no puedo, digo *molto*, en italiano, y de *fresqueta* hago *frasquetta*.

Había un pardito muy presuntuoso, el número 5, que al Trujillín y a Castor, los dos rivales por el momento en auge, no podía pasar ni con agua tibia, y en conversación sospechosa que él les pillara con la de Eneene, allá iba y metía la pata, les desalojaba a aletazos y no abandonaba el codiciado sitio, mientras ella no le despidiera a las claras :

—Váyase, Polo (se llamaba Apolonio), déjeme en paz, me aburre usted, me cansa usted.

Sólo así se retiraba, mas no cesaba de rondar, vigilando si los demás rivales sacaban mejor tajada que él ; y de repente, al lado de Alcira se plantaba otra vez :

—A Castorito le concede usted cosas, que a mí no quiere concederme, y también a Trujillo ; esto no es justo, después pretenderá usted hacerme creer que a nadie distingue, ¿por qué ha aceptado ese jazmín de Castorito? ¡ y usted, en cambio, le ha dado un heliotropo ! ¡ un heliotropo ! la más elocuente de las flores : *¡ sólo a ti miran mis ojos !*

El placer mayor de la pavera, celebrado con grandes risas que sus amigas compartían, era enconar a los pobres animalitos, y obligarles a reñir : al irascible Polo con Castor, al Trujillín con el número 7, al 1 con el 2, y enzarzarles a todos en combate de palabras, que, naturalmente, nunca pasaban a mayores, pero dejaban su sedimento de rencor indeleble ; aquella tarde de la batalla entre misia Loreto y la bella Eugenia, quiso Alcira, que estaba de excelente humor, dar a las amiguitas una

prueba de la domesticidad de sus pretendientes, y así, al acercarse los siete, y rodearla, como de costumbre, expresó ella su sentimiento por haber perdido el abanico, un abanico de seda blanca con varillas de nácar, y, detalle valioso, su firma autógrafa en el padrón... ¿dónde lo habría perdido? ¿en la sala, en el escenario, en los pasillos, en alguno de los palcos? como por todos lados había andado, seguramente, forzosamente, el abanico estaba en el teatro. Gran consternación en la manada: ¡el abanico se ha perdido! ¿quién encontrará el abanico?

—¡Yo!—exclamó Trujillín el primero—, lo busco, lo encuentro y lo traigo.

Frase cesariana que todos repitieron con revuelos de alborozo, desbandándose al punto, Castorito para zambullirse en las profundidades del escenario, Perico para trepar al paraíso, Polo a los palcos de la segunda galería, y los demás por aquí, por allí, aguijoneados por el premio prometido, la posesión del caro objeto, que guardaba los perfumes, las caricias y las confidencias de la señorita de Eneene... ¡Qué batida! a gatas, bajo las sillas, en los rincones, detrás de las cortinas, con cerillas encendidas, que luego se apagaban y tornaban a encender, entre el maremágnum de cajas, de telas, de herramientas, huroneaban afanosos, sudando, jurando, rabiando; el temor de que el compañero fuera más feliz en la infructuosa pesquisa, les quemaba la sangre, y por instantes veíase brillar una lucecita en el paraíso, asomar la cabeza de Polo por la baranda de un palco, y a Castorito aparecer por el foro, al número 7 salir de un pasillo, al 4

debajo de un banco, y descendía la pregunta del Periquín :

—¿Nada?

—¡Nada!—graznaban todos a una, y seguían busca, busca, busca...

Las chicas, entretanto, se reían con tal gana, que Florita Soto pidió agua de azahar : ¡ja, ja, ja, ja! aquel diablillo de Alcira tenía escondido el abanico de seda y nácar, y mientras sus pobres animalitos se daban de testaradas por hallarlo, ella mostraba la borla dorada con jocosa cautela :

—¡Aquí está! que no lo vean... voy a tenerles buen rato buscándolo ; ¡pobrecitos! ¡cómo me quieren! ¡Ja, ja, ja, ja!

Pero la gran carcajada estalló cuando, reunidos todos, fatigados, cubiertos de polvo y telarañas, Periquín con un desgarrón en el chaqué, Castorito con abolladuras en el sombrero, Polo con manchas en los pantalones, y aquel desgraciado número 7 con un regular chichón en el frontal, sacó Alcira, fingiendo sorpresa, el abanico y abriólo delante de la manada entera :

—¡Ay! qué cabeza... ¡si lo tenía en el bolsillo! ustedes dispensen, ¡cuánto lo siento! de todos modos, muchísimas gracias.

¡Qué reír entonces las retozonas valencianas! corridos, los siete volaron a limpiarse las plumas, y la de Eneene se ahogaba :

—¿No os lo dije? me dan mucha lástima... ¡pero, es muy divertido! ¿y ustedes, no tienen, no tienen cría de pavos?

Las dos de Fulánez se pusieron coloradas, más

por la pregunta que por la risa, pero Florita contestó con mucho desparpajo :

—Yo no, hija, dan mucha guerra y son difíciles de criar ; a lo mejor les sale pepita y se apestan...

—¡ Se la arrancas, mujer ! ¡ les pones ceniza y vinagre, y tan guapos !

El 15 de mayo, día de la inauguración, se acercaba, y la fiebre de los preparativos era cada vez más intensa : el teatro parecía una colmena, en la que no había más zánganos que los señores auxiliares, porque las damas, a la par de los últimos obreros, aunque de guantes y sombrerito, trabajaban sin descanso ; todas las construcciones estaban terminadas, y se guarnecían ahora con los géneros que el opulento comercio bonaerense había regalado : así las tiendas, la confitería, el jardín, desbordaban de objetos de lujo, de bucólica y de recreo, preparados y presentados con tal arte, que estaban diciendo :

—¡ Compradme ! ¡ comedme !

Los clarines de Montesol continuaban alborotando la gran ciudad :

—¡ Señoras y señores, la *kermesse* del Asilo del Sauce comienza el día 15, no lo olviden ustedes, el día 15 ! no faltar, que hay allí reunidas tantas maravillas como no se vieron jamás ni en París, ni en Londres, y a admirarlas *irá lo más distinguido de la sociedad* y también lo menos distinguido, pues de todos espera una limosnita por el amor de Dios la infatigable comisión de damas bienhechoras... ¡ Gloria y honor a la señora Damiana Pérez Orza de Eneene, Loreto M. de Soto, Eugenia A. de La Llave (estas iniciales no sé lo que

querrán decir, y a fin de no incurrir en error callo su significado), la señora de Fulánez, la de Mengánez, etc., etc., que con celo, perseverancia y desprendimiento cristiano han sabido organizar esta soberbia fiesta, *que hará época en los anales bonaerenses!...* Vengan ustedes, señoras y señores, entren ustedes... 2 pesos de noche, 1 peso de día: ¡abran la boca y la cartera!

Misia Damiana reventaba de satisfacción: la víspera, el 14, día de ensayo general, además de los artistas y coro, se concedió la entrada, por favor especialísimo, al gran cronista de *El Cotidiano* a quien correspondía la mitad del éxito de la jornada, a otros colegas suyos, tan benévolos y simpáticos como él, y algunas personas más, y por derecho propio al doctor Rodríguez de Eneene, al doctor Trujillo y a don Navigio Soto, ya *elegido*, según las últimas noticias, gobernador de Córdoba, y con el pie en el estribo para marcharse a tomar posesión de su Barataria... Francamente, estaba tan hermosa la sala, que deslumbraba; la luz eléctrica, remedando plateados rayos de luna, prestaba fantásticos reflejos a todos los colores y a todos los objetos, y las banderas, las guirnaldas, los farolillos venecianos, tan alegre aire de fiesta, que si cada escaparate decía:

—¡Compradme!

La sala entera clamaba:

—¡Gozad, divertíos; penitas afuera y viva la risa!

¿Qué sería cuando cada palco se adornara con un ramillete de bellas, detrás del bosquecillo de camelias del escenario la música se escuchara, y el

bullicio, el entusiasmo, los trajes vistosos, completaran el soberbio cuadro?...

Amaneció el día 15 con unos nubarrones tan espesos y negros, que no parecía sino que el cielo preparaba sus mangas de riego para aguar la fiesta; y su maligno propósito se comprobó al dejar caer, entre las diez y las once, un chaparrón copiosísimo, entre dos y tres de la tarde otro más fuerte, y luego una lluvia mansa, que afluía sin ruido, sin descanso y sin piedad, enlodando calles y plazas, y poniendo a las damas y a los señores auxiliares de pésimo humor y en el más duro aprieto. ¿Se suspendía la inauguración? ¿no se suspendía? la mayoría resolvió que no se suspendiera. Se encendieron muchas velas a Santa Bárbara y no llegó a tronar... pero, siguió lloviendo con más ganas, hasta cerca de las ocho de la noche, hora en que el cielo se quitó el húmedo embozo, asomaron algunas estrellas con luz tan nublada, como si se hubieran constipado, y una rajita de luna apareció entre las nubes cirrosas.

No llovía, pero estaban las calles tan puercas y las aceras, que extraño sería llegaran a salvo las lindas vendedoras sin alguna salpicadura: envueltas en feos impermeables, poniendo con precaución los piececitos en el serrín espolvoreado sobre las losas, la tarjeta de entrada libre bien a la vista, bajaban de los carruajes, y en el vestíbulo iluminado desaparecían prestamente, saludando con cabezadas graciosas al grupo de caballeros de frac, que tras de la cortina roja estacionaba... En el tocador se despojaban del abrigo, consultaban al espejo y con el peine y la borla corregían los des-

manes de la brisa : allí estaba la Pompadour, la bella Eugenia, y seguramente la otra, la auténtica, tornara a morir de celos, si la viera con su peluca blanca, el vestido de raso color de rosa y gro a florecitas, y aderezo de perlas y brillantes, encantadora, como ella no pudo mostrarse más en los saraos de Versalles ; y también Dorinda, la adivina, una gitanilla tan remonísima, que antes que los secretos en las manos, debía de leer la admiración en los ojos, y Alcira con Florita y las dos de Fulánez, de valencianas de la Huerta, *fresquetas* como sus chufas y convidando a ser sus fieles *parroquiás*... Había además caperucitas encarnadas, hermosas holandesas con reluciente diadema como las frisonas y flamencas de Rubens, y napolitanas y flores y pájaros, quien de tulipán amarillo y quien de colibrí, todas atusándose ante el espejo, y renegando del mal tiempo, que osó manchar zapatitos, humedecer tules y despachurrar buclecillos : desde la puerta anunció una caperucita que venía la señora secretaria ; la señora secretaria era misia Loreto, y misia Loreto desempeñaba en esta ocasión las funciones de director de escena, vamos al decir ; llegó, muy compuesta y metió prisa a las artistas :

—No demorarse más, ya es hora, ¿mucha gente? regular, regular... el teatro es tan grande, ¡ luego el tiempo ! parece que hubiera esperado el maldito con toda picardía el 15 de mayo para soltarnos toda el agua almacenada.

A Florita y Alcira, que se le habían acercado (la Pompadour daba desdeñosamente la espalda) les confió, riendo, un maligno comentario sobre la de

Mengánez que, vestida de sacerdotisa, vendía en su pagoda especias olorosas:

—¿No la han visto ustedes? no es posible verla sin reír: una túnica blanca, con muchos pliegues, el brazo desnudo, ¡y corona verde! ¡de Norma a su edad! tenía tanto miedo a las moscas de la confitería, y no teme el ridículo...

Salieron todas muy emocionadas, de tal modo, que la mayor de Fulánez, al presentarse en la sala brillantísima, sintió mareos y del brazo de Alcira se asió para no caer: a falta del aplauso alentador del público, la de Eneene animóla diciendo:

—¡Tonta! ¿qué te pasa? ¡me has asustado!

—Tengo una vergüenza...

—¿De tu precioso traje de fantasía? ven, ¡verás qué negoción hacemos esta noche!

Tocaba la orquesta y el murmullo de la concurrencia llegaba a veces a apagar sus acordes; llenos estaban los palcos, y delante de cada instalación se apiñaban los curiosos, sufriendo impasibles la embestida de las vendedoras, el vaso de leche helada servido por hermosísima flamenca, el ramo de flores de una bella dama del jardín, la cedulilla de la rifa ofrecida por la más ideal caperucita de Perrault... Abrían la boca, mucho, mucho, mucho, ¿pero la cartera? ¡ca!

Más que ninguna alborotaba Alcira, dentro de su pabellón, rodeada de su guardia:

—*¿Parroquiá, vol un got d'horchata de chufes?*

Entre el marco de azahares erguía el busto, asomaba la cabeza coronada de cuatro largos alfileres de perlas, y repetía:

—*¡Parroquiá!*

Algunos se hacían los sordos, pero no faltaba quien se creyera obligado a acercarse y dejarse desvalijar por la señorita de Eneene :

—Una gota es muy poco ; déme usted un vaso, encantadora valenciana.

—¡ Ay ! ¡ qué ignorantón ! ja, ja, si *got* en mi dialecto quiere decir vaso...

—¿ Sí ? pues ya sé una cosa nueva ; no soy muy fuerte en idiomas, y en dialectos menos : venga ese vaso de fresca horchata.

—¡ Oh ! sí, *molt fresqueta.*

—Efectivamente, ¡.es deliciosa ! ¿ Y estas naranjas ? ¿ son también frescas ?

—¡ Oh ! sí, *molt fresquetas.*

—¿ Cuánto es todo, señorita ?

—Un peso y cincuenta centavos... aquí me da usted un billete de cincuenta pesos : no tengo cambio ; espérese usted, iré a buscarlo.

—No, señorita, quédese usted con él ; si es para los huerfanitos de su Asilo.

—Muchas gracias, caballero... *parroquiá, vol un got...*

El infeliz cree poder escabullirse ahora, pero Florita Soto le atrapa por el otro lado :

—¿ Es posible ? ¿ pasa usted de largo, sin comprarme nada ?

—Señorita... al contrario, si venía precisamente... déme usted de su horchata, pero, una gotita tan sólo, porque ya he tomado un vaso... he aquí su precio.

—¡ Veinte pesos ! voy a cambiar.

—No, señorita, guárdeselo todo, se lo suplico.

—Muchas gracias.

La mayor de Fulánez, ya repuesta, le mete por las narices un manojo de barquillos y le obliga a comprárselos por la exorbitante suma de diez pesos y por diez pesos también la menor le carga con un par de naranjas, que el cuitado no sabe qué hacer con ellas ; la fama de su rumbosidad se extiende por la sala entera, y al punto le rodean, le asaltan y le timan caperuzas, holandesas y floristas, y horchata aquí, allá leche y pastelillos, llega al kiosco de los caballitos, después de incensado por la de Mengánez en la pagoda, y la Pompadour y su esposo, aquel Enrique por misia Loreto tan mal tratado, que la lleva el apunte, le corren y le desarzonan, y va a caer, por último, en lo profundo de la gruta de Dorindita La Llave, quien le adivina, sin mucho trabajo, que tiene una indigestión y los bolsillos vacíos.

Pero, de éstos no hay muchos en libra : más abunda la especie de los que dan poco o no dan nada, y de una invitación peligrosa se zafan, como gatos escaldados, y al lucero del alba le plantan un ¡ no ! que es un zarpazo. Alcira palpaba la bolsa de seda, fruncía el hociquito :

—Poco dinero, poco... ¡ y tanta gente ! *¡ parroquiá, parroquiá !*

Paroquianos tenía muchos : en primera línea todos sus pavos, y luego otros de la misma familia, pero de labia y de guasa, para charlar y bromear, largos de lengua y cortos de genio... cuando a pagar tocan. Orgullosa de mostrarse así rodeada, mientras sus compañeras pescaban uno por milagro, y al punto se desprendía del anzuelo, burlando su codicia, ella cuidaba no espantarles : a todos

servía una frase amable y un vaso de horchata, y por turnos concedía minutos de charla íntima a cada uno, engolosinándoles con tal arte, que los otros se dejaban desplumar sin una queja; daba gloria verla moverse detrás del mostrador, como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa, bajándose, levantándose, con los vasos, con la jarra, con los cucuruchos de barquillos, con las naranjas, que mondaba maravillosamente y presentaba abierta en cascos y salpicada de azúcar... Florita acercóse a su oído y la dijo, alarmadísima, que la horchata se acababa, y ella *molt fresqueta*, como cualquier tabernera de esas calles, bautizó a la horchata, echándole, por lo menos, cubo y medio de agua. Tenía una manera de decir, al encerrar un billete en la bolsita:

—*Voy a dar a usted el vuelto...* que, o era el otro un zote rematado, o comprendía esto por fuerza:

—*Mejor lo guardaré para mis huerfanitos; no sea usted mezquino...*

Y asentía mansamente a la usurpación, contestando:

—*Guárdelo usted, señorita...*

Puesto que no había más remedio y notaba la pachorra y la desgana de la vendedora.

Si ponéis en una artesa trigo, mijo y otros granos tan apetitosos como éstos para las aves de corral, veréis cómo la asaltan, disputan entre sí para ocuparla, y a cada bocado le sigue o le precede furioso picotazo al vecino, que, por defenderse, lo deja de comer y se atraganta, y todo es revolución, discordia y guerra en torno de ella; pues esto pre-

cisamente ocurría en el pabellón valenciano con los pavos de Alcira, que todos se disputaban sus palabras y favores : si Castorito obtenía un párrafo más largo que lo permitido, y so pretexto de saborear los gajos de su naranja, se estaba como un pelmazo sin despegarse del mostrador, ya Polo, el arisco, metía el pico por el otro lado :

—Alcirita, un vasito más.

Y el Trujillín pedía a voces que le sirviera también, y poco a poco desalojaba a Castorito, y Polo era olvidado y los demás en cada uno de aquellos secreteos con la pavera, pues, según todas las trazas, aquella noche las acciones de Perico pintaban en alza. Porque Alcira tenía empeño muy grande en averiguar los grados de su culpabilidad en el asunto de su amiga Elena, antes de otorgarle de nuevo la credencial para figurar en su guardia...

—No, no, si usted debe sincerarse de un cargo gravísimo ; no me venga con declaraciones mentirosas.

—¡ Por Dios, Alcirita !

—Nada, nada : usted ha hecho la corte a Elena García Luces en Ombú, usted ha venido de Ombú poco menos que comprometido con ella, o poco más...

—¿ Me da usted una naranja, señorita?

—Voy, caballero...

—Decíamos que usted vino de Ombú comprometido con Elena.

—¿ Quién se lo ha dicho a usted?

—Una paloma blanca ; y como esto es cierto, mientras usted no me lo explique, excuse repetir sus palabritas de Marplatina.

—¡ Marplatina ! ¿se acuerda usted, Alcira? ¿oye ese wals que toca ahora la orquesta? *Toujours ou jamais:* bailando pregunté a usted la eterna pregunta, y usted me contestó : *Ni toujours ni jamais*, lo que para mí significaba una esperanza.

—Sí, a pesar de eso, le pareció a usted muy bien cambiar de pareja en Ombú y seguir bailando.

—Mire, Alcira, eso de Ombú...

—¿Me da usted unos barquillos?

—Voy, caballero...

—Pues eso de Ombú fué lo que llaman los franceses un *coup de tète* de mi parte, despechado por no haber obtenido el sí que pedí a usted tantas veces.

—¿Nada más? bien amartelado le he visto en la casa del Retiro.

—Ya no voy ; no pongo los pies.

—¿Por qué?

—Porque me he convencido que la señorita de García Luces no me haría nunca feliz, que la única capaz de hacerme feliz es usted, Alcira, usted que...

—Tome usted, señorita.

—El vuelto, caballero.

—No hace falta.

—Muchas gracias *(acercándose nuevamente al acaramelado Trujillín, bajo las coléricas miradas de todos los otros)* pues, eso no está muy claro, Trujillo, dispénseme que se lo diga : no parece usted muy firme en sus afecciones, ¿quién va a fiarse de usted, quién?

—Alcira, no me juzgue tan mal y convénzase

que todo no ha sido sino una chiquillada, de despecho.

—Eres turco...

—¡ Y no quiere creerme ! ¡ ah ! es porque usted gusta de Polo, de ese gaznápiro.

—¡ Qué esperanzas !

—O de Castor.

—¿ Yo con ese calabaza pelada?

—Mucho que habla usted con él, y le atiende, y es amable.

—Si es amigo mío, ¿ he de despedirle?

—¡ Digo que usted me desespera, Alcira !

—Que no le dé tan fuerte, Trujillo ; y déjeme hablar a Elena, que ella debe de tener muchas cosas que contarme.

—Hable usted, hable usted...

Estaba Polo tan rabioso contra Periquito, que allí mismo le hubiera retorcido el pescuezo, y aquel número 7, que siempre llevaba la peor parte, y Castor, le andaban en torno, más esponjados y encarnados... Acercóse al pabellón la señora de Eneene, acompañada de su inseparable secretaria, majestuosamente, con una sonrisa en los labios carnosos, que parecía decir :

—¿ Qué tal? ¿ no os prometí que habíais de pasmaros en mi *kermesse?* ¿ dónde encontraréis diversión más honesta y agradable? ¡ pues es nada que os sirvan manos aristocráticas, tan distintas de las vulgares que os sirven a diario ! es un lujo que hay que pagarlo, público amable, que has acudido a mi invitación, solícito, como siempre, y cándido, también como siempre... paga, paga... ¡ que Dios te lo pagará !

En busca de una silla para la señora presidenta salieron disparados Polo y Castorito, y la trajeron, disputándose el honor de ofrecérsela; quiso el amable Trujillín traer otra para misia Loreto, pero no fué menester, porque con esto de que la de Luces, a causa de su luto, no estaba en la fiesta, ella no paraba, como zarandillo, y dijo tener que marcharse a la confitería para echar... no un traguito, como aquel desfachatado de Polo quería dar a entender con sus guiñadas, sino un vistazo. Y se marchó.

—Mamá—exclamó Alcira enseñando la bolsa de seda con aparentes síntomas de indigestión, de tanto engullir billetes—, ¡mira, mamá, qué llenita está!

Flora y las de Fulánez palparon las suyas ¡y halláronlas más escurridas! Entretanto, misia Damiana se extasiaba, y con dejo tierno y lacrimoso expresaba su reconocimiento a las almas caritativas, que así acudían al socorro de sus huerfanitos; ocho días estaría abierta la *kermesse:* pues, si en los ocho días acudía tanta gente y tan generosa, no sólo se construía la sala del Asilo, sino que se doraban los altares de la capilla, otra obra indispensable. Porque no era solamente en el pabellón valenciano donde los resultados ultrapasaban las mejores esperanzas: ¿y los caballitos? ¿y la gruta de Dorinda La Llave? ¿y la confitería? ¿y el jardín? a las doce se haría el balance, y entonces iban a verse los miles entrados; la única que no se mostraba satisfecha era la de Mengánez, la sacerdotisa de Brahma, a quien dejaban entregada a sus solitarias confidencias con su dios, y por no

molestarla, se asomaban a la puerta del templo, y se marchaban riendo, del ídolo tan feo y de ella, vestida de blanco y con corona verde: sabido es que este público no peca de religioso, como la misma señora decía:

—¡Claro! si en vez de vender pastillas, hubiera puesto yo al pie del altar una ruleta, hago más negocio que Eugenia, que cree la vanidosa por su linda cara atrae la gente: parad los caballitos, ¿y a que nadie pone el pie en su kiosco?

De estos celos mercantiles reíanse todos, menos Florita y sus dos compañeras, ¡que estaban de un humor por hallar tan escurrida su bolsa! como la otra era la de Eneene, la hija del candidato, sabía mejor la horchata aguada que vendía... Y disgustadísimas, ya no lanzaban sus alegres *parroquiás*, mirando a la sala henchida de gente, de luz y de ruido, distrayendo el ocio de vendedoras sin clientela en seguir las carreras de las traviesas caperucitas, de las mariposas, de las golondrinas, con ramilletes, con cedulillas, con muñecas, de las damas tan elegantes, de los caballeros tan prendidos, y el aleteo de los abanicos en los palcos, y el chispear de las joyas y de los ojos... ¡Qué animación, qué alegría! ¡qué cuadro para la pluma de Montesol, que no dejaría nombre por señalar ni traje por describir, con aquella minuciosidad suya deliciosa!

Calló la orquesta, de golpe, en medio de un compás, y este calderón inoportuno dió lugar a que se oyera, claro y distinto, el vocerío que de la calle llegaba, e inmediatamente por la puerta de entrada hizo irrupción un tropel de gente que, sin duda,

de algún peligro huía, y tal como el lago tranquilo, que algo viene a agitar, de orilla a orilla, se altera, la sala se conmovió, todos corrieron, gritaron :

—¿Qué hay?

Y en los palcos, mientras las damas buscaban a ciegas, por el miedo, sus abrigos, algunos caballeros se encaramaban en las sillas, y sin saber qué había, porque no lo sabían, decían :

—¡ No es nada ! ¡ sentarse ! ¡ calmarse !

Y ellos ni se sentaban, ni parecían más calmados que los demás.

—¿Qué hay? ¿qué hay? ¿fuego? ¡ fuego !

El horrible anuncio nadie lo dió, mas todos, todos lo presintieron, y aunque ni llama ni humo aparecía por parte alguna, el pánico, que obscurecía la razón, daba a la imaginación rienda suelta y la insigne mentirosa se despachaba a su gusto pintando el más espantoso incendio, con el chisporroteo, la asfixia y el achicharramiento de rigor... ¡ Ya sentían el humo, ya veían las llamas ! a la salida precipitáronse todos, atropellándose, gritaban las señoras, y se desmayaban muchas ; las caperucitas y las mariposas y las golondrinas, sorprendidas por la tormenta, buscaban asustadas el caro refugio de la mamá, piando lastimosamente ; todos los pavos de Alcira huyeron, con graznidos de terror, tras de segura rama, y los llantos y lamentos sucedieron a los acordes de la orquesta, muda ; por la barandilla de los palcos bajos, los más asustados saltaban, y uno a uno, en brazos cogían a la mujer, al hijo, a la hermana, creyendo salvarles así mejor y encontrar más pronto la sa-

lida. Pero la salida no daba paso a la corriente humana, obstruída por el hacinamiento de los que de la sala querían escapar y los que a la sala entrar querían, y en medio del tumulto, se oía aún aquel rumor extraño de la calle.

—¿Qué hay? ¿qué hay? ¿no era fuego entonces? ¿terremoto quizá? ¡iba a desplomarse el teatro!

Y de repente, resonó una voz en el vestíbulo:

—¡Revolución!

Y la palabra voló por los ámbitos de la sala asustada, diciendo a cada oído inquieto:

—¡Revolución!

E inmediatamente, ¡cosa rara! los clamores se apaciguaron, la agitación se calmó, todos se miraron cual si dijeran:

—¿No es más que eso?

Y de salir trataron, sí, pero tranquilos, con la linterna de la razón por guía, que el soplo del miedo momentáneamente había apagado.

Sólo a misia Damiana y Alcira no llegó a calmar la palabreja; de las primeras, olvidando los intereses de sus queridos huerfanitos, sin preocuparse de las compañeras, escaparon hacia la puerta, mas no pudieron franquearla, siendo estrujadas en medio de la confusión, y cuando el anuncio de la revolución pasó la cortina roja, en vez de tranquilizarse como los demás, doblemente se alarmaron: ¡Don Adrián no había parecido por la fiesta! ¿qué sería de don Adrián en tales momentos? Pálida, la señora tiró del brazo a Alcira, aquella valenciana ya no *fresqueta* como antes, a quien habían

desgarrado el pañolito de lentejuelas, y braceando, entre las olas de la concurrencia logró salir boyante; y vieron entonces que aquel estrépito de la calle, causa de alarma tanta, producíalo un batallón de artillería que pasaba, arrastrando las piezas formidables, a escape, bomberos que iban a apagar el incendio revolucionario o a avivarlo con las teas de la indisciplina, no se sabía a punto fijo. En la acera la corriente humana, que salía del teatro, desbordaba, y tumultuosamente, tomaba distintos rumbos, cuidándose de los caballos y del lodazal, alarmados todos otra vez, porque del lado del Retiro, de Palermo, sonaban descargas de fusilería; la señora de Eneene, tirando siempre de Alcira, corrió hasta la esquina de Piedad, buscó su coche, le encontró a duras penas, se metieron las dos en él:

—¡A casa!

Cuando el coche se movió, misia Damiana echóse a llorar con desconsuelo:

—¡Ay, Dios mío! ¡revolución! ¿qué será de Adrián? ¿dónde estará Adrián?

La idea de encontrarle asesinado por el populacho, y sitiada la casa, incendiada quizá, la hizo dar un grito:

—¡No, Juan, a casa no, a casa no!

Llamó al cochero, golpeando con el puño sobre los vidrios, ¿dónde iría a refugiarse y dónde hallar podría noticias de su marido? Alcira, temblorosa por la ansiedad y el frío, pues ni una ni otra llevaban sus abrigos, indicó el nombre de don Buenaventura Luces... Y misia Damiana dió la orden, y con el pañuelo en los ojos, ya no pensó más, no

vió más, ni la *kermesse* abandonada, ni el escuadrón de artilleros, ni las gentes timoratas que por las calles corrían, sino ¡ la cabeza de don Adrián, del candidato, de su marido, sangrando, cortada por el pueblo irritado, por aquellos perros porteños !

VII

A las siete de la tarde de aquel día lluvioso de mayo, Fernando estaba todavía en la cama, bien abrigadito, en compañía de un catarro pertinaz, que le cogió desprevenido la semana anterior; y por matarle de una vez y echarle fuera, no quiso levantarse, medida prudente que mereció la aprobación del señor Perales:

—Hace usted bien—decía el orensano arropándole con mimo—, el mejor jarabe para estos constipados es el de cama: sudar y estarse quieto. El mi abuelo por parte de padre, quebrándose ya de viejo, al menor soplo estornudaba, y le hervían las flemas en el pecho, ¿y sabe usted lo qué hacía, señor? pues lo que usted va a hacer hoy: se metía entre mantas y se bebía una taza grande de agua caliente con goma por la mañana y otra taza grande por la noche... y tan guapo. Voy a traerle la goma, y si alguno viene a molestarle, así se le esté saliendo el corazón por la boca o lo atraviesen los siete puñales de la Dolorosa, le despido y le mando curar a la botica.

Fernando se reía:

—Ven acá, Verísimo; no me traigas la goma ni despidas a nadie, ¿eh? ¡vaya con el medicazo que me ha salido! todavía he de verte sentado en la cátedra, dándome lecciones. Deja la goma y el agua caliente para tu abuelo, y si acaso viniere Faveragas, el manco...

—¿El narizotas? ¿va usted a recibirle?

—Sí, le mandas pasar, aunque esté yo durmiendo, ¿entiendes?

—Si es orden, no tengo más remedio que acatarla, pero no la apruebo, no, señor: el narizotas ese, con los líos que trae, como se agita usted tanto conversando, va a hacerle a usted sacar los brazos, a cortarle el sudor...

—Ya te he dicho, Verísimo, que no debes meterte en lo que no te importa: obedecer y callar.

—¿Que no me importa su salud de usted, señor? ¡y esto me lo dice después de dos meses que estoy en su casa, sirviéndole y cuidándole, mismamente como si fuera mi hijo!... bien, entrará el manquito, pero yo no hago pasar, si viniera, a ninguna de esas señoritas nerviosas, que sufren palpitaciones, y a lo mejor se desmayan en la sala: está usted en la cama y no me parece conveniente...

—Ni a mí, hombre, claro está; vete, y no me traigas nada, no quiero almorzar.

—¿Ve usted, señor? y luego se burla: pues ése era el sistema de mi abuelo, no comer en la cama, sino muy poca cosa, y cuando estaba acatarrado, agua con goma, como he dicho ya al señor, y dieta de postre; y mis padres, que en paz descansen, y mi hermana Ramona, y mi hermano Rosendo, y mi otra hermana la tonta, aquella que se quedó tonta del tifo, todos han seguido y seguimos, un servidor también, el mismo sistema... y tan sanos.

Había que dejarle: no tenía más vicio que el de hablar mucho, y como en la cocina no podía desfogarlo, por formar él solo toda la servidumbre, el amo bondadoso era su víctima, y no remataba la

charla hasta no dormirle o marearle, y sacándole de sus casillas, a él, tan pacífico, le mandara salir :

—Si no te marchas, Verísimo... Eres muy hablador, y llegará el día que me canse de tu matraca, y por no oírla te mande muy lejos, a Orense, a juntarte con tu hermana la tonta, que buena pareja haréis los dos, y aun así... ¡quién sabe si no escucho el repicar incesante de tu lengua!

Pero era hombre honradísimo, tan pulcro y hacendoso, que parecían manos femeninas las suyas : él barrer, él guisar, él coser... ¡porque cosía también! a pegar botones no le ganaba la mejor costurera ; y de levitón negro recibir, de una a cuatro, a los clientes del doctor, ¡más correcto!

—¿Mujer para la cocina?—dijo un día a Fernando—, no, señor, no lo apruebo... sólo que al señor no gusten mis guisados ; y tampoco un chico. Confieso a usted que no me sabría mal tener a mano con quien hablar un poquito, como yo acostumbro, pero si puedo hacerlo todo, si lo hago todo, ¿a qué va a ponerse el señor en más gastos? cuando el señor quiera comer con amigos, se va al café ; luego, la cocinera resulta inútil y más inútil el chico.

Y como el señor Perales no lo aprobaba, no se aumentó la servidumbre...

Cerró Fernando los ojos a fin de insinuar a Verísimo que debía doblar la hoja del libro de su historia, y dejar su relato para otro momento en que el amo no quisiera dormir, y así lo comprendió el orensano, y de la alcoba salió de puntillas, entornando la puerta y dejando caer la cortina con precaución exquisita. ¡Triste día aquél! por los cris-

tales no se veía más que la pared del patinillo, aunque blanqueada de nuevo, ya sucia y lamida la cal por la lluvia, la armazón de hierro del aljibe, el farol, esmaltado de gotitas brillantes, y el alero de la casa vecina, de donde venía rumor de arpegios y escalas de un piano desafinado ; era un día gris, de estos que al espíritu contagian la tristeza, como presta el cielo su color a las aguas en que se refleja. Por instantes, la lluvia y el vendaval apagaban el fastidioso sonsonete del piano, y se oía el timbre de la calle, y Verísimo cruzaba el patio, cubierto por un inmenso paraguas encarnado, y al volver, se detenía delante del cristal, goteando el agua sobre la tela con tal fuerza, que resonaba el paraguas como un tambor : el señor dormía, y el orensano escapaba hacia el zaguán, imponiendo silencio a sus zuecos, que alborotaban demasiado. Pero el señor no dormía, soñaba ; soñaba que en aquella solitaria morada de soltero, lóbrega y fría, una luz, como la del sol, se mostraba de repente, y no sentía ya ni llover, ni bramar el viento ni silbar sus bronquios, como fuelle descompuesto, ni veía pasar a Verísimo con el paraguas, sino puntos, curvas y estrellitas de colores, que danzaban sobre el fondo negro de una placa imaginaria, y poco a poco formaban la graciosa silueta de Jovita, viva y patente, y su voz dulcísima decía :

—¿Está usted enfermo, doctor?... No, así no, porque le tuteaba :

—¿Estás enfermo, Fernando? ¡y tan solito! aquí vengo yo a curarte ; verás cómo mi ciencia es más grande que la tuya, y sólo con poner mi mano sobre tu mano, como el Tata-dios de Ombú,

te levanto de la cama libre de tu catarro. Me das lástima, Fernando: un soltero enfermo, sin familia, inspira siempre lástima, ¿quién le cuida? ¿quién le acompaña? Verísimo será muy bueno, pero una mujercita como yo es mejor, ¿no te parece, Fernando?

No, no era mejor, porque todo aquello era mentira, y el joven, suspirando, abría los ojos, y otra vez el triste patinillo aparecía, envuelto en la claridad confusa del día tormentoso; estornudaba, tosía, y en la almohada hundía la cabeza, llamando de nuevo a la borrada imagen... ¿Y por qué no había de realizarse aquel sueño, si en las diferentes ocasiones que fuera a la casa del Retiro, encontró la misma sonrisa, la misma mirada, el mismo apretón de manos elocuente?

—Sé que me quieres, aunque no me lo dices: yo te quiero también, pero callo, porque no es a mí a quien toca hablar la primera; cuando a mí te confieses, sabrás muchas cosas de este corazoncito, que no sabes, por más especialista en sus achaques que te creas...

A las siete sonó el timbre tan recio, que Fernando se incorporó: los zuecos de Verísimo repiquetearon en las baldosas y escuchóse murmullo de voces al abrirse la cancela, luego pasos más sordos que los zuecos y la llave de la puerta del despacho:

—Señor—avisó el criado—, ahí está el manco, el narizotas.

—¿Faveragas? que entre, inmediatamente.

La persona agraciada con tales motes gastaba, en efecto, unas narices que no se las merecía, y

sólo traía un brazo, flotando la manga del otro vacía, y no por ser manco y narigón, era menos simpático su aspecto :

—¡ En la cama, mi querido doctor !—exclamó después que Verísimo hubo encendido la luz del lavabo y desapareció tras la cortina— ; pues los momentos no son para quedarse calentito entre sábanas, sino para afrontar agua y frío y atender a la salud de la patria.

—¿La revolución?—dijo Fernando.

—¡ La revolución ! vengo a dar a usted el aviso prometido : esta noche, a las doce, en Palermo.

El joven saltó al punto del lecho, buscó sus ropas y comenzó a vestirse de prisa :

—¡ Esta noche ! cuente usted, Faveragas, a ver, ¿por qué en Palermo?

—En el comité no nos han dicho nada, doctor...

—Tampoco a mí ayer.

—Es la orden del día ; nos han dicho : esta noche, a las doce, en Palermo, sin más explicaciones ; pero yo, aquí y allí, he recogido estos datos : que, en un principio, se pensó tramar una conspiración y no una revuelta armada : cuatro, seis, ocho hombres decididos, probados, valientes, secuestrarían al Presidente y sus cinco ministros, y suprimido así el gobierno, el general Ordenado asumía el mando...

—¡ Claro !—exclamó Fernando en brega con los botones del chaleco—, ése era el mejor golpe, y sin efusión de sangre : el pueblo entero se levantaba en seguida a prestar su apoyo al general.

—Seguramente... pero, se abandonó ese plan no sé por qué, y se ha urdido el de revolucionar

capital, contando con el apoyo del batallón de artillería, el 15.° de línea y el 18.°, parte de la escuadra y los cadetes : el coronel Zeta es el jefe del movimiento.

—¿Y Ordenado?

—Ordenado sale a la provincia a móvilizar gente, cortar los auxilios que de La Plata pudieran enviar al gobierno, dar la mano a las milicias de Corrientes y Mendoza, y venirse sobre la capital con un poderoso ejército ; se ha querido así evitar, alejándole, los lazos que pudiera tenderle el gobierno, porque, usted comprende, doctor, todo su afán será echar el guante a Ordenado. Ordenado no entrará en Buenos Aires, sino cuando el movimiento revolucionario haya triunfado, o para auxiliarle si fracasare ; pero no fracasará, no ; cuando un hombre como Zeta, ¿usted conoce al coronel? bravo, serio, pundonoroso... pues, cuando un hombre como él, dice : Dejadme a mí obrar y en veinticuatro horas el Presidente está suspenso y la candidatura Eneene muerta, hay que creerle.

—¿Y Ordenado ha salido ya?

Sacó el manco su reloj :

—Son las siete y quince minutos : a las seis tomaba el tren del Oeste.

Fernando, ya vestido, se envolvía el cuello en una bufanda :

—¡ Qué resfriado, amigo Faveragas ! ¡ bueno estoy yo para fandanguitos como éste ! pero, la patria antes que todo : así me lo ha enseñado mi tío Román, un patriota, amigo Faveragas, un gran patriota, cuyas lecciones probaré que he sabido aprovechar... Yo soy médico y sé que salir a la

calle en noche de lluvia, en mi estado y después de un día de cama, es comprar el billete para el cementerio : no ha vuelto usted la esquina, cuando la pulmonía, una señora de encrucijada, más temible que las otras, le clava a usted su puñal por la espalda. Y váyase usted así a tomar el fresco a la avenida de las Palmeras... ¡ ah ! pero, todavía no me ha dicho usted qué vamos a hacer a Palermo.

—En Palermo están acuartelados los batallones 15.° y 18.° y los cadetes : estos cuerpos y el de ciudadanos, en armas, marcharán sobre la ciudad después de las doce. Entrarán en la ciudad por la plaza del Retiro ; en la plaza del Retiro el batallón de artillería se unirá a la columna, y juntos irán a tomar la Casa Rosada, ¿se les siente por las tropas del gobierno y hay resistencia? fuego a las tropas del gobierno y adelante. Mañana, al despertar la capital, va a encontrarse con el coronel Zeta a la cabeza del Poder Ejecutivo, y créame usted, doctor Hierro, la capital, el país entero, libre de sus opresores y de la infame amenaza de tener a Eneene de Presidente, va a alzarse como un solo hombre y a gritar, con el alborozo del esclavo que ve rotas sus cadenas : ¡ viva Ordenado ! ¡ Qué entusiasmo en el comité ! ¡ qué entusiasmo en todas partes ! ¡ hasta las piedras saltan en las calles ! cada cual abandona intereses, familia, todo, y se lanza a tomar un fusil, ¿ve usted este escapulario? acaba de entregármelo mi mujer... ¡ ahí queda sola y cerrada mi casa de comercio ! ¡ mañana será otro día !

Fernando llamaba a Verísimo :

—¿Dónde está mi sobretodo? ¿dónde está?

Y mientras llegaba el criado, interrogaba, algo trémulo, a Faveragas:

—Dice usted que en la plaza del Retiro...

—Se unirá la columna de Palermo con la artillería.

—Lo que vale decir que si la artillería no responde, como se espera, al movimiento, nos recibirá a metrallazos, y la plaza será el mejor campo de batalla.

—Sí responde.

—Aunque responda: la plaza va a ser, y usted lo verá, la llave de las operaciones: habrá allí lluvia de balas, se asaltarán las casas vecinas para formar cantones...

—¿Pero, y qué encuentra usted de extraordinario en ello, doctor?

Fernando no podía decirlo, y para esquivar la respuesta, abrió el armario, revolvió por aquí, por allá:

—¿Dónde está mi sobretodo? ¡Verísimo!...

En la plaza del Retiro vivía Jovita, Jovita sola, sin un hombre a su lado que pudiera prestarla protección, Jovita ignorante de los terribles sucesos que se preparaban, ¡Jovita expuesta a tremenda sorpresa y a peligro inmenso! era necesario, urgente, avisar a Jovita, sacarla de allí, llevarla... a casa de su tío, de Luces.

—¡Ah! ¡Verísimo! muévete, hombre, ¿dónde está mi sobretodo?

El señor Perales se espantó de ver a su amo vestido y con la pésima intención de marcharse en noche tan cruda, después del sudorífico del día;

eso sí que él no lo aprobaba, aunque le cortaran en pedazos :

—¡ Bendito sea Dios ! ¿y va usted a salir, señor? ¡ cuando no anda un alma por esas calles, de frío ! está usted ronco y con tos, ¡ ave María Purísima ! mire que si sale, no volverá a casa por su pie, se lo digo yo...

—¿Otra receta de tu abuelo?—exclamó el joven incomodado—, dame mi abrigo, el de forro de tartán y cállate : voy a salir y, como Mambrú, no sé cuándo volveré : si será mañana, o pasado o nunca ; ni si volveré, como tú dices, por mi pie o con los pies para adelante ; cierra la puerta y no abras sin saber a quién abres.

Confundido el orensano, le ponía el abrigo del revés :

—De esto tiene la culpa el narizotas—murmuraba—, el lioso, el...

—Hombre, quien tiene la culpa eres tú—dijo riendo Fernando—, ¿no ves que esto no es así?

Le arrebató la pesada prenda y la echó sobre sus hombros :

—¿Vamos, Faveragas?... antes, trae dos copas y la botella de coñac, Verísimo.

Fué el criado, rezongando, y trajo las copas y la botella ; sirvió el joven y ofreciendo una a su amigo, levantó la otra :

—¡ Por la revolución y por Ordenado !

Chocaron los cristales y bebieron de un trago.

—¿Vamos?

—Vamos.

—¡ Por la Virgen del Misterio !—clamó el señor Perales corriendo tras del amo—, ¡ va usted a co-

ger una pulmonía! siquiera tomara el agua caliente y la goma... ¡Ya se fué y sin paraguas! ¡y tiene razón el señor: yo tengo la culpa, por haber dejado pasar al manquito ese, que ojalá reviente, amén!

Había amainado el temporal, ya no llovía, y de vez en cuando los cuernecitos de la luna creciente asomaban en una desgarradura de las nubes opacas.

—¡Caramba!—dijo el manco—, hace un frío... ¡valiente noche!

Y el doctor Hierro, esforzando la voz para hacerse oír, a causa de su ronquera y de la bufanda, contestó:

—Deje usted que sople el pampero... el pampero es la mejor escoba del cielo y de la atmósfera: nadie barre como él, ¿no lo siente usted? ya llega, y en dos horas más no quedarán nubes ni microbios, ¡bendito sea! ¡oh! amigo Faveragas, una escoba así necesitamos para nuestra política; ¿será capaz el coronel Zeta de empuñarla? ¿será capaz Ordenado? ¿y no iremos a hacer hoy lo de otras veces, la misma tontería, el mismo crimen, sacrificar vidas inocentes para afianzar el reinado de la iniquidad?

—No, no—protestaba el otro con ademán tan enérgico, que hasta el muñón se erguía agitando la manga—, no, doctor, esta vez es la vencida, como dicen los chicos; yo tengo confianza en Zeta y en Ordenado, completa confianza.

—Así sea, y ojalá esa confianza nos asista hasta el fin: yo estoy tan desencantado de la política de mi tierra, ¡que *ni en la paz de los sepulcros*

creo! si esta revolución fracasara, ¿qué más nos quedará que ir a prosternarnos a los pies de Eneene?

—¡Oh! ¡oh! decididamente, doctor, ese pesimismo en estos momentos, no quiero decir que sea de mal agüero, porque yo tampoco creo... en los agüeros, pero...

—Nada; usted, mi amigo, es de la madera de mi tío Román, que sueña con el triunfo de lo bueno y lo santo, nada más que por su cualidad de santo y de bueno, y a ciegos así parece doloroso devolverles la vista... ¿Usted se va al comité?

—Sí.

—Yo a cumplir una diligencia urgente; ¿nos veremos en Palermo?

—¡En Palermo! ¿quién sabe?

—Es cierto, ¡quién sabe! adiós, Faveragas.

—Adiós, doctor Hierro.

El apretón de manos fué largo; y conmovidos, los dos jóvenes se separaron.

—Ahora—se dijo Fernando—, al Retiro, pronto; luego, a mandar el telegrama al tío, la palabra convenida, ese *nequaquam* que él con tanta ansia espera.

Desierta estaba la calle Florida: la mancha blanquísima de la luz eléctrica, delante del Teatro Nacional, deslumbraba de lejos, y la hilera de coches tendida a lo largo de la acera, recordó al poeta que aquella noche se celebraba la inauguración de la *kermesse* del Asilo del Sauce:

—Buena fiesta les dé Dios a las damas—pensó—, no sea cosa que a lo mejor las corra el tiro-

teo : lo sentiré por los pavos de la señorita Alcira, que van a morirse del susto.

Quien corría era él, más que andaba, asustado del silencio de la gran ciudad : ¿el mal tiempo retenía a muchos en sus casas, o el presentimiento, la certeza, quizá, de lo que se preparaba? y volaba, más que corría, temiendo llegar tarde para poner en salvo a Jovita : la reunión en Palermo estaba fijada para la media noche, pero un golpe de mano así se adelanta o se retrasa... Al fin se detuvo ante el palacio de las dos Luces, y no quiso llamar ; miró por el ventanillo enrejado, casualmente abierto, vió a Cristóbal y le gritó :

—¡ Cristóbal, Cristóbal, abra usted !

Pero el gigantón no podía oír a causa de la cancela de cristales, cerrada, y entonces Fernando se decidió tocar el timbre :

—Pase usted, señor doctor—dijo el portero solícito tirando del cerrojo—, están, sí, señor, ¿pues, adónde han de ir con este tiempo?

La negrita presentaba amablemente la bandeja, ignorante de que Fernando no era ya visita de etiqueta, y lo probó subiendo resueltamente la escalera y al criado que dormitaba en el recibimiento despertándole :

—Diga usted a la señorita Jovita que está el doctor Hierro, que necesito hablar con ella urgentemente.

Como el criado no entendiera bien, tan enronquecido estaba el joven, tuvo que repetir más fuerte el mensaje : el despacho de don Tomás aparecía iluminado y abierta la puerta, y tan pronto resonó aquella voz bien conocida, Jovita se presentó, co-

mo siempre de negro, con su diadema de cabellos rubios, y un libro en la mano, sin dar lugar a que el criado se moviera :

—¡ Doctor ! pase usted... sí, leyendo ; Elena acaba de marchar a acostarse, y la mistress también : yo no tenía sueño y me vine aquí a leer ; pero, ¿no se sienta usted? ¿qué hay, doctor? ha dicho usted que necesitaba hablar conmigo urgentemente.

—Sí, señorita, ocurre algo grave.

—¿Algo grave?

—Algo muy grave... es preciso que ahora mismo abandonen ustedes esta casa.

—¡ Ay, doctor ! me asusta usted, ¿por qué?

—Por esto...

Enterada en pocas palabras y convencida de que no era prudente permanecer en una casa que iba a ser, con toda probabilidad, blanco de balas y teatro de combates, dando una nueva muestra de aquella entereza suya admirable, dejó el libro sobre la mesa-escritorio, no sin señalar antes la página que leía, y contestó a Fernando :

—Tiene usted razón, debemos salir de aquí : junto al tío Buenaventura estaremos mejor... Voy a prevenir a Elena y a la mistress, a dar órdenes a los criados, a tomar mi sombrero y mi abrigo... ¡ gracias, gracias, doctor, por este nuevo servicio !

El joven médico, emocionado, se inclinaba ; y de repente, Jovita se encaró con él, fijamente :

—Y usted, doctor... porque este movimiento revolucionario es ordenista, y usted es ordenista, como su tío, ordenista furioso y debe de estar mezclado en él ; quizá va usted a tomar ahora el fusil :

dígame, doctor, ¿es cierta esta sospecha mía? ¡me causa tal espanto la política! ella me mató a mi padre.

Todo su amor, aquel amor inconfeso y profundo, se descubría en su acento, en su actitud y en esta pregunta desolada:

—¿Y usted, doctor, y usted?

Fernando, confuso, balbuceó:

—¿Yo? no sé... no sé todavía... de todos modos, lo importante, lo urgente, es salir de aquí.

¡Ah! habría deseado él ser ciego y sordo, para no verla ni oírla, y no viéndola y no oyéndola, no sentir aquella rabiosa tentación, más avasalladora cuanto más reprimida, de descubrir también su secreto, seguro ya de no pasar por irrespetuoso y temerario, y a aquel arranque imprudente de Jovita, contestar con toda su alma:

—¿Tomar un fusil yo? ¿sacrificar mi vida en aras de la política egoísta? ¿buscar la muerte, cuando sé que me quieres, y queriéndote como yo te quiero? ¿acaso necesito decírtelo? ¿este paso que doy, en las actuales circunstancias, no es más elocuente que todas las palabras? ven, vamos, huyamos a escondernos, allí donde la catástrofe, pronta a estallar, no pueda alcanzarnos, y después de la bonanza, en el nuevo día, ¡amémonos, sin recelo!

Pero nada dijo, porque entre él y Jovita parecióle que se interponía la figura dantoniana de Hierro Bermúdez, intimándole con terrible gesto cogiera ese fusil que sus manos afeminadas rechazaban:

—La patria primero y el amor después, ¡si te has hecho digno de merecerlo!

Y repitió su inocente excusa:

—Yo no sé, señorita, no sé... Dése usted prisa, pues no podemos perder tiempo.

—Voy y vuelvo—dijo la joven con un suspiro.

—¡Ah! una advertencia: la denuncia que he traído aquí es reservada; usted sale ahora y va a casa de su tío y la acompaño yo porque sí, simplemente.

—Descuide usted, doctor.

Fuése y Fernando, desfallecido, se sentó; pasada aquella escaramuza, pocos alientos le quedaban para la gran campaña revolucionaria: atacóle la tos y él la sofocaba con el pañuelo:

—Pero, señor, ¡qué resfriado! no sirvo para nada, estoy tan mal, tan débil, que ahora no me extraña esa idea disparatada que me vino cuando ella me preguntó, con tanta viveza, si era yo de los conspiradores... ¡Que tenga uno que tirar de la rienda cada minuto a la señora imaginación! y si no ¡qué tropezones y qué porrazos!

Vamos, que su señor tío, cuando supiera que con bronquitis y con fiebre (se tomó el pulso y calculó unos treinta y ocho grados) exponiéndose a graves complicaciones, había acudido al llamamiento de la patria, se declararía satisfecho, no le trataría de ciudadano neutro, de indigno de llevar el nombre de los Hierros...

Elena entró en el despacho, ajustando su sombrerito de crespón:

—¿Qué es esto, doctor?—dijo estrechando con mucho cariño la mano del médico—, dígamelo us-

ted, porque a Jovita no hay quien le arranque la explicación; ¿por qué nos vamos a casa del tío Buenaventura? ¿se ha empeorado Justito?

—No, empeorado no — contestó Fernando cazando al vuelo el pretexto que se le ofrecía—, pero no está bien... usted sabe que la salud de su primo no es muy satisfactoria...

—¡Ah! felizmente no me había acostado todavía, ni tampoco la mistress: charlábamos en mi cuarto de algo que tengo que contar a usted: usted es nuestro amigo, nuestro buen amigo, y como después del suceso no le he visto...

—¿El suceso? ya se me abren las ganas por saberlo.

—Pues es muy sencillo.

Acercóse de puntillas, con aire picaresco, mostrando los dientes lindísimos, y soltó el secretito:

—¡Que he despedido al Trujillín!

—¡Pobre criatura!—exclamó Fernando con cómica entonación.

Ella se puso seria: ¡sí, le había despedido porque se convenció, a tiempo, que no le quería ni tanto así! la influencia de las reflexiones de su hermana mayor contribuyeron poderosamente a demostrarla el estado de su corazón; no le quería y no queriéndole, ¿cómo iba a ratificar el compromiso de Ombú, arrancado en un momento de lasitud, de enervamiento moral, de holgazanería del espíritu? ¡las tonterías que se hacen y de lo que depende muchas veces la felicidad! Pero, hecho el disparate, había que enmendarlo, y a ella no la faltó coraje para exigir del novio la devolución de aquel *sí* fatal:

—Lo he pensado mejor, Trujillo, y creo que más vale romper nuestras relaciones, que llevar adelante un proyecto irrealizable... Así, clarito, *irrealizable*, a fin de persuadirle que eran inútiles quejas, súplicas y protestas.

—Y él, ¿qué dijo?—preguntó Fernando.

—Me llamó coqueta... y no sé cuántas cosas más, y se marchó furioso, amenazándome con contárselo a su papá. Y se lo contaría, porque don Francisco no ha parecido por aquí desde entonces, él que, noche a noche, le teníamos de pelmazo.

—De tal palo... Reciba usted mi enhorabuena por esta hazaña, señorita, y que aproveche la lección.

Reíase Elena y decía:

—¿Cuánto apuesta usted a que ahora está en el Nacional, haciéndole la ronda a Alcira?

—¿Yo? no apuesto nada: lo doy por seguro.

Adentro, se oía la voz de Jovita:

—Cierre usted bien y apague todo; probablemente, nos quedaremos en casa de mi tío.

Y apareció, y con ella mistress Cowan, y salieron, dando al criado dormilón del recibimiento las mismas órdenes, y también a Cristóbal en la portería:

—No abra usted a nadie, Cristóbal, mucho cuidado.

Del umbral no se movieron hasta que el hombrón no echó el cerrojo y los pasadores, apagó el farol y cerró el ventanillo; entonces dijo Fernando:

—¿Vamos?

Caminaron con precaución sobre la fangosa ace-

ra: el cielo se entoldaba de nuevo, el frío era intenso, y en toda la plaza, desierta, no se veía un carruaje; las manos en los bolsillos, la bufanda hasta los ojos, el joven médico marchaba delante, mirando con afán si descubría alguna berlina donde abrigar a las señoras del viento helado y de la curiosidad callejera: contrariado, se volvía:

—Paciencia, habrá que ir a pie.

—Iremos a pie — contestó animosamente Elena—, la casa del tío no está lejos.

Pero Jovita callaba, preocupadísima, y mistress Cowan también, por respeto; las tres recogían sus faldas negras, aseguraban los crespones que el aire hacía flamear y pisaban miedosamente, porque estaban las losas más resbaladizas... En esto, del lado del cuartel de artillería se oyó alarmante rumor de guerra: galope atropellado de caballos, arrastre de cañones, chocar de sables, toques de corneta, y entre las sombras pasó el escuadrón, tomando la calle Florida abajo, y otro escuadrón, con igual aparato, se dirigió hacia Juncal, y de la esquina de la Esmeralda desembocó uno más, de infantes, marchando en silencio hacia Juncal también; al mismo tiempo, las puertas se cerraban, en ventanas y balcones mostrábanse los vecinos, asustados y curiosos, y los transeuntes corrían como conejos, que un golpe recio o un peligro serio ha espantado, y mientras corrían sembraban la alarma, el susto y la congoja, repitiendo:

—¡Revolución! ¡revolución!

Instintivamente, Jovita se prendió del brazo de Fernando, lívido, más para retenerle que en demanda de protección, y las otras quisieron escapar,

la infeliz mistress Cowan con tales ayes, como si todos los indios de sus sueños con taparrabo y plumero en la cabeza, la rodearan y alancearan furiosamente :

—¿Indios? ¿ser indios, miss Ellen? ¡ah! *South America, South America!*

—No, no son los indios—contestó Elena con terror igual al suyo—, sino revolución, que es lo mismo. Volvamos a casa, Jovita, vamos, doctor.

Fernando halló voz y fuerzas para tranquilizarlas y persuadirlas que debían seguir su camino, a fin de llegar cuanto antes al seguro asilo de don Buenaventura, y pegadas a él las tres mujeres echaron a andar, sin mirar ya dónde ponían los pies, aprisa, el oído atento, los ojos recelosos.

Y la angustia, entretanto, ahogaba a Fernando : ¿por qué aquel movimiento y aquella alarma? Faveragas le dijo que a las doce en Palermo tendría lugar la concentración de fuerzas, ¿se había adelantado la hora? y si se había adelantado la hora, ¿por qué salían los artilleros de su cuartel, cuando, según el plan convenido, debían esperar en la plaza su incorporación a la columna revolucionaria? y si el plan convenido fué modificado por algo imprevisto, que siempre ocurre en tales casos, ¿qué significaba aquel batallón de infantería, cuyo número no era ni el 15 ni el 18 (bien se fijó en este detalle al verlo pasar por la esquina de la Esmeralda) marchando en dirección a Palermo? Que se había descubierto el complot, sencillamente, y el gobierno llamaba a sí a una parte de la artillería, y por eso galopaba el escuadrón calle Florida abajo, a guarnecer la Casa Rosada y apun-

tar sus cañones al pueblo, que su fiel amigo le creía, y la otra parte enviaba al foco de la conspiración, a Palermo, junto con la demás fuerza disponible y necesaria. Esta idea, esta horrible idea le hizo tanto daño : el complot descubierto, la revolución perdida, el sacrificio estéril de nobles y valientes argentinos nada más que para hacer perdurable el oprobioso sistema en todos los terrenos combatido... que un sollozo brotó de su pecho, y avergonzado de que le sintieran, le sobró valor para disimular, para sonreír :

—¡ Caramba ! ¡ cómo corren ustedes ! no sofocarse así, que esto no pasará de un susto del gobierno, cuya impopularidad le hace ver sombras en todas partes, como a la señora Cowan salvajes su preocupación.

Mas, el cierre de puertas continuaba y las carreras y los gritos, y de pronto, muy lejos, muy lejos, resonaron una, dos, tres descargas de fusilería : entonces, el terror cegó a las señoras, y no bastaron ya palabras ni razonamientos, y Fernando tuvo que imitarlas, huir como ellas, con la ansiedad de llegar pronto, porque él también quería llegar, ponerlas en salvo y correr luego a la lucha, al lado de sus hermanos los ordenistas y caer y morir, si ellos caían y morían ; la puerta de don Buenaventura no estaba abierta, y agitaron el llamador, tocaron el timbre y la aporrearon, Fernando con el puño nervioso, y ellas con las manitas enguantadas : al fin, un criado franqueó la entrada, y en el zaguán se precipitaron, entablándose dolorosa lucha entre Fernando, que marchar quería, y Jovita, que no soltaba su brazo ;

—¡Pase usted, doctor, por Dios! yo se lo ruego.

—¡Imposible! ¡mi deber me llama!

—Después... ya se irá usted, más tarde; ¿qué va a decir el tío si nos ve llegar solas?

—Entre usted, entre usted—repetían la inglesa y Elena.

—¡Imposible, imposible!

—Yo se lo ruego, doctor...

Las lágrimas mojaban su voz y sus ojos, y el joven entornaba los suyos para no sucumbir cobardemente; ya conseguía zafarse, cuando un coche paró y bruscamente abierta la portezuela, dos damas con caprichoso atavío, y brillantes que chispeaban, el seno y los hombros sin más defensa ni abrigo que ligeros encajes, bajaron, entraron también en el zaguán, la más gruesa y más vieja, diciendo a voces:

—¿Está el señor Luces? ¿dónde está el señor Luces?

Eran la señora de Eneene y Alcira, quienes así que vieron a los que en el zaguán estaban y les reconocieron, arreciaron en sus lamentaciones:

—Ustedes deben de saberlo; ¿qué hay? ¿qué ha ocurrido? ¡Dios de bondad! ha de ser una carnicería horrible, ¿no han oído ustedes los fusilazos? sí, de la *kermesse* venimos; ¡qué desorden! hemos escapado como ustedes nos ven... ¿y el señor Luces? ¡ay! ¡quién me dará noticias de Adrián!

Como hablaban todas en coro, era grande la algazara, y misia Florinda, con Justito en brazos, se asomó a la puerta del comedor; y no bien la divisó misia Damiana, allá se fué pronunciando a

borbotones aquellas terroríficas palabras de tiros, revolución y degollina de tal modo, que la de Luces, ignorante de cuanto pasaba en la calle, cogió un susto atroz, y se puso a gritar también :

—¿Qué dice usted? ¿qué dicen ustedes? ¡revolución! ¡y Buenaventura no está en casa! no vino a comer, y yo pensaba : comerá con Eneene y después se irán juntos a la *kermesse*...

—Ninguno de ellos ha aparecido por allí—apuntó misia Damiana lagrimeando.

—¡Jesús! ¿y qué hacemos, qué hacemos?

Asustado del tumulto, Justito comenzó a berrear, y toda la chiquillería enjaulada en el comedor se alborotó ; entretanto, y muy bonitamente, el criado había puesto llave, cerrojo y tranca a la puerta, y así cuando Fernando intentó salir no pudo, y en la operación de forcejear para abrir estaba, cuando el llamador y el timbre tocaron el dúo más endiablado, apagando el vocerío de las mujeres.

—¡Es Buenaventura!—exclamó misia Florinda.

—¡Es papá, es papá!—chillaron los nenes.

Sí, era el gran literato, y viéndole, no pensó ya Fernando en huir : aquel hombre debía de saber algo, quizá todo lo ocurrido... Fué detrás de él y entró en el comedor, junto con los demás :

—¡Ay, Buenaventura! — sollozó misia Florinda—, ¡qué miedo más grande! ¿no estás herido, hijito?

El señor Luces, muy estirado, la tranquilizó con un gesto, dió a misia Damiana un apretón de manos silencioso, y a Fernando interpeló con extrañeza :

—¿Usted aquí, doctor Hierro?—pregunta que traducida en romance quería decir :

—¿No es usted de los ordenistas revoltosos, criminales, que han tenido la audacia de alzarse contra el gobierno? pues me sorprende mucho, porque todo eso y mucho más he creído siempre de usted.

Pero antes que el joven contestara, Jovita lo hacía por él :

—El doctor ha ido a casa a prevenirnos del peligro que corríamos, y ha tenido la amabilidad, la caridad, mejor dicho, de acompañarnos.

—Le felicito a usted, doctor—repuso don Buenaventura—, porque esto significa que no es usted el partidario exaltado de antaño ; más vale así...

Fernando experimentaba tortura tan grande, que no pudo hilvanar una respuesta, sintiendo que la vergüenza de su actitud, no la fiebre, le quemaba la mejilla ; ¡ah ! ¡aquel hombre, paniaguado del Presidente, debía saberlo todo y él de todo quería enterarse !

—Pero, vamos a ver — dijo la de Eneene —, cuéntenos usted, ¿qué ocurre? ¿ha visto usted a Adrián? ¿dónde está Adrián?

El tono que adquirió la voz del señor Luces para contarlo fué tan grave, que hasta a los mismos niños impuso silencio y pavor :

—¿Qué ha de haber ocurrido, señora mía? pues lo que se temía... Por su esposo de usted no tenga cuidado, que acabo de dejarle en la Casa Rosada bueno y sano, y si le he dejado ha sido para venir a tranquilizar a la familia...

Hacía tiempo que al gobierno le llevaron el so-

plo que el partido ordenista conspiraba : que, además del general, el coronel Zeta era decidido cabecilla, que la artillería y los batallones 15.° y 18.° estaban minados : de aquí las prisiones de oficiales, los sumarios y las alarmas, la cólera de la prensa contraria y las amenazas de la prensa oficial : se había vivido sobre un volcán y el volcán acababa de reventar, ¿cómo? a las tres de la tarde, no más temprano, alguien puso en conocimiento del ministro de la Guerra, que en el tren de las seis, por la estación del Once, salía Ordenado con el fin de sublevar la provincia, y que a media noche en Palermo se pronunciarían los batallones 15.° y 18.° y los cadetes, al mando del coronel Zeta, jefe del 18.°, ordenista, vigilado como tal y próximo a ser destituído y procesado ; con los hilos de la trama en las manos, fué el Ministro y al Presidente comunicó la gravísima noticia, se reunió el Consejo y se acordó prender a Ordenado, sacar inmediatamente de sus cuarteles a los batallones comprometidos, enjuiciar a Zeta, decretar el estado de sitio y llamar a la guardia nacional :

—A estas horas tales acuerdos están cumplidos—continuó el literato mirando con sorna al joven médico, que desfallecía—, y Ordenado el primero, preso, con centinela de vista.

—¡ Preso ! ¡ el general !—exclamó Fernando con un gemido.

—Sí, señor doctor, ¿se asombra usted? a las seis menos cuarto, en el andén de la estación del Once, un agente de policía le daba la voz de ¡ alto ! a pesar de su disfraz, le metía en un coche, a pesar de sus protestas, y poco después en el Parque

le ponía a buen recaudo. En cuanto a la artillería, acató la orden de evacuar el cuartel, cosa rara, ¿eh? pero no así los cuerpos de Palermo, que la han emprendido a tiros con las tropas que el gobierno envió para someterlos... ¡ah, señores ordenistas! ¿queríais sangre? pues correrá sangre argentina para saciaros, pero no conseguiréis vuestros propósitos criminales: el gobierno es fuerte, es poderoso, y ya lo veis, apenas formada la revolución, la hace abortar... Precisamente, éste era el tema de mi artículo de ayer, que yo intitulo *La degringolada*, ¿no lo han leído ustedes?

Misia Damiana, con entusiasmo, chilló:

—¡Muy bien! ¡duro con ellos: que les engrillen, que les torturen, que les fusilen, y al ordenistón del general que le corten la cabeza y la expongan, para castigo y ejemplo, en medio de la plaza de la Victoria!

Pero se asustó, y todos se asustaron del grito airado de Fernando y del movimiento violento que hizo al enderezar sus pasos hacia la chimenea, en cuyo mármol el literato se apoyaba:

—Sí, señor don Buenaventura—fustigóle cara a cara—, correrá sangre argentina, no para saciarnos a nosotros, que no tenemos más sed que de justicia, de orden, de moralidad, de honradez administrativa, sino para saciaros a vosotros, que necesitáis de ella para ahogar los clamores del país. Muchos años hace que disfrutáis del poder, ¡muchos años! todo lo habéis acaparado, ¡todo! ¡todo lo habéis robado, aniquilado, arruinado, dineros, crédito, libertades! para cada cambio constitucional de Presidente, habéis provocado una hecatom-

be, y sobre un montón de cadáveres el nuevo mandatario ha asentado su sillón; y para hacer eterno el usufructo, para que nadie pueda molestaros en vuestra posesión, habéis suprimido los comicios, falseando el voto popular. ¿Qué les queda que hacer a los otros, a los parias, a los excluídos de tantos años? creen tener, y la tienen, señor don Buenaventura, la confianza del pueblo, esperan poder redimirle y rescatar vuestros errores y borrar vuestros crímenes; las vías legales están obstruídas: desesperados, se arrojan de cabeza a la revolución. ¡Y un país donde pasan estas cosas se llama república! pobres países de América, ¡cuánto tenéis que envidiar a las viejas monarquías europeas!

—Poco a poco, señor doctor—interrumpía don Buenaventura sofocado—, escuche usted...

—¡La revolución está perdida! — continuó el médico cada vez más exaltado—, ¡sí, sí, por las noticias que usted se trae, está irremisiblemente perdida: preso el general, muerta la esperanza; pero, no será sin luchar como leones, sin morir como argentinos, y así para vuestra satisfacción, para satisfacción del Presidente, cuya omnímoda voluntad queda en evidencia, dictador más que Presidente, tirano más que dictador, tolerado y consentido por la Constitución, que tales atribuciones le confiere cándidamente, como si los patricios que la hicieron no conocieran ni de vista a los bueyes con que araban, así, el 12 de octubre Rodríguez de Eneene subirá al poder pisando la sangre derramada por su culpa, y para no manchar las alfombras del palacio, tendrá que restregarse bien

las suelas en los umbrales! ¡ni será el primero, ni será el último!

—Oiga usted, señor doctor...

—¿El qué? ¿sus sofismas, señor don Buenaventura? no ahora, que mis hermanos me llaman.

Saludó con frialdad, y mientras la indignada misia Damiana, por todas las perrerías que de escuchar acababa, al aturrullado literato decía no sé qué, Fernando se acercó a las señoritas de García Luces y trémulo se despedía:

—Cálmese usted—susurró Elena—, usted está mal, usted está enfermo.

Jovita no pudo hablar: tendióle silenciosamente su mano y al estrecharla febrilmente notó Fernando que algo le quedaba en la suya, recuerdo, amuleto quizá para el que partía en busca de la muerte y que sólo el amparo de Dios podía salvar...

Ya en la calle, bajo el primer farol, Fernando contempló el pequeño objeto: era una medallita de oro, con la efigie de la Purísima Concepción en esmalte, y la besó, sintiendo milagroso alivio con aquel beso; todas las lisonjeras reflexiones que la prenda inestimable despertóle, las rechazó para no pensar más que en la catástrofe ordenista, y a pesar de la calentura que le devoraba, marchó adelante, ciego, buscando instintivamente el camino de Palermo: mortal silencio pesaba ahora sobre la ciudad y las lejanas descargas aumentaban el pavor; aquéllos eran los últimos razonamientos del gobierno, más desastrosos que los sofismas de don Buenaventura, para convencer al necio pueblo, a

todos los Hierros testarudos de la República, que tenían que humillar la cerviz ante Eneene.

—¡ Infames !—refunfuñó el poeta—, ¿qué demonio os ayuda? ¡ porque en el mundo el demonio es más poderoso que Dios, puesto que Dios no ayuda a los perversos, y son los perversos quienes reinan en el mundo ! ¡ la traición os ha vendido nuestro secreto, y en este momento hacéis pagar cara el ansia de ser libre de todo un pueblo ! ¡ Pobre tío Román ! y él que espera mi telegrama...

Otras cosas barbotaba, sin ilación, andando, andando, con el sombrero en la mano, a fin de refrescar su frente abrasada ; en cada esquina se detenía, como ignorante de su ruta :

—Pero, ¿dónde estoy? ¿adónde voy?...

Y seguía caminando. Algunos grupos de ciudadanos pasaron, cautelosos, y él se mezcló a ellos :

—¿ Ordenistas?

—¡ Ordenistas !

—¿ A Palermo?

—¡ A Palermo !

Eran unos veinte, jóvenes, entusiastas, con las trazas todas a la vista de su cultura y de su rango ; el joven médico no les conocía, pero no necesitó de más presentación que la de su filiación política, y juntos marcharon como viejos camaradas, enlodando sus finas botas de charol, sufriendo sin quejarse la ventisca y la llovizna ; sabían la prisión del general, y no parecían más desanimados por eso. Uno, imberbe de quince años, que llevaba el remington terciado, decía a Fernando ofreciéndole el apoyo de su brazo :

—¡ Está usted enfermo, compañero, y asimismo

no niega a la revolución su concurso! ¡es muy digno, muy patriótico! ¿no oye usted cómo se defienden nuestros bravos? ¡allá vamos nosotros a ayudaros, hermanos! nos han traicionado, pero no vencido todavía.

Otros grupos llegaban con armas, y para que la columna no engrosara demasiado y pudiera escapar más fácilmente si era atacada, en las calles laterales se desparramaban, y por distintos rumbos buscaban operar su conjunción en Palermo.

Y el simpático imberbe, notando que Fernando no llevaba armas, le entregó su revólver:

—Su estado no le permite cargar un fusil, y con las manos vacías no va a contestar a los tiros del gobierno.

—Gracias, amigo mío, ¿me permite usted que le llame mi amigo?

Por toda respuesta el joven estrechó su diestra calenturienta; y como el poeta preguntara luego:

—¿Usted viene del comité?

Él contestó que sí, y que allí había visto a Faveragas, a quien conocía:

—¡Qué sorpresa la suya cuando explotó la bomba de dinamita, la noticia de la captura del general! ¡y la de todos, la de todos! no hubo más que una idea, un acuerdo: ¡correr a las armas! si el complot estaba descubierto, no rendir la enseña de la revolución, sin defenderla a trueque de nuestra sangre. Y cuando supimos que los cuerpos fieles de Palermo, cumpliendo su promesa, acababan de sublevarse, y que de todos los comités salían legiones de ciudadanos, y de cada casa, y hasta debajo

de cada piedra brotaba un ordenista, ¡un combatiente! renació la esperanza.

Llegaban a la plaza del Retiro, y de repente el alumbrado público se apagó, haciéndose la obscuridad tan completa, que no se vió gota:

—¡Mucha precaución!—dijo uno de los del grupo.

Con las armas preparadas marcharon, mientras el terrorífico rumor de la batalla se escuchaba, silenciosos, olfateando el peligro; en la esquina de Juncal se les dió la voz de alto:

—¿Quién vive?

Sin contestar, escurriéronse entonces uno a uno, pegados a la pared, y otra vez resonó el alerta:

—¿Quién vive?

Y tras del nuevo silencio la orden de fuego y la descarga cerrada.

Echaron a correr todos, mas Fernando no pudo, porque su compañero vacilaba, ¿herido, herido quizá? ¡no, muerto! sin una queja, se deslizó de sus brazos y quedó de espaldas sobre la acera, mirando al cielo sombrío.

Fernando se inclinó, le palpó, con amorosa delicadeza desprendió el remington de su mano crispada, y en un arranque desesperado volvióse a la guardia traidora, apuntó con el arma y contestó a la intimación con un tiro y este grito:

—¡Viva Ordenado!

Y huyó entre las sombras, abrazado al fusil.

VIII

Nunca fuera más dulzona la sonrisa del doctor Trujillo, ni más burlesca la de aquel arisco jorobeta don Olimpo Salgado, bajando de bracero la suntuosa escalera del Palacio de Gobierno, tres días después de estos sucesos.

—Vaya usted con cuidado, mi querido amigo... no, señor, no me molesta, ¿qué ha de molestarme usted? échese sobre mi brazo cuanto quiera, que a robustez pocos le ganan... ¡cuidado! ¡iba usted a salvar dos escalones! despacio, despacio, mi querido amigo, tiene usted delante el umbral, no vayamos a tropezar.

Y el asmático personaje, pegando sobre la piedra con el bastón, decía acentuando su sonrisa de burla:

—¡Cuántos han tropezado aquí, doctor Trujillo!

—¡Cuántos!—repetía más meloso don Francisco—, ¡y llegaron a desnucarse! Terrible escalera ésta, que cuesta tanto subir como bajar, y no pocos la han bajado de cabeza.

Se detuvieron y charlaron bajito, a pesar de que alma viviente en el vestíbulo no podía escucharles, fuera de la numerosa guardia del portal, que estaba demasiado lejos.

—Decíamos... —pronunció don Olimpo continuando un diálogo iniciado en las antesalas presidenciales.

—Que Su Excelencia ha estado habilísimo—dijo el doctor con mucho fuego—, cediendo un poquito

en circunstancias tan críticas: vencido el armisticio a las seis de la tarde, si las condiciones impuestas no son aceptadas, la toma del cuartel del Retiro, donde los revolucionarios están aculados hace tres días, defendiéndose como... argentinos, será cuestión de pocas horas más, ¿pero podrá darse por terminada la revolución? en la capital sí, ¿y en el Interior? Corrientes, Mendoza sublevadas también... ¿qué querían los ordenistas? ¿el sacrificio de Eneene? El Presidente contesta que consultará a los partidos y empeñará su influencia cerca del doctor Eneene en favor de su renuncia. Ahí arriba quedan los dos en misterioso e interesante conciliábulo.

—Lo que importa decir—saltó el vejete con uno de sus *je, je* más malignos—, que ya podemos dar al mísero don Adrián por uno de los desnucados en esta escalera...

Y don Francisco repuso:

—Esa frase de *consultar a los partidos* es una evasiva con mucha sombra; Su Excelencia consultará sus intereses antes que nada, y sus intereses le dicen a gritos que sostener a Eneene es una solemnísima locura: mire usted, señor don Olimpo: si los ordenistas, cuando lograron rechazar a las tropas del gobierno, y persiguiéndolas entraron en el Retiro, en vez de meterse en el cuartel y atrincherarse en la plaza, se vienen aquí y atacan el Palacio, los ordenistas eran dueños de la situación; pues esto que han podido hacer en la capital, y no lo han hecho por torpes y mal avisados, lo harán quizá mañana conflagrando toda la República; y si con un jarro de agua es posible apa-

gar el incendio de la guerra civil, ¿por qué no echarlo con mano firme? Es lo que va a hacer el Presidente, una vez sometida la revolución, y por eso califico su actitud de habilísima.

—A quien va a sorprender ese jarro de agua es a don Adrián... ¡la hallará más fría!

—¿Y qué? Eneene se lo tiene muy merecido; yo siempre lo he dicho: no es el hombre que necesitamos, desconceptuado como está, mal mirado por el pueblo, ¿de dónde diablos fué el Presidente a sacarle y se le ocurrió investirle con el hábito de candidato oficial? existiendo dentro del partido hombres de tantísimo mérito...

Indudablemente, esto decíalo por Salgado, a quien daba lustre sacudiendo con afectación la solapa de su gabán, y repitiendo:

—¡De tantísimo mérito!

La verdad que era mucha la ceguera de Su Excelencia cuando no se fijó en aquel personaje, que tan cerca de sí tenía, y fué a ofrecer el bastón de borlas a ese catamarqueño sin crédito y sin elevación moral...

—Felizmente—continuó don Francisco de Paula—, esta lección le ha abierto los ojos, y note usted cómo, en medio de la tormenta, se ha acordado de Santa Bárbara, de sus antiguos amigos, como usted, por ejemplo, y les llama, les consulta...

—Yo—dijo el vejete—acabo de hablarle bien claro: no prestaré mi concurso a la situación, no depondré mi resentimiento por los sucesos últimos, si el nombre de Eneene no se borra de la contienda política y se archiva; díjele más: excluído Eneene, porque no puede ser de otra manera, V. E.

debe buscar un hombre, de su propio partido, naturalmente, pero que no ofrezca a los ordenistas el mismo recelo y repugnancia que el otro, y hágale Vuecencia Presidente, que nadie chistará.

—Eso, eso es lo derecho—apoyaba el doctor Trujillo.

—Y si no lo hace a tiempo, el jarro de agua no bastará, ni todas las mangas, y arderá Troya por los cuatro costados. ¿Es una concesión? sí, pero relativamente pequeña: nuestro partido quedará en el poder, y los ordenistas todo lo más que habrán conseguido, después de hacerse romper la crisma, será un cambio de nombres, los mismos frailes con distintas alforjas.

—¡Claro! ¡justo! con distintas alfórjas, para que no digan... Pero usted, mi querido amigo, se ha mostrado en esta emergencia político eminente, eminentísimo; después de la zancadilla de Córdoba, que yo siempre desaprobé, ¿sabe usted? siempre, con todas mis fuerzas... me dije: ahora, el amigo Salgado, de despecho, se nos vuelve ordenista, y nos hace pagar cara la torpeza, el disparate, el crimen: pero, no, en la sombra, en el silencio, hilaba su venganza, y bien con los ordenistas, no estaba a mal con el Presidente... y los sucesos le han dado la razón; *(levantando el índice y con tono profético)* ¡el porvenir ha de confirmarlo!

Agobiado por la joroba, don Olimpo no veía el ademán, pero comprendió la intención, y dando un golpecito en su naricilla, contestó:

—¡Je, je, poseo muy buen olfato, doctor ami-

go! además, se hace lo que se puede, ¡y se hará, sí, señor, se hará! ¡Conste!

Casi se irguió, con tal arrogancia pronunció esta frase, y don Francisco, que se preciaba también de no ser romo, y husmeaba ya en el extraño personaje al nuevo sol que había de reemplazar, quizá, al otro, entonaba el *sursum corda* más sincero que en los profundos dobleces de su alma hallara, empeñado en guardar la pícara cartera que de la punta de sus dedos escurríase; y otra vez ofrecióle el brazo:

—Pocos le ganan en fortaleza, señor don Olimpo, apóyese usted, apóyese usted.

Cuando llegaron a la puerta y vieron la plaza ocupada por la soldadesca, y los cañones en cada bocacalle, y las casas cerradas, y el movimiento de la ciudad paralizado, y el silencio y la soledad y la tristeza donde antes había bullicio y alegría, sacudió Salgado la cabeza:

—¡Observe usted, doctor amigo, lo que vale llevar las cosas a sangre y fuego! ¡qué espectáculo más doloroso! ¡cuando al pueblo, que es un chiquillo cándido, no hay que tratarle con rigor, sino con mimo, para hacer de él cuanto se quiera! desde un principio mostró ascos a Eneene, y pidió otro, otro juguete, y en vez de desnudar el muñeco y ponerle nuevas ropas, para engañarle, se persistió en que lo había de aceptar y si no se le darían azotes, y el niño se encolerizó, pateó... y ahí tiene usted el resultado. ¡Qué tres horribles días éstos, doctor! le aseguro que sólo de oír el tiroteo me ponía malo: luego, las idas, las venidas, las órdenes, las contraórdenes, las conferen-

cias, las alarmas... Quiera Dios que los revolucionarios acepten nuestras condiciones, porque, en el caso contrario, se les rendirá a la bayoneta, con más o menos trabajo, y Eneene resucitará de entre los muertos...

—¿Usted cree?—exclamó don Francisco con sobresalto—; no tendrán más remedio que aceptarlas: la resistencia no puede prolongarse... les faltan municiones...

Hacía el otro sus *je, je,* de duda, y el doctor Trujillo pensó si no se habría adelantado a cantarle el *requiem* a don Adrián, antes que los signos cadavéricos estuvieran bien patentes: echándose atrás, repuso:

—De todos modos... ¿no le parece a usted? Eneene, a pesar de sus defectos, es un hombre ¿cómo diré? que no carece de cierto tacto, de habilidad política y comprenderá que, aun venciendo la revolución, su candidatura es ya imposible...

La sonrisa del vejete le turbó, y no acabó de redondear su párrafo:

—En fin, que más vale esperar, ¿no le parece a usted? En un par de horas saldremos de dudas.

En la esquina se separaron, porque don Olimpo dijo que alguien le esperaba en su fonda con noticias frescas de Córdoba:

—Según sean ellas y las que de las negociaciones pendientes me lleven, así haré... o dejaré de hacer; esta noche le espero a usted, doctor.

—Perfectamente: hasta luego.

—Hasta luego.

Sus manos se soltaban, después de afectuoso apretón, cuando una bomba cayó y estalló tan cer-

ca de ellos, que por poco no acaban allí mismo sus vidas y sus ambiciones :

—¡ Hombre, hombre ! — exclamó don Olimpo, menos pálido que el doctor— ; ¡ en pleno armisticio ! ¡ tenga usted escuadra, para esto... y para otras cosas !

Mientras el viejo se alejaba, don Francisco de Paula tomó la dirección de su casa por aquellas calles desiertas, y acompañaba sus pasos con frases descosidas, que denunciaban el angustiosísimo momento psicológico en que se veía :

—Todo está en ladearse a tiempo ; si cae Eneene, sus a Salgado, y si el jorobeta no obtiene, como yo sospecho (apostaría que sí la obtiene) la credencial de candidato, al que la obtenga, sea Juan, Pedro o Diego... ¡ Qué gracia si Eneene no cayera ! todo depende de la terquedad de los ordenistas, que bien pueden decir tomándose la punta de la uña y el brazo entero : No nos contentamos con el retiro de la candidatura de Eneene, queremos las renuncias del Presidente y del gabinete... ¡ y del Arzobispo ! y también de la ambición más o menos desmedida de don Adrián, que no se dejará arrancar la renuncia a tres tirones ; entonces, aquí de don Olimpo : Eneene resucita de entre los muertos... y nos mete en un bonito atolladero. ¿ Notaría él esta mañana, cuando se acercó al ministro de la Guerra, que le saludé yo con frialdad ? y que con frialdad le he tratado apenas columbré el desenlace de los acontecimientos, y escuché aquella salida extraordinaria del Presidente : *¿ Habrá que sacrificar a Adrián ?* he estado muy chambón, ¡ pero muy chambón !... se ha movido tanto

este hombre en estos días, en conferencias con el Presidente, con los ministros, con los senadores, con los diputados : defendía su tajada con tal encarnizamiento, que ¡ quién sabe si la promesa del Presidente no fuera más que una estratagema !... ¡ Y yo que del lado de don Olimpo me he dejado escurrir ! Sin embargo, la impresión general es que la revolución mata la candidatura Eneene, y que pronto recomenzará el *steeple-chase* de aspirantes... Y me parece a mí que Salgado se la lleva : le acaba de hablar el Presidente de una manera, con un afecto, ¡ como deseando hacerse perdonar el revolcón que últimamente le dieron ! y si se la lleva, ¡ no he estado tan chambón, no, señor !...

A nadie encontró en su camino que le distrajera de tan profundas meditaciones, y entró en su casa, edificio de aspecto mezquino en la calle Tacuarí, bajo, de dos ventanas, zaguán con pinturas cursis y patio pelado (él hacía gala de su pobreza, dando así a entender que de sus cabildeos políticos nada sacaba para el puchero) ; entró sin llamar, y el Periquín, que por ser aquellos días de revuelta y andar las patrullas arreando para los cuarteles a cuanto ciudadano hallaban sin la papeleta de enrolamiento, no salía a fin de evitarse desazones y peligros, le abrió la puerta de la sala, con un *buenas tardes, papá,* muy cariñoso. La sala era también despacho : en un ángulo se veía una papelera de caoba vieja, y enfrente una librería con cristales y visillos de sarga verde, sin duda para ocultar la ausencia de los libros ; en el suelo no había alfombra, y el dibujo de las cortinas, al estilo turco, era

diferente de la tela de las butacas, maridaje ridículo que aparecía más chocante a causa de las maderas desnudas, poco limpias y nada nuevas. Los que conocen al padre y al hijo, extrañarán y se asombrarán de tan espartana sencillez, pero no hay de qué : primero y principal, porque los más exigentes en la casa ajena son los que andan más escasos en la propia, y luego porque la coquetería del doctor Trujillo era ésa, mostrar y probar cómo, en estos tiempos, se puede ser alto personaje político y no gastar lujo ni cosa que lo valga.

Obscurecía ya, y Periquín encendió la lámpara, llenando de tufo la habitación, tan poca maña se daba.

—¿Ve usted, papá? estoy deseando que acaben estos *bochinches*, para que tengamos gas, y poder salir... Me ahogo : ¡tres días de encierro! ¿no es nada, verdad? ¿qué noticias trae usted? ¿acabamos o no acabamos?

Don Francisco se había sentado en el sillón giratorio de la papelera y desabrochaba su gabán más pensativo, abstraído frente a aquel pavoroso problema : ¿ladearse o no ladearse? y maquinalmente contestó :

—En eso estamos, mira, ¿quién lo sabe?

—Pues si usted no lo sabe...

Sacó la cajetilla del bolsillo, escogió un cigarro, lo encendió en el tubo de la lámpara, y echando el humo por la boca y narices, con la jactancia de un buen fumador, empezó a pasear delante del padre :

—Escuche usted, papá : yo, en estos días de prisión, he reflexionado mucho, pero mucho, acerca

de mi porvenir, siempre sobre la base de sus excelentes consejos: que mi carrera es el matrimonio, y en el matrimonio debo buscar la fortuna que, por otros caminos, no hallaré jamás... No me recuerde usted lo de Elenita García Luces, le veo venir: en eso no he tenido yo arte ni parte; el negocio estaba perfectamente arreglado, no había más que hacerse cargo del género y de repente... ¿ha sido la hermana que nunca me puso buenos ojos? ¿o el mediquillo, el poetastro, que tiene allí una influencia escandalosa? no sé; el rompimiento se me impuso, y no tuve más remedio que tomar el portante. ¡Qué lástima! ¡yo que ya metía las manos en aquellas talegas de Ombú! doblemente de lamentar ahora que, por la muerte del padre, la hijuela es mayor; es la mitad de esa fortuna colosal. *(Suspirando)* ¿Qué hacerle? usted se enfadó conmigo, me llamó torpe y hasta zopenco... aconsejándome volviera a la de Eneene: ésa no tiene nada, pero don Adrián era el candidato a la Presidencia, y el yerno de un Presidente... ¡figúrese usted, papá, lo que yo haría de yerno del Presidente! ¡en fin, la mar! Pues me fuí con Alcirita otra vez y me recibió como recibe a todos: yo estaba dispuesto a soportar los desaires, las burlas, los caprichos, las ofensas de esta insigne coqueta, y me decía: pega, pega, que ya me llegará mi turno; el marido te cobrará con intereses lo que has hecho sufrir al novio; y de repente, otra turbonada, la revolución que viene a despojar al doctor Eneene de su investidura, y le deja en su carácter vulgar de hombre rico, emperrado en no morirse... Según el boletín de

La Opinión de esta mañana, el Presidente ofrece su influjo para hacer que Eneene retire su candidatura, ¿no es cierto, papá?

—Así parece—respondió distraído don Francisco de Paula.

—Bueno—continuó Periquito—, esto y la renuncia es idéntico... Si la hija del candidato era un gran partido, la hija de Eneene es un clavo, ¿qué me trae? ¿esperanzas? con esperanzas no se come, no se viste, y no se vive... luego, he resuelto darle a la señorita Alcira las calabazas que ella se guardaba para sus pretendientes, ¿no le parece a usted, papá? y buscaré por ahí alguna otra hijuela, que no ha de faltarme.

Ninguna objeción hizo don Francisco a tan delicado programa, por no escuchar al hijo, o por hallarse él también preocupado con las modificaciones a introducir en el suyo, más importantes y trascendentales.

En esto, por las ventanas, pasó voceando el boletín de *La Opinión*, con las noticias de última hora y una retahila de anuncios ininteligibles, un chicuelo vendedor de periódicos :

—¡ Perico, cómpralo, cómpralo ! — dijo don Francisco saltando del asiento.

El joven abrió la ventana y llamó al muchacho :

—*Chist*, *chist*, ven, ¿es nuevo? dámelo, toma.

Y cerró, pues se colaba un frío de mil diablos, y a la luz de la lámpara desdobló el papel, leyó rápidamente, y al padre, que le miraba ansioso :

—¡ Ay, papá, es eso, eso que decíamos, confirmado : conferencias definitivas, no hay nuevo ar-

misticio... y más abajo: última hora, desarme de los revolucionarios, acatamiento de la autoridad nacional, retiro de la candidatura Eneene, probable convención de los partidos!...

—A ver, a ver—decía el doctor, emocionado.

—Tome usted, papá, ¡valiente fin de fiesta! nos quedamos vestidos y compuestos: ¡usted sin cartera y yo sin novia!

Don Francisco preguntó a aquel mensajero si era cierta la sensacional nueva, y cuantas veces le preguntó, con todas sus letras y todos los detalles, se le contestó la verdad: que todo estaba concluído y el doctor don Adrián Rodríguez de Eneene enterrado; ¡el santo del día anterior arrojado a culatazos del altar, y buscándose ya quien le reemplazara y ante quien prosternarse! Entonces, el fidelísimo amigo echó sobre el difunto esta paletada de tierra:

—¡Al fin salimos de dudas! es lógica esta solución, y es patriótica; ¿acaso un nombre propio vale la tranquilidad del país entero? tengo el honor de haber contribuído a ella con mi consejo desinteresado, y con mi influencia; al Presidente se lo dije (después de aquella salida suya, por supuesto): éste es mi modo de pensar, pero yo no me mezclo en las negociaciones, porque siendo amigo personal de Eneene, no quiero que él diga... Las circunstancias han hecho imposible su candidatura, ¡no hay otro medio de aplacar al país!

Sentóse nuevamente en el sillón, rebosando júbilo, por ver ahora tan claro y poder, con toda conciencia, resolver el terrible dilema así: ladearse, y con garbo, que la amistad personal es una cosa

y la amistad política otra, y no era él bastante tonto para dejarse meter en el hoyo que a Eneene le habían cavado; y al hijo, a Periquito, le endilgó esta epístola:

—Decías... que lo habías pensado mucho, y tu casamiento con Alcira no te convenía: pues, ¡claro que no te conviene! en estos países donde la dote no está en uso, desgraciadamente, hay que reflexionar y pesar bien el pro y el contra antes de casarse: Alcira no tiene fortuna, pues viven sus padres y gozan de muy buena salud; Alcira no es ya la hija del futuro Presidente: ergo, el retiro de la candidatura paterna trae, forzosamente, el retiro de la tuya a la mano de Alcira... y a otra cosa, hijo mío, ¡que cien puertas se abren cuando una se cierra! Tú créeme a mí, y sigue mis huellas: el mundo es un pasadizo, al que venimos por chiripa y abandonamos por necesidad, y recorrerlo alegremente la única vez que nos está permitido hacerlo, sin el pesado bagaje del qué dirán, del mira que te mira Dios, y sobre todo, del lazo de las afecciones, que con llamarle lazo, se expresa cuánto aprieta y ahoga, es indispensable si queremos gustar el fruto prohibido, la felicidad; y a este fin, no hay que escuchar la voz del corazón; óyeme bien: aquel más feliz es el que menos corazón tiene, mejor dicho, menos sentimientos. ¿Entiendes, hijo mío? y si tienes buenos dientes, muerde ese caro fruto con toda fuerza, que si no lo haces tú, por tonto, otro vendrá y lo hará en tu lugar. Y basta de filosofías: dile al criado que sirva la sopa.

Tan estupenda lección de moral, amarga sínte-

sis de los desengaños conyugales, sociales y políticos de don Francisco de Paula, no caía sobre terreno pedregoso e impropio para la germinación: Periquito recibíala sin perder un solo grano, con cabezadas de asentimiento:

—¡Naturalmente! eso digo yo, papá: después se muere uno ¿y qué?

Se marchaba a cumplir la orden del padre, cuando golpearon el llamador de la calle, y en seguida en el cristal de la puerta del patio, sin visillo, se dibujó la propia estampa del doctor Eneene, pegando las dos manos al vidrio y mirando con precaución, cual si dijera:—¿Está usted solo? quiero hablar con usted, doctor.

Disgusto grande experimentó don Francisco al reconocerle, y nunca le pareció más poquita cosa que ahora, sin el hábito deslumbrante de candidato oficial: se levantó, mandó a Periquín que les dejara solos, y abrió a la importuna visita, olvidando, al estrechar su mano, de llamarle ilustre amigo, como siempre, olvido disculpable, al fin, pues no sería el único en padecer. Venía don Adrián con las trazas del jugador a quien acaban de desnudar en la timba; no soltó la diestra del doctor Trujillo, hincándole casi las terribles uñas en la carne, y a guisa de exordio echó fuera una palabra que no está en ningún diccionario, pero se halla en muchas bocas, añadiendo:

—¡Qué traición, qué traición! en esta cochinada, veo yo la mano de Salgado, ¿quién sino el tío joroba, mi competidor, mi enemigo? después de los sucesos de Córdoba, se vino aquí muy manso, y en los oídos de quien debió arrojarle balcón aba-

jo, noche y día derramó la voz de alarma : hay que abandonar a Eneene, la capital se arma, el Interior se arma, la revolución va a estallar, y la estabilidad misma de Vuecencia peligra ; si se abandona a Eneene el cielo se despejará y el sol lucirá de nuevo. Así, noche y día : abandonar a Eneene, y no solamente él, otros, otros...

—Doctor—interrumpió don Francisco protestando—, créame usted que yo...

—A usted no me refiero—repuso don Adrián con un tonillo que parecía expresar lo contrario.

Y se sentó, puso el sombrero sobre sus rodillas, y quedóse moviendo la cabeza, como un muñeco de resorte, sin apartar la vista del turbado Trujillo :

—¿Qué había de suceder? que revienta la conspiración ordenista, y aquel que tales avisos y consejos de fieles amigos míos recibiera, confabulados con un rival despreciable, porque notaron en el ánimo presidencial síntomas de veleidad, temió al punto por su puesto y se dijo : antes que caer yo, que caiga el otro. Y esto es tan cierto, señor don Francisco, que a estas horas la revolución está vencida : en el Retiro no hay municiones, la lucha de tres días ha debilitado toda energía, el general preso, Zeta herido de muerte, y sin embargo se me impone mi renuncia, como gaje imprescindible de concordia. ¿Qué se teme? que, sometida la capital, el ejemplo de Corrientes y Mendoza, en armas, cunda a las otras provincias, que sólo a regañadientes y con las bayonetas al pecho, soportan a sus gobernadores... ¿Y el ejército de la nación, señor mío? luego de dar a los ordenistas su mere-

cido en el Retiro, bien puede acudir a sofocar la insurrección allí donde pareciere; pero, no, aquí no hay más que esto: el capricho de un hombre, que muestra poseer las mismas coqueterías de una mujer y sus artimañas, ¡y la traición que se pone, incondicionalmente, al servicio de ese capricho!

En la punta de la lengua tuvo el doctor Trujillo esta respuesta: que también un capricho dió nacimiento a su candidatura, y no era de extrañar que otro le diera muerte; mas no osó decirlo, contentándose con alzar las manos, manera suya de expresar lo imposible y lo irremediable. Y el doctor Eneene prosiguió:

—Pero yo tengo un partido, el partido eneísta, que ha ganado las elecciones de febrero, con mayoría en el Congreso, con mayoría en el gabinete, con mayoría en casi todas las situaciones provinciales, y por lo tanto mi elección está asegurada...

—¿De usted?—saltó aquí don Francisco—, ¿mayoría de usted? del Presidente, hablando con propiedad.

—Es decir que...

—Es decir que si a ese partido eneísta se le da la orden superior de volver la espalda a Eneene, la espalda le volverá.

Don Adrián apabulló su sombrero con el puño:

—¿Y a esto le llama usted república? llámele cualquier cosa, merienda de negros, por ejemplo, no república, ¡por Cristo vivo!

De lo que más se asombraba don Francisco era de la indignación del doctor Eneene por un sistema político que conocía al dedillo, que se sabía de memoria, que en su programa de gobierno tenía inscrito para aplicarlo en su día sin miramien-

tos, y quizá refinarlo aún : era el médico convertido en paciente, y condenado a sufrir el cáustico que para otro recetara. Así le dijo, con admirable calma :

—Usted lo sabe bien, doctor ; no está en la Constitución, indudablemente, pero sí en las costumbres ; el Presidente hace los Presidentes, y el pueblo elector acata el hecho, como otras veces, o se alza en armas, como ahora... sin resultado, pues a pesar de la revolución, usted sería el elegido, si la veleta presidencial no varía de rumbo. De todos modos, yo creo que su actual situación, de candidato que renuncia un puesto tan alto en aras de la tranquilidad pública, es mucho más airosa, más noble, y en buena cuenta se le tendrá, que la de ayer, impuesto, es inútil negarlo ya, contra viento y marea *(con acento solemnc)* ¡ quién sabe, doctor Eneene ! si este hecho de su vida no le vale la canonización ; todavía le hemos de ver en andas por esas calles, con palmas, cirios e incensarios, como Ordenado.

¿Iba de veras o de burlas? vaya usted a saberlo, que abogado más capcioso que él no lo había, y así la hora de su reloj nadie la conocía a punto fijo ; pero la ocasión no era de bromitas, y a don Adrián le supo muy mal aquélla : se encasquetó el sombrero apabullado, detalle que faltaba a su aspecto de truhán perdidoso, cruzó los brazos, fuése derechamente al orondo personaje, y debajo de las narices le echó esta rociada :

—¡ No me hablaba usted así ayer, doctor Trujillo ! ¡ cómo cambia el tiempo... y los hombres ! conque ahora es inútil negar que mi candidatura

era impuesta, a pesar de todas las resistencias... y ayer era una candidatura casi, casi popular, ¿se acuerda usted de sus distingos entre pueblo y populacho? otra de sus marrullerías de costumbre: ¡buen trapalón está usted, doctor Trujillo! si la nación se pierde un gran presidente, también se pierde un ministro de primera... aunque no, usted no es de los que se quedan sin asiento, ¿le ha ofrecido algo el jorobado? ¡qué lástima, hombre! ¿cómo es eso? ¡ah! todavía la veleta presidencial no ha indicado el rumbo a seguir y usted espera prudentemente, ¡muy bien hecho!, puede ser Salgado; puede ser cualquiera... ¡ja, ja! ¡qué país! ¡¡qué partidos!! ¡¡¡qué hombres!!!

Estaba don Francisco contrariadísimo, porque a aquel terreno, él, tan pulquérrimo, no podía descender, y con sus blancas manitas de monja rechazaba al exaltado contrincante y sus insidiosos ataques:

—No, doctor Eneene, poco a poco, ¡usted me ofende!

Y don Adrián, con risa forzada, repetía:

—¡Si hace usted muy bien! ¿cree usted que yo le enrostro su conducta? ¡no, amigo mío, ilustre amigo! ¿qué puedo yo darle ahora, despedido como un portero por Su Excelencia? es natural que usted busque su colocación, ¡ojalá la encuentre digna de sus merecimientos! si estuviera de humor le referiría a usted un cuento de mi repertorio, que viene aquí más al caso...

Nuevamente protestaba don Francisco de Paula: tales ofensas no podían tocarle ni al pelo de la ropa; él no buscaba nada, como no fuera el bien

de su país, ¿y cuál era el estado actual del país? ¡santo Dios! la capital cubierta de sangre, anegada en un río de sangre, que pronto correría a inundar las demás provincias...

—¿Y eso le asusta a usted?—dijo con cinismo don Adrián—, ¡parece que fuera la primera vez que se diera este espectáculo en la República!

—No sorprenderá por lo nuevo, pero duele por lo horrible—declamaba el doctor Trujillo como si estuviera en el Congreso—, y si la causa, el móvil, es un nombre propio, yo amigo, yo hermano, yo padre, tomo una esponja y borro ese nombre, sin vacilar.

—¿Sí, eh?—decia Eneene sardónicamente.

—Sin vacilar, puede usted creerlo: ésta es mi opinión en el caso presente, opinión que no he transmitido a nadie, porque nadie me la ha pedido; en las negociaciones que han provocado su renuncia, yo no he intervenido, no he querido intervenir... pero, declaro a usted, doctor, que, si al ir a conferenciar con el Presidente, me consulta usted, hubiérale aconsejado lo mismo que usted ha hecho: ¡renunciar! ¡renunciar y que se salve el país!

—Vamos, vamos, ilustre amigo, que si en el ánimo de Su Excelencia hubiera estado la intención de hacer caer esa esponja de su mano, con un gesto solo la hace caer, y el nombre de su amigo, de su hermano, de su hijo, no se borra, ¡siervos del poder! ¡qué mucho si hubo un Rozas! ¡si la semilla de los Rozas y la de aquellos que besaban humildemente su látigo no se han extinguido en la República!

Dióle la espalda, y sin despedirse ni añadir más palabra, salió al patio y a la calle, en tinieblas, pues los faroles seguían apagados, y envuelta en fúnebre silencio, como si la ciudad guardara el luto de sus muertos; don Adrián levantó el cuello de su abrigo y la mitad de la cara se tapó con un pañuelo de seda: aunque todo permanecía cerrado y no andaba ánima viviente, no quería ser reconocido, él cuyo físico la caricatura había popularizado con aquellas orejas de murciélago, y verse en trance tan peligroso como el del día anterior, que, saliendo de su casa, una turba de perdidos le siguió con *mueras*, y para escapar, hubo de refugiarse en una tienda...

Mascando frases amargas, resoplando, caminaba con la cabeza baja; se detenía, daba una patada de ira, erguía aquella frente que el rayo de Júpiter había herido, y orgullosamente al cielo parecía desafiar, y otra vez el convencimiento de su impotencia la inclinaba sobre el pecho, ¡ y andaba, andaba! recorrió la calle Tacuarí hasta Alsina y de la esquina de San Juan siguió por Piedras, luego por Esmeralda: encontró el portal de su casa abierto e iluminado como para una fiesta, un lacayo al pie de la escalera, otro en el recibimiento, su despacho y el gran salón también con luz, luz de petróleo y de bujías en lujosos candelabros, y se acordó que era viernes, día de sus tes políticos: un criado se acercó a despojarle del abrigo y el sombrero, y él, con un gesto dijo que no. Cuando se presentó en el saloncito donde misia Damiana y Alcira pasaban las horas más tristes esperándole, al son del pavoroso tiroteo, alarmadas por los

terribles relatos que traían los criados: de una bomba horadando una pared y dando muerte a dos niños inocentes, de un sujeto recibiendo en el pecho una bala perdida, de una familia encerrada en los sótanos sin provisiones, de los convoyes de muertos, de heridos, ellas que, cuando salía, se imaginaban no había de tornar con vida, se levantaron y acercáronse a abrazarle.

—¿Y bien, Adrián? ¿se ha hecho la paz? en todo el día hemos oído fusilazos: a las seis concluía el armisticio y todo sigue en silencio.

—¡Ay, papá! —exclamó Alcirita—, no deben de ser muy buenas tus noticias, porque tienes una cara...

Y la señora, para examinarle mejor, le quitó el pañuelo de seda:

—¡Qué pálido vienes, Adrián! ¿estás enfermo? ¡Jesús, qué vida pasamos! siempre con zozobras, con temores... Sales, y la espina se me clava que una bala o un puñal te espera en la calle: ayer leía en *El Cotidiano* la guerra que dan los nihilistas a ese pobre czar de Rusia, y me decía: ¿pero, señor, vale la pena tanta grandeza, habitar palacios, ceñir corona, arrastrar manto, cuando no se puede comer ni beber, ni pasear, ni vivir en paz? ¿no es más feliz el más miserable de sus siervos? y sacaba la consecuencia que todos los esplendores del mundo no igualan a la tranquilidad del hogar.

—Dios te oye, hija —contestó fríamente Eneene.

—¿De veras? ¿han vencido a la revolución?

—Sí.

—¿Y se acabaron los tiros y las alarmas?

—Así parece.

—Gracias le sean dadas : bien se lo he pedido : Señor, derrota a esos perversos ordenistas, y yo te prometo, en cambio, pagarte una solemne misa cantada y sermón en la capilla de mi Asilo.

—¿Nada más le pediste?

—Nada más... ¡ah! y que salieras tú con bien de esta terrible crisis.

—Y yo, papá, y yo — dijo Alcira— ; y que no murieran más desgraciados ; me da muchísima pena eso de que pierdan tantos la vida para hacer un Presidente.

—Pues, quedáis lucidas con vuestro petitorio : a Dios ¿sabéis? hay que tirarle un poco la oreja, porque si no, no oye : es sordo, le han puesto sordo los mortales pedigüeños, rompiéndole el tímpano desde principios del mundo, y la manera de obligarle a que preste atención, es rogar y dar con el mazo al mismo tiempo, como lo expresa el refrán ; ¡esa misa y ese sermón habérselo pagado adelantado y os hubiera concedido cuanto pedíais!

—Pero no dices, Adrián...—prorrumpió misia Damiana, vislumbrando la mala nueva.

—Lo que digo es esto : que si tú no querías llevar la vida de ese señor que en Rusia, por tener el gusto de ser czar, soporta tantos disgustos, tu deseo está satisfecho : no serás czarina, hija, y nada de hoy en adelante alterará la santa paz de tu hogar.

—Adrián, si no te explicas... sí, sí, ya comprendo, ¿has renunciado, verdad? ¿no? ¿te han obligado a renunciar?

Nada contestó el doctor Eneene, pero su mirada,

la contracción de sus labios y el ademán que hizo al dirigirse a la ventana, levantar el visillo y mirar al través del vidrio sudoroso de frío, sobre el cual, luego, con la uña más afilada, maquinalmente se puso a trazar líneas y a enredar dibujos, dieron a la señora y a la hija, estupefacta, la clave de aquel enigma; y toda la cara de misia Damiana, como la de esos monstruosos Eolos, inflados los carrillos a fuerza de soplar y echando por la boca un chorro que parece de agua, por no haber manera posible de representar el viento, se enrojeció más, se hinchó, y a borbotones salieron las frases, de indignación, de cólera, de desconsuelo:

—¿Cómo? ¿es cierto? ¿te han obligado a renunciar? ¿por qué? ¿no está ya concluída la revolución? ¿y quién? ¿tu partido? ¿el Presidente? ¡ah el Presidente! ¡bonito modo de cumplir sus promesas! porque él te prometió, sí, señor, hacerte Presidente, te lo ofreció: tú no se lo has pedido, como otros, no le has pasado la lengua por la suela de sus botas, como otros; él te dijo: ¡después de mí, usted! y tú aceptaste por patriota, te sacrificaste... y ahora de miedo, quizá, te abandona, ¡qué traición más negra! ¿acaso de esta manera va a devolver la vida a los que han muerto? ¿la salud a los heridos? ¿la fortuna a los que la han perdido? ¿el reposo al país? ¡ya se lo dirán de misas! ¡y tú que te fiabas de él! que decías: ¡ah, el Presidente!... *(acercándose al cristal y cogiendo el brazo del marido)* vuélvete, hombre, mírame, dime ¿qué le contestaste? ¿que sí, eh? ¡servilmente que sí! claro, así se ponen estas excelencias de pega, dentro de esa atmósfera de bajeza y de adu-

lación; haberle dicho: señor Presidente, yo tengo un partido, que me ha proclamado, que me sostiene, y mi nombre ya no me pertenece... ¿inútil? y tus amigos, Trujillo, Soto, Luces... Luces, que me infundía ánimo hace poco: ¡Deje usted, señora, que vamos a darles una paliza a los ordenistas! y luego quedará todo en calma, y nuestro futuro mandatario (se refería a ti, ¿eh?) subirá al poder en medio de aclamaciones... ¡Ellos los primeros en renegar de ti! ¡muy bien! de manera que si mañana al señor Presidente le da la presidencial gana de poner en su lugar a mi portero, le pone tan fresco, y nadie chiste, ¡y al que chiste, fuego! ¿sabes que encuentro delicioso el sistema? pillos, repillos... *(a Alcira)*. ¿Por evitar el derramamiento de sangre? ¡figúrate la que habrá corrido en tres días! ¡por un poco más, aunque llegara al río! pero, lo que se da, no se quita; lo ofreció, ¡cumpla su promesa!

De coraje lloró, sentada, los codos sobre la consola, sin acordarse que con las lágrimas y el refregar del pañuelo, todo el tizne de las pestañas iba a marcharse; y así fué, pues habiendo estornudado don Adrián, única respuesta que dió a su jeremiada, y exclamado Alcira:—Ya te resfriaste, papá, ¿ves? tú que eres tan perseguido de las bronquitis...—ella apartó la pelotilla de batista, mostrando los anteojos que el lápiz, con el roce, había esfumado, y repuso con desabrimiento:

—Déjale, déjale, si éste cuida tanto de su salud como de sus intereses.

Lloraba también el cristal gotas tamañas, de tanto arañarle don Adrián; y de repente, la voz

respetuosa del criado anunció que la sopa estaba servida.

—¿Es ya la hora?—interrogó Alcira.

—¡Y Eugenia La Llave, que me dijo vendría a acompañarme hoy con Dorinda y el marido, aprovechando del armisticio!—advirtió la señora—, habrán tenido miedo de salir... o conocerán la nueva, ¡el carpetazo!—terminó cuando el criado hubo desaparecido.

—¡Ave María, mamá!

—¿Te asombra? hija, a mí no: ya lo verás, ¡qué desbande! ¿me entiendes? aguarda un poco...

La pavera estiraba el hociquito, figurándosele que Polo, y el Trujillín, y Castor, y todos sus números predilectos, hasta entonces fieles y sumisos, huían, sin hacer caso de su cayado, se perdían de vista, y la música de sus *glu*, *glu*, se apagaba.

—Pero, mujer—dijo en esto don Adrián acercándose—, ¿en qué quedamos? ¿no deseabas la paz? pues ya la tienes, y si la quieres más completa, nos iremos a Catamarca, y después... ¡a Europa! ¡mira tú qué programa! mi fortuna, mi gran fortuna no pueden quitármela; ¡mucha agua por medio y a vivir! mientras ellos se ahogan en este lodazal... ¿sabes? a Trujillo le he puesto como hoja de perejil, ahora, ahora mismo, y se calló, si no, le pego; venganza inocente que me ha calmado los nervios...

—¿Y por qué a Trujillo?—exclamó ásperamente misia Damiana—, ¿qué pitos toca? al otro, al cabecilla, debiste cantar las del barquero... Y no me hables más, ni pretendas engatusarme con

programas pomposos... ¡Tengo un humor! ¿qué voy a hacer con mis seis vestidos de Presidenta? ¡si creerá este hombre que he de ponérmelos en Catamarca para misa mayor!

Dejó el saloncito el doctor Eneene, diciendo que comieran solas, que él no tenía pizca de gana, y se dirigió a su despacho: cerró la puerta y se quitó el gabán y el sombrero, y se sentó cerca de la chimenea, estirando las piernas hacia el fuego cariñoso y alegre, mientras estregaba una mano con otra, y de reojo al Wáshington de la repisa contemplaba: la luz de las bujías era escasa, y sobre la pared hacía figurar medrosas siluetas, que adquirían movimiento gracias a la llama de la chimenea, y así el busto mostrábase más grande que de costumbre, y saludaba burlonamente, agitando la coleta de su peluquín:

—¿Estás contento, Wáshington? — dijo don Adrián sin despegar los labios—, parece que sí; por lo menos, yo creo que debes estarlo, ¿conoces la buena nueva? sí, sí, la conoces: he renunciado, ya no soy el candidato oficial; ¿he cumplido o no he cumplido con mi deber? fíjate bien: tenía la Presidencia en la mano, segura, tan segura que más no podía ser, y vienen y me dicen: ¡sus compatriotas se están cascando los huesos, porque unos quieren y otros no quieren verle ocupar el sillón de Rivadavia! ¿y yo qué hago? Sin vacilar, abro la mano, grande, bien grande, y dejo caer la Presidencia: puesto que mi nombre es causa de guerra, que desaparezca mi nombre, y luzca el arco iris, después de la borrasca. No me negarás que esto es patriótico, desinteresado, nobilísimo: el

mismo Trujillo, que es un truchimán, lo reconoce ; porque yo he podido contestar : ¿Y a mí qué? que se maten, si es ése su gusto ; la tengo, la guardo. Otros, en circunstancias idénticas, han dado esta respuesta : tú lo sabes y les conoces de fama, y quizá de vista. Pero a mí la ambición no llega a dominarme tanto, que por alcanzar mi propia grandeza, no sienta los males de la patria. Y el dicho Trujillo tiene muchísima razón : esto me eleva a los ojos de mis conciudadanos, pues es el primer caso que ocurre : en las esferas políticas, en medio de aquella atmósfera deletérea, planta tan delicada como la abnegación no se cultiva, y así causará asombro y alborozo verla florecer. ¿Has oído, el pregón de los *boletines?* sí lo habrás oído, pero no leído lo que dicen : pues dicen lo que la posteridad ratificará mañana : que mi conducta, renunciando mi candidatura, es digna de aplauso, y que este acto mío merece la gratitud de todos los argentinos ; ¡ no falta quien llega a compararme contigo, Wáshington ! vamos, vamos, no seas tan orgulloso, y dame la enhorabuena ; si no deseas otra cosa...

Y el busto, en la penumbra, sonreía :

—¡ Qué mentiroso eres ! ¡ a mí con ésas ! no te compro, porque te conozco mucho, mucho... ¡ claro ! que si tú hubieras hecho lo que has hecho, movido, únicamente, por ese sentimiento sublime que se llama patriotismo, merecías que en el altar en que has estado se perpetuara tu imagen y tu memoria, pero no : si ese sentimiento te alentara, no esperaras a que la colisión se produjera, a que corrieran los arroyos de sangre que han corrido...

Hubiérate dado rubor, vergüenza profunda, aceptar el bastón presidencial en las condiciones en que te lo ofrecían, y al notar la lucha que en torno de tu nombre se iniciaba, habrías presentado tu dimisión, entonces oportuna y digna, ahora tardía y ridícula. ¡Figúrate si sabré yo lo que ha pasado! a mí no me engañas, como a todos los que creen que con tu retiro andará mejor el pandero... Sencillamente, lo que ha pasado es ésto : hasta las cinco de la tarde de este día 18 de mayo, la idea de renunciar no te había venido ni por asomos, y eso que conocías la horrible hecatombe del Retiro y de Palermo ; de la cámara presidencial ibas al Congreso, y del Congreso a la cámara presidencial, recogiendo impresiones, sembrando promesas, temeroso que *eso* que tan seguro tenías en la mano, se te escapara. A las cinco, el Presidente te mandó llamar, y tú fuiste, con un temblorcillo en las piernas... y así que entraste, te echó el jarro de agua fría sobre la cabeza : tú pretendiste alzar el gallo, balbuceaste algo que quería decir *compromiso con mi partido* y otras simplezas, y el Presidente se rió, se rió, te cantó la verdad pura : «¡Aquí no hay más partido que yo!» te quitó lo que te había prestado y te largó en pernetas. Aquí se acaba el cuento, o mejor dicho, la historia, ¿de qué he de felicitarte?

—¡Está bien, está bien!—contestó don Adrián, siempre sin mover los labios—, a ti no hay manera de engañarte : lees hasta en los menores repliegues de mi conciencia, y eso que la llevo a obscuras ; confieso que es verdad cuanto dices... ¡y ya que nada puedo ocultarte, te mostraré la herida

entera, sangrando! ¡es tal mi rabia de verme así burlado, que de mis uñas me arrancan la presa, impotente para defenderla, que no sé lo que haría! nada me importa, ni las vidas perdidas, ni la guerra entre hermanos: ¡el bastón y la banda, aunque sobre un campo de cadáveres reinara! así soy yo, político de la actual escuela, ¿qué quieres? ¿es el ambiente, es la raza? ¿está en el suelo o en la sangre? porque las leyes son tus leyes: las hemos traído, como las mejores, y sin perder el tiempo en pensar si el terreno era propicio para que arraigasen, a la fuerza hemos tratado de aclimatarlas; es cierto que el riego que le damos no es propio para fecundarlo... ahí están, como recreo de la vista, para que digamos, golpeándonos el pecho con orgullo: ¡Nuestros códigos! ¡ah! ¿cuáles más adelantados? y cada vez que la rueda de la máquina nos aprieta, volvemos el manubrio del revés, y airosamente nos zafamos...

Incontinenti, el busto dió la réplica, moviendo más el lazo del peluquín, pues la llama acababa de avivarse y lamía rumorosa la negra pared de la chimenea:

—Rabia, rabia, pero no te quejes: sois lobos de la misma camada: en su lugar tú harías lo mismo; tu mujer, que razona pocas veces, y tu ilustre amigo Trujillo, te han dicho hoy verdades de a puño y grandes verdades la cólera también a ti te ha arrancado, sólo que en vuestros labios sientan como el nombre de Dios en boca de un mal sacerdote, ¿no te gusta ya el sistema, porque te lo aplicaron a ti, y te escuece? pues bien que te gustaba antes, y lo encontrabas óptimo: el látigo del capricho en

las manos del Presidente y la Constitución a los pies; el pueblo lejos, muy lejos, cuanto más lejos mejor... ¡Ah, mira que si se publicara tu programa de gobierno! quizá no asustara a nadie, porque, aquí, me parece que la opinión pública está curada de espantos. ¿De qué hombres ibas a rodearte? escucha: de los más sumisos, aunque fueran los más abyectos; de Trujillo, el pulcro, el almibarado, a quien si le mandan coger la porquería, no se negará, pero se pondrá guantes y tapará sus narices; de Esteven, don Bernardino, que anda ahora por las provincias atando y desatando lo que tú pensabas más tarde atar y desatar, ¡y entre todos, en las arcas fiscales regodearse! Sólo de pensarlo, que acaricias y te apropias el oro de la nación, las uñas te cosquillean... No, no estoy contento: tu castigo no es la terminación del proceso, y el sistema oprobioso seguirá, y ese partido del Presidente, que hasta hoy se llamó eneísta, porque el Presidente te prestó su influencia, mañana se llamará salgadista o trujillista... o cualquier cosa, siempre de acuerdo con el capricho del que manda, y en ese sillón, al que no has podido subir, se sentará otro más feliz, izado por las mismas cuerdas que a ti se te rompieron... Pero, para consuelo tuyo, te anuncio que esto no durará largo tiempo, ¿oyes? porque bien alto he de decírtelo: ¡lo que al pueblo se roba, al pueblo vuelve, tarde o temprano, por la razón o por la fuerza!

Sofocado, don Adrián se levantó, abrió la puerta: silencio profundo había en toda la casa; las bujías, ya gastadas, derretíanse con el pábilo moribundo, y también agonizaba la luz de las lám-

paras; el criado del recibimiento roncaba... Don Adrián miró el reloj: ¡las nueve y media! a aquella hora, el último viernes, era tal el bullicio y tanta la gente, como el día aquel que le ungieron candidato. Con un rugido, hundióse en la poltrona, y frente a frente, clavó el dardo de sus ojos en el busto de bronce, ahora impasible...

IX

De don Román Hierro Bermúdez a Fernando Hierro.

Ombú, mayo 13.

Mi querido Fernandito :

Esperando estoy, con mortal impaciencia, tu aviso ; y el aviso nunca llega : todos los nervios me bailan, la sangre me bulle, y en cada carta tuya mis ojos leen lo que no dicen : ha sonado la hora, tío, tiene usted que hacer esto y lo otro. ¡ No, ni para la patria, ni para el tío la hora ha sonado ! a veces me pregunto : ¿ acaso en el comité me juzgarán un maula, y no querrán darme vela en el entierro? ¿ y mi señor sobrino, qué hace que no les refiere de punta a cabo la hoja de servicios de Hierro Bermúdez, el de Ombú? ¿ que no les manda a pedir informes al general, a Ordenado mismo, quien no puede haber olvidado al que le recibió en su casa y agasajó allá por el setenta y tantos? esta idea de que me juzguen hombre inútil, de que desprecien mi concurso entusiasta, me llena de amargura. Así, Fernandito, yo no puedo vivir : como esos fusiles que se les deja arrimados largo tiempo, y comidos de orín, si se les quiere hacer andar, no juegan los resortes, enervados por la inacción, el día que llegue tu aviso tardío, Hierro Bermúdez no servirá para maldita la cosa.

Entretanto, sabe, y no achaques a indiscreción

el anuncio, que si no los ciento cincuenta hombres prometidos, tengo ya seguros sesenta y tres, los suficientes para tomar la comisaría; esto, a pesar de la vigilancia severísima de que soy víctima, y de la perpetua amenaza de prisión y cepo... pero, sigo sin armas y sin dinero. Los sesenta y tres patriotas me acompañan desinteresadamente, ellos van donde Hierro Bermúdez va, y no me han preguntado qué premio les espera, si la cárcel, la muerte o la victoria; ¿bastará su solo esfuerzo? lo dudo, Fernando, y la conciencia se me anubla de pensar que bien puedo llevarles al matadero, honrados padres de familia todos, para la mayor gloria de Aldúnez grandes y chicos. Por eso deseo hables claro, y me saques de esta situación embarazosa: ¿tengo o no un papel en la *patriada?* si lo tengo, vengan armas y dinero, y ya verán si un Hierro de mi temple es capaz de forjar los hechos más estupendos; si no lo tengo, manden por mí y en la fosa más honda del cementerio arrójenme de cabeza, qué ciudadano que a la nación no sirve, no tiene derecho de comer su pan.

Alrededor de mi casa hay más sabuesos que si se tratara de atrapar una liebre que, de miedo, no sale de su cueva; ni soy liebre, ni tengo miedo: esta vez estoy dispuesto a rechazar el ataque, si me atacan... Cierro la esquina a la oración y a nadie se abre, aunque alborote; de día nada temo, porque su cinismo no llegará a asaltar una casa a la luz del sol. En fin, hijo mío, aquí todo es zozobra e incertidumbre, y quien más sufre y se consume es tu tío, siempre a la espera de tu anuncio,

que será aurora de redención para mi noble e infortunada tierra argentina.

Tu afectísimo tío,

ROMÁN HIERRO BERMÚDEZ.

Del mismo al mismo.

Ombú, mayo 14.

Mi querido Fernandito :

En el camino debieron cruzarse tu carta y la mía de ayer. ¡ Qué buena noticia me das ! buena, óptima, a pesar de lo que insinúas del estado de tu salud. Eso no será nada, ¿verdad, señor doctor? y si el momento se acerca, según te lo comunicaron en el comité, y en breves días la gran revolución habrá estallado, la alegría de ver vengada a la patria, te pondrá sano de cuerpo y de alma. Quedamos en que yo no he de moverme : tranquilamente aguardaré tu telegrama, esa bendita palabra que tan bien disfraza nuestras aspiraciones : *Nequaquam;* esto significará que el plan revolucionario alcanza a la provincia entera, y debo prevenir mis sesenta y tres valientes para secundar el movimiento. Como también me anuncias que, junto con el telegrama, me enviarás dinero, ya me tienes contento, muy contento. ¿Quién encabezará la acción en la provincia? ¿Zeta? Zeta me gusta, ¿ves? es muy hombre, y si resulta Ordenado, te imaginarás el orgullo y alborozo con que me pondré a sus órdenes.

¿Se llama Verónico tu sirviente? ¡ ah ! Verísimo

¡nombre más endiablado! nunca doy con él: creo que ayer puse en el sobre: Vigésimo... ¿se habrá perdido la carta?

Adiós, hijo mío; no puedo sostener la pluma en la mano, de tal modo me tiembla, ¡qué emoción! ¡qué alegría tan grande!

Tu afectísimo tío,

ROMÁN HIERRO BERMÚDEZ.

De misia Perpetua Galán a Fernando Hierro.

Ombú, mayo 14.

Querido Fernandito:

Dice bien el refrán cuando dice que un loco hace ciento: tú le has vuelto el juicio al tío, o el tío te lo ha vuelto a ti, que esto no está bien averiguado, y entre los dos, atacados del delirio de la política, hacéis que pierda yo también la chaveta, yo, la mujer más pacata del mundo y más desilusionada. Aquí tienes a una eneísta de conveniencia, que muestra en su sala, como lo prometió, el retrato de Eneene rodeado de laureles, confeccionando a toda prisa una bandera argentina de tres metros y medio, para izarla en mi ventana el día del triunfo de Ordenado... mañana, según vuestros cálculos, tan próximo lo veis con vuestros ojos de partidarios cegatones.

Pues, esta madrugada (¡no eran las seis!) me golpeó la puerta Román, y como estaba ya vestida, por la rendija (que él no quiso pasar) me dijo tartamudeando:—¡Perpetua! ¡llegó, al fin, la gran nueva! Carta de Fernandito, recibida anoche...

que va a armarse, y de veras.—¿Y a mí qué?—le contesté—, en esto estáis hace siglos: ¡que va a armarse, y nunca se arma! lo que se arma es la trampa del gobierno, y todos quedáis en ella de patitas.—¡Te digo que sí, Perpetua: esta vez sí; no te doy más explicaciones, porque la discreción me lo veda... ansiaba comunicártelo: no he dormido! ¡Qué excitado estaba el pobre hombre! se marchó, y antes de almorzar fuí a la tienda, porque necesitaba de unas varas de percalina, y allí me encontré a Brígida cosiendo una bandera azul y blanca:—Tengo que coser seis, señora—me dijo, de orden del amo—; no sé qué va a hacerse con seis banderas. Y vino Román, y me repitió, con misterio:—¿No quieres creerlo? lo verás, lo verás.—Eso—le contesté—, verlo quiero, para creerlo. Mi incredulidad más le exaltó: y me dió tales datos y seguridades con entusiasmo y fuego tales, que allí mismo me convirtió y hube de rogarle me obsequiara con la tela necesaria para fabricar mi banderita... Por supuesto que yo creo tanto en el triunfo de los ordenistas, como en el profeta Mahoma; pero, un loco... etc.

He dejado la aguja para escribirte, porque tengo una noticia, que si no te interesa, tu curiosidad no desdeñará saberla; es ésta: el Arzobispo ha destituído al cura Piccolin, después de comprobados todos los cargos que la denuncia de los vecinos acumuló sobre su cabeza; vinieron dos sacerdotes muy respetables, interrogaron a acusado y acusadores, y por más que los Aldúnez quisieron tapar y sofocar el escándalo, las pruebas eran tan evidentes (se presentaron unas por su pie, otras en

mantillas) que fué el informe, y a vuelta de correo, llegó la remoción. Anteayer salió del pueblo el pobre don Benvenuto... No pocos le han sentido, porque si su ligereza de costumbres y su ningún recato hacían de él un mal sacerdote, era muy apegado a su parroquia y por la construcción de la iglesia ha combatido contra la incuria y la tacañería vecinales empeñosamente y sin descanso. Su sustituto ya dijo la primera misa esta mañana : es italiano también, muy bajito y flaco ; se llama el padre Peregrino ; pasa por santo, y lo parece.

Adiós, Fernandito ; vuelvo a mi costura, porque figúrate que suenan las bombas mensajeras del triunfo de Ordenado, y mi bandera está sin concluir....

Tu afectísima servidora,

PERPETUA GALÁN.

De la misma al mismo.

Ombú, mayo 16.

Querido Fernandito :

Una horrible desgracia tengo que comunicarte : en la tarde de ayer, la policía asaltó de nuevo la tienda del tío Román, y después de apalearle, de arrastrarle por los pies, herido, sangrando, se lo llevaron y metieron en el cepo colombiano. ¡ Ay, Dios mío ! allá le tienen todavía al pobrecito y le tendrán hasta que muera, según la amenaza del feroz Aldúnez Segundo ; ¡ he aquí el triunfo que nos aprestábamos a celebrar ! yo he llorado tanto,

lloro tanto, que ni sé lo que hago, ni lo que escribo. Los detalles del bárbaro atentado espantan: leía el tío detrás de su mostrador, cuando un gaucho entró en demanda de no sé qué... creo que pidiendo camisas de hilo, y como las cajas de las camisas están en los estantes altos, y el maldito chico andaba callejeando, tuvo que subir a la escalerilla; pues mientras daba la espalda y extendía el brazo, el gaucho aquel, y los milicianos de don Zoilo, en acecho, han saltado el mostrador y arrojados sobre Román, le echaron al suelo y entre todos (unos diez) le han puesto de palos, de puñetazos y de araños, que no sé cómo no sucumbió el infeliz; para impedirle toda defensa, le amarraron de pies y manos, y con una larga cuerda le llevaron arrastrando por la calle, por la plaza, hasta el juzgado... ¡Si no ha muerto a estas horas, es que es tan dura su vida, como su alma fuerte!

¿Qué te parece, Fernandito? ¿estamos en un país civilizado? ¿eran peores los tiempos de los Rozas, los Ibarras, los Oribes y compañía? ¿y tú, hijo mío? ¿qué será de ti, metido en esa desgraciada intentona? porque aquí corre que el movimiento ordenista ha fracasado, que han preso al general y van a fusilarlo, que en las calles de la capital se dan los últimos combates: lo dice un telegrama de La Plata... Con este motivo, las persecuciones oficiales vuelven con más furia: la comisaría está llena de ordenistas, las casas de los ordenistas son asaltadas en pleno día, y la consternación reina en todo el pueblo. ¡Haberos quedado tranquilos, y esto no sucediera! ¿quién anunció lo que pasa?

yo os lo anuncié, y no quisisteis creerme : para vosotros, las mujeres nunca sabemos lo que decimos.

No puedo más ; estoy traspasada de dolor.

Tu afectísima servidora,

PERPETUA GALÁN.

De la misma al mismo.

Ombú, mayo 19.

Querido Fernandito :

Anoche llegaron noticias de haber todo terminado ; vencida la revolución, desarmados los revolucionarios y el gobierno satisfecho del nuevo triunfo. Todos lloran en el pueblo, y sin embargo, los Aldúnez están de fiesta, y hay músicas, cohetes e iluminaciones. ¡ Y Dios, con ser Dios, ayudando a estos malvados ! ¡ en el fondo de un baúl he escondido mi bandera, para que no vea la luz de este sol de ignominia, que actualmente nos alumbra !

Román sigue en el cepo ; no le dan más alimento que una taza de caldo negro y asqueroso a mediodía... ¡ Con este sistema el pobrecito no tardará en sucumbir ! porque está además herido, y no permiten que le curen. No me he atrevido a ir personalmente a verle, porque dos señoras, que pretendieron acercarse a sus maridos, presos, fueron insultadas por los soldados con palabras y ademanes indecentes : sé estas cosas por los mozos de la tienda, que van muchas veces para traerme noticias de Román.

¿Qué será de ti, entretanto, Fernandito? ¿te hallas ileso, después de la catástrofe? ansío recibir

una letra tuya siquiera, que me tranquilice. No vengas, no, pero escribe; saber que vives y estás bueno... ¡no le pido más a Dios, aunque Dios no escucha siempre a los desgraciados!...

Tu afectísima servidora,

PERPETUA GALÁN.

De la misma al mismo.

Ombú, mayo 22.

Querido Fernandito:

Cuatro líneas para decirte que al tío le han puesto en libertad esta mañana a las ocho, ¡si vieras en qué estado! con tan grande hinchazón en brazos y piernas que no pudo cruzar la plaza solo y los mozos de la tienda le trajeron en silla de manos, y ahora, por saber noticias tuyas, quiso escribirte, y los dedos, agarrotados, dejaron caer la pluma. Su primera pregunta fué: ¿Y Fernandito? y su abatimiento aumentó cuando le contestamos que nada sabíamos de ti: se ha acurrucado en un sillón de su cuarto, y ni habla ni se queja; debe de saberlo todo, pero yo me cuido bien de soltar alusión alguna sobre los sucesos últimos... ¡ah! tiene una herida muy honda en la cabeza, hacia la nuca; quise mandar llamar al médico, al nuevo (tú no le conoces), ¡un eneistón más antipático! y él, sólo de oírme mentar su nombre, se puso furioso; le he lavado con árnica la herida y le apliqué unas hilas, y al venirme a casa ordené a Brígida matara una gallina y le diera un buen caldo. ¡Qué vida ésta, Fernandito! y como si no fuera bastante ja-

queca la que sufrimos, nos preocupa tu paradero incierto, tu silencio absoluto... en dos días más, si no escribes, irá uno de los mozos en busca tuya.

Y si Román empeorara, lo que Dios no permita, te pondré un telegrama en seguida.

Tu afectísima servidora,

PERPETUA GALÁN.

De Fernando Hierro a don Román Hierro Bermúdez.

Buenos Aires, mayo 25.

Mi querido tío :

Por las cartas de la señora Perpetua, nunca más digna de estimación y respeto, ella que comparte nuestros infortunios como no lo haría un pariente cariñoso, quedo enterado de todo, ¡ de todo ! y de esta manera seca, porque ni el estado de mi ánimo, ni las actuales dolorosas circunstancias, permiten palabreo inútil, expreso a usted cuán grande es mi pena por lo que ha ocurrido en ese pueblo infortunado, que ve, y no puede remediarlo, arrastrar por sus calles los infames sicarios del gobierno al patriota nobilísimo que se llama Hierro Bermúdez. No hago comentarios, querido tío mío, porque la indignación me sofoca : ¡ aun de lejos, le estrecho contra mi corazón, para que nuestros dolores se confundan !

Usted querrá saber de mí, y es natural... ¿pero sé yo mismo acaso, lo que he hecho en estos días terribles? ¡ días de fiebre y de agonía ! salí de casa devorado por la calentura, y me han traído sin sentido, no sé quién, alguna buena alma, sin duda ; y con el sentido extraviado, delirando, pasé

muchos días: ayer, cuando vi claro dentro de mi cerebro, la primera idea, que saltó como chispa, fué su recuerdo, ¿cómo estará el tío? ¡hay que escribirle inmediatamente! Lo intenté, pero en vano; y hoy, sin fuerzas, contrariando los preceptos del médico y a hurtadillas de mi leal Verísimo, con lápiz trazo estos renglones, comunicándole que estoy mejor y apenas pueda levantarme, volaré a su lado, a prestarle los cuidados de mi ciencia y de mi cariño.

Durante mi enfermedad, he recibido muestras de consideración, que nunca olvidaré, de mis compañeros de causa, de mis amigos... Las señoritas de García Luces mandaban dos veces al día por noticias mías. Esto consuela, ¿verdad, tío? y es el mejor lenitivo en la desgracia.

No puedo más: mi vista se nubla. ¿Sabe usted qué día es hoy, tío? ¡25 de mayo!... el cielo está obscuro; ¡se ha ocultado el sol, de pena y de vergüenza!

Hasta mañana. Que ésta le encuentre con mejor salud. En mi adjunta carta para misia Perpetua, la explico detalladamente el tratamiento que ha de aplicarle. No sea usted arisco, ¿eh? y déjese curar.

Su afectísimo sobrino,

FERNANDO HIERRO.

Del mismo al mismo.

Buenos Aires, mayo 27.

Mi querido tío:

Ayer, según lo prometí a usted, tomé la pluma para escribirle, pero me acometió un mareo tan

grande, con escalofríos y pérdida momentánea del sentido, que la carta se quedó sin fecha siquiera. Hoy me encuentro muy aliviado : con el permiso del médico, me he vestido y del brazo de Verísimo he dado algunos pasos en mi cuarto asoleadito ; la cabeza está más firme y el pulso también ; en cambio, el ánimo decae, a medida que el cuerpo revive... Porque cuando uno piensa que esta gran revolución se ha perdido, por simple ineptitud de sus organizadores, que no han sabido hacer uso de la poderosa palanca que el pueblo depositó en sus manos, valor, entusiasmo, generosidad, energía, abnegación, suficientes para derribar a cien gobiernos y regenerar la patria, ¡ y toda esta fuerza la han desperdiciado estérilmente ! ¡ Ah, tío, yo también he pasado mi calvario, como usted ! hablemos un poco de ello, pues a usted le debo la relación de estos hechos desgraciados.

Cuando vinieron a darme la hora del estallido revolucionario (un buen amigo mío, Faveragas, ¡ muerto gloriosamente en el Retiro !) estaba el complot descubierto y el general preso ; pero, ni Faveragas lo sabía, ni ninguno en el comité. Aunque atacado de bronquitis, salté de la cama, y salí : en la calle lo supe, notando un movimiento inusitado de tropas, que contrariaba el plan que me comunicara Faveragas : imagínese usted mi dolor al hallar confirmados mis temores por alguien que bien sabido lo tenía, por un comensal de Eneene, ¡ por Luces ! La cita era en Palermo, a las doce, y todo mi afán se reconcentró sobre la idea de llegar a Palermo, costare lo que costare... Quedó la ciudad sumida en tinieblas, y entre los grupos de

ciudadanos que acudían al lugar de reunión, sorprendido ya por las tropas del gobierno y retumbando con el eco de los tiros, marché yo decidido, pudiéndose decir entonces, al revés de lo que en aquel poemita mío se canta, que no era el cuerpo quien llevaba a cuestas el espíritu lloroso, sino el espíritu al cuerpo débil y enfermo. ¿Fué en la Recoleta? no sé, en una de las calles colindantes vi una botica, abierta por fortuna, y pedí quinina, y otra vez corrí, más aliviado con la compañía de aquel auxiliar de mi flaqueza física. Éramos muchos, y como entrábamos en el camino de Palermo, formamos batallón, y uno, no sé su nombre, asumió el mando y nos hizo ladear hacia el río, a fin de evitarnos cualquier encuentro enojoso; la obscuridad era tanta, que no sabíamos por dónde andábamos: el frío insensibilizaba nuestros pies... todos callábamos, mientras el oído recogía el pavoroso rumor del tiroteo. Y de repente, cerca de la ribera, sentimos, no percibimos, numeroso grupo e inmediatamente hicimos alto:—¿Quién vive? —¡Ordenado y la patria! Las armas bajas, los brazos prontos para estrechar a los nuevos hermanos, acercámonos... ¡y una descarga traidora nos sorprende, nos diezma, y, desbandados huímos! ¡Qué horrible noche! ¿cómo llegamos a Palermo? ¿por qué vueltas y revueltas en el parque, conseguimos incorporarnos a las filas ordenistas? ¡no sé! yo era una máquina, que impulsada por el vapor, corre sobre los rieles: la fuerza de mi aliento sólo me sostenía, y sin darme cuenta, en uno de los ángulos de la cueva de Rozas me he visto, con una rodilla en tierra, el fusil apuntando y moviendo, mecáni-

camente, el gatillo: ¡fuego! Tenía a mi lado un niño, rubio como un querubín, vestido con el simpático uniforme de cadete, el kepis ladeado con gracia, y entre risas, manejando su remington con frescura admirable, me contaba la sorpresa de los regimientos comprometidos al ver las fuerzas del Presidente venírseles encima en son de guerra: —Aquí estamos hace dos horas resistiendo el ataque, y no llevamos la peor parte; si logramos rechazarlas, y al entrar a la ciudad, la artillería nos secunda, el triunfo es nuestro. Díjele lo que en la ciudad había visto, y mi sospecha de que parte de la artillería estaba acampada en la Recoleta, y echó un terno enérgico, que en tales momentos no sentaba mal en su boca infantil:—¡Pues si la artillería se pone en contra nuestra, nos fastidia, compañero! no oye usted ese cañoneo, ¿qué será? La noche avanzaba y nosotros también: los contrarios, arrollados, se replegaban desordenadamente hacia la ciudad, y nosotros cargábamos con más furia; yo no sentía ya la fiebre, el triunfo que vislumbraba era la mejor quinina, y cada tiro de mi remington acompañábalo de una dedicatoria: ¡por el tío Román! ¡éste por mí! A cada instante llegaban nuevos refuerzos de ciudadanos armados, y sus noticias aumentaban nuestro entusiasmo: el Presidente y sus ministros se habían atrincherado en la Casa Rosada, y allí esperaban, temblando, el resultado de la lucha... ¡ah, pronto sabrían lo que cuesta oprimir al pueblo y provocar su cólera! Muchas vidas iban perdidas y clareaba el día, cuando, empujando al ejército derrotado del gobierno, llegamos al Retiro; en la Recoleta, el ba-

tallón de artilleros, en lugar de hacer fuego contra nosotros, fraternizó con la causa popular, fiel a su juramento (que acababa de defender a cañonazos), formó nuestra vanguardia, y juntos todos, ebrios de entusiasmo, guiados por el ángel de la victoria, entramos en la ciudad desierta... ¡Ay, tío, qué momento aquél! ¿por qué una bala amiga y bienhechora, no apagó el soplo vital que me alentaba? ¡no vieran mis ojos lo que más tarde vieron!

Estoy muy fatigado; si tales detalles no le aburren a usted, seguiré mañana. Me lo figuro arrinconado en su cuartito, leyendo mi carta con interés; ¡hasta mañana!

Su afectísimo sobrino,

FERNANDO HIERRO.

Del mismo al mismo.

Buenos Aires, mayo 28.

Mi querido tío:

Muy mala noche la última: el médico dice que del mucho escribir y cavilar, ¡vaya usted a atar corto al pensamiento! y deje al tío con la pregunta en la boca:—¿Y después?... después... ¿dónde estábamos ayer? ¡ah, en el Retiro! Mi lucha con los fantasmas que anoche me desvelaron se renueva al estampar este nombre: ¡panteón del valor y del patriotismo argentino! veo a Zeta, el héroe, atusando su perilla con los dedos nerviosos, mientras los otros, los civiles, deliberaban si se debía llevar el ataque a la Casa Rosada o abrir negociaciones para la rendición, y le veo moribundo en

la tarde del 17, volver de la plaza en brazos de sus soldados, víctima de aquella pausa fatal que él rechazó... Usted creerá, tío, que, llegados al Retiro, proseguimos nuestra marcha triunfal, ¿quién defendía la Casa Rosada? los batallones derrotados, parte de la artillería, que no había de disparar un solo tiro contra sus compañeros de armas... era un paseo, ¿verdad? y la toma de la Casa Rosada un juego de niños: pues, aquellos señores y muchos jefes fueron de parecer que allí nos detuviéramos, porque «los fusiles ya habían hablado y tocaba el turno a la razón», siendo, además, caso de conciencia, aumentar la efusión de sangre, sensiblería que provocó la fogosa protesta del coronel: —En gota más o menos, nò reparen ustedes; ¡aquí está toda la de mis venas! Se despacharon embajadores al gobierno, y el gobierno, naturalmente, dió evasivas, pidió tiempo, otorgó promesas, y entretanto, nosotros esperábamos con los brazos cruzados, ¡y el tren de La Plata desembarcaba tropas de refresco, y ya fuerte, rehecho, atribuyendo a flaqueza nuestra actitud, rompía aquél las negociaciones, nos envolvía en un círculo de bayonetas, nos ponía sitio a nosotros, los vencedores! ¡Ah, quiso evitarse que corriera más sangre y se la hizo correr a torrentes! ¡qué tres días, tío: del 16 al 18! encerrados en la plaza, casi todos los edificios vecinos en poder de los sitiadores, cada salida que intentábamos, nos costaba muchas vidas: así murió Faveragas, mi desgraciado amigo. En la anterior revolución perdió un brazo, y lejos de quebrarse su entereza, decíame:—¡Aún debo este otro a la patria! ¡La deuda que tan noblemente se atri-

buía, la pagó con creces, entregando también su gran corazón! murió el 16, junto a mí; deja una esposa joven y dos gemelos de pocos meses... ¡No muriera yo en tu lugar, pobre amigo mío!

Las municiones disminuían, los víveres escaseaban, y desesperados, peleábamos con rabia; yo no quería vivir y de continuo me ofrecía a la muerte, y ella me hacía ascos y pasaba sin tocarme. Cuando mi debilidad física me impedía cargar el fusil, me acordaba que era médico, y en las salas del cuartel curaba a los heridos... ¡No he comido ni dormido en los tres días! ¡un mendrugo de pan seco, y al hospital o a la brecha! El 17, por la mañana, se habló ya de rendirse, y Zeta, haciendo ademán de romper su espada, dijo que antes moriría, que entregarla: ¡y lo cumplió! al caer la tarde, le trajeron con el pulmón atravesado; no murió sino al día siguiente, cuando la intimación del desarme era acatada entre los sollozos de todos: se abrazó a su espada y con estas palabras: —¡No la rindo; me la llevo! expiró. Fuera de combate nuestro jefe, abatidos, hambrientos, inútiles las armas porque faltaban municiones, se levantó bandera de parlamento, y todo el día 18 se pasó en nuevas conferencias, ¿qué podíamos exigir nosotros del Presidente, el odiado enemigo a quien tuviéramos tres días antes a nuestra merced? ¡nada! ¡y sin embargo, nos ofreció, en cambio del desarme inmediato, su mediación en favor de la renuncia de Eneene! ¿entiende usted esto, tío? ¡yo tampoco! la política es una madeja tan enredada... ¿temería, acaso, las consecuencias del levantamiento de Corrientes y Mendoza? ¿o quiso

echárselas de magnánimo, dando satisfacción, no a la vindicta pública, sino a su soberano capricho? A las seis de la tarde, término del armisticio, llegaron los parlamentarios con las bases del arreglo: sumisión al Gobierno Nacional, entrega de las armas, renuncia del doctor Eneene de su candidatura presidencial... ¡acogidas con hondo silencio! ¡burla más inicua! ¡se hacía cuestión de nombres, cuando la lucha era contra el sistema de sucesión! ¡ah, tío, no puedo yo recordar, sin lágrimas, aquella escena: tanto valiente, uno a uno, entregando su fusil en manos de los sayones del oficialismo! hubo quien besóle antes, llorando, y quien con rabia lo arrojó al suelo, otros se negaban a dejárselo arrancar... Yo, extenuado, devorado por la fiebre y la desesperación, no pude resistir el paso ignominioso, y caí, sin soltar el arma, desmayado... ¡ojalá muerto, como Zeta!

¡Estos recuerdos tristísimos me hieren tanto, que lloro como un niño y como un hombre, la noble causa perdida, las vidas inútilmente sacrificadas, por las viudas y los huérfanos que quedan, mientras la negra política que en la Casa Rosada se alberga, con risa mefistofélica se burla de nosotros, los vencidos, los tontos, los ilusos, los pulcros, los castos, los decentísimos, que pretendemos, y para conseguirlo nos dejamos cortar la mano derecha y la cabeza, que hembra tan impura y sin recato, arremangándose las faldas, no salte por los cercos de la vía constitucional! ¡Ya no será Eneene Presidente! la sangre de millares de argentinos ha borrado su nombre del cartel: ¡podemos dormir tranquilos y satisfechos! ¡satisfechos del

éxito! ¿quién será? aquel que señale el Presidente... ¡Sombras del Retiro y de Palermo, os habéis lucido! ¡repito que os habéis lucido!

Mis lágrimas mojan el papel; no puedo seguir escribiendo. Reciba, querido tío, un apretado abrazo de su sobrino,

FERNANDO HIERRO.

Del mismo al mismo.

Buenos Aires, mayo 30.

Mi querido tío:

Díceme misia Perpetua que mis cartas últimas han impresionado a usted vivamente, a pesar de los muchos detalles que del sombrío drama por sus diarios conocía, y lo sucinto de mi relato; díceme también, que no revuelva a usted la bilis trayéndole a la memoria hechos pasados... ¡Nunca mi respetable *tía* (la llamo así ahora sin una gota de ironía) anduvo más desacertada! ¿necesita usted, acaso, escuchar la voz plañidera de un vencido para conmoverse, agitarse, indignarse, cuando sus miembros hinchados, todo su magullado cuerpo, con la huella visible de sus feroces verdugos de Ombú, le hablan más claramente que lo que yo pueda hacerlo? ¡El olvido, para almas como la suya, no es el mejor remedio, ni el mejor médico el tiempo! Déjennos, pues, desahogarnos y llorar juntos la muerte de nuestros ideales políticos.

Siempre que he oído decir de una novela: ¡es inverosímil! me he reído grandemente, ¿hay nada más inverosímil que la vida? ¿crea la imaginación

tipos más monstruosos que la Naturaleza? ¿dispone escenas como la realidad misma? en mi poema *Némesis*, embrionario aún, pintaré, con toques amplios y vigorosos, el cuadro de la revolución, y no faltará quien, escandalizado, proteste: ¡exagera, inventa, miente! porque para aquel que no tiene costumbre de mirarse al espejo, sorprende y disgusta la vista de pecas y verrugas en rostro cuya piel fingía el amor propio de terciopelo... ¡Ah, tío, el arma invencible es la pluma! ante su ataque no hay fortaleza que resista; ¡callen fusiles y cañones, y en medio del corazón, cual flecha envenenada, clavémosles nuestra pujante pluma, a ellos, los vencedores, que el humo de la metralla se desvanece, pero lo escrito, escrito queda!

Ya la república está pacificada, completamente pacificada; así lo cantan, muy huecos, los diarios del gobierno: después del supremo esfuerzo realizado, la nación ha caído otra vez a los pies del déspota. Y no lo dicen, aunque tampoco hace falta, pues por sabido se calla, que de nuevo los mercachifles de la política tienden sus manos hacia el sumo árbitro, impetrando la designación del candidato suplente de Eneene; amigos míos, que alegran mis tristes veladas, me cuentan cosas curiosísimas: el cuarto de una fonda de la calle 25 de Mayo, donde se aloja Salgado, aquel famoso gobernador de Córdoba, es demasiado estrecho para los aduladores que le tienen por candidato *in partibus*, con fundamento según los más, dados ciertos movimientos significativos de la veleta presidencial, ¡mientras el templo de la calle Esmeralda se cierra por falta de fieles! ¿y sabe usted quiénes

son los que se inclinan reverentes ante la olímpica joroba? pues los cortesanos del ángel caído, de don Adrián: el doctor Trujillo, el primero, aquel que aderezó las elecciones de Ombú para servirlas a Eneene, y como los cocineros con los desperdicios hacen las croquetas, con los restos de su dignidad prepara nuevo plato y ahora ofrécelo a Salgado; don Navigio Soto, uña y carne ayer, hoy enemigo descubierto del otro, declarando en telegrama público al nuevo, desde su asiento usurpado de gobernador:—«Felicito al patricio eminente mi antecesor (no dice por qué) y le auguro grandes triunfos en la era de regeneración que se abre para la querida patria, después de la pasada tormenta.» ¡Ríase usted, tío, de estos cómicos de la legua! esa palabra *regeneración* en tales bocas sería una blasfemia, sin la envoltura del ridículo... y tengamos lástima de estos lacayos de casa grande, obligados a cambiar de librea, y sobre el monograma de Eneene plantar la contramarca de Salgado.

¿Quién es Salgado?... cargue usted sobre los hombros de Eneene una joroba, tuérzale más las piernas, arrugue su máscara, blanquee sus cabellos, y tendrá a don Adrián transfomado en don Olimpo: por fuera son distintos, por dentro son idénticos. Yo creo que los que a la fonda de la calle 25 de Mayo acuden, siguen la verdadera pista: a Salgado no pueden rechazar los ordenistas, que le han vitoreado por su negativa a entrar en la liga de gobernadores, y el Presidente, siempre dentro de su papel de magnánimo, ha de buscar en la camada el lobo que más confianza inspire, bajo su piel de perro, al asustado rebaño. ¡Viva Salgado! ya que el amo así lo ordena.

Pero la nota más alta en este vulgar sainete, ha sido la salida misteriosa de don Adrián y su familia para Catamarca; quien le vió en la estación y me refirió el suceso, pasmado estaba de la manera cómo en estas repúblicas se hacen y deshacen las reputaciones: una palmada, ¡arriba! un puntapié, ¡abajo! como títeres movidos por cuerda invisible... ¿En qué quedaron todos los atributos y perfecciones del ilustre doctor Eneene, admirados y ensalzados en rimbombantes ditirambos? como aquellas viejas magas que, con un golpecito, de una nuez hacían una carroza, y con otro golpe, la carroza en nuez la transformaban de nuevo, con una sola frase *Rodear a Adrián*, el Presidente de un hombre vulgarísimo había hecho un candidato, y el candidato, con un simple *Sacrificar a Adrián*, convirtió otra vez en hombre vulgarísimo... ¿Quién lo vaticinara días antes? llegó solo con la mujer y la hija, escoltado por el escuadrón mal oliente de faquines; nadie en los corredores para despedirle y depositar en aquella mano, que perdiera toda su virtud, el ósculo de sumisión acostumbrado: ningún pavo de la guardia para presentar respetuosa venia a la alteza destituída... ¿quién lo soñara? como Boabdil, despidiéndose con un suspiro de Granada, y recibiendo humildemente el ultraje de la iracunda sultana, sobre el Palacio de Gobierno echó los ojos don Adrián, y debió suspirar, y para suspirar y mirar, debió detenerse, porque un pellizco de la presidenta caída le obligó a andar, acompañado de esta rociada de vinagre:—¡Muévete! ¿quieres perder el tren, como has perdido... otras cosas? Y bajando la cabeza, el Boabdil cata-

marqueño entró en el coche. ¡Que los aires de su tierra le consuelen de los pellizcos de su mujer y de los porrazos de la política!

Desgraciadamente, a nosotros, querido tío, nada puede consolarnos: ayer pusieron en libertad al general, y en su casa, al grupo de amigos fieles, dijo con tristeza, que «ya nada le movería de su retiro, si no es la muerte» y añadió:—«La política argentina pasa por crudísimo invierno, que todo lo agosta o paraliza: ¡esperemos la risueña primavera, que vendrá, vendrá! ¿habéis visto vosotros un año sin primavera?» ¡Esperemos con fe, él lo ha dicho! y busquemos dudoso consuelo en nuestro retiro, durmiendo, cristalizados, el sueño invernal... Entretanto, permítame usted decirle que es tiempo ya de abandonar para siempre ese pueblo ingrato, ¿qué raíces tan hondas le sujetan? ¿sus recuerdos de familia? tristes son, y como tristes, donde vaya usted han de seguirle; ¿el afecto de sus convecinos? de nada le sirve, cuando permite sin protesta, que la garra oficial le hiera inicuamente; ¿su tienda? más gastos da que beneficios. ¡Usted se vendrá conmigo, tío, está dicho! tengo un cuartito para usted, con luz, aire, independencia y buena llave, para que nadie entre a fisgonear sus grandes secretos; no se me resista usted, o me enfadaré de veras: yo quiero arrancarle de la odiosa vecindad de los Aldúnez; para la misantropía, el cambio de aires es excelente remedio. En los primeros días de junio, voy por usted y me le traigo: ¿convenido?

Su afectísimo sobrino,

FERNANDO HIERRO.

De misia Perpetua Galán a Fernando Hierro.

Ombú, junio 2.

Querido Fernandito :

No esperes catequizar al tío con tus amables proyectos de viaje, porque ni tú, ni el Espíritu Santo, le sacarán de su tienda : me pide que así te lo diga, lamentando no poder escribir todavía para darte una por una todas las razones que en «este pueblo ingrato» le mantienen y le mantendrán hasta el día de su muerte, que «ojalá sea mañana», como lo repite a sus amigos, y al padre Peregrino, el mejor de ellos, escandalizaba hace poco. Bajo reserva te comunicaré, Fernandito, que su estado no es satisfactorio ; la hinchazón ha desaparecido, la herida cicatriza rápidamente, pero su abatimiento se presenta con formas alarmantes : duerme mucho, y cuando no duerme, está sumido en tal sopor, que ni habla, ni escucha, ni abre los ojos ; el despertar de su inteligencia es corto y se revela por una frase amarga o airada... Brígida le vela de noche, y yo de día, y día y noche le velara yo, sin las pícaras conveniencias sociales y la mala lengua de las gentes, aunque ya vieja y archivada por inútil, como mujer y como maestra. Ojalá vengas pronto y le cures, no el cuerpo, sino el espíritu... El padre Peregrino será un auxiliar excelente.

Y va de desgracias : ¡ ayer ha ocurrido una espantosa ! ¿te acuerdas que, vez pasada, te escribí de Santos Frutos, que se había dado a la bebida? la infeliz ña Pascuala, ni por el rigor ni por el cariño, pudo quitarle el horrible vicio, ¡ lástima

de muchacho! veneraba a la madre, y sin embargo, poseído del alcohol, llegó a maltratarla, y amenazarla de quemarla viva dentro del rancho; ella me decía: —¿Ha visto usted, señora Perpetua? ¡un muchacho que era un cordero, perdido en tan poco tiempo! noche a noche entra como una cuba y me pone encima las manos, hablando incoherencias, disparates que yo no entiendo ni él recuerda cuando vuelve a la razón. Estas cosas todos las sabían, pero nadie hacía caso de las amenazas de un borracho... Pues, hijo, las ha cumplido, es decir, no atentó a la vida de la madre, pero sí contra la propia, ahorcándose, ¿dónde te figuras? ¡en La Jovita, en la misma ventana de Elena García Luces! ¿comprendes tú algo de esto? ¡capricho más singular de demente! entró en el parque, sin que el jardinero, ni el mayordomo, ni peón alguno le viera, en el marco de la dicha ventana clavó un gancho y del gancho ató una cuerda... El jardinero le encontró al pie del muro, con un trozo de la cuerda liado al pescuezo: el otro colgaba en la ventana, señal evidente que, durante la agonía, debió de romperse el lazo, demasiado débil para sostener cuerpo tan robusto. ¡Figúrate el dolor de la pobre madre, cuando le llevaron inanimado aquel Santos, que era toda su alegría! Apenas me enteré del triste suceso, pedí ensillaran tu rosillo, y con el italianito de la tienda, de escudero, fuíme al rancho de ña Pascuala. ¡Ay, Fernando! nosotras las mujeres venimos al mundo para llorar, las propias penas y las extrañas; creía yo estuviera seco el pozo de mis lágrimas, después del último varapalo de la suerte, y nada más que de contemplar aquel

cuadro, me puse tan mala, cual si fuera yo la dolorida; ¡qué mantecosos nos hace la desgracia, a fuerza de sobarnos y estrujarnos!... Aunque te burles, me apresuro a ofrecerte un pedacito de la soga del ahorcado, que ña Pascuala me dió llorando: guardo otro para mí y otro para Román; sí, ríete: ¡vosotros no creéis en los amuletos ni en la fatalidad, pero alguno debió de protegerte, cuando ni un rasguño sacaste en la revolución! mira cómo, involuntariamente, por supuesto, se me viene un nombre a la memoria... Bromas antiguas, que te pusieron una vez muy furioso; pero, chitón, que ni estoy yo para darlas, ni tú para recibirlas.

Cuando vengas, has de traerme un retrato de ese señor Salgado, que ahora dicen será nuestro presidente; como el de Eneene ya no sirve, le he arrancado de su marco de laureles y puesto debajo del sofá... Quiero tenerle a la mano, porque de aquí a octubre del año próximo puede ocurrir nuevo cambio de candidato, y volver S. E. a sus antiguos amores, y en vez de Salgado, surgir de nuevo Eneene, aunque parezca imposible. Entretanto, dentro del marco de Eneene voy a poner a Salgado... Me viene ahora una excelente idea, recogida en una de tus cartas a Román: no, no me traigas retrato; aprovechando mis rudimentos de dibujo, le planto una joroba al de mi sala, le pinto arrugas, y con mi hermosa letra gótica escribo debajo: *Excmo. señor don Olimpo Salgado.* ¡Ni en la casa municipal van a tenerlo mejor!

Con mis afectos de costumbre, soy tu segura servidora,

PERPETUA GALÁN.

De la misma al mismo.

Ombú, junio 5.

Querido Fernandito:

¡Mentira parece que haya hombres tan duros de pelar que, cada golpe, en vez de amilanarles, más les ensoberbece y ciega! pues, ¿no acaba de decirnos Román, al padre Peregrino y a mí, que no se marcha a la capital contigo, porque a cada uno de los cuatro Aldúnez tiene que cobrar una cuenta muy larga, y mientras uno solo de ellos aliente en el partido, no se moverá él, ni le moverán a cañonazos?...—Ahora, la lucha no es de principios; ¡las armas son impotentes para defenderlos! es de hombre a hombre, personal: con el facón en la mano, ya que la ley no me ampara, ajustaré las cuentas de sus atropellos, ¡y o les parto yo el alma, o acaban ellos de destrozar la mía! Esto fué en respuesta a nuestras exhortaciones, para decidirle a salir de Ombú. ¿Qué te parece? ¡tú creerás que se encuentra mejor con tales bríos! pues está peor, tanto que nos tiene alarmadísimos: a aquel enervamiento y languidez han reemplazado unos arrechuchos de loco furioso: gracias que no intenta salir a la calle, quizá porque se siente muy debilitado, pero si sale, ¿quién le detiene? ¿y quién impide que se cuele en la comisaría y al Aldúnez que pille se ensarte con él en terrible lucha? Advierte que yo, por lo que a mí toca, no le he dicho jota esta vez, de miedo que se me disparase; y tú sabes que no necesito rebuscar mucho las razones,

para anonadarle por su terquedad ridícula, por vuestra terquedad ridícula, pues tú eres digno sobrino de tu tío. ¡Ahí están don Pedro Brama, y Prieto, y el boticario y tantos otros muy tranquilos! ¿por qué? porque escaldados, huyeron del agua fría y fueron prudentes y no se metieron en más trapisondas políticas; ¿acaso con todo vuestro patriotismo y toda vuestra energía, vais a cambiar de la noche a la mañana, las viejas mañas políticas de los mercaderes sin conciencia que nos gobiernan? no, Fernandito; es pueril pretensión la vuestra, conseguir de una vez lo que sólo con una oposición por años firmemente sostenida se conseguirá; aunque me llames vieja entrometida y doctora, déjame estampar estas verdades... Que la estadía de Román aquí no puede prolongarse, es algo que cualquiera, con dos dedos de frente, no discute ya: él sin vengar, por su mano, tanto agravio, no se queda, y ellos, no son mancos: ¡la lucha es personal y de odios! ¡sabe Dios lo que veremos, si tú no vienes, le convences, y te le llevas! siquiera por algunos meses: los Aldúnez han de marcharse, porque el gobierno no puede dejar sin premio sus buenos servicios: dicen, y no lo dudo, que a don Claro van a *nombrarle* senador provincial y diputado a don Martiniano, y al heroico don Zoilo le ascenderán nada más y nada menos, que ¡a jefe de policía de La Plata! Pues ya tienes al partido limpio, en breve, de tanta sabandija, y en paz a los vecinos honrados, ¿qué más puede desearse, si la estación no es para pedir uvas maduras?

Hasta luego, hijo mío; no tardes. Tu afectísima servidora,

PERPETUA GALÁN.

Telegrama.

Señor doctor don Fernando Hierro.

Calle Belgrano.—Buenos Aires.

Tío Román gravísimo. Ven inmediatamente.

PERPETUA GALÁN.

X

Cuando el tren llegó a la estación, era muy de madrugada aún, las cinco y minutos : una capa de niebla espesísima envolvía el mezquino edificio, el jardinillo menesteroso, la diligencia con sus caballos cabizbajos y ateridos, y en el andén, como sombras chinescas, algunos hombres se movían ; Fernando abrió la ventanilla, asomó la cabeza... El silbato estridente y el resoplar de la locomotora despertaron al chico de la tienda, que, arrebujado en el poncho, luchando con la modorra y el frío, en un banco, debajo del reverbero, esperaba al sobrinito de su amo, y al convoy se precipitó, bostezando y tiritando :

—Buenos días, señor.

—¡ Ah ! eres tú... te buscaba y no te veía, ¿cómo sigue el tío?

El muchacho contestó con un fruncimiento de boca, que significaba :

—Así, así... lo mismo... ni mejor ni peor.

—Pero, ¿qué tiene? debes de saberlo.

Otra mueca, distinta de la anterior, indicó que no lo sabía, y con un hambriento bostezo y un chorro de vapor, que parecía la espiración de un fumador de pipa, tradujo así sus gestos :

—Sigue lo mismo, señor don Fernandito... Estaba el patrón mismamente como usted y como yo, cuando ayer, después de mediodía, almorzado y con su mate de postre, ¡ zas ! se nos cae de espaldas, detrás del mostrador...

—¡ Una apoplejía !—exclamó el joven médico—, era de esperarse.

—¡ Viera usted qué susto, don Fernandito ! gritamos, corrimos y la Brígida acudió maldiciendo, porque creyó que otra vez asaltaban la tienda y asesinaban al amo... Paco, el de la pulpería, dijo : —Voy por el médico. Y la Brígida se opuso, pues el tal médico es un feo eneistón, que bien podía acabarnos de matar al enfermo, y no sanarle ; entonces, en cuatro zancadas fuíme a casa de la señora Perpetua, y le conté el suceso, y se asustó mucho y me regañó por no haber llamado al médico : ¡ Es lo primero que debiste hacer, papanatas ! Y juntos, le buscamos y le llevamos... El amo estaba en su cama, que entre Brígida y Paco le acostaron, y si no figuraba un muerto, era porque suspiraba con mucho ruido, ¡ más sangre le sacó aquel maldito ! le pinchó en el brazo con una lanceta, y salía así como una cinta muy colorada ; tenía espuma en la boca y parte de la lengua fuera, caída a un lado, el derecho, el mismo que dijo el médico no tener vida, ¿cómo puede ser esto, don Fernandito? la mitad del cuerpo muerto, y la otra mitad viva : levanta usted aquel brazo derecho, y se cae, como plomo...

—¡ Con hemiplejia !—añadió Fernando formulando entre dientes su diagnóstico— ; mira, hijo, tomas mis maletas y a la diligencia, que el tren va a salir.

Por la misma ventanilla, sobre los hombros del chico cargó su ligero bagaje ; y salió del coche y saltó sobre el andén, a tiempo que la locomotora, rugiendo como bestia brava, que a desgana y por

rigor, ejecuta su faena, se ponía en marcha, perezosamente. El joven se embozó en su bufanda y siguió al muchacho.

—¡Salud, señor don Fernandito!—dijo el conductor, que paseaba delante de su vehículo, pisando fuerte el suelo escarchado a fin de calentar sus pies—, ¡vaya una mañanita! vendrá usted, por supuesto, con las ocho horas de viaje y este frío y el gran disgusto...

Se encaramó al pescante, envolviéndose las piernas en una manta de piel de carnero y al italianito pidió las maletas y díjole se sentara a su lado; ya Fernando habíase instalado en el interior de la diligencia, poco confortable, y por el cristal delantero, respondía:

—Aquí estamos de nuevo, amigo: un turbión nos lleva, otro nos trae, y así hasta que el Cielo disponga.

No andaba el coche, porque había que esperar entregara el jefe de estación la bolsa de la correspondencia, y entretanto, el joven, en su rincón, se impacientaba, rezongaba el conductor, y el chico, con el látigo, entreteníase en acariciar el lomo humeante de los melancólicos rocines.

Entre la niebla, los álamos, parados en hilera, flacos y enhiestos, sin ruido balanceaban sus copas elevadas, y los sauces y *paraísos* también mansamente se movían, cual si guardar quisieran el sueño de sus alegres inquilinos; gota a gota vertía el canalón el agua del tejado, y ramas y hojas, la vieja empalizada, las cintas de acero de la vía, y los objetos todos abrillantaba la neblina. ¡Con qué ceño adusto le recibía Ombú! así, tan descontento

y taciturno mostrábase Fernando, sacudido rudamente por los turbiones de que hablara al conductor : pensaba en su noble tío, perdido para siempre, si muerto, por muerto, y si vivo, por inválido, condenado a arrastrar aquel brazo y aquella pierna, ya inútiles para toda empresa generosa y patriótica... Pensaba también... ¡ Aquí un rayo de sol doraba y coloreaba las brumas de su espíritu ! Cuando llegó el alarmante telegrama, la víspera, con el dolor de la nueva, ocurriéronsele dos ideas decisivas : partir inmediatamente, y despedirse de la señorita de García Luces, y estas dos ideas no necesitaron de muchos requilorios para ser admitidas y practicadas.

—En casos como éste—se dijo—, no hay más que enfilar por la senda del deber, con los ojos cerrados : yo tenía dispuesto ir a Ombú, pero no antes de encontrar quien se encargara de mi consultorio, aun por pocos días ; si el compañero aquel no se presta, quedará abandonado... o que lo atienda Verísimo, el médico de las recetas caseras. Pero, ¿puedo yo salir de la capital sin despedirme de ella, y por escrito o verbalmente, agradecerla sus bondades?

Su amor, escandalizado, contestóle a voces que no, y puesto que se marchaba por tiempo incierto, debía ir en persona a la casa del Retiro... ¡ Y aunque no se marchara ! visita era ineludible, después de su enfermedad y de los últimos acontecimientos. Escribió al dicho compañero y fué al Retiro ; hacía su primera salida : estaba tan demacrado que el Cristobalón se asustó de verle.

—¡ Bienvenido, señor doctor ! ¡ cómo le ha mon-

dado los huesos la pícara fiebre! las niñas van a alegrarse de su visita... están para salir.

—Entonces me voy; dígales usted...

—No, señor doctor: si es que hoy es el santo de la señora Florinda y comen allí: por eso...

No quería molestarlas Fernando, decidido a dejar un recado y su tarjeta, pero el portero porfiaba que nones y empujábale casi para que subiera. Y en esto, vieron que bajaban las niñas y mistress Cowan...

—Dispense usted, señor doctor, si le he hecho esperar—dijo el jefe de estación quitándose la gorra galoneada.

—Sí, amigo mío, no faltaba más—contestó Fernando bruscamente despertado.

Saludóle con una sonrisa, y él, restregándose las manos violadas, después de depositar en las del conductor el saco de cartas, y de cubrir de nuevo su cabeza, refunfuñaba:

—¡Qué frío! ¡pero qué frío, doctor!

Chasqueó el látigo, y con violenta sacudida y gruñir de los ejes, por la cuesta abajo rodó la diligencia... La imaginación de Fernando, en un revuelo, tornó a la casa del Retiro y se detuvo al pie de la escalera, anudando, en el punto mismo donde aquel mastuerzo del jefe lo cortara, el hilo de sus recuerdos; pues, señor, que bajaron las niñas y el aya, y reconociéndole, otra vez subir querían.

—Si es muy temprano aún—decía Jovita—, vamos a ver, ¿qué hora es?

—Las seis menos cuarto.

—Bien, aunque fueran las siete...

—Venga usted, doctor—intervino Elena—, y le

mostraremos todos los destrozos de la revolución: la de muebles rotos, de cortinas perdidas, de alfombras, de espejos... ¡figúrese usted que han habido más de doscientos hombres dentro!

—¡Oh, la revolución!—exclamó la mistress aterrada.

Y Fernando, encastillado en su negativa de pasar adelante, suspiraba, y con aquellos ojos suyos tan parleros, a Jovita contaba sus penas, su dolor por la causa perdida...

—¡Ha visto usted! ¡ha visto usted!—repetía Jovita con pesadumbre.

Pero cuando el joven anunció su inmediata partida para Ombú, donde el tío Román estaba gravemente enfermo, las dos Luces y la inglesa exclamaron condolidas:

—¿De veras, doctor? el señor Hierro Bermúdez...—la mayor con ansiedad profunda, añadiendo:—¡Ombú! ¡qué mala sombra tiene! ¿sabe usted de la muerte del hijo de ña Pascuala? ¡ahorcado en el parque de la *estancia!*... ¿y está tan malo el señor don Román? ¿será muy larga su ausencia? ¡mucho frío para usted, doctor, que no parece completamente restablecido!

Sin pensarlo, la inflexión de su voz era cariñosa, y Fernando sentíase contrariado de no poder, por las circunstancias y el sitio, decir cuanto decir quería...

—¡No sé cuándo volveré! pero, ustedes, ¿no irán este verano a La Jovita?

—Iremos, sí—contestó Elena—, con los tíos, ¿verdad? los médicos mandan al campo a Justito...

Habían salido a la calle y en la acera cambiaban el último apretón de manos : Fernando no se explicaba cómo tuvo la audacia y halló la ocasión de expresar, muy quedo, tartamudeando, tembloroso, su gratitud hacia aquella amiga compasiva que una noche fatal le diera por escudo la medalla de la Virgen.

—No es ella la que me ha salvado, es usted, Jovita, ¡usted! ¡guardo su recuerdo sobre mi corazón, y jamás nadie, nadie podrá arrancármelo!

¿Dijo algo más? es posible, tan acalorado y ciego se puso, pero él no lo sabía : veía, sí, los ojos de la joven entornarse púdicamente y tenue ruborcillo colorear su rostro... ¿Después? punto final. Que se separaron, y él fuése a preparar su viaje y a disputar con Verísimo, empeñado en servirle la tacita de agua con goma y unas miajillas de violetas, «excelente para suavizar el pecho...» Cuando tomó el tren, a las ocho y cuarenta y cinco, dejaba todo en regla y el consultorio en las manos expertas de su compañero, que fué a decirle : que podía estarse en Ombú los días y los meses que su deseo dispusiera, y abandonarle sin temor los corazones heridos o simplemente magullados que de su ciencia esperaban pronta cura, pues la suya, aunque menor, conocía de sobra todas las añagazas de aquel órgano trapisondista y los medios terapéuticos para refrenarle y meterle en vereda...

De repente, paró la diligencia, y por el cristal dijo el chico :

—¡Señor don Fernandito, llegamos! aguarde usted, que el pestillo no juega bien y no podrá usted abrir de dentro.

Bajó Fernando, con dolorosa emoción al ver la esquina, la plaza, la iglesia y detrás de la niebla amarillear la casa municipal, la cueva de los Aldúnez... El gallego de la pulpería, muy contristado, salió a saludarle.

—No sigue bien el amo; no conoce a nadie: ¡si estará malo!

La tienda permanecía cerrada, y por la puerta de la plaza entró el joven, tropezando en el mismo zaguán con la señora Perpetua y Brígida: sin hablar, porque hablar no podía, descubrióse Fernando y la mano de la maestra besó con respetuoso cariño, demostración que ella, conmovida, pagó abrazándose a su cuello desolada.

—¡Ay, Fernandito! ¡si vieras qué malo está! no vuelve en sí... ¡yo creo que Román se muere!

Y la cojitranca lanzaba hondos gemidos.

—Ven, hijo mío, ven—dijo misia Perpetua—, puede ser que tú le salves: ¡te esperábamos como al Mesías! en el médico de aquí no tengo pizca de fe... La noche entera, sin desvestirme, la he pasado al lado suyo, ¿te parece que murmurarán en el pueblo? ¿no me servirán mis canas de resguardo? ¡a una solterona vieja sientan bien las tocas de hermana de la caridad!

Precedido de las dos mujeres, de puntillas entró Fernando en el cuarto, ahora hollado su suelo por tanta planta extraña, y vió en el humildísimo catre de hierro, tendido sin movimiento al tío Román, el robusto pecho sacudido por la respiración fatigosa, la caraza dantoniana algo contraída, con sello tal de energía aún, que, luchador incansable, en duelo terrible con la misma muerte parecía em-

peñado; y junto a él un mozalbete, de estos que sólo conocen la ciencia por las tapas y con la experiencia no han tenido tratos todavía, y a fuerza de segar vidas llegan a malos médicos con diploma; la maestra, al oído, indicó a Fernando:

—Ahí le tienes, mano sobre mano; ¡sacó sus oncitas de sangre, y tan tranquilo! no hiciera menos un menguado sangrador.

Y como el otro se volvía, con curiosidad, dijo misia Perpetua a media voz:

—Doctor, es el sobrino de Hierro.

La cara del doctorcito expresó elocuentemente cuánto se alegraba de la presencia del recién venido:

—¡Gracias a Dios! llega usted a tiempo, querido colega, para sacarme de este atolladero, porque yo no sé ya a qué santo encomendarme, ¿no es la sangría lo primordial, lo que todos los autores recomiendan en las aplopejías? pues la sangría está hecha, y por falta de pinchazos no ha dejado de correr abundante sangre, pero su tío sigue erre que erre: si tarda usted un poquito más, con mucha formalidad le extiendo a don Román sus despachos de difunto...

Nada de esto dijo el matasanos, pero Fernando lo adivinó:

—¿Me permite usted que examine al enfermo?

—¡Oh, señor doctor! —murmuró el otro, cediendo al punto gustosísimo la cabecera.

¡Con qué delicada atención interrogó Fernando todos los síntomas que el cuerpo del noble y querido tío acusaba! ¡y cómo sintió flaquear su entereza, cuando levantó aquel brazo derecho, otrora

pujante y animoso, y vióle caer pesadamente, y descubriendo el ojo hallóle en tinieblas, cual si fuera de cristal empañado! el médico, sin embargo, se sobrepuso al sobrino, la ciencia al afecto, y asumiendo el mando para la batalla, dió órdenes decisivas, esto, aquello... Y el doctorcito, sin discutir, se inclinaba, y misia Perpetua a Brígida, reverdecida la esperanza, transmitía las distintas comisiones:

—Al gallego, que vaya a la botica, volando, y traiga hielo, una arroba, y sanguijuelas, una docena, y sinapismos, una caja... ¡ah! y esta receta... que no espere a que la preparen: volverá por ella.

Entretanto, Fernando disponía pasar al enfermo a la sala que fué del club del Orden, como más espaciosa y fresca, y con todo el cuidado del mundo, haciendo rodar el catre sobre sus ruedecillas, a la sala famosa le llevaron y debajo del retrato de Rozas, colgado aún en el testero, le pusieron, y de aquel *¡viva Eneene!* con letras rojas, que en la pared estamparon los milicianos de don Zoilo el 10 de febrero... Fernando quiso retirar el trofeo ignominioso, temiendo que si recobraba el sentido don Román, semejante espectáculo enconara sus heridas de patriota, pero la maestra con estos razonamientos le detuvo:

—¡No, no pongas mano ni al retrato ni al letrero! ¡Dios nos libre si Román despierta y no los ve! él dice que ahí estarán mientras dure este gobierno y la política siga siendo lo que es... *(con suspiro melancólico)* hasta el día del juicio, ¿verdad, Fernandito? por eso lo adorna siempre con

laureles frescos y ha puesto esa bandera con un lazo *punzó* de corbata...

—¡ Extravagancias del pobre tío !

Viendo y oyendo estas cosas, el doctorcito juzgó conveniente escabullirse, y así lo hizo, diciendo adiós, y no hasta luego. Y Brígida, que efectuaba diligente la mudanza, le despidió con una de sus andanadas de costumbre :

—Abur, señor borrico, ¡ que Dios guarde sus orejas muchos años ! ¡ y ojalá su compinche el juez o el barrabás de don Zoilo se quiebren una pata y le llamen a usted, o enfermen de viruelas o del tifo, y le llamen a usted !

Sobre una montaña de almohadas reclinaron la cabeza de don Román y la envolvieron en paños fríos, que misia Perpetua, en una palangana con agua y hielo, refrescaba de continuo. Y pronta su batería, Fernando inició el combate con la pelona, rabioso, decisivo, no cediendo aunque ella avanzara, guardando a todo trance una posición que ganaba, y persiguiendo sin tregua la que ganar cumplía, para conseguir la victoria y con ella la vida de su tío ; misia Perpetua, y no por su gusto, sino por mandato del joven, se marchaba a su casa por las noches, después de encargar y recomendar la previnieran si algo ocurría, y antes que el sol por las ventanas, entraba ella, ansiosa, interrogando a todos :

—¿Qué tal sigue? ¿mejor? ¿habla? ¿conoce?

Y el gesto de cada uno contestaba.

—Así, así... ¡ lo mismo !

Suspirando, se sentaba entonces a la cabecera del enfermo, y si nada había que hacer, abría su

canastilla de labor, y cosía, cosía, no olvidando que su techo y su pan lo pagaba ahora la infatigable aguja. Llegó ella el tercer día, y Brígida, con alborozo, en el zaguán la dió la gran nueva:

—Señora Perpetua, ¡el amo vive! a don Fernandito acaba de tomarle la mano, con su izquierda, y le miraba, y hasta le ha hablado... Nunca oí hablar así a nadie, porque no comprendí palabra, pero también ha hablado.

—¿De veras? ¡bendito sea Dios!

Se precipitó en el cuarto, y a Fernando, entre risas y lágrimas, acercóse para decirle:

—¿Está hecho el milagro, hijo mío? me cuenta Brígida...

Pero Fernando movía la cabeza:

—Sí, a medias; vivirá, con el lado derecho paralizado, la inteligencia si no sumida en la sombra, con luz escasísima, y la palabra torpe; luego, vendrá la recaída inevitable, la terrible, ¡la fulminante!

De los labios de la maestra se borraba la gozosa sonrisa, escuchando aterrada la severa sentencia.

—Vaya usted a saludarle—añadió el joven—, acaba de preguntarme por usted.

La señora dirigióse al lecho, se inclinó, y alzando la voz, como si hablara a un sordo, dijo:

—¡Román, Román! soy yo, Perpetua, ¿me conoces?

Con la mano izquierda Hierro Bermúdez cogió la suya, la estrechó, parpadeando el ojo vivo, lleno de luz, y con grande esfuerzo su lengua, casi paralítica, articuló sonidos guturales, que bien podían traducirse así:

—¡Te conozco, Perpetua... gracias, gracias!

Cuando pocos días después se levantó, diéronle un bastón para que se apoyara, y arrastrando la pierna derecha, medio encorvado, el brazo bailándole sobre el costado, cual si fuera un miembro postizo, relleno de paja y cosido al hombro, vagaba paso a paso de su cuarto a la tienda y de la tienda a su cuarto, al primitivo, al sagrado, que tan pronto como pudo hacerlo, ordenó nueva muda de sus trastos, y en el arcón de marras, con mucho misterio, verificó si alguna mano sacrílega lo había profanado... El dolor inmenso que su triste situación le producía, cambió su carácter de tal modo, que entre este Hierro Bermúdez y el otro no cabía ni aun lejana semejanza: hubiéranle dejado en manos del mediquillo eneísta, para que su ignorancia terminara la obra que la apoplejía comenzó; ¡obra de misericordia habría sido! pero, conservarle una vida precaria, salvar la mitad de su cuerpo, dejando aquel brazo suyo enteramente inútil para la patria... ¿de qué servía ya en el mundo? ¡él no quería vivir! porque si para comer no se nace, y él, como la última de las bestias, sólo para comer quedaba, incapaz de ganarse el propio alimento, como las mismas bestias saben ganárselo, ¡más valía entre cuatro tablas encerrarle, sin esperar el rayo de la recaída, y arrojarle al cementerio, como se arroja lo que no sirve a un muladar!

Así hablaba con frecuencia, en aquella jerigonza, que su lengua, encadenada por la parálisis, trabajosamente forjaba, y Fernando y misia Perpetua y el padre Peregrino, su tertuliano de todas

las noches, le consolaban, le alentaban, con piadosos engaños y reproches de cariño :

—Te pones insoportable, Román — decía la maestra—, ¡miren el hombre fuerte, el Job, el invencible! ¡echándose a muerto! en primer lugar, ¿verdad, Fernandito? que estas consecuencias de los ataques cerebrales suelen desaparecer... sí, señor, verás : el día menos pensado vas a sentir que tu pierna revive, y poco a poco, la savia de la vida, subir, subir, a tu brazo, a la cabeza, y cátate el Hierro Bermúdez de antes, es decir, ¡el de antes, no! un Hierro Bermúdez más reposado, más indulgente con este país y estos tiempos, ¿no le parece a usted, señor cura? en el mundo hay que tener correa, y cuando de política se trata, ¡o herrar o dejar el banco!

Aquel padre Peregrino, chiquitín, delgado, pálido, con ojeras profundísimas y facciones cinceladas, por lo finas y correctas, semejaba un San Luisito Gonzaga, algo acartonado : sus cuarenta y cinco años bien contados representaban unos veinte, y su aire, su voz, su mirar suave, la pulcritud de su traje, la templanza de sus ideas, le hacían simpático, sin que pareciera ni afeminado ni empalagoso : aunque la ortodoxia de don Román (acostumbrado a las camorras con el inculto Piccolin, en que la religión sacaba la peor parte) no era muy firme, y por ende, muy sincera, gustaba de escuchar al señor cura y jamás osó discutirle ninguna de sus palabras. Es cierto que, en punto a discutir, aun con la lengua expedita no lo hiciera, y era éste uno de los principales síntomas de su decaimiento... ¿Y regañar? tampoco ; los depen-

dientes se asombraban de verle tan manso, y sólo Brígida, cuando le presentaba el mate o la comida, que él ya no podía preparar por sí mismo, descubría el gesto de desagrado del amo, protesta silenciosa contra la mucha *yerba* o el poco aceite.

El invierno fué crudísimo. Fernando no quiso abandonar al tío, ni don Román dejóse llevar a la capital, aferrado a su idea de morir en su pueblo y en su tienda; y como las noticias que el joven médico recibiera del colega suyo, que regía su consultorio, eran excelentes, no pensó ya en marcharse, esperando o que don Román cediera, o que desataran los sucesos la situación. Hierro Bermúdez, en un principio, se resistía al sacrificio del sobrinito:

—No insista usted, tío—contestaba Fernando—, si usted no se viene conmigo, me quedo, porque solo no he de dejarle: cuando mi presencia sea necesaria en la capital iré, pero volveré en seguida. ¿Le molesto? ¿estorbo aquí?

Y el pobre inválido mirábale con tristeza, dando a entender que si aquel rayo de sol le faltaba, moriría más pronto, y morir lejos de un ser amado es una muerte con doble agonía. Decidido a quedarse, con la dulce esperanza del retorno de la primavera y de Jovita, pasó los días (cuando no salía en su rosillo a prestar, de rancho en rancho, sus auxilios médicos a las pobres gentes que le solicitaban), engolfado en aquel poema *Némesis*, que componía con todo el fuego del partidario y del poeta...

Sorprendíale a veces don Román, delante de la mesilla de su cuarto, tan abstraído en la tarea de

cazar un consonante o de vestir una idea, que no sentía el golpecito de su bastón ni sus pasos desiguales; volvíase, por no molestarle, mas Fernando, de repente, despertaba:

—¡Tío! no se vaya usted.

Le forzaba a entrar, sentábale en un sillón de cuero, cerca de sí, y con palabras entusiastas describía el argumento de su canto patriótico:

—Estoy a la mitad del canto III, tío, ¿se trabaja, eh? en el año 20, porque mi poema tiene siete cantos, ¿a que no se acuerda usted que le he dicho que tiene siete cantos? ¡esa memoria! poco a poco irá robusteciéndose... I canto, la colonia; II, la independencia; III, la anarquía; IV, la tiranía; V, la reorganización; VI, la corrupción; VII, la apoteosis: un poema histórico, completísimo, no ya el relato sólo de la revolución. Toda mi furia vengadora la reservo para el canto VI, para flagelar sin piedad las carnes de los Eneenes, de los Salgados, de los Trujillos, de los Sotos, de los Aldúnez de la política argentina, que han deshonrado y corrompido a la nación; y las tintas más brillantes de mi paleta para el VII, la apoteosis: ¡la patria regenerada, la patria otra vez grande y rica! ¿porque, no cree usted, tío, que pasará esta situación, y como dice muy bien Ordenado, después del invierno venga la primavera? sí, no lo dude usted: de esta lepra que hoy le corroe, el país curará, ¡la energía de su juventud ha de salvarle! sin esta esperanza, ¿qué sería de nosotros los argentinos? note usted bien: si yo cierro mi poema en el canto VI, y dejo a la patria sumida en la corrupción más negra, política y administrativa,

sentada entre ruinas, con el texto de la Constitución destrozado a sus pies, por el sable de los caciques y las uñas de los Eneenes, el horizonte completamente cerrado, sin señales de la aurora redentora, ¡ qué impresión más dolorosa ! ¡ por eso en el canto último, el sol se muestra y se oyen los clarines de la victoria !

Entusiasmado, daba más detalles, con aquel acento cálido propio de su elocuencia, y el viejo se animaba, seguía palpitante los vuelos de su espírítu, se levantaba del sillón, acercábase más al poeta, como si temiera perder una sola de sus palabras ; y si Fernando leía, escuchando en éxtasis las sonoras octavas reales, a cada vibrante pareado, aplaudir intentaba, decir con las manos lo que no sabía ya decir su lengua, pero el brazo permanecía inerte... Entonces desplomábase en el sillón, llorando desesperado su impotencia.

Fuera de estas ocasiones, no frecuentes, porque el joven trataba de evitarlas, en gracia de los nervios de su tío, y así las más de las veces se sentaba a componer a puerta cerrada, y si él le preguntaba por el trabajo, respondía que ahí se estaba sin adelantar un verso, nunca la vidriosa cuestión política llegó a tocarse ; hasta los muchos diarios de que don Román era antiguo subscriptor fueron rigurosamente desterrados, y *El Noticiero Ombúense*, por supuesto siempre tan campante, no se atrevía a pasar los umbrales de la tienda. Si Fernando sabía lo que en la capital sonaba, era por cartas de amigos, que se cuidaba bien de enseñar al tío... ¡ Inútil precaución, por otra parte ! don Román, debilitada la memoria y más o menos

afectadas todas sus facultades, no demostraba interés por cosa alguna, y sólo parecía preocuparle la presencia del querido sobrinito : si no le veía, buscábale con ojos espantados, y ya misia Perpetua, de visita todos los días, ya Brígida, le tranquilizaban :

—Está escribiendo...

—Fué a casa de tal, que ha enfermado.

Soñoliento siempre, cuando Fernando entraba, hacía esfuerzos por despabilarse : tendíale su mano izquierda y la del mozo guardaba largo rato, mirándole tiernamente, cual si dijera :

—¡ Qué estado el mío, Fernandito ! ¡ qué horrible desesperación ! ¡ Hierro Bermúdez ya no sirve, ya no sirve ! los inválidos debieran ser despenados con cuatro tiros, porque son una carga ; a ti parecerá esto una enormidad, una injusticia : yo creo que es el mejor premio para un viejo servidor, que ve su brazo inútil, su inteligencia ciega, y sólo su corazón latir, latir, ¿para qué? ¡ espera, Fernandito, no te vayas, no me abandones, porque quiero morir a tu lado !

A fines de agosto, tuvo dos amagos de recaída, pero, atendido a tiempo, la congestión no estalló. Y pasó todo septiembre algo más animado, ante el espectáculo risueño del despertar de la Naturaleza, de los nuevos brotes, de las primeras golondrinas ; el cerezo y la higuera y la parra de la huerta se vestían de hojas flamantes, y las palomas ensayaban sus píos amorosos, y el fresal descubría ya la incitante fruta colorada ; fatigábase tanto don Román andando, que más gustaba de sentarse a tomar el sol, ya en el mismo patio, ya en el cuarto

de Fernando, delante de la ventana abierta, entretenido en ver picotear a las gallinas o contemplando a su fiel Ordenado, aquel perrazo amigo suyo, dormitar a sus pies; nunca le dejaban solo, porque como a un niño grande, melindroso y regalón, le cuidaban: y más de una vez, arrancóle de su quietud melancólica un movimiento de terror, y dirigióse a Fernando, pronunciando con la garganta:

—¡Los Aldúnez! ¿les has visto?

Y Fernando, palmeándole con ternura, contestaba:

—¡Ca! no piense usted en eso; ni les veo, ni les oigo, porque evito encuentro tan desagradable... Mire usted la nueva pollada que ha sacado Brígida con aquella gallina tan hermosa de don Crisanto, ¿se acuerda usted que el pobre don Crisanto se la regaló? a ver, ¿cuántos pollos hay? dos, cinco, ocho...

Tranquilo, don Román se dormía, y el carrillo paralizado, a cada movimiento de la respiración, hundíase acompasadamente, como si fumara o chupara alguna cosa.

Una noche, con mucho misterio, llamó a Fernando, llevóle a su cuarto, y cerrada la puerta, en el arcón aquel se puso a revolver, buscando, buscando: su memoria no le ayudaba, pues el objeto buscado debía de estar en su sitio, que su prolijidad era más bien mecánica, a fuer de extremosa; al fin lo encontró y presentó al joven un rollo de papel, liado con una cinta azul:

—¿Qué es esto, tío?—dijo Fernando con fingida sonrisa—, ¿su testamento?

Hierro Bermúdez indicó que sí, y dió a entender que allí dentro estaban los nombres de cuantas personas había amado: el de Fernando, el primero, el de misia Perpetua, su amiga fidelísima... Brígida tampoco era olvidada, ¡cuatro centavos a repartir, pero el recuerdo y la intención valían más!

—¡Por Dios, tío! ¡qué gusto el suyo de entristecernos!—exclamó el sobrino tentado de echarse a llorar—, guárdese usted este mamotreto que para nada sirve: ¡buenos años ha de gozar usted todavía de sus centavitos y de nuestro cariño!

Mediaba octubre: fué el día 15 por la tarde, día de Santa Teresa; repicaban alegremente las campanas, porque el padre Peregrino, muy devoto de la Santa, había celebrado una lucida fiesta con misa mayor y sermón, y la gente que a la iglesia entraba o en la plaza tomaba el fresco, vió pasar a aquella hora, los dos carricoches de La Jovita, primero la volanta histórica, y detrás el otro, el grandón, para el equipaje, camino del ferrocarril, y volver más tarde, la volanta con las cortinillas caídas, y el otro cargado de baúles. ¡No necesitó más el gallego de la pulpería, fisgón insoportable, para correr y decir a Fernando que las señoritas de García Luces habían llegado al pueblo! pasmo del enamorado mozo y emoción intensa:

—¿Las has visto?

—¡Como si las viera! el coche, los caballos, el mayordomo que guía...

¡Qué saltos dió el corazón del joven médico, que nunca pudo domarlo, a pesar de toda su ciencia! la venida de Jovita no debió sorprenderle, sin

embargo, porque, además de su promesa de estarse en la *estancia* una larga temporada con los tíos, dos meses hacía que albañiles, papelistas y pintores, aseaban, adornaban y transformaban el viejo caserón; si, él lo sabía, y esperaba a Jovita con ansia, pero la impresión primera, ¿quién la domina? Insomme, pasó la noche:—¿Iré a verla mañana? no, es demasiado pronto: mi apresuramiento me vendería; la señora Florinda, tan suspicaz y lengua suelta, diría: ¡Ya tenemos aquí al mediquito ordenista de pelmazo! iré pasado mañana, entre las cuatro y las cinco, haré una visita muy ceremoniosa, y no volveré... hasta los quince días después, o un mes, o dos; ¡no quiero que me llamen pelmazo!

Pero al día siguiente cambió de parecer:

—Creo que debiera ir hoy: una visita de vecino que va a ofrecer sus servicios no tiene nada de particular, ¿qué me importa de la señora Florinda? y si no me apresuro a ir, ella, ella misma lo extrañaría: ¿Has visto al mediquito ordenista? ¡la del humo! así son los amigos.

Sin embargo, no se decidió sino en la tarde del 18; nunca el rosillo fué mejor lavado, cepillado y peinado que aquella tarde del 18 de octubre, fecha señaladísima para los personajes de mi historia: Fernando, también de tiros largos, sin decir adónde iba, salió cabalgando por esas calles, muy de prisa, y aunque vió gente en la plaza y banderas en los balcones de la municipalidad, no hizo caso, ni prestó atención al dependiente que le despedía:

—Don Fernandito, ¿sabe usted que hoy procla-

man al nuevo candidato? en casa de Prieto, que se ha vuelto del gobierno, hubo comilona y discursos, y ahora están armando una manifestación popular: ya no se grita ¡viva Eneene! sino ¡viva Salgado!

¿Y qué? bueno estaba él para ocuparse de la inmunda política...

Trotando y pensando, tan nervioso como si fuera de embajada peligrosa, y no de visita cortés, llegó y vió que en el límite del parque, frente al camino, las dos Luces estaban con mistress Cowan; saludó él muy ceremonioso y contestaron ellas muy amables, y en la tranquera misma se apeó ruborizado como un doncel.

—Doctor, muy buenas tardes...

—Señoritas... señora...

—¿Y el señor Hierro Bermúdez?

Recobrado su aplomo, Fernando daba noticias del tío, se excusaba de su poca prisa en venir a verlas y ellas decían:

—¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! sí, lo sabíamos por don Pancho, el mayordomo, a quien con frecuencia preguntábamos por el señor Hierro Bermúdez... ¡pero, usted, doctor!

Estaban solas en La Jovita, pues no quisieron dejar venir a la familia de don Buenaventura antes de prepararlo todo convenientemente:

—Porque hemos estado de obra—dijo Elena—, y usted sabe cómo queda una casa donde entran albañiles... La tía Florinda llega mañana con los niños, y el tío Buenaventura el lunes... pero, venga usted, doctor, vamos a la sala.

—¡ Se siente uno tan bien aquí !—contestó Fernando.

Pasearon, Elena y la mistress delante, Jovita y el joven médico detrás, algo apartados : el sol se ponía... Y en voz queda contó Fernando a su bella compañera la historia de aquellos cuatro meses, sus sinsabores, sus tristezas a causa de la enfermedad del tío Román, incurable, que le ligaba a Ombú ¡ hasta que Dios quisiera ! luchando entre su deber que le mandaba quedarse, y su porvenir que le llamaba a la capital. Los ojos de Jovita preguntaban :

—¿ Y nada más, nada más que su porvenir ?

Turbando al joven de tal modo, que se calló, de pronto.

—¡ Ah ! — repuso ella — ¿ quién puede llamarse feliz ? me ve usted aquí, y yo misma no me doy cuenta... ¿ por qué he vuelto a Ombú ? recuerdos tan tristes he hallado, que el valor me falta para entrar en esas habitaciones ; hasta el campo mismo me parece sombrío : hoy fuimos a visitar a ña Pascuala, ¡ pobre madre ! créame usted, doctor, que si no fuera por la tía Florinda, por Justito...

Ahora los ojos de Fernando dijeron :

—¿ Nada más, nada más que por ellos ?

Pero, Jovita no se turbó ; con naturalidad encantadora varió el curso del diálogo : explicó los grandes proyectos que se traía, manera hábil de evitar el peligroso secreteo de los ojos :

—Oiga usted, doctor : el primero, el más importante es la construcción de la iglesia ; yo voy a terminarla, y en breve plazo : tengo ya aprobados los presupuestos... ¡ verá usted qué torre más bo-

nita le ponemos y qué reloj! ¡y adentro la de altares y columnas! mi pobre madre hizo lo que pudo, el altar y camarín de la Purísima son regalos suyos, y yo deseo completar lo que ella no alcanzó a hacer. Después...

Después mandaría edificar, en la *estancia* misma, una capilla bajo la advocación de Santo Tomás, en recuerdo de su padre, y anexa una escuela, grande, bastante grande, para unos cien niños:

—Me da mucha pena ver tanto chico vagabundo en las calles, dados al vicio o prontos a caer en él... ¿y los hijos de los *puesteros*, que no asisten a clase, por vivir tan distantes del pueblo? ¡ah! ¡me siento tan consolada al pensar en mis obras benéficas! ¡qué inmenso placer cuando entre en *mi* escuela, y vea tanto chicuelo estudiando en sus cartillas, y a la maestra... ¿sabe usted en quién he pensado para maestra de mi escuela? ¡en la señorita de Galán! ¡y a la maestra, la excelente misia Perpetua, sentada en la tribuna, vigilante! ¿qué le parece a usted, doctor?

—Que sólo un corazón tan noble como el suyo, señorita, puede realizar tan bellas obras; ésa, ésa es la verdadera caridad, y no la practicada por aquella señora de Eneene, con sus conciertos y *kermesses* de bambolla pura.

Pescó el nombre de Eneene la menor, y andando siempre, se volvió para decir:

—Se van a Europa, ¿sabe usted? Alcira desesperada: ¡me ha escrito unas cartas de Catamarca! que se aburría mucho, que extrañaba la ausencia de su célebre guardia; en la última se lamenta de

no haber escogido el mejor cebado de sus pavos; «he perdido mi tiempo lastimosamente».

¡Pobre Alcira! Aquí hubiera encajado muy bien un sermoncito en intención de las señoritas frívolas y vanidosas, pero Fernando no estaba de humor de predicar en desierto: dulcemente arrullado por las palabras de Jovita, cuya hermosura adquiría tonos que él no conocía, avivada por el entusiasmo de su empresa, sentía tentaciones irreverentes, por ejemplo, la de besar la punta de aquellos dedos sonrosados, cuando se alzaban para reforzar, con gracioso ademán, un parrafito de su discurso:

—He de mostrarle los planos, doctor; usted creerá que la escuela será un salón... así, como todos los salones: pues, no, señor; tiene tres salas, con las piezas de servicio y patio y jardín y además las habitaciones de la maestra... todo con sus muebles correspondientes.

Iban ahora por la calleja central, y la casa se mostraba como un viejo sujeto al que han vestido de nuevo, tan revocada y pintadita, con balaustrada flamante en la azotea y rejas historiadas en las ventanas, que parecía muy alegre de verse así rejuvenecida; los reflejos opalinos del cielo, incendiado por el sol moribundo, jugueteaban en los vidrios de colores; Fernando, invitado, repitió que no valía la pena entrar, que la agradable tibieza de la atmósfera permitía pasear en el parque. Siguieron la senda de arrayanes, despacio: una tentación más ardiente e irresistible que la de besar aquellos deditos de rosa dominaba al joven, y era la de descubrir aquel secreto suyo, bajo las siete

llaves de su discreción y de su cortedad guardado por largo tiempo; y cómplice de su osadía, alentábale la voz de la Naturaleza:

—¡Atrévete! ¿quién dijo miedo? ¡tonto, retontísimo! ¿qué esperas? ocasión como ésta no pescarás: luego vendrá la tía Florinda, un argos, y el literato y el batallón de chiquillos... a ver, hombre, abre la boca y suelta una de esas cosas bonitas que tú sabes; ella se está muriendo de ganas por oírte, ¿adivinas lo que piensa de ti? que eres muy tímido, y se extraña que un hombre de talento sea corto de genio; ella dice: ¿Si creerá que voy yo a hablar primero? y duda de que tú la quieras: ya ves qué ingenuidad la suya, ¡duda! prueba suficiente que los suspiritos y las miradas no bastan, ¿te acuerdas la noche de tu despedida, en la acera de su casa? aunque poco explícito, bastante atrevido estuviste, y ella no se enfadó, no, señor... Ensaya ahora, y verás cómo tampoco se enfada; no pienses más en esa tontería que te ha hecho enmudecer: ¡que una barrera de oro os separa! los millones el azar los presta y el viento suele llevárselos; el talento, Dios lo da y nadie puede quitarlo: ¡tú eres más rico que ella!

Dejábase cautivar Fernando por la sirena de su deseo, y ya las primeras palabras de amor balbuceaba:

—Si yo pudiera asociarme, señorita, a esa obra grandiosa que usted ha ideado, si mi humilde concurso de algo pudiera servirle...

—De mucho, doctor — contestó ella convencida—, en vez de *humilde* ponga usted *valioso*, su valioso concurso, que yo agradezco.

—Entonces, Jovita...

Le mareaba ella con sus ojos hermosísimos, y él se inclinó para que nadie oyera, ni aun la brisa curiosa, lo que, con el pecho anhelante, iba a decir : y como fruto maduro que cae del árbol por su propio peso, el apasionado reclamo brotó de sus labios... Jovita quedó muda, encendiéronse sus mejillas, un ligero temblor agitó el brazo que al brazo de Fernando se asía, pero... no se enfadó. Y Elena, volviendo con mistress Cowan, protestaba :

—¿Pero, no están ustedes cansados? la mistress no puede dar un paso más ; si tanto les gusta estarse en el jardín, sentémonos en el banco del naranjo.

Fernando y Jovita, embargados, dejáronse llevar, y todos cuatro se sentaron ; entonces la pizpireta Elena, abrazándose a la hermana, prorrumpió entre risas :

—¡ Si supieras todas las maldades que hemos hablado de ti, yo y la mistress ! de ustedes, porque también usted ha caído, doctor... pues, mientras paseabais y charlando veníais tan bajito, tan bajito, la mistress me dijo... no, yo le dije a la mistress : ¡ qué buena pareja hacen los dos ! ¿si los casáramos, mistress?

Fernando miró a Jovita, Jovita a Fernando y a Elena, risueña, y al aya confundida.

—¡ Loca !—exclamó la joven tendiendo una mano al poeta y estrechando con la otra la delicada cintura de la hermanita—, ¿y si dijeras verdad?

¡ Dulce promesa ! El cielo estaba obscuro y todo callaba, pero a Fernando parecióle que allá arriba

una luz resplandeciente se encendía y sonaban las arpas de los ángeles...

Galopando y pensando, más nervioso al pueblo volvía luego el joven médico y todo a voces le gritaba :

—¡ Victoria ! ¡ victoria ! ¡ paso al vencedor ! corre y lleva la grata noticia al triste inválido, que a estas horas te buscará : ¿ dónde, dónde está Fernandito? Aquí está, tío querido, y no viene solo, que le acompaña una dama esquiva, que bajo el techo vuestro nunca quiso albergarse, y que el talento y el noble corazón del sobrinito han cautivado al fin : ¡ le acompaña la felicidad y de La Jovita viene, para alegrar los últimos días de Hierro Bermúdez ! ¡ Con qué emoción entró en la tienda Fernando ! tan grande, que no escuchó al gallego :

—Baje usted, señor, déme la brida... ¿ qué le parece el fandango de la plaza? ¡ no han prendido pocas luces y quemado pocos cohetes !

No encontró en su cuarto a don Román, sino en la sala del antiguo club, sentado muy cabizbajo en su sillón, en compañía de misia Perpetua y del padre Peregrino ; las ventanas estaban cerradas, y la lámpara colocada debajo del retrato de Rozas, alumbraba escasamente.

—Está bastante mal—indicó la maestra al oído del poeta—, ese tumulto de la plaza le ha puesto tan nervioso, que no ha querido comer hasta que tú vinieras ; el señor cura se ha visto en figurillas, para que no se asomara a la ventana. Mírale cómo te sonríe... ¡ Jesús ! contigo se pone como un chiquillo.

El padre Peregrino se levantó diciendo :

—Bien venido, doctor, ¿trae usted las disciplinas para castigar a este niño revoltoso?

—Traigo algo mejor—contestó Fernando acercándose a don Román y besándole la mano izquierda que él extendía para saludarle—, traigo una buena noticia, ¿qué mejor bálsamo? ¡alégrese, tío, ríase!

Se inclinó y con permiso del sacerdote, hablóle en secreto, y escuchándole, la cara de Hierro Bermúdez se transfiguraba y de pronto en su extraña jerigonza exclamó:

—¡Lo mereces, hijo mío, lo mereces, Dios sea loado!

La maestra con curiosidad preguntaba:

—¿Qué es eso, vamos a ver?

Y el cura, discretamente, alisaba su manteo, por hacer algo.

—¿Qué ha de ser?—respondió Fernando con alborozo—, que este seguro servidor de ustedes... ¡se casa!

No dió el nombre de la incógnita, pero misia Perpetua no lo necesitaba; ella la conocía, ¡vaya si la conocía!

—Mi enhorabuena, Fernandito—dijo alegremente—, por muchos años; ¡ojalá todas las profecías mías, que se han realizado, fueran como ésta!

—Y ahora—repuso el joven—, toca a usted cumplir una promesa, tío, ¿no se comprometió a casarse el mismo día que yo lo hiciera?

—¡Qué gracia!—exclamó misia Perpetua ahogándose de risa—, ¡buenos se han puesto los novios! ¡qué cencerrada más merecida! pero, oye,

¿ya han votado en el Congreso esa ley del divorcio? porque si no la han votado todavía, Román no se decidirá a darme su mano de esposo...

Hierro Bermúdez no sonreía ya; otra vez su rostro se anubló y el pecho exhalaba suspiros hondísimos: afuera, en la plaza, resonaban las músicas, los cohetes, los vivas. Y de repente, se alzó del sillón, tambaleando dirigióse a la ventana, con la mano izquierda tiró del pasador: a una señal de Fernando, misia Perpetua y el padre Peregrino, prontos a detenerlo, le dejaron: él se apoyó en la reja y miró.

En procesión tumultuosa, rodeaban la plaza muchas gentes con estandartes, faroles y ramos verdes, y el primero que venía, detrás de la música, era Aldúnez el mayor, don Claro, con el sombrero en la mano, luego don Zoilo, desnudo el sable, don Martiniano, en seguida Chichín, el menor, al frente de un escuadrón de pilluelos y de bracero los dos ordenistas de ayer, don Pedro Brama y don Nicomedes Prieto. Todos chillaban:

—¡Viva Salgado!

Y los tambores, los cornetines y buscapiés, con horrible estruendo, acompañaban cada grito. Así desfilaron ante la esquina de Hierro; don Román, encorvado sobre la reja, sentía vibrar dentro del pecho su fibra patriótica, robusta siempre, más robusta que nunca... Don Claro, don Zoilo, don Martiniano y Chichín, al pasar, le reconocieron, detuviéronse y soltaron un insolente:

—¡Viva Salgado!

Él, con violento ademán, extendió el brazo izquierdo, hizo angustioso esfuerzo por romper las

ligaduras de su lengua para lanzar al rostro de sus enemigos y de los tránsfugas su eterno credo :

—¡ Viva Ordenado !

Y no lográndolo, la rabia de su impotencia le sofocó, inyectósele de sangre la cara toda y la piadosa apoplejía le fulminó al pie de la ventana, con el grito de su patriotismo ahogado entre los labios...

FIN

SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

BIBLIOTECA SOPENA

TOMOS PUBLICADOS

1.—**La Gloria de don Ramiro,** por Enrique Larreta.
2.—**La Ginesa,** por Carlos María Ocantos.
3.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 1.º), por Mateo Alemán.
4.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 2.º).
5.—**El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha,** por Miguel de Cervantes Saavedra.
6.—**Novelas Ejemplares** (tomo 1.º), por Miguel de Cervantes Saavedra.
7.—**Novelas Ejemplares** (tomo 2.º).
8.—**La Galatea,** por Miguel de Cervantes Saavedra.
9.—**Los Trabajos de Persiles y Segismunda,** por Miguel de Cervantes Saavedra.
10.—**La Caravana,** por Eduardo Marquina.
11.—**León Zaldívar,** por Carlos María Ocantos.
12.—**El Quijote Apócrifo,** por Alonso Fernández de Avellaneda.
13.—**Como un sueño,** por A. G. Barrili.

2 Ras.